"Perfecta.... altamente atrapante."
USA Today

TESS GERRITSEN

Reliquia macabra

RIZZOLI & ISLES

Reliquia macabra

Reliquia macabra
Título original: The Keepsake
© 2008 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.
© 2022 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Constanza Fantin Bellocq
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1239-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Dedicado a Adam y Joshua, por quienes brilla el sol.

Cada momia es una exploración, un continente no descubierto que se visita por primera vez.

—Dr. Jonathan Elias, egiptólogo

UNO

Viene por mí.

Lo siento en mis huesos. Lo huelo en el aire, tan reconocible como el olor a arena caliente, especias sabrosas y sudor de cien hombres trabajando al sol. Estos son los aromas del desierto occidental de Egipto y todavía los siento vívidos, aunque aquel país esté a medio mundo de distancia del dormitorio oscuro donde estoy recostada. Quince años han pasado desde que caminé por aquel desierto, pero cuando cierro los ojos, en un instante vuelvo a estar allí, donde comienza el campamento de tiendas, mirando hacia la frontera libia y el atardecer. El viento gemía como una mujer cuando soplaba por el wadi, el cauce seco. Todavía oigo los golpes sordos de los picos y el ruido áspero de las palas, puedo visualizar el ejército de excavadores egipcios, yendo y viniendo como hormigas en el sitio de excavación, arrastrando sus cestas gufa llenas de tierra. En aquel entonces, allí en el desierto hace quince años, me sentía como una actriz en una película sobre la aventura de otra persona. No la mía. Ciertamente era una aventura que una chica callada de Indio, en el estado de California, jamás había esperado vivir.

Las luces de un coche que pasa brillan trémulas a través de mis párpados cerrados. Cuando abro los ojos, Egipto desaparece. Ya no estoy en el desierto contemplando un cielo manchado por un sol violáceo como un moretón. En cambio, estoy otra vez a medio mundo de distancia, recostada en mi dormitorio oscuro de San Diego.

Me levanto de la cama y me acerco a la ventana para mirar hacia la calle. Estoy en un viejo vecindario de idénticas casas de estuco construidas en los años 50, antes de que el sueño americano significara mansiones en miniatura y garajes para tres coches. Hay una cierta honradez en las casas modestas pero sólidas, construidas no para impresionar sino para brindar refugio y me siento segura y anónima aquí. Una madre soltera más, luchando por criar a una adolescente recalcitrante.

Espío la calle por entre las cortinas y veo que un coche sedán oscuro aminora la marcha a media calle de distancia. Aparca junto a la acera y apaga las luces. Espero a que salga el conductor, pero no lo hace. Durante largo rato se queda sentado allí. Tal vez está escuchando la radio o ha tenido una discusión con la esposa y no se atreve a enfrentarla. Tal vez dentro del coche hay amantes que no tienen dónde ir. Se me ocurren muchas explicaciones, ninguna de las cuales es alarmante, y sin embargo, siento la piel erizada y sudada de

temor.

Instantes después, se vuelven a encender las luces traseras y el coche se aleja calle abajo.

Aun después de que desaparece por la esquina, sigo nerviosa, aferrando las cortinas con mi mano húmeda. Vuelvo a la cama y me recuesto, sudorosa, sobre las sábanas, pero no puedo dormir. Aunque es una noche cálida de julio tengo la ventana del dormitorio cerrada con traba e insisto para que mi hija Tari haga lo mismo. Pero ella no siempre me escucha.

Cada día que pasa me escucha menos.

Cierro los ojos y como siempre, vuelven las visiones de Egipto. Mis pensamientos siempre regresan a Egipto. Aun antes de pisar tierra egipcia, ya soñaba con ella. A los seis años, vi una fotografía del Valle de los Reyes en la portada de la revista National Geographic y sentí un reconocimiento instantáneo, como si estuviera mirando una cara conocida y amada que casi había olvidado. Eso era lo que significaba esa tierra para mí, una cara amada que anhelaba volver a ver.

Y a medida que fueron pasando los años, senté las bases para mi regreso. Trabajé y estudié. Una beca completa me trajo a Stanford y allí se fijó en mí un profesor que me recomendó con entusiasmo para un trabajo de verano en una excavación en el desierto occidental de Egipto.

En junio, a fines de mi penúltimo año de estudios, tomé un vuelo a El Cairo.

Aun ahora, en la oscuridad de mi dormitorio de California, recuerdo cómo me dolían los ojos por el reflejo deslumbrante del sol sobre la arena ardiente. Puedo oler el protector solar sobre mi piel y sentir el ardor de la arenilla que levanta el viento y me pega en la cara. Esos recuerdos me hacen feliz. Una pala en la mano y el sol sobre los hombros: esa era la culminación de los sueños de una joven.

Con qué rapidez los sueños se convierten en pesadillas. Había abordado el avión a El Cairo como una estudiante universitaria feliz. Tres meses más tarde, volví a casa como una mujer completamente cambiada.

No volví sola del desierto. Me siguió un monstruo.

En la oscuridad, abro los ojos de pronto. ¿Acaso escuché un paso? ¿El crujir de una puerta? Siento las sábanas húmedas y el corazón me martilla el pecho. Tengo miedo de levantarme de la cama y miedo de no hacerlo.

Algo no está bien en esta casa.

Tras años de esconderme, no soy tan tonta como para ignorar los susurros de advertencia en mi cabeza. Esos susurros urgentes son la única razón por la que sigo con vida. He aprendido a prestar atención a cualquier anomalía, a cualquier pequeño escozor de inquietud. Me

fijo en coches desconocidos que pasan por mi calle. Me concentro de inmediato si algún colega menciona que alguien estuvo preguntando por mí. Hago planes elaborados de huida mucho antes de que pueda necesitarlos. Mi siguiente jugada ya está planeada. Dentro de dos horas, mi hija y yo podemos cruzar la frontera y entrar en México con identidades nuevas. Nuestros pasaportes con nombres nuevos ya están guardados en mi maleta.

A estas alturas, deberíamos habernos marchado. No deberíamos haber esperado tanto.

¿Pero cómo convences a una chica de catorce años que se mude lejos de sus amigos? El problema es Tari: no comprende el peligro en el que estamos.

Abro el cajón de la mesa de noche y saco la pistola. No está registrada legalmente y me pone de los nervios tener un arma bajo el mismo techo que mi hija. Pero después de pasar seis fines de semana en el campo de tiro, sé cómo usarla.

Con pies descalzos y silenciosos salgo del dormitorio y voy por el pasillo, pasando junto a la puerta cerrada de mi hija. Llevo a cabo la misma inspección que he hecho mil veces antes, siempre a oscuras. Como cualquier presa de caza, me siento más segura a oscuras.

En la cocina, reviso las ventanas y la puerta. Hago lo mismo en la sala. Todo está cerrado. Vuelvo por el pasillo y me detengo delante del dormitorio de mi hija. Tari se ha vuelto fanática de su privacidad, pero su puerta no tiene cerradura y jamás le permitiré que la tenga. Necesito poder asomarme y confirmar que está a salvo.

La puerta emite un chirrido cuando la abro, pero ella no se va a despertar. Como la mayoría de los adolescentes, tiene un sueño casi tan pesado como un coma. Lo primero que noto es la brisa y suelto un suspiro. Otra vez, Tari ha ignorado mis indicaciones y ha dejado la ventana abierta, como en tantas otras ocasiones.

Me resulta un sacrilegio entrar en el dormitorio de mi hija con una pistola, pero necesito cerrar esa ventana. Me detengo junto a la cama para mirarla dormir y escuchar el ritmo parejo de su respiración. Recuerdo cuando la vi por primera vez: tenía la cara enrojecida y lloraba en las manos del obstetra. Tras un trabajo de parto de dieciocho horas, yo estaba tan agotada que casi no podía levantar la cabeza de la almohada. Pero en cuanto vislumbré a mi bebé, me habría levantado de la cama y habría luchado contra una legión de atacantes para protegerla. En aquel momento supe el nombre que le pondría. Pensé en las palabras talladas en el gran templo de Abu Simbel, palabras elegidas por Ramsés el Grande para proclamar su amor hacia su esposa.

Mi hija, Nefertari, es el único e inigualable tesoro que me traje de Egipto. Y tengo terror de perderla.

¡Tari es tan parecida a mí! Es como si me mirara a mí misma dormir. Cuando tenía diez años, ya sabía leer jeroglíficos. A los doce, recitaba todas las dinastías hasta los ptolomeos. Pasa los fines de semana dentro del Museo del Hombre. Es mi clon en todo sentido y a medida que pasan los años, no hay rastros evidentes de su padre en su cara ni en su voz ni –lo más importante de todo- en su alma. Es mi hija, solo mía, y no está contaminada por el mal que la engendró.

Pero también es una adolescente normal de catorce años y ha experimentado frustración en estas últimas semanas en que he sentido que se cerraba la oscuridad alrededor de nosotros, en que he pasado noches en vela esperando escuchar los pasos de un monstruo. Mi hija no tiene conciencia del peligro porque le he ocultado la verdad. Quiero que crezca fuerte e intrépida, una guerrera que no le teme a las sombras. No comprende por qué camino por la casa tarde por la noche, por qué trabo las ventanas y verifico dos veces que las puertas estén con llave. Piensa que me preocupo por todo, y es cierto: me preocupo por las dos, para preservar la ilusión de que todo está bien en el mundo.

Eso es lo que cree Tari. Le gusta San Diego y espera con ilusión su primer año en la escuela secundaria. Ha logrado hacerse amigos y ay de la madre que trate de separar a una adolescente de sus amigos. Es tan tenaz como yo y de no haber sido por su resistencia, nos habríamos marchado de aquí hace semanas.

Una brisa entra por la ventana y enfría el sudor sobre mi piel.

Dejo la pistola sobre la mesa de noche y cruzo hasta la ventana para cerrarla. Me detengo por un instante, inspirando el aire fresco. Afuera, la noche está en silencio, salvo por el zumbido de un mosquito. Siento su aguijón en la mejilla. No registro la importancia de esa picadura de mosquito hasta que levanto el brazo para cerrar la ventana. Siento el aliento gélido del pánico subiéndome por la espalda.

La ventana no tiene mosquitero. ¿Dónde está el mosquitero?

Solo entonces percibo la presencia malévola. Mientras yo contemplaba a mi hija con amor, eso me vigilaba a mí. Siempre ha estado vigilando, esperando el momento, la oportunidad para atacar. Ahora nos ha encontrado.

Me vuelvo y me enfrento al mal.

DOS

La doctora Maura Isles no podía decidir si quedarse o huir.

Estaba en las sombras del aparcamiento del Hospital Pilgrim, lejos del resplandor de los reflectores y del círculo de cámaras de televisión, pues no deseaba que la descubrieran; la mayoría de los reporteros locales reconocerían a la llamativa mujer de cara pálida y pelo negro de corte recto que se había ganado el apodo de "Reina de los muertos". Hasta el momento, nadie había notado su llegada y ninguna cámara apuntaba hacia ella. En cambio, la docena de reporteros estaba concentrada en una camioneta blanca que acababa de detenerse en la entrada del hospital para depositar a su famosa pasajera. Se abrieron las puertas traseras y una tormenta eléctrica de flashes de cámaras iluminó la noche cuando depositaron a la célebre paciente sobre una camilla de hospital. La paciente era una estrella mediática cuya fama reciente superaba por mucho la de cualquier examinadora médica. Esa noche, Maura era solamente parte del público anonadado que había llegado hasta allí por la misma razón que los reporteros se agolpaban en la puerta del hospital como fanáticos admiradores en una cálida noche de domingo.

Todos anhelaban tener un atisbo de Madam X.

Maura se había enfrentado a los reporteros muchas veces, pero el hambre voraz de esa turba la asustaba. Sabía que si alguna presa nueva entraba en su campo de visión, cambiarían el foco de su atención en un instante y esa noche ella se sentía emocionalmente herida y vulnerable. Sopesó la idea de volver a subirse al coche y escapar del jaleo; pero lo único que le esperaba era una casa vacía y tal vez demasiadas copas de vino como compañía en reemplazo de la de Daniel Brophy. Últimamente pasaba demasiadas noches así, pero era la transacción que había hecho al enamorarse de él. El corazón toma decisiones sin sopesar las consecuencias. No mira hacia adelante, hacia las noches de soledad que sobrevienen.

La camilla que transportaba a Madam X entró en el vestíbulo, pasando junto a visitantes que observaban atónitos y a empleados emocionados que esperaban con los móviles en la mano para tomar fotografías. El desfile avanzó por un pasillo hacia el sector de Diagnóstico por Imágenes. Cuando llegaron a una puerta interna, solo se le permitió acceso a la camilla. Un empleado del hospital de traje y corbata se adelantó e impidió el paso de los reporteros.

—Tenemos que deteneros aquí —dijo—. Sé que todos queréis presenciar esto, pero la sala es muy pequeña. —Levantó las manos

para silenciar las protestas decepcionadas. —Me llamo Phil Lord. Soy el director de relaciones públicas del Hospital Pilgrim y estamos muy entusiasmados de ser parte de este estudio, ya que una paciente como Madam X solo aparece cada... bueno, pues cada dos mil años. —Sonrió ante las risas esperadas. —La tomografía computada no tomará mucho tiempo, así que si estáis dispuestos a esperar, uno de los arqueólogos saldrá en cuanto terminen para anunciar los resultados. —Se volvió hacia un hombre pálido de alrededor de cuarenta años que había retrocedido hasta un rincón, como esperando que no se percataran de su presencia.

—Doctor Robinson, antes de comenzar, ¿le gustaría decir unas palabras?

Hablarle a esa multitud era evidentemente lo último que el hombre de gafas deseaba hacer, pero tomó aire valientemente y se adelantó, acomodándose las gafas sobre el puente de su nariz aguileña. El arqueólogo en nada se parecía a Indiana Jones. Con entradas en el pelo y mirada algo bizca, se asemejaba más a un contable atrapado bajo el brillo hostil de las cámaras.

—Soy el doctor Nicholas Robinson —dijo—. Me desempeño como curador de...

—¿Podría hablar más fuerte, doctor? —gritó uno de los reporteros.

—Sí, disculpe. —El doctor Robinson carraspeó.

—Soy curador del Museo Crispin de Boston. Estamos inmensamente agradecidos con el Hospital Pilgrim que tan generosamente se ha ofrecido a hacerle la tomografía computada a Madam X. Es una oportunidad extraordinaria para vislumbrar íntimamente el pasado y a juzgar por la cantidad de periodistas aquí, estáis tan emocionados como nosotros. Mi colega la doctora Josephine Pulcillo, que es egiptóloga, vendrá a hablar con vosotros una vez que hayamos terminado el estudio. Os anunciará los resultados y responderá a vuestras preguntas.

—¿Cuándo se exhibirá a Madam X ante el público? —quiso saber un reportero.

—Esta misma semana, espero —dijo Robinson—. Ya se ha montado la nueva exhibición y...

—¿Hay alguna pista sobre su identidad?

—¿Por qué no se la ha exhibido antes?

—¿Podría pertenecer a la realeza?

—No lo sé —respondió Robinson, parpadeando ante el asedio de tantas peguntas—. Todavía debemos confirmar que es mujer.

—¿La encontrasteis hace seis meses y todavía no se sabe el sexo?

—Estos análisis llevan tiempo.

—Con una mirada debería bastar —dijo un reportero y el resto rió.

—No es tan sencillo como cree —respondió Robinson; las gafas se

le habían resbalado otra vez por la nariz. —Con dos mil años de edad, es sumamente frágil y hay que tratarla con sumo cuidado. Ya me ha puesto de los nervios tener que trasladarla aquí en esa furgoneta. Nuestra primera prioridad como museo es la preservación. Me considero su guardián y es mi deber protegerla. Eso por eso que nos ha tomado tiempo coordinar esta tomografía con el hospital. Nos movemos despacio y con mucho cuidado.

—¿Qué espera averiguar con esta tomografía, doctor Robinson?

La cara de Robinson se iluminó de entusiasmo.

—¡Pues todo! Su edad, su estado de salud. El método de preservación. Si tenemos suerte, hasta podríamos descubrir la causa de su muerte.

—¿Es por eso que está aquí la médica forense?

Como si fueran una criatura con múltiples jos, el grupo entero se volvió para mirar a Maura, que estaba en el fondo de la sala. Ella sintió el conocido impulso de retroceder cuando las cámaras se enfocaron en ella.

—Doctora Isles —dijo una reportera—, ¿ha venido a hacer un diagnóstico?

—¿Por qué está involucrada la oficina de medicina forense? —preguntó otra.

La última pregunta requería una respuesta inmediata, antes de que la prensa tergiversara el asunto.

Maura habló con firmeza:

—La oficina de medicina forense no está involucrada. Ciertamente no me pagan para estar aquí esta noche.

—Pero aquí está —dijo un apuesto reportero de Canal 5 que no le caía nada bien a Maura.

—He venido como invitada del Museo Crispin. El doctor Robinson creyó que en este caso, la perspectiva de una examinadora médica podría sumar. Así que me llamó la semana pasada para preguntarme si quería presenciar la tomografía. Creedme, ningún patólogo dejaría pasar esta oportunidad. Estoy tan fascinada por Madam X como vosotros y no veo la hora de conocerla. —Miró al curador con intención: —¿No es hora de comenzar, doctor Robinson?

El cogió de inmediato el salvavidas que Maura le lanzó.

—Sí. Sí, es hora. Por favor acompáñeme, doctora Isles.

Ella pasó por entre la gente y lo siguió dentro del departamento de Diagnóstico por Imágenes. Cuando se cerró la puerta tras ellos, aislándolos de la prensa, Robinson soltó un largo suspiro.

—Por Dios, se me da muy mal eso de hablar en público —dijo—. Gracias por ponerle fin al suplicio.

—He tenido mucha práctica. Demasiada.

Se estrecharon la mano y él dijo:

—Es un placer conocerla por fin, doctora Isles. El señor Crispin también quería conocerla, pero lo han operado de la cadera hace unos meses y todavía no puede pasar mucho tiempo de pie. Me pidió que le enviara saludos.

—Cuando me invitó, no me advirtió que tendría que pasar caminando por entre esa turba.

—¿La prensa? —Robinson hizo una mueca. —Son un mal necesario.

—¿Necesario para quién?

—Para nuestra supervivencia como museo. Desde que publicaron el artículo sobre Madam X, nuestra venta de boletos se ha disparado. Y todavía ni siquiera la hemos puesto en exhibición.

Robinson la guió por una madriguera de pasillos. En esa noche de domingo, el departamento de Diagnóstico por Imágenes estaba tranquilo y las salas por las que pasaban se veían oscuras y desiertas.

—Vamos a estar apiñados allí dentro —dijo Robinson—. Casi no hay lugar ni para un pequeño grupo.

—¿Quién más estará presente?

—Mi colega, Josephine Pulcillo; el doctor Brier, el radiólogo y un técnico de tomografías. Ah, y un par de cámaras.

—¿Contratados por usted?

—No. Son del Canal Discovery.

Sorprendida, Maura rió.

—Ahora sí que estoy impresionada.

—Significa que debemos cuidar el lenguaje. —Se detuvo afuera de la puerta que ostentaba el letrero de Tomografías Computadas y dijo en voz baja: —Es posible que ya estén grabando.

Entraron en silencio en la sala de observación de tomografías, donde efectivamente, los cámaras estaban grabando. El doctor Brier explicaba la tecnología que estaban por utilizar.

—Nuestro tomógrafo dispara rayos X al sujeto desde miles de ángulos diferentes. El ordenador luego procesa esa información y genera una imagen tridimensional de la anatomía interna. Se podrá ver aquí en este monitor. Se verá como una serie de cortes transversales, como si estuviéramos cortando el cuerpo en rebanadas.

Mientras continuaban grabando, Maura se acercó a la ventana de observación. A través del cristal, vio a Madam X por primera vez.

En el mundo enrarecido de los museos, las momias egipcias eran las estrellas de rock indiscutibles. Sus vitrinas de exhibición eran el sitio donde por lo general se agolpaban los alumnos de escuela, con las caras junto al cristal, fascinados por ese atisbo poco frecuente de la muerte. Rara vez el ojo moderno se encontraba con un cadáver humano en exhibición, a menos que se tratara del semblante aceptable de una momia. El público adoraba las momias y Maura no era ninguna

excepción. Observó, fascinada, aunque lo que veía no era nada más que un envoltorio de forma humana dentro de una caja abierta, con la carne oculta bajo vendajes vetustos. Montada sobre la cara se veía una máscara de cartonaje: la cara pintada de una mujer con llamativos ojos oscuros.

Pero luego otra mujer que se encontraba en la sala de tomografías llamó la atención de Maura. Con guantes de algodón, la joven se inclinó por encima de la caja para quitar capas de espuma de embalaje de alrededor de la momia. Se enderezó y se llevó hacia atrás el pelo, revelando ojos oscuros y llamativos como los que estaban pintados sobre la máscara. Sus facciones mediterráneas podrían haber aparecido en las pinturas de cualquier templo egipcio, pero su vestimenta era sumamente moderna: vaqueros ajustados y estrechos y una camiseta de Live Aid.

—Preciosa ¿no le parece? —murmuró el doctor Robinson. Se había ubicado junto a Maura y por un instante, ella no supo si se refería a Madam X o a la joven. —Parece estar en excelentes condiciones. Solo espero que el interior del cadáver esté tan bien preservado como esos envoltorios.

—¿Cuántos años cree que tiene? ¿Ha hecho un cálculo estimativo?

—Enviamos una muestra de la mortaja a que le hicieran un análisis de carbono catorce. Casi nos quedamos sin presupuesto por hacerlo, pero Josephine insistió. Los resultados dijeron que era del Siglo II AC.

—Ese es el período ptolemaico ¿verdad?

Él reaccionó con una sonrisa complacida.

—Veo que conoce las dinastías egipcias.

—En la universidad me especialicé en antropología, pero me temo que no recuerdo mucho salvo eso y a la tribu Yanomamo.

—De todos modos, estoy impresionado.

Maura contempló el cuerpo envuelto, maravillada ante el hecho de que lo que estaba en ese cajón de embalaje tenía más de dos mil años de edad. Menudo viaje había hecho, a través de un océano, a través de los siglos, para terminar tendida sobre la camilla de un tomógrafo en un hospital de Boston, observada por los curiosos.

—¿Vais a dejarla en el cajón durante la tomografía? —preguntó.

—Queremos tocarla lo menos posible. El cajón no será un estorbo. Podremos echar un buen vistazo a lo que hay debajo de esa mortaja.

—¿O sea que usted no ha visto nada todavía?

—¿Se refiere a si he desenvuelto alguna parte? —Sus ojos bondadosos se agrandaron en una expresión de horror. —Ay, por Dios, no. Hace cien años, eso es lo que habrían hecho los arqueólogos y así es como se terminaron dañando tantos especímenes. Es probable que debajo de ese envoltorio externo haya capas de resina, así que no se debe quitar del todo. Puede que haya que ir cortándolo. No es solo

destructivo, sino irrespetuoso. Jamás haría una cosa así. —Observó por la ventana a la joven de cabello oscuro. —Y Josephine me mataría si lo hiciera.

—¿Esa es su colega?

—Sí. La doctora Pulcillo.

—No parece tener más de dieciséis años.

—¿Verdad que no? Pero es una luz. Es la que organizó todo para esta tomografía. Y cuando los abogados del hospital intentaron impedirlo, Josephine consiguió que la hicieran igual.

—¿Pero qué objeción podían tener los abogados?

—Suena a broma, lo sé, pero era porque la paciente no podía dar su consentimiento informado al hospital.

Maura soltó una risa incrédula.

—¿Querían el consentimiento informado de una momia?

—Cuando se es abogado, todas las letras i deben llevar el punto. Aun cuando la paciente ha estado muerta durante miles de años.

Tras quitar todo el material de embalaje, la doctora Pulcillo se unió a ellos en la sala de observación y cerró la puerta que conectaba con el compartimiento donde estaba el tomógrafo. La momia ahora estaba expuesta en el cajón, esperando el primer aluvión de rayos X.

—¿Doctor Robinson? —dijo el técnico, con los dedos sobre el teclado del ordenador—. Necesitamos registrar la información requerida sobre la paciente antes de poder comenzar la tomografía. ¿Qué fecha de nacimiento pongo?

El curador arrugó el entrecejo.

—Ay, Dios. ¿En serio necesita una fecha de nacimiento?

—No puedo comenzar el estudio si no lleno estos casilleros. Intenté poner el año cero, pero el ordenador no lo coje.

—¿Qué tal si utilizamos la fecha de ayer? Que tenga un día de vida.

—Bien. Ahora el programa me pide el sexo. ¿Masculino, femenino u otro?

Robinson parpadeó.

—¿Hay una categoría para otro?

El técnico sonrió.

—Hasta ahora nunca he podido marcar ese casillero.

—Pues entonces, utilicémoslo esta noche. La máscara tiene cara de mujer, pero nunca se sabe. No podremos saber el sexo hasta que la examinemos.

—De acuerdo —dijo el doctor Brier, el radiólogo—. Estamos listos para comenzar.

El doctor Robinson asintió.

—Adelante, entonces.

Se agruparon alrededor del monitor del ordenador, esperando que

aparecieran las primeras imágenes. Por la ventana, podían ver cómo la mesa se movía para introducir la cabeza de Madam X en la abertura en forma de rosquilla, donde la máquina la bombardeó con rayos X desde múltiples ángulos. La tomografía computada no era tecnología médica reciente, pero su uso como herramienta arqueológica era relativamente nuevo. Nadie en esa sala había visto antes una tomografía en vivo de una momia y cuando todos se apiñaron para ver, Maura se dio cuenta de que la cámara de televisión estaba enfocada en sus caras, lista para captar sus reacciones. Junto a ella, Nicholas Robinson se balanceaba sobre los pies, irradiando suficiente energía nerviosa como para contagiar a todos los presentes. Maura sintió que se le aceleraba el pulso a ella también mientras pugnaba por conseguir mejor visión del monitor. La primera imagen que apareció solo cosechó suspiros de impaciencia.

—Es solo la caja —explicó el doctor Brier.

Maura miró rápidamente al doctor Robinson y vio que tenía los labios apretados en líneas finas. ¿Terminaría Madam X siendo nada más que un paquete vacío de trapos? La doctora Pulcillo estaba junto a él, con aspecto igualmente tenso; aferraba el respaldo de la silla del radiólogo mientras miraba por encima de su hombro, esperando vislumbrar cualquier cosa identificable como humana, cualquier cosa que confirmara que dentro de esos vendajes había un cadáver.

La siguiente imagen cambió todo. Era un disco sorprendentemente brillante y en el instante en que apareció, los espectadores inspiraron abrupta y simultáneamente.

Hueso.

El doctor Brier dijo:

—Esa es la parte superior del cráneo. Enhorabuena, decididamente tenéis un ocupante allí dentro.

Robinson y Pulcillo se palmearon mutuamente la espalda, felices.

—¡Esto es lo que estábamos esperando! —exclamó él.

Pulcillo sonrió.

—Ahora podemos terminar de montar esa exhibición.

—¡Momias! —Robinson echó la cabeza hacia atrás y rió. —¡A todos les encantan las momias!

Aparecieron nuevos cortes en la pantalla y la atención de los presentes volvió al monitor; se veía el cráneo con la cavidad rellena no de masa cerebral sino de cordeles que parecían un manojo de lombrices anudadas.

—Son tiras de lino —murmuró la doctora Pulcillo maravillada, como si fuera el espectáculo más bello que había visto en su vida.

—No hay masa cerebral —observó el técnico.

—No, por lo general, el cerebro se extraía.

—¿Es cierto que les metían un gancho por la nariz y les extirpaban el cerebro de esa manera? —preguntó el técnico.

—Casi cierto. En realidad no se puede extirpar el cerebro porque es demasiado blando. Es probable que utilizaran algún instrumento para agitarlo y removerlo hasta que se licuaba. Luego inclinaban el cadáver para que el cerebro chorreara por la nariz.

—Hostias, ¡que asco! —dijo el técnico. Pero escuchaba con fascinación cada palabra de Pulcillo.

—Solían dejar el cráneo vacío o lo rellenaban con tiras de lino, como se ve aquí. Y con incienso.

—¿Qué es el incienso? Siempre me lo he preguntado.

—Una resina aromática. Proviene de un árbol muy especial de África. Muy valorada en el mundo antiguo.

—Es por eso que uno de los tres Reyes Magos lo llevó a Belén.

La doctora Pulcillo asintió.

—Se lo habría considerado un obsequio muy valioso.

—Bien —dijo el doctor Brier—. Estamos ahora por debajo del nivel de las órbitas craneales. Allí podéis ver la mandíbula superior y... —Se interrumpió y frunció el ceño al ver una densidad inesperada.

—¡Madre mía! —murmuró Robinson.

—Es algo metálico —dijo el doctor Brier—. Está alojado en la cavidad bucal.

—Podría tratarse de una hoja de oro —interpuso Pulcillo—. En la era greco-romana, en ocasiones se colocaban hojas de oro dentro de la boca.

Robinson se volvió hacia la cámara de televisión, que estaba grabando todos los comentarios.

—Parece haber metal dentro de la boca. Eso se correlacionaría con nuestra fecha tentativa de la era greco-romana...

—¿Pero qué es esto? —exclamó el doctor Brier.

Maura volvió a clavar la vista en la pantalla del ordenador. Un brillo estrellado había aparecido en la mandíbula inferior de la momia, una imagen que la dejó estupefacta porque no debería haber estado presente en un cadáver de dos mil años de antigüedad. Se inclinó hacia el monitor, con los ojos fijos en un detalle que seguramente no habría ameritado comentario alguno si se hubiera tratado de un cadáver recién llegado a la mesa de autopsias.

—Sé que es imposible —dijo en voz baja—. ¿Pero sabéis a qué se asemeja eso?

El radiólogo asintió.

—Parece tratarse de un empaste dental.

Maura se volvió hacia el doctor Robinson, que parecía tan sorprendido como el resto de los presentes.

—¿Alguna vez se ha descrito algo como esto en una momia

egipcia? —preguntó—. ¿Reparaciones dentales antiguas que podrían confundirse con empastes modernos?

Con expresión desconcertada, él negó con la cabeza.

—Pero no significa que los egipcios fueran incapaces de hacerlo. Su medicina era la más avanzada del mundo antiguo. —Miró a su colega. —Josephine, ¿qué puedes decirnos al respecto? Es tu campo de especialidad.

La doctora Pulcillo intentaba encontrar una respuesta.

—Hay... existen papiros médicos del Antiguo Egipto que describen cómo reparar dientes flojos y hacer puentes dentales —dijo—. Y había un curandero que era famoso por fabricar dientes. Por lo tanto, sabemos que eran ingeniosos en lo que respecta a la salud bucal. Muy adelantados para su época.

—¿Pero hacían este tipo de reparaciones? —preguntó Maura, señalando la pantalla.

La doctora Pulcillo miró la imagen con expresión preocupada.

—Si lo hacían, no tengo conocimientos de ello —respondió en voz baja.

En el monitor aparecieron nuevas imágenes en distintos tonos de gris; el cadáver aparecía en cortes transversales como si lo hubieran rebanado con un cuchillo de pan. Podían exponerla a un bombardeo de rayos X desde todos los ángulos, someterla a dosis masivas de radiación, pues esa paciente ya no temía el cáncer ni otros efectos secundarios. Aceptaba con más sumisión que nadie el asedio de los rayos X.

Alterado por las imágenes anteriores, Robinson se había inclinado hacia adelante como un arco muy tenso, en guardia para la siguiente sorpresa. Aparecieron los primeros cortes del tórax, con la cavidad negra y vacía.

—Por lo que se ve, le han extirpado los pulmones —dijo el radiólogo—. Lo único que veo es un pedacito marchito de mediastino en el pecho.

—Es el corazón —dijo Pulcillo con voz más firme. Eso, al menos, era algo que había esperado ver. —Siempre intentaban dejarlo en su sitio.

—¿Solamente el corazón?

Ella asintió.

—Se consideraba el centro de la inteligencia, así que nunca se lo separaba del cuerpo. En el Libro de los muertos hay tres conjuros separados para asegurarse de que el corazón permanezca en su lugar.

—¿Y los otros órganos? —preguntó el técnico—. Tengo entendido que los colocaban en frascos especiales.

—Eso era antes de la Vigesimoprimera Dinastía. Después del año 1000 AC, los órganos se envolvían en cuatro paquetes y se volvían a

insertar dentro del cuerpo.

—¿Entonces deberíamos poder ver eso?

—En una momia de la era ptolemaica, sí.

—Creo que puedo hacer una conjetura sobre la edad que tenía cuando murió —dijo el radiólogo. - Las muelas de juicio ya habían asomado por completo y las suturas craneales están cerradas. Pero no veo cambios degenerativos en la columna.

—Una adulta joven —dijo Maura.

—De menos de treinta y cinco años, probablemente.

—En la época en que vivía, treinta y cinco era ya la mediana edad —acotó Robinson.

El escaneo siguió por debajo del tórax. Los rayos X penetraban bajo las capas de vendajes y la cáscara seca de huesos para revelar la cavidad abdominal. Lo que se veía a Maura le resultaba misterioso y desconocido, extraño como la autopsia de un extraterrestre. Donde esperaba ver el hígado y el bazo, el estómago y el páncreas, veía, en cambio, rollos de lino que parecían serpientes; un paisaje interior al que le faltaba todo aquello que debería haber sido reconocible. Solo los nudos brillantes de las vértebras le indicaban que se trataba de un cadáver humano, un cadáver que había sido ahuecado y convertido en una cáscara, rellenado como una muñeca de trapo.

La anatomía de una momia podía resultarle desconocida, pero para Robinson y Pulcillo era territorio conocido. A medida que iban apareciendo nuevas imágenes, ellos se inclinaban hacia adelante, señalando los detalles que reconocían.

—Allí —dijo Robinson—. Esos son los cuatro paquetes envueltos en lino que contienen los órganos.

—Bien, ahora estamos en la pelvis —anunció el doctor Brier—. Señaló dos arcos pálidos, los bordes superiores de las crestas ilíacas.

Corte por corte, la pelvis fue tomando forma a medida que el ordenador compilaba e interpretaba innumerables rayos X. Era como un striptease digital: cada imagen revelaba un atisbo seductor.

—Observad la forma de la entrada pélvica —comentó el doctor Brier.

—Es una mujer —dijo Maura.

El radiólogo asintió.

—Diría que es bastante conclusivo. —Se volvió y les sonrió a los dos arqueólogos: ahora podéis llamarla oficialmente Madam X y no Míster X.

—Y observad la sínfisis púbica —comentó Maura, que seguía concentrada en el monitor—. No hay separación.

Brier asintió.

—Concuerdo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Robinson.

Maura explicó:

—Durante el parto, el pasaje del bebé por la entrada pélvica puede llegar a separar los huesos púbicos, donde se unen en la sínfisis. Por lo que se ve, esta mujer no tuvo hijos.

El técnico rió:

—Es “momi” pero no “mami”.

El escaneo proseguía más allá de la pelvis y ahora se veían cortes longitudinales de los dos fémures, recubiertos por la carne marchita de la parte superior de los muslos.

—Nick, tenemos que llamar a Simon —dijo Pulcillo—. Ha de estar esperando junto al teléfono.

—Cielos, lo olvidé por completo. –Robinson sacó el móvil y marcó el número de su jefe.

—Simon, ¿adivina qué estoy mirando en este momento? Sí, es una belleza. Además, hemos descubierto algunas sorpresas, así que la conferencia de prensa va a ser un... —Se quedó helado, mirando la pantalla.

—¡Joder! —exclamó el técnico.

La imagen en el monitor era tan inesperada que la sala quedó en completo silencio. Si un paciente vivo hubiera estado tendido sobre la mesa del tomógrafo, Maura no hubiera tenido ninguna dificultad en reconocer el pequeño objeto metálico incrustado en el tobillo, un objeto que había quebrado la vara delgada del peroné. Pero ese pedazo de metal no encajaba en la pierna de Madam X.

Una bala no encajaba en el milenio de Madam X.

—¿Es lo que creo que es? —dijo el técnico.

Robinson negó con la cabeza.

—Debe de tratarse de una lesión post mortem. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Dos mil años de post mortem?

—Te... te volveré a llamar, Simon. —Robinson desconectó el móvil. Volviéndose hacia el operador de la cámara, ordenó: —Apáguela. Por favor apáguela ahora. —Inspiró hondo. —Bien. Bien... veamos... abordemos el asunto con lógica. —Se enderezó cuando se le ocurrió una explicación obvia, lo que le hizo recuperar seguridad. —A menudo las momias sufren maltratos y daños a manos de buscadores de recuerdos. Obviamente, alguien le disparó una bala a la momia. Y más tarde, un conservador trató de reparar el daño volviendo a envolverla en los vendajes. Por ese motivo no vimos un orificio de entrada en las vendas.

—No es eso lo que sucedió —objetó Maura.

Robinson parpadeó.

—¿A qué se refiere? Esa tiene que ser la explicación.

—La lesión en la pierna no fue post mortem. Sucedió mientras la

mujer estaba viva.

—Imposible.

—Temo que la doctora Isles tiene razón —dijo el radiólogo. Miró a Maura. —¿Se refiere a la formación de un callo temprano alrededor del lugar de la fractura?

—¿Qué significa eso? —preguntó Robinson—. ¿Formación de callo?

—Significa que el hueso roto ya había comenzado a sanar cuando esta mujer murió. Vivió por lo menos algunas semanas después de la lesión.

Maura se volvió hacia el curador.

—¿De dónde vino esta momia?

A Robinson se le habían vuelto a resbalar las gafas por la nariz y miraba por encima de ellas, como hipnotizado por lo que veía brillar en la pierna de la momia.

Fue la doctora Pulcillo la que respondió a la pregunta; su voz era casi un susurro.

—Estaba en el sótano del museo, en el depósito. Nick, el doctor Robinson, la encontró en enero.

—¿Y cómo llegó al museo?

Pulcillo negó con la cabeza.

—No lo sabemos.

—Pero debe haber registros. Algo en los archivos que indique de dónde vino.

—No hay nada sobre ella —dijo Robinson, que por fin había recuperado la voz—. El Museo Crispin tiene ciento treinta años de vida y han desaparecido muchos registros. No tenemos idea del tiempo que estuvo guardada en el sótano.

—¿Y cómo la encontró?

Aun en la sala refrigerada, la cara pálida del doctor Robinson estaba sudada. —Hace tres años, cuando me contrataron, comencé a inventariar la colección. Fue así que di con ella. Estaba en un cajón de madera sin rotular.

—¿Y no le sorprendió? ¿Encontrar algo tan excepcional como una momia egipcia en un cajón sin rotular?

—Es que las momias no son tan excepcionales. Allá por el 1800, se podía comprar una en Egipto por solo cinco dólares, así que los turistas norteamericanos las traían al país de a cientos. Aparecen en desvanes y tiendas de antigüedades. Un circo de las Cataratas del Niágara alega que en su colección tenía al rey Ramsés I. Por lo que no es tan sorprendente que encontráramos una momia en nuestro museo.

—¿Doctora Isles? —dijo el radiólogo—. Tenemos la placa. Creo que querrá verla.

Maura se volvió hacia el monitor, que mostraba una radiografía

convencional igual a las que ella colgaba sobre su caja de luz en la morgue. No necesitaba la ayuda de un radiólogo para interpretar lo que veía en ella.

—No quedan dudas —afirmó el doctor Brier.

No. No queda ninguna duda. Tiene una bala en la pierna.

Maura sacó el móvil.

—¿Doctora Isles? —dijo Robinson—. ¿A quién llama?

—Estoy solicitando el traslado a la morgue —respondió ella—. Madam X ha pasado a ser un caso para la oficina de medicina forense.

TRES

—¿Soy yo que imagino cosas o a nosotros dos nos tocan todos los casos extraños? —dijo el detective Barry Frost.

Madam X era decididamente uno de los casos extraños, pensó la detective Jane Rizzoli mientras pasaba con el coche junto a las camionetas de televisión y entraba en el aparcamiento del edificio de medicina forense. Eran apenas las ocho de la mañana y ya estaban ladrando las hienas, hambrientas por obtener detalles de ese supremo caso sin resolver, un caso del que Jane se había reído con incredulidad cuando Maura la había llamado la noche anterior. Al ver las camionetas de los canales de televisión, Jane cayó en la cuenta de que tal vez era hora de ponerse serios, de considerar la posibilidad de que no fuera, después de todo, una broma complicada que le estaba haciendo la médica forense, que carecía por completo de humor.

Aparcó el coche y se quedó mirando las camionetas, preguntándose cuántas cámaras más estarían esperando allí fuera cuando Frost y ella salieran del edificio.

—Por lo menos esta no va a tener mal olor —dijo Jane.

—Pero las momias te pueden contagiar enfermedades, sabes.

Jane se volvió hacia su compañero, cuya cara pálida y juvenil se veía genuinamente preocupada.

—¿Qué enfermedades? —preguntó.

—Desde que Alice se ha ido, he estado mirando mucha televisión. Anoche vi un programa del canal Discovery sobre momias que tienen esporas.

—Ay, esporas, qué miedo.

—No es broma —insistió—. Te pueden producir enfermedades.

—Madre mía, espero que Alice vuelva pronto. Estás con sobredosis de canal Discovery.

Salieron del coche a la humedad pegajosa que hacía que el pelo naturalmente crespo de Jane se desordenara en rizos rebeldes. Durante sus cuatro años como detective de homicidios, había hecho esa caminata hasta el edificio de la morgue muchas veces, resbalando sobre el hielo en enero, corriendo bajo la lluvia en marzo y caminando pesadamente sobre el asfalto ardiente como lava en agosto. Esos cincuenta metros le resultaban familiares, al igual que su sombrío destino. Había creído que entrar en la morgue se volvería más fácil con el tiempo, que algún día se sentiría inmune a los horrores que podía depararle la mesa de acero inoxidable. Pero desde que había nacido su hija Regina hacía un año, la muerte le producía un terror

que no había experimentado antes. La maternidad no te hacía más fuerte; te volvía vulnerable y temerosa de lo que la muerte te podía arrebatar.

Ese día, sin embargo, lo que esperaba en la morgue despertaba fascinación, no horror. Cuando Jane entró en la antesala del laboratorio de autopsias, fue directamente a la ventana, ansiosa de atisbar por primera vez el cadáver sobre la mesa.

"Madam X" era el apodo que el Boston Globe le había dado a la momia, un nombre pegadizo que evocaba una visión de belleza sensual, una Cleopatra de ojos oscuros. Jane vio una cáscara reseca envuelta en trapos.

—Parece un tamal humano —comentó.

—¿Quién es la chica? —preguntó Frost, que miraba por la ventana.

Había dos personas en la sala a quienes Jane no conocía. El hombre era alto y desgarbado, con gafas de profesor apoyadas en la nariz. La joven era menuda y morena; vestía vaqueros debajo de una bata para autopsias.

—Deben de ser los arqueólogos del museo. Iban a estar presentes.

—¿Ella es arqueóloga? Vaya.

Jane lo golpeó con el codo.

—Alice se va por unas semanas y olvidas que eres un hombre casado.

—Es solo que nunca imaginé que una arqueóloga podía ser tan sexy.

Se calzaron los cubrezapatos desechables, las batas para autopsias y entraron en el laboratorio.

—Hola, doc —dijo Jane—. ¿En serio que nos veremos involucrados en esto?

Maura, que observaba la caja de luz, se volvió y como siempre, la miró con absoluta seriedad. Si bien los otros patólogos hacían bromas o lanzaban comentarios irónicos durante las autopsias, era raro que Maura siquiera riera en presencia de los muertos.

—Pues vamos a descubrirlo. —Les presentó a las personas que habían visto por la ventana. —Este es el curador, el doctor Nicholas Robinson. Y su colega, la doctora Josephine Pulcillo.

—¿Ambos trabajáis en el Museo Crispin? —preguntó Jane.

—Y están muy consternados respecto de lo que estoy a punto de hacer aquí —dijo Maura.

—Es destructivo —dijo Robinson—. Tiene que haber otro modo de conseguir información que no sea abriéndola de arriba abajo.

—Es por eso que quería que estuviera aquí, doctor Robinson —dijo Maura—. Para ayudarme a minimizar el daño. Lo que menos deseo es destruir una antigüedad.

—Tenía entendido que la tomografía computada de anoche

mostraba claramente una bala —dijo Jane.

—Esas son las radiografías que tomamos esta mañana —respondió Maura, señalando la caja de luz—. ¿Qué opinas?

Jane se acercó para estudiarlas. Dentro del tobillo derecho brillaba lo que ciertamente se parecía a una bala.

—Sí, ya veo por qué anoche te dio un ataque al ver esto.

—No me dio ningún ataque.

Jane rió.

—Pues me dio esa impresión cuando me llamaste.

—Debo admitir que me quedé pasmada cuando lo vi. Todos quedamos igual. —Maura señaló los huesos de la parte inferior de la pierna derecha. —Observa cómo se fracturó el peroné, supuestamente debido al proyectil.

—¿Dijiste que sucedió mientras ella todavía estaba viva?

—Aquí se ve el comienzo de la formación del callo. Este hueso había comenzado a sanar cuando ella murió.

—Pero las vendas tenían dos mil años —dijo el doctor Robinson—. Lo hemos confirmado.

Jane se quedó mirando la radiografía, intentando encontrarle una explicación lógica a lo que estaban viendo.

—Tal vez no se trata de una bala. Tal vez es alguna cosa antigua de metal. Una punta de lanza o algo por el estilo.

—Eso no es una punta de lanza, Jane —objetó Maura—. Es una bala.

—Pues extráesela, entonces. Demuéstramelo.

—¿Y si lo hago?

—Pues entonces nos estallará la cabeza ¿verdad? O sea, ¿cuáles son las explicaciones posibles?

—¿Sabes qué dijo Alice cuando se lo conté por teléfono anoche? —dijo Frost—. Un viaje en el tiempo. Fue lo primero que se le ocurrió.

Jane rió.

—¿Desde cuándo Alice se ha vuelto esotérica?

—Es teóricamente posible, sabes, viajar hacia atrás en el tiempo —dijo él—. Llevar una pistola al antiguo Egipto.

Maura interrumpió con tono impaciente:

—¿Podemos mantenernos en el plano de las posibilidades reales?

Jane arrugó el entrecejo y miró con atención el trozo brillante de metal que se parecía a tantos otros que había visto en incontables radiografías de extremidades sin vida y cráneos destrozados.

—No puedo pensar en ninguna —dijo—. Así que ¿por qué no la abres y vemos qué es ese objeto de metal? Tal vez estos arqueólogos tienen razón. Tal vez te estás apresurando a sacar conclusiones, doc.

Robinson intervino:

—Como curador, es mi deber protegerla y no permitir que se la

destroce sin sentido. ¿Puede, por lo menos, limitar los daños a la zona relevante?

Maura asintió.

—Me parece razonable. —Se acercó a la mesa. —Girémosla. Si hay un orificio de entrada, estará en el tobillo derecho.

—Es mejor que trabajemos juntos —dijo Robinson. —Se ubicó junto a la cabeza y Pulcillo, junto a los pies. —Tenemos que sostener todo el cuerpo y no dejar que ninguna parte cargue peso. ¿Podríamos hacerlo los cuatro, por favor?

Maura puso las manos enguantadas debajo de los hombros y dijo:

—Detective Frost, ¿podría sostener las caderas?

Frost vaciló, con la mirada fija en las vendas de lino manchadas.

—¿No deberíamos usar máscaras o algo así?

—Solo vamos a girarla —respondió Maura.

—Escuché decir que transmiten enfermedades. Que si inhalas esporas te contagias de neumonía.

—Ay, por el amor de Dios —dijo Jane—. Se puso los guantes y se acercó a la mesa. Deslizó las manos debajo de las caderas de la momia y anunció: —Estoy lista.

—Muy bien, levantemos —dijo Robinson—. Ahora rotémosla. Eso es...

—Vaya, no pesa casi nada —comentó Jane.

—Un cuerpo humano está conformado mayormente por agua. Si le quitas los órganos y deshidratas la carcasa, terminas con una fracción del peso anterior. Debe de pesar unos veinticinco kilos, con vendas y todo.

—Se parece a la cecina de carne bovina ¿no?

—Eso es exactamente lo que es. Cecina humana. Bien, ahora apoyémosla suavemente.

—Ese asunto de las esporas, lo dije en serio —insistió Frost—. Vi un programa de televisión.

—¿Se refiere a la maldición del Rey Tutankamón? —dijo Maura.

—Ajá —respondió Frost— ¡A eso me refiero! Toda la gente que murió tras entrar en su tumba. Inhalaron unas esporas o algo así y se enfermaron.

—Aspergillus —explicó Robinson—. Cuando el equipo de Howard Carter entró en la tumba, posiblemente inhalaron esporas que se habían acumulado durante siglos. Algunos de ellos se enfermaron de neumonía por aspergillus y murieron.

—¿O sea que Frost no está diciendo patrañas? —exclamó Jane—. ¿Realmente existió la maldición de una momia?

Un destello de fastidio cruzó por los ojos de Robinson.

—Por supuesto que no hubo ninguna maldición. Sí, algunas personas murieron, pero con lo que Carter y su equipo le hicieron al

pobre Tutankamón tal vez debería haber existido una maldición.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Jane.

—Lo brutalizaron. Lo abrieron, le quebraron los huesos y esencialmente lo despedazaron buscando joyas y amuletos. Lo cortaron en pedazos para sacarlo del ataúd, le arrancaron los brazos y las piernas. Le cortaron la cabeza. No fue ciencia. Fue una profanación. —Bajó la mirada hacia Madam X y Jane vio admiración, hasta afecto en sus ojos. —No queremos que lo mismo le suceda a ella.

—Lo que menos quiero hacer es destrozarla —aclaró Maura—. Así que desenvolvámosla solo lo suficiente para averiguar qué es lo que tenemos aquí.

—No creo que pueda solamente desenvolverla —dijo Robinson—. Si las tiras internas estaban empapadas con resina, como era la tradición, estarán pegadas como con cola.

Maura echó una última mirada a la radiografía y luego cogió un bisturí y unas pinzas. Jane había visto cómo Maura abría otros cadáveres, pero nunca la había visto vacilar tanto, con la hoja en el aire por encima del tobillo, como temiendo realizar la primera incisión. Lo que estaban a punto de hacer dañaría para siempre a Madam X y los doctores Robinson y Pulcillo observaban con expresiones de franca desaprobación.

Maura hizo la primera incisión. No fue el corte habitual y seguro sobre la carne. En cambio, utilizó las pinzas para levantar delicadamente la venda de lino para cortar las sucesivas capas de tela, tira por tira.

—Se despega con bastante facilidad —dijo.

La doctora Pulcillo frunció el ceño.

—Esto no es tradicional. Por lo general las vendas se empapaban en resina derretida. Alrededor de 1830, cuando desenvolvían las momias, a veces tenían que arrancar los vendajes.

—¿Qué sentido tenía la resina? —preguntó Frost.

—Hacer que las vendas se adhirieran entre ellas. Les daba rigidez, como hacer un envase de papel maché para proteger el contenido.

—Ya he atravesado la capa final —anunció Maura—. No hay nada de resina aquí.

Jane se inclinó hacia adelante para atisbar lo que había debajo de las vendas.

—¿Esa es su piel? Parece cuero antiguo.

—La piel seca es precisamente eso, de algún modo, detective Rizzoli: cuero —explicó Robinson.

Maura cogió la tijera y cortó cuidadosamente los trozos de tela, dejando al descubierto un sector más amplio de piel. Parecía pergamino marrón envuelto alrededor de los huesos. Estudió, de nuevo, la radiografía y pasó una Lupa sobre el tobillo.

—No veo ningún orificio de entrada en la piel.

—O sea que la herida no es post mortem —observó Jane.

—Coincide con lo que vemos en la radiografía. Ese cuerpo extraño ingresó mientras ella estaba viva. Vivió lo suficiente como para que el hueso fracturado comenzara a sanar y la herida se cerrara.

—¿Cuánto tiempo llevaría eso?

—Algunas semanas. Un mes, tal vez.

—Alguien tiene que haberla cuidado durante ese tiempo ¿verdad? Tiene que haberle dado acogida y haberla alimentado.

Maura asintió.

—Esto hace que la forma de muerte sea más difícil de determinar.

Robinson preguntó:

—¿La forma de muerte? ¿A qué se refiere?

—En otras palabras —explicó Jane—, nos estamos preguntando si la asesinaron.

—Antes que nada aclaremos el problema principal. —Maura cogió el bisturí. La momificación había endurecido los tejidos dejándolos con la consistencia de cuero y la hoja no cortaba con facilidad la carne marchita.

Jane miró hacia el otro lado de la mesa y vio que la doctora Pulcillo apretaba los labios, como para reprimir una protesta. Pero por mucho que objetara el procedimiento, la mujer no podía apartar la mirada. Todos se inclinaron hacia adelante, hasta el espora fóbico de Frost, con los ojos fijos en ese sector de pierna al descubierto, cuando Maura cogió los fórceps y hundió las puntas en la incisión. Le llevó solamente segundos hurgar dentro de la carne reseca hasta que los dientes de los fórceps se cerraron sobre el premio. Maura dejó caer el objeto dentro de una bandeja de acero y se oyó un sonido metálico.

La doctora Pulcillo ahogó una exclamación. Eso no era la punta de una lanza ni un pedazo roto de hoja de cuchillo.

Maura finalmente puso en palabras lo que resultaba obvio.

—Creo que estamos en condiciones de afirmar que Madam X no tiene dos mil años de antigüedad.

CUATRO

—No entiendo —murmuró la doctora Pulcillo—. Se analizaron los vendajes. El carbono confirmó la edad.

—Pero eso es una bala —dijo Jane, señalando la bandeja—. Calibre veintidós. El análisis estuvo mal hecho.

—¡Es un laboratorio muy respetado! Estaban seguros respecto de la fecha.

—Ambas podríais tener razón —dijo Robinson en voz baja.

—¿Ah, sí? —Jane lo miró. —Me gustaría saber de qué manera.

Él inspiró hondo y se alejó de la mesa, como si necesitara espacio para pensar. —Los veo salir a la venta de tanto en tanto. No sé qué cantidad es genuina, pero estoy seguro de que hay cargamentos de material auténtico en el mercado de antigüedades.

—¿De qué habla?

—De vendajes de momias. Son más fáciles de encontrar que las momias. Los he visto en eBay.

Jane rió, sorprendida.

—¿Se pueden comprar vendajes de momias por internet?

—En un momento hubo un floreciente comercio internacional de momias. Se las molía para utilizarlas como medicinas. Se las enviaba a Inglaterra como fertilizante. Los turistas adinerados las compraban, las llevaban de regreso a sus casas y hacían fiestas a las que invitaban amigos para que vieran cómo las desenvolvían. Como muchas veces aparecían amuletos y joyas entre los vendajes, era como una búsqueda del tesoro de la que los invitados se llevaban recuerdos.

—¿Eso era una forma de entretenimiento? —dijo Frost—. ¿Desenvolver un cadáver?

—Se hacía en algunos de los hogares más elegantes de la época victoriana —explicó Robinson—. Lo que demuestra qué poco respeto tenían por los muertos de Egipto. Y cuando terminaban de desenvolver el cadáver, se deshacían de él o lo quemaban. Pero muchas veces se guardaban los vendajes como suvenires. Por eso todavía se encuentran cantidades importantes a la venta.

—O sea que estos vendajes podrían ser muy antiguos —dijo Frost —, aun si el cadáver no lo es.

—Eso explicaría el resultado de la prueba de carbono catorce. Pero en cuanto a Madam X... —Perplejo, Robinson negó con la cabeza.

—Todavía no podemos probar que haya sido un homicidio —dijo Frost—. No se puede condenar a alguien sobre la base de una herida de bala que ya estaba cicatrizando.

—Me cuesta creer que se ofreció voluntariamente para que la momifiquen —dijo Jane.

—En realidad —intervino Robinson—, es posible que lo haya hecho.

Todos se volvieron para mirar al curador, que estaba completamente serio.

—¿Ofrecerse voluntariamente para que le arranquen el cerebro y los órganos? —exclamó Jane—. No, gracias.

—Algunas personas han donado sus cadáveres precisamente para ese propósito.

—Eh, también vi ese programa por televisión—acotó Frost—. Otro del Canal Discovery. Un arqueólogo momificó a un tío, de verdad.

Jane observó el cadáver envuelto. Imaginó estar apresada en capa tras capa de vendajes sofocantes. Estar sujeta dentro de una chaqueta de fuerza de lino durante mil, dos mil años, hasta el día en que algún arqueólogo curioso decidiera quitar las vendas y exponer los restos marchitos. Nada de "polvo eres y al polvo volverás", sino carne eres y cuero serás. Tragó saliva.

—¿Por qué motivo alguien se ofrecería para algo así?

—Es una forma de alcanzar la inmortalidad ¿no cree? —dijo Robinson—. En vez de descomponerse. El cuerpo preservado. Quienes nos aman no tienen que entregarnos a la podredumbre.

Quienes nos aman. Jane levantó la mirada.

—¿Está diciendo que esto podría haber sido un acto de amor?

—Sería una forma de aferrarse a una persona amada. Para protegerla de las lombrices. De la descomposición.

Como le sucede a toda carne, pensó Jane y la temperatura de la sala de pronto pareció disminuir abruptamente.

—Tal vez no tenga nada que ver con el amor. Tal vez tenga que ver con la propiedad.

Robinson le sostuvo la mirada, visiblemente alterado por esa posibilidad.

—No lo había pensado de esa manera —murmuró.

Jane se volvió hacia Maura.

—Continuemos con la autopsia, doc. Necesitamos más información sobre la cual trabajar.

Maura cruzó hasta la caja de luz, quitó las radiografías de la pierna y las reemplazó por las imágenes de la tomografía computada.

—Volvamos a girarla de espaldas.

Esta vez, al cortar las vendas que cubrían el tórax, Maura no perdió tiempo preocupándose por preservar la momia. Sabían ya que no estaba cortando un cadáver antiguo; ahora estaban investigando una muerte y las respuestas no las encontrarían en las vendas de lino sino

en la carne y los huesos. Las vendas se rasgaron, dejando al descubierto la piel marrón y encogida del tórax, a través de la cual se veía el contorno de las costillas, como una bóveda huesuda debajo de una tienda reseca. Maura siguió hacia la cabeza, despegó la máscara pintada y comenzó a cortar las vendas que cubrían la cara.

Jane estudió las imágenes que colgaban de la caja de luz y luego se concentró en el tórax expuesto.

—¿Todos los órganos se extirpan durante la momificación ¿verdad? —preguntó.

Robinson asintió.

—Al quitar las vísceras, se ralentiza el proceso de putrefacción. Es una de las razones por la que los cadáveres no se descomponen.

—Pero solo se ve una pequeña herida en el vientre. —Jane señaló una pequeña incisión a la izquierda, suturada de manera torpe. —¿Cómo se saca todo por esa abertura diminuta?

—Así es como los egipcios habrían extraído las vísceras. Por una pequeña herida del lado izquierdo. La persona que preservó este cadáver estaba familiarizada con los métodos antiguos. Y queda claro que los seguía al pie de la letra.

—¿Cuáles son esos métodos antiguos? ¿Cómo se hace una momia, exactamente? —preguntó Jane.

El doctor Robinson miró a su colega.

—Josephine sabe más que yo sobre el tema. Tal vez desee explicárselo.

—¿Doctora Pulcillo? —dijo Jane.

La joven todavía parecía alterada por el descubrimiento de la bala. Carraspeó y enderezó la espalda.

—Gran parte de lo que sabemos nos llega por Herodoto —dijo—. Supongo que podría llamárselo un cronista griego de viajes. Hace dos mil quinientos años, recorría el mundo antiguo y escribía lo que aprendía. El problema es que solía equivocarse con la información. O lo engañaban los guías turísticos locales. —Sonrió con esfuerzo. —Lo hace parecer humano ¿no es así? Era como cualquier turista actual en Egipto. Seguramente lo perseguían los vendedores de baratijas. Y lo estafaban los guías deshonestos. Igual que a cualquier viajero inocente en el extranjero.

—¿Qué decía sobre cómo se hacían las momias?

—Le contaron que todo comienza con un lavaje ritual del cadáver con natrón disuelto.

—¿Natrón?

—En esencia, es una mezcla de sales. Se puede reproducirlo mezclando sal común de mesa con bicarbonato de sodio.

—¿Bicarbonato de sodio? —Jane soltó una risa nerviosa. —Ya nunca volveré a mirar del mismo modo las cajas que siempre hay en

las cocinas.

—El cadáver lavado luego se tiende sobre bloques de madera —continuó Pulcillo—. Utilizan una hoja muy afilada de piedra etíope, obsidiana, probablemente, para practicar una pequeña incisión como la que veis aquí. Luego, con un instrumento con forma de gancho, extraen los órganos por ese orificio. Se enjuaga la cavidad vacía y se la llena de natrón seco. También se recubre el cuerpo con Natrón para que las sales lo deshidraten durante cuarenta días. Es algo parecido a salar un pescado. —Se detuvo para observar cómo la tijera de Maura cortaba las últimas vendas que cubrían la cara.

—¿Y después? —quiso saber Jane.

Pulcillo tragó saliva.

—Para entonces, el cadáver ha perdido el setenta y cinco por ciento de su peso. La cavidad se rellena con vendas y resina. Los órganos internos momificados pueden volver a introducirse. Y... —Se detuvo y se le agrandaron los ojos cuando las vendas finales dejaron al descubierto la cabeza.

Por primera vez, vieron la cara de Madam X.

El largo pelo negro seguía pegado al cuero cabelludo. La piel estaba estirada y tensa sobre los pómulos prominentes. Pero lo que hizo que Jane diera un respingo fueron los labios. Se los habían cosido juntos de manera tosca, como si lo hubiera hecho el creador del monstruo de Frankenstein.

Pulcillo negó con la cabeza.

—¡Pero... eso está todo mal!

—¿Por lo general no se les cose la boca? —preguntó Maura.

—¡No! ¿Cómo podrían comer en el más allá? ¿Cómo hablarían? Esto es como condenarla al hambre eterna. Y al silencio eterno.

Al silencio eterno. Jane miró la desagradable sutura y se preguntó: ¿Dijiste algo que ofendiera a tu asesino? ¿Le faltaste el respeto? ¿Lo insultaste? ¿Declaraste en contra de él? ¿Acaso es este tu castigo, tener los labios cosidos para toda la eternidad?

El cadáver estaba completamente expuesto, libre de vendajes; la carne era poco más que piel marchita adherida a los huesos. Maura cortó el torso.

Jane había presenciado otras incisiones en forma de Y, y en todas las ocasiones anteriores había retrocedido para alejarse del hedor que brotaba de la cavidad torácica tras el primer corte. Hasta los cadáveres más frescos liberaban un olor a podredumbre, por más leve que fuera, similar al olor sulfuroso del mal aliento. Con la diferencia de que los individuos no respiraban. Jane lo llamaba aliento de muerto y el menor tufillo le provocaba náuseas.

Pero Madam X no emitió ningún olor nauseabundo cuando el

bisturí le abrió el tórax ni cuando Maura metódicamente le quebró las costillas y le levantó la pared torácica como si fuera un peto antiguo, para dejar al descubierto la cavidad torácica. Lo que brotaba era una fragancia nada desagradable que le recordaba al incienso. En lugar de apartarse, Jane se acercó más e inhaló. Sándalo, pensó. Alcanfor. Y otra cosa, algo que le traía a la mente regaliz y clavo de olor.

—Pues esto no es lo que esperaba —dijo Maura. Extrajo de la cavidad una pepita seca de especia.

—Parece anís —dijo Jane.

—¿No es algo tradicional, sospecho?

—Lo tradicional sería mirra —respondió Pulcillo—. Resina derretida. Se utilizaba para disimular el hedor y ayudar a endurecer el cadáver.

—No es fácil conseguir mirra en grandes cantidades —dijo Robinson—. Tal vez eso explica por qué se utilizaron otras especias como reemplazo.

—Sean reemplazos o no, este cadáver está muy bien preservado. —Maura sacó rollos de lino del abdomen y los colocó dentro de un recipiente para inspeccionarlos luego. Mientras contemplaba el tórax vacío, dijo:

—Aquí dentro está seco como cuero. Y no hay olor a putrefacción.

—¿Entonces cómo podrá establecer la causa de muerte? —preguntó Frost—. ¿Sin los órganos?

—Por ahora no puedo hacerlo.

Él estudió la imagen de la tomografía que colgaba de la caja de luz.

—¿Y la cabeza? Tampoco tiene cerebro.

—El cráneo está intacto. No vi ninguna fractura.

Jane contempló la boca del cadáver, los puntos toscos con los que habían cosido los labios e hizo una mueca de dolor al pensar en una aguja en la piel sensible. Espero que lo hayan hecho cuando ya estaba muerta y no antes, cuando podía sentirlo. Se estremeció y se volvió hacia la imagen de la tomografía computada.

—¿Qué es esto que brilla aquí? —preguntó. Parecería que está en la boca.

—Hay dos densidades metálicas dentro de la boca —dijo Maura—. Una parece ser un empaste dental. Pero también hay algo en la cavidad oral, algo mucho más grande. Tal vez explique por qué le cosieron la boca, para mantener ese objeto en su lugar. —Cogió la tijera.

El material de sutura no era hilo, sino cuero seco y estaba duro como una roca. Aun después de que lo hubo cortado, los labios siguieron juntos como si hubieran quedado congelados para siempre en esa posición; la boca era una ranura estrecha que tendría que abrir por la fuerza.

Maura introdujo el extremo de un hemóstato entre los labios y el metal chirrió contra los dientes cuando ella agrandó la abertura con suavidad. La articulación de la mandíbula de pronto soltó un crujido impactante y Jane se estremeció al ver que se quebraba. La mandíbula inferior se aflojó y se abrió, dejando al descubierto dientes alineados con una perfección cosmética tal que cualquier ortodontista moderno se habría enorgullecido de declararse responsable por ese trabajo.

—Veamos qué es esto que tiene en la boca —dijo Maura. Introdujo el hemóstato con más profundidad y extrajo una moneda dorada de forma ovalada, que dejó caer con un ruido metálico sobre la bandeja de acero. Todos se quedaron mirándola, atónitos.

De pronto, Jane soltó una carcajada.

—Alguien tiene un sentido del humor perverso —dijo.

Grabadas sobre la moneda se veían las palabras:

YO VISITÉ LAS PIRÁMIDES DE EL CAIRO, EGIPTO.

Maura hizo girar el objeto. En el reverso se veían tres símbolos grabados: un búho, una mano y un brazo flexionado.

—Es un cartouche o cartucho, un sello personal —explicó Robinson —. Se venden como recuerdos en todo Egipto. Le dices tu nombre a un joyero, él lo traduce a jeroglíficos y lo graba allí mismo en presencia tuya.

—¿Qué significan estos símbolos? —preguntó Frost—. Veo un búho. ¿Es un símbolo de sabiduría o algo así?

—No, estos glifos no deben leerse como ideogramas —dijo Robinson.

—¿Qué es un ideograma?

—Es un símbolo que representa exactamente lo que está ilustrado. Por ejemplo, un dibujo de un hombre corriendo significaría la palabra correr. O de dos hombres luchando significaría la palabra guerra.

—¿Y eso no aplica a estos dibujos?

—No, estos símbolos son fonogramas. Representan sonidos, como nuestro alfabeto.

—¿Qué dice, entonces?

—No soy experto en esto. Josephine podrá leerlo. —Se volvió hacia ella y de pronto su expresión se tornó consternada. —¿Te sientes bien?

La joven estaba pálida como un cadáver sobre la mesa de autopsias. Miraba el sello como si viera un horror inimaginable en esos símbolos.

—¿Doctora Pulcillo? —dijo Frost.

Ella levantó la mirada abruptamente, como sorprendida de oír su nombre.

—Estoy bien —murmuró.

—¿Qué puede decirnos de estos jeroglíficos? —preguntó Jane—. ¿Puede leerlos?

Pulcillo volvió a bajar la mirada hacia el cartucho.

—El búho es el equivalente de nuestro sonido M. Y la manita debajo de él, sonaría como una D.

—¿Y el brazo?

Pulcillo tragó saliva.

—Se pronuncia como una A.

—¿ M-D-A? ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿ Algo como Medea, tal vez? Es lo que se me ocurre —dijo Robinson.

—¿Medea? —repitió Frost—. ¿No hay una tragedia griega que cuenta su historia?

—Es una historia de venganza —explicó Robinson—. Según el mito, Medea se enamora de Jasón, de los Argonautas y tienen dos hijos. Cuando Jasón la abandona por otra mujer, Medea toma represalias y mata a sus propios hijos y a su rival femenina. Todo para vengarse de Jasón.

—¿Y qué le sucede a Medea? —preguntó Jane.

—Hay varias versiones de la historia, pero en todas ellas, Medea huye.

—¿Después de matar a sus propios hijos? —Jane movió la cabeza, disgustada—. Que termine en libertad es un pésimo final.

—Tal vez ahí radica el mensaje de la historia: que algunos de los que cometen crímenes nunca se enfrentan a la justicia.

Jane bajó la mirada hacia el sello.

—O sea que Medea es una asesina.

Robinson asintió.

—Es también una sobreviviente.

CINCO

Josephine Pulcillo bajó del autobús y caminó como aturdida por la transitada Washington Street, sin prestar atención al tráfico ni al sonido implacable de los estéreos de los coches. En la esquina, cruzó la calle y cuando un conductor frenó a unos metros de ella, ni siquiera el chillido de los neumáticos la alteró tanto como lo que había visto esa mañana en el laboratorio de autopsias.

Medea.

Tenía que tratarse de una coincidencia. Sorprendente, pero ¿qué otra cosa podía ser? Seguramente la traducción del sello ni siquiera era precisa. Los vendedores en El Cairo contaban cualquier historia con tal de llevarse unos dólares. Si les mostrabas suficiente dinero estaban dispuestos a jurar descaradamente que la mismísima Cleopatra había lucido una baratija sin ningún valor. Tal vez al joyero le habían pedido que escribiera Maddie o Melody o Mabel. Era mucho menos probable que los jeroglíficos significaran Medea, puesto que era un nombre que rara vez se escuchaba salvo en el contexto de tragedia griega.

Se estremeció al oír una bocina; al volverse, vio que una camioneta negra avanzaba a paso de peatón junto a ella por la calle. La ventanilla estaba abierta y un joven gritó:

—Oye, bombón ¿quieres que te lleve? ¡Hay mucho sitio sobre mi regazo!

Un gesto obsceno con el dedo medio fue suficiente para hacerle ver lo que opinaba de su ofrecimiento. Él rió y la camioneta aceleró, echando humo por el tubo de escape. Con los ojos todavía irritados por los gases, subió los escalones y entró en su edificio de apartamentos. Se detuvo en los buzones del vestíbulo y revolvió el bolso en busca de la llave; de pronto, suspiró.

Cruzó hasta el apartamento 1A y golpeó.

La puerta se abrió y se asomó un extraterrestre con ojos de insecto.

—¿Todavía no has encontrado las llaves? —preguntó el extraterrestre.

—¿Señor Goodwin? Es usted, ¿verdad?

—¿Qué? Ah, disculpa. Mis ojos ya no son los de antes. Necesito gafas de Robocop para ver las cabezas de los tornillos. —El encargado del edificio se quitó las gafas de aumento y el extraterrestre con ojos de insecto se transformó en un hombre común y corriente de

alrededor de sesenta y cinco años, con mechones de pelo canoso levantados como cuernos en miniatura. —¿Ha aparecido tu llavero?

—Estoy segura de que lo dejé en algún sitio en el trabajo. Hice copias de las llaves del coche y de mi apartamento, pero...

—Lo sé. Quieres la llave nueva del buzón ¿verdad?

—Dijo usted que tendría que cambiar la cerradura.

—Lo hice esta mañana. Ven, pasa, te daré la llave nueva.

De mala gana, lo siguió dentro del apartamento. Una vez que entrabas en la guarida del señor Goodwin, podías tardar media hora en escapar. Los inquilinos lo llamaban el señor Pinzas, por razones que le resultaron evidentes cuando entró en la sala o lo que debería ser una sala. En cambio, era el palacio de un aficionado a las reparaciones; todas las superficies horizontales estaban cubiertas con viejos secadores de pelo, radios y aparatos electrónicos en varias etapas de desarmado o armado. Es solo un pasatiempo que tengo, le había dicho una vez. Ya no tendrás que tirar nada a la basura. ¡Yo te lo reparo!

Solo había que estar dispuesto a esperar una década o más para que se pusiera a hacer el trabajo.

—Espero que encuentres tu llavero —comentó, mientras la guiaba por entre docenas de artículos para reparar que juntaban polvo—. Me pone de los nervios que haya llaves de apartamentos flotando por allí. El mundo está lleno de gente siniestra, sabes. ¿Y has oído lo que ha estado diciendo el señor Lubin?

—No. —No quería oír lo que tenía para decir el viejo gruñón del señor Lubin, que vivía del otro lado del pasillo.

—Dice que ha visto un coche negro que vigila nuestro edificio. Pasa muy despacio todas las tardes y lo conduce un hombre.

—Tal vez solo esté buscando un sitio donde aparcar. Por eso ya casi no voy en coche a ningún lado. Además del precio de la gasolina, detesto abandonar mi lugar para aparcar.

—El señor Lubin es muy rápido para esas cosas. ¿Sabías que solía trabajar como espía?

Ella rió.

—¿En serio cree que eso es cierto?

—¿Por qué no lo sería? Quiero decir, no mentiría sobre algo así.

—Usted no tiene idea de las cosas sobre las que miente la gente.

El señor Goodwin abrió ruidosamente un cajón y sacó una llave.

—Aquí tienes. Tengo que cobrarte cuarenta y cinco dólares por cambiar la cerradura.

—¿Puedo añadirlo al cheque del alquiler?

—Claro que sí. —Sonrió. —Me fío de ti.

Soy la persona de la que menos se debería fiar. Se volvió para irse.

—Ah, espera. Tengo tu correo aquí, otra vez. —Cruzó hasta la atestada mesa de comedor y cogió una pila de correspondencia y un paquete, unidos por una banda elástica—El cartero no pudo poner esto en tu buzón así que le dije que te lo daría. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia el paquete. —Veo que te has comprado algo en L.L.Bean ¿eh? Te debe de gustar esa tienda.

—Sí, me gusta. Gracias por guardarme la correspondencia.

—¿Les compras ropa o equipo de campamento?

—Ropa, por lo general.

—¿Y te quedan bien las tallas? ¿Así, por correo?

—Sí, me quedan bien. —Con una sonrisa tensa, se volvió para marcharse antes de que el pudiera ponerse a preguntarle dónde compraba la ropa interior. —Nos vemos.

—Yo prefiero probarme la ropa antes de comprarla —dijo él—. Nunca me quedan bien las cosas compradas por correo.

—Le daré el cheque del alquiler mañana.

—Y no dejes de buscar esas llaves ¿eh? Hay que tener cuidado hoy en día, sobre todo una chica bonita como tú que vive sola. No es una buena cosa que tus llaves terminen en las manos erróneas.

Ella huyó de su apartamento y comenzó a subir la escalera.

—¡Espera! —gritó él—. Una última cosa. Casi lo olvido. ¿Conoces a alguien que se llame Josephine Sommer?

Ella se paralizó sobre la escalera, con los brazos apretados alrededor de la correspondencia y la espalda rígida como una tabla. Lentamente, se volvió para mirarlo.

—¿Cómo dice?

—El cartero me preguntó si podías ser tú, pero le dije que no, que tu apellido era Pulcillo.

—¿Por... por qué lo preguntaba?

—Porque allí en la pila hay una carta con tu dirección pero dirigida a alguien de apellido Sommer, no Pulcillo. Él pensó que podía tratarse de tu apellido de soltera o algo así. Le dije que no estabas casada, hasta donde yo sabía. Con todo, la dirección es la tuya, y no hay demasiadas Josephines por aquí, así que supuse que debería ser para ti. Por eso la dejé con el resto de la correspondencia.

Ella tragó saliva.

—Gracias —murmuró.

—¿Entonces eres tú?

Josephine no respondió. Siguió subiendo la escalera, aunque sabía que él la estaba mirando y esperaba una respuesta. Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, se refugió en su apartamento y cerró la puerta.

Apretaba la correspondencia con tanta fuerza que sentía los latidos del corazón contra la pila de papeles. Arrancó la banda elástica y dejó

caer todo sobre la mesa de café. Sobres y catálogos lustrosos se desparramaron sobre la superficie. Haciendo a un lado la caja de L. L Bean, revisó la correspondencia hasta que encontró el sobre con el nombre JOSEPHINE SOMMER escrito con caligrafía desconocida. Tenía un sello postal de Boston, pero ninguna información sobre el remitente.

Alguien en Boston conoce este apellido. ¿Qué otra cosa saben sobre mí?

Durante largo rato se quedó sentada allí, sin abrir el sobre, temiendo leer el contenido. Temiendo que una vez que lo abriera, su vida cambiara. Por unos instantes más podía seguir siendo Josephine Pulcillo, la joven callada que nunca hablaba de su pasado. La arqueóloga mal pagada que se conformaba con ocultarse en el salón trasero del Museo Crispin y dedicarse a pedazos de pergaminos y trozos de lino.

He sido cuidadosa, pensó. He mantenido la mirada baja y me he concentrado en el trabajo, y sin embargo, el pasado me ha alcanzado.

Inspiró hondo y por fin rasgó el sobre. Dentro había una nota de solo siete palabras, escritas en mayúsculas. Palabras que le decían lo que ella ya sabía.

LA POLICIA NO ESTÁ DE TU LADO.

SEIS

La guía del Museo Crispin parecía lo suficientemente vetusta como para estar expuesta en una vitrina. Era un gnomo de pelo canoso con estatura apenas suficiente como para mirar por encima del mostrador de recepción.

—Lo siento, pero no abrimos hasta las diez en punto. Si deseáis volver dentro de siete minutos, os venderé los boletos entonces —dijo la mujer.

—No estamos aquí para visitar el museo —aclaró Jane—. Somos del Departamento de Policía de Boston. Soy la detective Rizzoli y este es el detective Frost. El señor Crispin nos está esperando.

—No me han informado.

—¿Él está aquí?

—Sí. Está reunido arriba con la señorita Duke —respondió la mujer, modulando con claridad la palabra señorita, como para enfatizar que en ese edificio, las reglas de etiqueta a la antigua seguían vigentes. Salió de detrás del mostrador; llevaba una falda escocesa y enormes zapatos ortopédicos. Una tarjeta plastificada, abrochada a la blusa blanca, decía: SRA. WILLEBRAND, GUÍA. —Os acompañaré a su despacho. Pero antes tengo que cerrar con llave la caja. Hoy otra vez vendrá mucha gente y no quiero dejarla sin vigilar.

—Si nos dice dónde está el despacho —dijo Frost—, nos las arreglaremos para encontrarlo.

—No quiero que os perdáis.

Frost le dedicó su mejor sonrisa para seducir ancianas.

—De niño era Boy Scout, señora. Le prometo que no me perderé.

La señora Willebrandt no se dejó seducir. Lo miró con desconfianza desde detrás de unas gafas con marco de metal.

—Está ubicado en el segundo piso —dijo por fin—. Podéis tomar el ascensor, pero es muy lento. —Señaló una caja negra con rejas que se parecía más a una trampa mortal antigua que a un ascensor.

—Subiremos por la escalera —dijo Jane.

—Todo recto, pasando el salón principal.

Todo recto, sin embargo, no era una indicación que uno pudiera seguir en ese edificio. Cuando Jane y Frost entraron en el salón principal, se encontraron con un laberinto de exhibidores. La primera vitrina con la que se encontraron contenía una réplica hecha en cera de un caballero del siglo XIX, de tamaño humano, vestido con un elegante traje de lana con chaleco. En una mano sostenía una brújula; en la otra, un mapa

amarillento. A pesar de que estaba delante de ellos, del otro lado del cristal, sus ojos miraban hacia otra parte, enfocados en un destino majestuoso y distante que solo él podía ver.

Frost se inclinó hacia adelante y leyó la placa que estaba a los pies del caballero:

—Doctor Cornelius M. Crispin, explorador y científico, 1830-1912. Los tesoros que trajo de regreso de sus viajes por el mundo dieron comienzo a la colección del Museo Crispin. —Se enderezó. —Vaya. Imagina que describan así tu ocupación: explorador.

—Creo que ricachón sería más adecuado. —Jane pasó a la siguiente vitrina, donde monedas de oro resplandecían bajo las luces.

—Mira esto. Dice que son del reino de Creso en Lidia.

—Ese sí que era un ricachón.

—¿Entonces Creso existió de verdad? Pensé que era un cuento de hadas.

Siguieron hasta la siguiente vitrina, que estaba llena de figuras de arcilla y piezas de alfarería.

—Mira —dijo Frost—. Son de Sumeria. Oye, estas cosas son realmente antiguas. Cuando vuelva Alice, la traeré aquí. Le va a encantar este museo. Qué curioso, nunca lo había oído nombrar.

—Ahora todos lo conocen. Nada como un asesinato para marcar tu ubicación en el mapa.

Se internaron más en el laberinto de exhibidores y vitrinas, pasando junto a bustos de mármol de griegos y romanos, junto a espadas oxidadas y joyas relucientes; sus pasos hacían crujir las antiguas maderas del suelo. Eran tantas las vitrinas apiñadas en el salón que los pasadizos entre ellas eran estrechos y cada curva traía una sorpresa nueva, otro tesoro que reclamaba su atención

Por fin salieron a una zona abierta cerca de la escalera. Frost comenzó a subir hacia el primer piso, pero Jane no lo siguió. Se acercó hacia una puerta estrecha, enmarcada en piedra falsa.

—¿Rizzoli? —dijo Frost, echando una mirada hacia atrás.

—Espera un minuto —dijo ella, con la mirada fija en la tentadora invitación que llamaba desde el dintel de la puerta: VEN. ENTRA EN LA TIERRA DE LOS FARAONES.

No se pudo resistir.

Entró por la puerta y se encontró con un espacio tan tenuemente iluminado que tuvo que detenerse para que sus ojos se acostumbraran a las sombras. Lentamente apareció una sala llena de maravillas.

—Vaya —susurró Frost, que la había seguido.

Estaban dentro de una tumba egipcia; las paredes estaban cubiertas de jeroglíficos y pinturas funerarias. Exhibidos en el recinto había elementos de la tumba, iluminados con reflectores tenues y discretos.

Jane vio un sarcófago, abierto como si esperara a su ocupante eterno. Una cabeza de chacal tallada miraba con aire siniestro desde encima de un vaso canopo. De la pared colgaban mascaras mortuorias, caras pintadas con misteriosos ojos oscuros. En una vitrina, un rollo de pergamino estaba abierto en un pasaje del Libro de los Muertos.

Contra la pared más distante había una vitrina vacía, del tamaño de un ataúd.

Jane espió dentro y vio una foto de una momia dentro de un cajón de madera y una tarjeta con el anuncio: ¡MUY PRONTO! FUTURO SITIO DE DESCANSO DE MADAM X. Madam X nunca haría su entrada triunfal allí; sin embargo, ya había cumplido su misión y el museo recibía visitas de multitudes. Ella había atraído a los curiosos, a las hordas que ansían un morboso atisbo de la muerte. Pero una de esas personas sedientas de emociones había ido un paso más lejos: su perversión lo había llevado a "fabricar" una momia, a vaciar a una mujer, a salarla y rellenar sus cavidades con especias. A envolverla con vendas de lino, recubriendo las extremidades y el tórax tira por tira, como una araña que teje hilos de seda alrededor de su presa indefensa. Jane contempló esa vitrina vacía y pensó cómo sería la eternidad dentro de ese ataúd de cristal. De pronto, el recinto se le antojó cerrado y sofocante y sintió el pecho cerrado como si ella fuera la que estaba envuelta de la cabeza a los pies, sofocada y ahogada por vendas de lino. Se llevó la mano al botón superior de la blusa para abrir el cuello.

—¿Hola, detectives?

Sorprendida, Jane se volvió y vio una silueta de mujer recortada en la puerta estrecha. Llevaba un traje ajustado de pantalón y chaqueta muy favorecedor para su cuerpo esbelto y el pelo rubio corto brillaba como una aureola iluminado desde detrás.

—La señora Willebrandt nos dijo que habíais llegado. Os estábamos esperando arriba. Pensé que podríais haberos perdido.

—Este museo es realmente interesante —dijo Frost—. No pudimos resistirnos a la tentación de echarle un vistazo.

Cuando Jane y Frost salieron de la tumba, la mujer les estrechó la mano con actitud eficiente y profesional. En la luz más intensa de la sala principal, Jane vio que era una rubia atractiva de unos cuarenta y cinco años, un siglo más joven que la guía que habían visto en el mostrador de recepción.

—Soy Debbie Duke, una de las voluntarias.

—Detective Rizzoli —dijo Jane—. Y el detective Frost.

—Simon está esperando en su oficina, si queréis seguirme. —Debbie giró y los guió por la escalera; sus tacones elegantes resonaban contra los escalones gastados. En el descanso del primer piso, a Jane volvió a distraerla una exhibición llamativa: un oso pardo

embalsamado tenía las garras levantadas como a punto de destrozar a quien subiera la escalera.

—¿Algún antepasado del señor Crispin mató a esta bestia? —preguntó Jane.

Ah, sí. —Debbie miró hacia atrás con expresión de desagrado. —Ese es Big Ben. Tendría que confirmarlo, pero creo que el padre de Simon lo trajo de Alaska. Yo también estoy conociendo la colección.

—¿Es nueva aquí?

—Comencé en abril. Estamos tratando de reclutar voluntarios nuevos, por si conoce a alguien a quien podría gustarle trabajar con nosotros. Buscamos gente joven para trabajar con niños.

Jane no podía apartar los ojos de las garras letales del oso.

—Creí que esto era un museo de arqueología —dijo—. ¿Cómo encaja este oso?

—En realidad, es un museo de todo, y por eso nos cuesta vendernos. A la mayoría de los objetos que hay aquí los consiguieron cinco generaciones de miembros de la familia Crispin, pero también tenemos una gran cantidad de objetos donados. En el primer piso, exhibimos muchos animales con colmillos y garras. Es extraño, pero allí es donde siempre terminan los niños. Les gusta contemplar a los carnívoros. Los conejitos les aburren.

—Los conejitos no matan —comentó Jane.

—Tal vez allí esté la clave. A todos nos gusta sentir miedo ¿no? —Debbie se volvió y siguió subiendo por la escalera.

—¿Qué hay en el segundo piso? —preguntó Frost.

—Más lugar para exhibición. Os lo mostraré. Lo utilizamos para las exhibiciones rotativas.

—¿Ah, traéis cosas nuevas?

—No, no tenemos que traer nada. Hay tanto guardado abajo en depósito del sótano que podríamos cambiar la exhibición todos los meses durante los próximos veinte años sin nunca repetirlas.

—¿Y qué es lo que hay expuesto ahora?

—Huesos.

—¿Huesos humanos, quiere decir?

Debbie lo miró, divertida.

—Claro. ¿De qué otra manera se atrae la atención de un público completamente hastiado? Podríamos mostrarles el jarrón Ming más exquisito o un biombo de marfil tallado de Persia y les darían la espalda para dirigirse directamente a los restos humanos.

—¿Y de dónde provienen esos huesos?

—Créame, estos sí que están bien documentados. Los trajo de Turquía un miembro de la familia Crispin, hace un siglo. No recuerdo cuál de ellos, seguramente Cornelius. Al doctor Robinson le pareció que era hora de sacarlos del depósito y ponerlos nuevamente ante el

ojo del público. Esta exhibición es toda sobre antiguas prácticas funerarias.

—Habla como si usted también fuera arqueóloga.

—¿Yo? —Debbie rió. —Yo solo tengo mucho tiempo libre y me encantan las cosas bellas. Así que pienso que vale la pena apoyar a los museos. ¿Habéis visto la exhibición de abajo? Además de los carnívoros embalsamados, tenemos tesoros que vale la pena ver. En eso deberían concentrarse los museos, no en osos embalsamados, pero hay que darle al público lo que quiere. Por ese motivo teníamos tantas expectativas puestas sobre Madam X. Nos habría traído suficiente dinero como para mantener la calefacción encendida, por lo menos.

Llegaron al segundo piso y entraron en la exhibición de Cementerios Antiguos. Jane vio vitrinas de cristal que contenían huesos humanos desplegados sobre arena, como recién descubiertos por el pico de un arqueólogo. Mientras Debbie caminaba con paso rápido delante de ellos, Jane se fue quedando atrás, contemplando esqueletos en posición fetal, las extremidades de una madre abrazando amorosamente los restos fragmentados de un niño. El niño no podría haber sido mucho mayor que su propia hija, Regina. Aquí yace un pueblo entero de muertos, pensó Jane. ¿Qué clase de hombre arrancaría con tanta brutalidad a estas personas de sus tumbas y los enviaría a otro país para que la gente los mire? ¿Habría sentido culpa el antepasado de Simon Crispin al profanar las tumbas de esos huesos? Monedas antiguas, estatuas de mármol o huesos humanos: la familia Crispin los trataba a todos por igual. Eran objetos para coleccionar y exhibir como trofeos.

—¿Detective? —dijo Debbie.

Jane y Frost dejaron atrás a los muertos silenciosos y entraron tras Debbie en el despacho de Simon Crispin.

El hombre que los esperaba sentado tenía aspecto mucho más frágil de lo que Jane había imaginado. Tenía hebras finas de pelo blanco y manchas de edad en las manos y en el cuero cabelludo. Pero sus penetrantes ojos azules brillaban de interés cuando les estrechó la mano a los dos visitantes.

—Gracias por recibirnos, señor Crispin —dijo Jane.

—Ojalá hubiera podido presenciar la autopsia —dijo—, pero mi cadera no se ha recuperado del todo tras la cirugía y todavía ando con bastón. Por favor, siéntense.

Jane paseó la mirada por el despacho, que estaba amueblado con un gran escritorio de roble y sillones tapizados con gastada pana verde. Revestido en madera y con grandes ventanas palladianas, el salón parecía pertenecer a un elegante club de un siglo anterior, un sitio donde los caballeros bebían jerez. Pero al igual que el resto del edificio, el despacho mostraba su edad. La alfombra persa estaba

gastada hasta casi deshilacharse y los volúmenes amarillentos en la biblioteca parecían tener no menos de cien años.

Jane se sentó sobre uno de los sillones de pana, del tamaño de un trono, sintiéndose empequeñecida como una niña que juega a ser reina por un día. Frost, también, se ubicó en otro sillón, claramente incómodo en su trono de terciopelo.

—Haremos todo lo posible para ayudarlos con esta investigación —afirmó Simon—. El doctor Robinson está a cargo del día a día. Lamentablemente yo estoy bastante inutilizado desde que me quebré la cadera.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Jane.

—Caí dentro de un pozo de excavación en Turquía. Vio la ceja levantada de Jane y sonrió. —Sí, aun a la edad madura de ochenta y dos años, estaba trabajando en el terreno. Nunca he sido un arqueólogo de sillón. Creo que tienes que ensuciarte las manos, de otro modo solo eres un aficionado. La nota de desprecio que utilizó para esa última palabra no dejaba ninguna duda en cuanto a su opinión sobre esos diletantes.

—Volverás a estar en el terreno muy pronto, Simon. A tu edad, recuperarse es solo cuestión de tiempo —dijo Debbie.

—Es que no tengo tiempo. Me fui de Turquía hace siete meses y me preocupa que la excavación se convierta en un caos. —Suspiró. —Pero ni siquiera igualaría el caos al que nos enfrentamos aquí.

—Supongo que el doctor Robinson le ha informado lo que descubrimos ayer durante la autopsia —dijo Jane.

—Sí. Y decir que estamos escandalizados es quedarse corto. No es la clase de atención que busca un museo.

—Tampoco creo que sea la clase de atención que quería Madam X.

—Ni siquiera me enteré de que teníamos una momia en nuestra colección hasta que Nicholas la descubrió cuando hizo el inventario.

—Dijo que eso fue en enero.

—Sí, enseguida después de que me operé.

—¿Cómo puede ser que un museo pierda el rastro de algo tan valioso como una momia?

Él sonrió con aire avergonzado.

—Visite cualquier museo que tenga una colección vasta y es muy probable que se encuentre con depósitos tan desorganizados como el nuestro. Tenemos ciento treinta años de antigüedad. En todo ese tiempo han pasado bajo este techo más de una docena de curadores y cientos de pasantes, guías y otros voluntarios. Se pierden notas de campo, registros y los objetos cambian de lugar. Así que no es sorprendente que hayamos perdido el rastro de nuestras posesiones. —Suspiró. —Temo que debo hacerme cargo de la mayor parte de la culpa.

—¿Por qué?

—Durante demasiado tiempo, dejé los detalles operativos completamente en manos del Dr. William Scott-Kerr, nuestro antiguo curador. Yo pasaba tanto tiempo en el extranjero que no sabía lo que sucedía aquí en casa. Pero la señora Willebrandt notó su deterioro. Cómo comenzó a perder papeles o colocarle rótulos errróneos a los objetos en exhibición. Con el tiempo se tornó tan olvidadizo que ni siquiera podía identificar los implementos más comunes. La tragedia es que este hombre solía ser brillante, un ex arqueólogo de campo que había trabajado por todo el mundo. La señora Willebrandt me escribió, consternada, y cuando regresé, vi que teníamos un problema serio. No tuve el valor de despedirlo de inmediato, y por como resultaron las cosas, no fue necesario que lo hiciera. Un coche lo arrolló y lo mató justo fuera de este edificio. Solo tenía setenta y cuatro años, pero tal vez fue una bendición, teniendo en cuenta el pronóstico sombrío que tenía si seguía con vida.

—¿Padecía Alzheimer? —preguntó Jane.

Simon asintió.

—Es probable que haya habido indicios durante una década, pero William se las arreglaba para cubrirse bien. La colección quedó en completo desorden. No nos dimos cuenta de lo desastrosa de la situación hasta que contraté al doctor Robinson hace tres años y descubrió que faltaban los libros de adquisiciones. No pudo encontrar la documentación correspondiente a una cantidad de cajones que estaban en el sótano. En enero, cuando abrió el que contenía a Madam X, no tenía idea de lo que contenía. Créame, todos estábamos atónitos. No teníamos la menor idea de que alguna vez hubiera habido una momia en la colección.

—La señorita Duke nos contó que la mayoría de la colección proviene de sus antepasados —dijo Frost.

—Cinco generaciones de Crispin han trabajado de manera personal con pico y pala. Coleccionar es una pasión familiar. Desafortunadamente, también es una obsesión costosa y este museo se ha tragado lo que quedaba de mi herencia. —Volvió a suspirar. —Lo que lo deja en su situación actual: escasean los fondos y dependemos de voluntarios. Y donantes.

—¿Podría ser que Madam X haya terminado aquí de ese modo? ¿Cómo una donación?

—Nos llegan objetos donado, sí —asintió Simon—. Mucha gente quiere un hogar seguro para una valiosa antigüedad a la que no pueden darle el cuidado que merece. O a veces quieren una placa con su nombre en una exhibición permanente, para que todos la vean. Estamos dispuestos a aceptar casi todo.

—¿Pero no tenéis registros de una momia donada?

—Nicholas no ha encontrado nada sobre ella. Y creedme que ha buscado. Lo convirtió en su misión. En marzo contratamos a Josephine para que nos ayudara con el análisis de Madam X y ella tampoco logró rastrear los orígenes de la momia.

—Tal vez se agregó a Madam X a la colección cuando el Dr. Scot-Kerr era curador —dijo Debbie.

—¿El hombre que padecía Alzheimer? —dijo Jane.

—Exacto. Podría haber perdido el papeleo. Eso explicaría todo.

—Parece una teoría razonable —concordó Jane—, pero también tenemos que investigar otras teorías. ¿Quiénes tienen acceso al depósito?

—Las llaves están en el escritorio de recepción, por lo que prácticamente cualquier miembro del personal accede a ellas.

—¿O sea que cualquier miembro del personal podría haber dejado a Madam X en el sótano?

Se hizo un silencio. Debbie y Simon se miraron y él se sonrojó.

—No me gusta lo que insinúa, detective.

—Es una pregunta razonable.

—Somos una institución venerable, con personal excelente, en su mayoría voluntarios —dijo Simon—. Nuestros guías, nuestros pasantes, están aquí por su dedicación a la preservación.

—No cuestiono la dedicación de nadie. Solo me preguntaba quiénes tenían acceso.

—Lo que está preguntando realmente es, ¿quién podría haber ocultado un cadáver allí abajo?

—Es una posibilidad que debemos considerar.

—Créame, no hemos tenido asesinos entre nuestros empleados.

—¿Puede estar absolutamente seguro de eso, señor Crispin? —preguntó Jane en voz baja; su mirada no le dejaba escapatoria fácil. Vio que la pregunta lo había perturbado. Lo había obligado a enfrentarse a la horrible posibilidad de que alguien a quién él conocía en ese momento o había conocido en el pasado, podía haber dejado entrar a la muerte en ese orgulloso bastión de aprendizaje.

—Lo siento, señor Crispin —dijo Jane por fin—, pero por un tiempo creo que todo se va a poner un poco caótico aquí.

—¿A qué se refiere?

—De algún modo, un cadáver terminó en su museo. Tal vez le donaron la momia hace una década. O la colocaron aquí hace poco. El problema es que usted no posee documentación. Ni siquiera sabe qué otras cosas hay en su colección. Vamos a tener que echar un vistazo al depósito del subsuelo.

Simon movió la cabeza, perplejo.

—¿Y qué es exactamente lo que espera encontrar?

Jane no respondió; no era necesario.

SIETE

—¿Es absolutamente necesario que lo hagáis de este modo? —dijo Nicholas Robinson.

—Temo que sí —respondió Jane y le entregó la orden de allanamiento. Mientras él la leía, Jane esperó junto a su equipo de tres detectives varones. Ella y Frost habían traído a los detectives Tripp y Crowe para que registraran el lugar y todos esperaban mientras Robinson se tomaba su tiempo para estudiar la orden. Crowe, impaciente como siempre, soltó un bufido de impaciencia y Jane le dirigió una mirada fulminante para que se calmara, un recordatorio de que ella estaba a cargo del equipo y él debía obedecer.

Robinson frunció el entrecejo mientras leía.

—¿Vais a buscar restos humanos? —Miró a Jane. —Pues claro que los encontraréis aquí. Esto es un museo. Y os aseguro que los huesos que están en el segundo piso son antiquísimos. Si queréis que os enseñe la evidencia dental relevante....

—Lo que nos interesa es lo que tenéis guardado en el depósito. Si nos abre la puerta del sótano, podremos comenzar.

Robinson miró a los otros detectives, que esperaban cerca de ellos y vio que el detective Tripp tenía una palanca en la mano.

—¡No podéis poneros a abrir cajones por la fuerza! ¡Podríais arruinar objetos invalorables!

—Puede observar el proceso y dar recomendaciones. Pero por favor no mueva ni toque nada.

—¿Por qué convierte este museo en una escena del crimen?

—Nos preocupa que Madam X pueda no ser la única sorpresa en vuestra colección. Por favor, acompáñenos al subsuelo.

Robinson tragó saliva y miró a la anciana guía, que había estado observando la discusión.

—Señora Willebrandt, ¿puede llamar a Josephine y pedirle que venga de inmediato? La necesito.

—Son las diez menos cinco, doctor Robinson. Comenzará a entrar el público.

—El museo tendrá que permanecer cerrado hoy —dijo Jane—. Preferimos que los medios no se enteren de lo que sucede. Así que por favor, cierren las puertas de entrada.

La señora Willebrandt ignoró alevosamente la orden y miró al curador.

—¿Doctor Robinson?

Él soltó un suspiro de resignación.

—Por lo visto, no tenemos voz en este asunto. Por favor, haga lo que le indica la policía. —Abrió un cajón detrás del mostrador de recepción, cogió un llavero y echó a andar delante de ellos, pasando junto a la estatua de cera del Dr. Cornelius Crispin, junto a los bustos de mármol griegos y romanos, en dirección a la escalera. Bajaron al subsuelo por una docena de escalones que crujían bajo sus pies.

Allí él se detuvo. Volviéndose hacia Jane, dijo:

—¿Necesito un abogado? ¿Me considera sospechoso?

—No.

—¿Y entonces quién lo es? Por lo menos deme esa información.

—Esto puede remontarse a antes de que usted trabajara aquí.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Al curador anterior.

Sorprendido, Robinson soltó una risa.

—Ese pobre hombre padecía Alzheimer. ¿En serio piensa que el viejo William guardaba cadáveres aquí abajo?

—La puerta, doctor Robinson.

Disgustado, Robinson movió la cabeza; abrió la puerta y el aire seco y fresco se derramó hacia afuera. Entraron en el recinto y Jane oyó los murmullos de sorpresa de los otros detectives cuando vieron el vasto depósito, con hileras de cajones de madera apilados casi hasta el techo.

—Por favor, mantened la puerta cerrada —les indicó Robinson—. Es una zona climatizada.

—Hostias —dijo el detective Crowe—. Nos llevará una eternidad revisar cada uno de estos cajones. ¿Qué contienen, a propósito?

—Ya hemos inventariado cerca de la mitad de las cosas —dijo Robinson—. Si nos dais unos meses más para completarlo, podríamos deciros qué contiene cada cajón.

—Unos meses es demasiado tiempo para esperar.

—Me ha llevado un año inspeccionar solamente aquellas hileras de allí, hasta la estantería del fondo. Puedo garantizar personalmente el contenido. Pero todavía no he abierto los cajones de este extremo. Es un proceso lento porque uno tiende a ser cuidadoso y a documentar todo. Algunos de los objetos tienen siglos de antigüedad y pueden estar deshaciéndose.

—¿Aún en un ambiente climatizado? —preguntó Tripp.

—El aire acondicionado no se instaló hasta la década del 60.

Frost señaló un cajón en la parte inferior de una pila.

—Observad la fecha estampada en ese de allí. “1873. Siam”.

—¿Lo ve? —Robinson miró a Jane. —Puede haber tesoros aquí que no se han abierto en cien años. Mi plan era revisar los cajones sistemáticamente y documentar todo. —Hizo una pausa. —Pero luego descubrí a Madam X y el inventario se frenó. De otro modo ya

habríamos avanzado más.

—¿Dónde encontró el cajón con la momia? —preguntó Jane—. ¿En qué sector?

—En el fondo de esta fila, contra la pared. —Señaló hacia el extremo del depósito. —Estaba en la parte inferior de la pila.

—¿Revisó los cajones que estaban encima del de ella?

—Sí. Contenían objetos comprados alrededor de 1910. Elementos del Imperio Otomano, más algunos pergaminos chinos y piezas de alfarería.

—¿En 1910? Jane pensó en la dentición perfecta de la momia, en la amalgama de relleno. —Madam X era ciertamente más reciente que eso.

—¿Entonces cómo terminó debajo de cajones más antiguos? —quiso saber Crowe.

—Obviamente, alguien reacomodó las cosas aquí —dijo Jane—. Para dejarla menos accesible.

Mientras recorría el cavernoso recinto con la mirada, Jane pensó en el mausoleo en el que habían sepultado a su abuela, un palacio de mármol donde las paredes tenían los nombres grabados de los que descansaban dentro de las criptas. ¿Acaso estoy viendo eso mismo ahora? ¿Un mausoleo lleno de víctimas sin nombre?

Se dirigió hacia el extremo del sótano, donde habían encontrado a Madam X. Dos bombillas de luz se habían quemado en esa zona, dejándola en sombras.

—Comencemos la búsqueda por aquí —dijo.

Juntos, Frost y Crowe bajaron al suelo el cajón más alto de la pila. Sobre la tapa estaban escritas las palabras: MISCELÁNEA. CONGO. Frost utilizó la palanca para levantar la tapa y ante el primer atisbo de lo que había dentro, dio un respingo y chocó contra Jane.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

De pronto, Crowe rió. Metió la mano dentro del cajón de embalaje y sacó una máscara de madera; se la colocó sobre la cara y exclamó:

—¡Bu!

—¡Tenga cuidado con eso! —dijo Robinson—. Es valioso.

—También es tremendamente siniestro —murmuró Frost, con la mirada fija en las grotescas facciones talladas en la máscara de madera.

Crowe la hizo a un lado y sacó uno de los periódicos abollados utilizados para proteger el contenido de la caja.

—El Times de Londres, 1930. Diría que este cajón es anterior a nuestro asesino.

—No puedo permitir esto —se quejó Robinson—. Estáis tocando los objetos, contaminándolos. Deberíais estar usando guantes.

—Tal vez sea mejor que espere afuera, doctor Robinson —dijo

Jane.

—No, no lo haré. La seguridad de esta colección es responsabilidad mía.

Ella se volvió para enfrentarlo. A pesar de su aspecto afable, Robinson se mantuvo en sus trece cuando ella se le acercó, parpadeando furiosamente detrás de las gafas. Fuera del museo, al tener que enfrentarse a un policía, Nicholas Robinson seguramente se mostraría deferente. Pero aquí, en su territorio, en defensa de su valiosa colección, se lo veía completamente dispuesto a entrar en combate mano a mano.

—Estáis destrozando todo a vuestro paso como ganado salvaje —dijo—. ¿Qué le hace pensar que hay más cadáveres aquí? ¿Qué clase de gente cree que trabaja en los museos?

—No lo sé, doctor Robinson. Es lo que estoy tratando de averiguar.

—Entonces pregúntemelo a mí. Hable conmigo en lugar de destrozar las cajas. Conozco este museo. Conozco a las personas que han trabajado aquí.

—Hace solamente tres años que es curador —observño Jane.

—También trabajé aquí como pasante de verano cuando estaba en la universidad. Conocí al doctor Scott-Kerr y era absolutamente inofensivo. —Dirigió una mirada fulminante a Crowe, que acababa de sacar un jarrón del cajón abierto. —¡Oiga! ¡Eso tiene por lo menos cuatrocientos años de antigüedad! Trátelo con respeto!

—Creo que es mejor que usted y yo salgamos —dijo Jane—. Tenemos que hablar.

Él miró con preocupación a los tres detectives, que habían comenzado a abrir otro cajón de embalaje. De mala gana, siguió a Jane fuera del depósito y subieron la escalera hasta el salón de la planta baja. Se detuvieron en el sector de la exhibición egipcia, junto a la entrada cavernosa de la tumba falsa.

—¿En qué momento exactamente trabajó aquí como pasante, doctor Robinson? —preguntó Jane.

—Hace veinte años, durante mis dos últimos años de universidad. Cuando William era curador, trataba de contratar uno o dos pasantes universitarios por verano.

—¿Y por qué no hay pasantes hoy en día?

—Ya no tenemos dinero en el presupuesto para pagarles los gastos. Por eso nos resulta casi imposible atraer a estudiantes. Además, cuando eres joven, prefieres trabajar en el terreno, con otros chicos de tu edad. No encerrado dentro de este viejo edificio polvoriento.

—¿Qué recuerda del doctor Scott-Kerr?

—Lo apreciaba mucho —respondió y se le dibujó una sonrisita ante los recuerdos—. Era bastante distraído aun entonces, pero siempre agradable, siempre generoso con su tiempo. Desde un principio me dio

muchas responsabilidades y eso hizo que fuera la mejor experiencia que podría haber tenido. Aunque después terminé decepcionado.

—¿Por qué?

—Elevó mucho mis expectativas. Me hizo pensar que podría conseguir un trabajo como ese en cuanto terminara mi doctorado.

—¿Y no fue así?

Robinson negó con la cabeza.

—Terminé trabajando como vagabundo de pico y pala.

—¿Qué significa eso?

—Así se les dice a los arqueólogos contratados. Hoy en día, es prácticamente el único tipo de trabajo que se puede conseguir como recién graduado en arqueología. Lo llaman gestión de recursos culturales. Trabajaba en obras y bases militares. Excavaba pozos de prueba para ver si había rastros de valor histórico antes de que entraran las retroexcavadoras. Es un trabajo para jóvenes. No te dan beneficios, vives con una maleta a cuestas y te arruinas la espalda y las rodillas. Así que cuando Simon me llamó hace tres años para ofrecerme este trabajo, me alegré de colgar la pala, aun si gano menos que en el terreno. Lo que explica por qué este puesto quedó vacante tanto tiempo tras la muerte del doctor Scott-Kerr.

—¿Cómo puede funcionar un museo sin curador?

—Permitiendo que alguien como la señora Willebrandt maneje todo, si puede creerlo. Dejó las mismas exhibiciones en las mismas vitrinas polvorientas durante años. —Dirigió una mirada hacia el escritorio de recepción y bajó la voz a un susurro. —¿Y sabe una cosa? Ella no ha cambiado un ápice desde que yo era pasante. Esa mujer nació vetusta.

Jane oyó pasos en la escalera y se volvió para ver que Frost subía pesadamente los escalones.

—Rizzoli, será mejor que vengas a ver esto.

—¿Qué habéis encontrado?

—No estamos seguros.

Robinson y Jane siguieron a Frost hasta el depósito del subsuelo. Había viruta de madera desparramada en el suelo; los detectives habían revisado varios cajones más.

—Estábamos tratando de bajar ese cajón y me apoyé contra la pared para afirmarme —dijo el detective Tripp—. Fue como que cedió detrás de mí. Y entonces vi eso. —Señaló los ladrillos. —Crowe, apunta la linterna hacia aquí para que ella pueda ver.

Crowe enfocó la luz de la linterna contra la pared y Jane vio que ahora estaba inclinada hacia afuera. Uno de los ladrillos se había caído, dejando un hueco por el que solo se veía oscuridad.

—Hay un espacio allí detrás —dijo Crowe—. Cuando lo ilumino con la linterna, ni siquiera veo una pared en el fondo.

Jane se volvió hacia Robinson.

—¿Qué hay detrás de estos ladrillos?

—No tengo idea —respondió él, mirando con asombro la pared inclinada—. Siempre supuse que estas paredes eran sólidas. Pero es un edificio tan antiguo...

—¿Cómo de antiguo?

—Tiene como mínimo ciento cincuenta años. Eso nos dijo el plomero cuando vino a renovar el lavabo. En un tiempo esto era la residencia familiar, ¿sabe?

—¿De los Crispin?

—Vivieron aquí hasta mediados del 1800, luego la familia se mudó a una casa nueva en Brookline. Fue entonces cuando este edificio se convirtió en el museo.

—¿Esta pared hacia dónde mira? —preguntó Frost.

Robinson lo pensó.

—Diría que mira hacia la calle.

—O sea que no hay otro edificio del otro lado.

—No, solo la calle.

—Saquemos algunos ladrillos —dijo Jane—, y veamos qué hay del otro lado.

Alarmado, Robinson respondió:

—Si comenzáis a quitar ladrillos, podría desmoronarse todo.

—Pero queda claro que esta pared no carga peso —dijo Tripp—; de otro modo, ya se habría caído.

—Quiero que os detengáis ahora mismo —ordenó Robinson—. Antes de que sigáis, necesito hablar con Simon.

—¿Pues por qué no lo llama, entonces? —dijo Jane.

Mientras el curador se alejaba, los cuatro detectives permanecieron inmóviles, como en un cuadro vivo. En el instante en que se cerró la puerta detrás de él, Jane volvió a concentrarse en la pared.

—Los ladrillos inferiores ni siquiera están unidos con cemento. Están apilados, sueltos.

—Entonces, ¿cómo se sostiene la parte superior de la pared? —preguntó Frost.

Con cuidado, Jane sacó uno de los ladrillos sueltos, esperando que el resto se desmoronara. Pero la pared se sostuvo. Miró a Tripp.

—¿Qué opinas?

—Tiene que haber un soporte más arriba que sostiene el tercio superior.

—Entonces no debería ser peligroso quitar estos ladrillos de abajo ¿verdad?

—No debería. Supongo.

Jane soltó una risa nerviosa.

—Tripp, me llenas de confianza. —Bajo la mirada atenta de los tres

hombres inmóviles, Jane sacó otro ladrillo suelto y luego otro más. No pudo dejar de notar que los otros detectives habían retrocedido, dejándola sola junto a la base de la pared. A pesar del hueco que había abierto, la estructura seguía sosteniéndose. Al espiar hacia dentro, Jane solo vio oscuridad absoluta.

—Dame tu linterna, Crowe.

Él se la alcanzó.

De bruces en el suelo, Jane iluminó el interior del hueco. Vio la superficie rugosa de una pared a unos metros de distancia. Lentamente, la recorrió y el haz de luz se detuvo abruptamente sobre un nicho tallado en la piedra. Sobre la cara que la miraba desde la oscuridad.

Jane cayó hacia adelante con una exclamación ahogada.

—¿Qué pasa? —preguntó Frost—. ¿Qué has visto allí dentro?

Durante unos segundos, Jane no pudo hablar. Con el corazón al galope, se quedó mirando el hueco en los ladrillos, una ventana oscura hacia una recámara que no deseaba explorar. Mucho menos después de lo que acababa de atisbar en esas sombras.

—¿Rizzoli?

Ella tragó saliva.

—Creo que es momento de llamar a los forenses.

OCHO

No era la primera visita de Maura al Museo Crispin.

Unos años antes, tras mudarse a Boston, había encontrado el museo en una guía de atracciones turísticas locales. Un domingo frío de enero, había entrado por la puerta principal, esperando tener que competir con los habituales turistas de fin de semana, los clásicos padres extenuados que arriaban a niños aburridos. En cambio, había entrado en un edificio silencioso cuya única empleada era una guía en el mostrador de recepción, una anciana que le había cobrado el boleto y luego la había ignorado por completo. Maura había recorrido sola los salones sombríos, pasando junto a vitrinas polvorientas llenas de curiosidades de alrededor del mundo, junto a rótulos amarillentos que parecían no haber sido cambiados en un siglo. La caldera no daba abasto para calentar el edificio helado y Maura no se había quitado el abrigo ni la bufanda durante todo el recorrido.

Emergió dos horas más tarde, deprimida por la experiencia. Deprimida, también, porque esa visita en solitario parecía representar su vida de aquel momento. Recién divorciada y sin amigos en una ciudad nueva, era una vagabunda solitaria en un paisaje helado y sombrío donde nadie la saludaba ni parecía ser consciente de su existencia.

No había vuelto al Museo Crispin. Hasta ese día.

Al entrar en el edificio, sintió una punzada de esa misma depresión cuando inhaló el olor a vejez. A pesar de que habían pasado años desde que había estado allí, la misma tristeza que había sentido aquel día de enero volvió a posarse sobre sus hombros, recordándole que su vida, al fin y al cabo, no había cambiado, realmente. Aunque ahora estaba enamorada, seguía paseando a solas los domingos; sobre todo los domingos.

Pero las tareas oficiales de ese día requerían su atención; siguió a Jane por la escalera hacia el depósito del subsuelo. Los detectives ya habían agrandado el hueco en la pared lo suficiente como para que ella pudiera pasar. Se detuvo en la entrada y frunció el ceño al ver la pila de ladrillos que habían quitado de la pared.

—¿Es seguro entrar allí? ¿No se desmoronará la pared? —preguntó Maura.

—Está sujeta por un soporte en cruz en la parte superior —explicó Jane—. La idea era que pareciera una pared sólida, pero pienso que en algún momento debe de haber habido una puerta aquí, que llevaba a una cámara oculta.

—¿Oculta? ¿Para qué?

—Para esconder cosas valiosas, quizá. O para ocultar alcohol durante le época de la Ley Seca ¿Quién sabe? Ni siquiera Simon Crispin tiene idea de para qué existía este espacio.

—¿Estaba al tanto de su existencia?

—Dijo que de niño había oído historias sobre un túnel que conectaba este edificio con otro que estaba del otro lado de la calle. Pero esta cámara es un punto muerto. —Jane le entregó una linterna. —Tú primero —dijo—. Te sigo.

Maura se agazapó delante del hueco. Sentía las miradas de los detectives que la observaban en silencio, esperando su reacción. Lo que había dentro de ese lugar los había perturbado y su silencio la acobardaba. No podía ver dentro del espacio, pero sabía que algo horrible esperaba en la oscuridad, algo que había estado encerrado durante tanto tiempo que el aire parecía mustio y frío. De rodillas, pasó por la abertura.

Del otro lado, el espacio apenas si le permitió ponerse de pie. Estiró los brazos hacia adelante y no tocó nada. Encendió la linterna.

Una cara sin cuerpo le devolvió la mirada.

Maura ahogó una exclamación de horror y dio un respingo, lo que la hizo chocar con Jane, que acababa de entrar en el pequeño espacio detrás de ellas.

—Supongo que las has visto —dijo Jane.

—¿Las?

Jane encendió la linterna.

—Hay una aquí. —La luz se detuvo sobre la cara que acababa de asustar a Maura. —Y una segunda, aquí. El haz de luz se movió y aterrizó sobre otro nicho que contenía otra cara grotescamente marchita. —Y por último, hay una tercera aquí. —Jane apuntó la linterna hacia una repisa de piedra justo por encima de Maura. La cara apergaminada estaba enmarcada por una cascada de reluciente pelo negro. Unos puntos de sutura brutales mantenían los labios juntos, como condenándolas a eterno silencio.

—Dime que no son cabezas reales —murmuró Jane—. Por favor.

Maura sacó guantes de un bolsillo. Sentía las manos heladas y torpes, y le resultó difícil deslizar los dedos húmedos dentro del látex. Mientras Jane iluminaba la repisa, Maura levantó suavemente la cabeza que estaba sobre el estante de piedra. La sintió sorprendentemente liviana; era pequeña como para caber en la palma de su mano. La cortina de pelo estaba suelta y Maura se estremeció al sentir las hebras sedosas contra la piel de su brazo. No era nailon, pensó, sino pelo verdadero. Pelo humano.

Maura tragó saliva.

—Creo que esto es una tsantsa.

—¿Una qué?

—Una cabeza reducida. —Miró a Jane. —Parece ser real.

—También podría ser antigua, ¿verdad? Una antigüedad que el museo trajo de África?

—De Sudamérica.

—Da igual. ¿No podrían ser parte de una colección vieja?

—Podrían, sí. —En la oscuridad, Maura le clavó la mirada. —O podrían ser recientes.

Los empleados del museo contemplaban las tres tsantsas dispuestas sobre la mesa del laboratorio del museo. Impiadosamente iluminadas por el resplandor de luces de inspección, cada detalle de las cabezas recibía luz, desde las pestañas y cejas como plumas hasta el trenzado elaborado de los hilos de algodón que les cosían los labios. Dos de las cabezas tenían pelo largo y negro. A la tercera le habían cortado el pelo en una melena cuadrada que parecía una peluca de mujer sobre una cabeza de muñeca demasiado pequeña. Las cabezas eran tan diminutas, de hecho, que bien podían tomarse por suvenires de goma, de no ser por la textura claramente humana de las cejas y pestañas.

—No tengo idea de por qué estaban detrás de esa pared —murmuró Simon—, ni de cómo llegaron allí.

—Este edificio está lleno de misterios, doctora Isles —dijo Debbie Duke—. Cada vez que renovamos el cableado o las cañerías, los contratistas encuentran alguna sorpresa nueva. Un espacio cerrado con ladrillos o un pasadizo que no cumple ninguna función. —Miró por encima de la mesa al doctor Robinson. —Recuerdas ese desastre del mes pasado con la iluminación ¿verdad? El electricista tuvo que derribar media pared del tercer piso solamente para tratar de encontrar los cables. ¿Nicholas? ¿Nicholas?

El curador observaba las tsantsas con tanta intensidad que solamente cuando oyó su nombre por segunda vez levantó la mirada.

—Sí, este edificio es un poco un rompecabezas —concordó. Y añadió, en voz baja. —Me hace preguntarme qué otras cosas no hemos encontrado detrás de estas paredes.

—¿Entonces estas cabezas son reales? —dijo Jane—. ¿Son realmente cabezas humanas reducidas?

—Son decididamente reales —respondió Nicholas—. El problema es...

—¿Cuál?

—Josephine y yo escaneamos todos los registros de inventario que encontramos. Según los libros de adquisiciones, el museo posee tsantsas en su colección. Se añadieron en 1898, cuando las trajo el doctor Stanley Crispin de la cuenca superior del Amazonas. —Miró a Simon. —Entiendo que era su abuelo.

Simon asintió.

—Había oído que las teníamos en nuestra colección. Nunca supe qué había sido de ellas.

—Según el curador que trabajó aquí en la década de 1890, los objetos se describen así: —Robinson pasó las páginas del libro hasta dar con la indicada: —Cabezas trofeo reducidas en ceremoniales de los jíbaros, ambas en excelentes condiciones.

Al escuchar la descripción, Maura levantó la mirada:

—¿Dijo ambas?

Robinson asintió.

—Según estos registros, hay solamente dos en la colección.

—¿Podría haberse agregado una tercera más tarde, sin que se la registrara?

—Por supuesto. Es uno de los problemas con los que hemos estado lidiando, nuestros registros incompletos. Por ese motivo comencé a hacer el inventario, para poder finalmente saber qué tenemos.

Maura frunció el entrecejo y miró las tres cabezas reducidas.

—Entonces ahora la pregunta es, ¿cuál de ellas es la nueva incorporación? ¿Y cómo de reciente es?

—Apuesto a que es esta. —Jane señaló la tsantsa con el pelo recto. —Juro que la camarera de la cafetería de esta mañana tenía el mismo corte de pelo.

—En primer lugar —dijo Robinson—, es casi imposible adivinar, solo por el aspecto, si una tsantsa es masculina o femenina. Reducir la cabeza distorsiona las facciones y hace que ambos sexos se asemejen. Además, el pelo de algunas tsantsas tradicionales puede estar cortado así. Son poco habituales, pero el corte de pelo en realidad no nos dice nada.

—¿Entonces cómo se distingue una cabeza reducida tradicional de una copia moderna? —preguntó Maura.

—¿Me permite manipularlas? —preguntó Robinson.

—Sí, por supuesto.

Él cruzó hasta el armario para buscar guantes y se los colocó lentamente, como un médico que está por realizar una cirugía delicada. Este hombre sería meticuloso en cualquier profesión, pensó Maura. No podía recordar ningún compañero de la escuela de medicina más riguroso que Nicholas Robinson.

—Primero —dijo él—, debería explicar qué constituye una tsantsa jíbara genuina. Era uno de mis intereses particulares, por lo que sé bastante sobre ellas. Las tribus de los jíbaros viven cerca de la frontera entre Ecuador y Perú y se atacan entre ellos. Los guerreros se apoderan de las cabezas de hombres, mujeres, niños.

—¿Por qué de las cabezas? —preguntó Jane.

—Tiene que ver con su concepto del alma. Ellos creen que las

personas pueden tener hasta tres tipos distintos de alma. Está el alma corriente, que es la que todos poseen desde su nacimiento. Luego está el alma de la visión antigua, que es algo que debes ganarte a través de esfuerzos ceremoniales. Te da poderes especiales. Si alguien gana un alma de visión antigua y después muere asesinado, se transforma en el tercer tipo de alma, el alma vengadora, que perseguirá al asesino. La única manera de impedir que un alma vengadora tome represalias es cortar la cabeza y convertirla en una tsantsa.

—¿Cómo se hace una tsantsa? —Jane contempló las tres cabezas que parecían de muñecas. —No puedo entender cómo se puede reducir una cabeza humana a algo tan pequeño.

—Las versiones sobre el proceso resultan contradictorias, pero la mayoría de los informes concuerdan en una serie de pasos clave. Debido al entorno tropical, el proceso debía comenzarse inmediatamente después de la muerte. Se toma la cabeza cortada y se corta el cuero cabelludo en línea recta, desde la coronilla hasta la base del cuello. Luego se separa la piel del hueso. Se despega fácilmente, en realidad.

Maura miró a Jane.

—Me has visto hacer prácticamente lo mismo en las autopsias. Separo el cuero cabelludo del cráneo. Pero la incisión que hago cruza la coronilla, de oreja a oreja.

—Sí, y es la parte que siempre me causa repulsión —dijo Jane—. Sobre todo cuando despegas la cara.

—Ah, sí. La cara —dijo Robinson—. Los jíbaros también la desuellan. Requiere de cierta habilidad, pero la cara se despelleja, junto con el cuero cabelludo, en una sola pieza. Te quedas, entonces, con una máscara de piel humana. Se la da vuelta de adentro hacia fuera y se la raspa hasta dejarla limpia. Luego se le cosen los párpados para que queden cerrados. —Levantó una de las tsantsas y señaló los puntos casi invisibles. —¿Veis con qué delicadeza lo han hecho, dejando las pestañas con aspecto completamente natural? Este es un trabajo que demuestra gran habilidad.

¿Había una nota de admiración en su voz?, se preguntó Maura. Robinson no pareció notar las miradas inquietas que intercambiaron Jane y ella; estaba completamente concentrado en la maestría con que la piel humana había sido convertida en una rareza arqueológica.

Hizo girar la tsantsa para inspeccionar el cuello, que no era más que un tubo de cuero. Unas puntadas toscas subían por la nuca y por el cuero cabelludo, donde quedaban casi ocultas debajo del pelo grueso.

—Una vez que se separa la piel del cráneo —continuó—, se hierve en agua con extractos de plantas para derretir lo que queda de grasa. Cuando ya se le han quitado todos los restos de carne y grasa, se

vuelve a poner el lado interno hacia dentro y se cose la incisión de la parte posterior de la cabeza, como se ve aquí. Los labios se unen utilizando tres pinchos afilados de madera. Las fosas nasales y las orejas se taponan con algodón. A estas alturas, es solo una bolsa blanda de piel, de manera que rellenan la cavidad con piedras y arena caliente para chamuscar la piel. Luego la frotan con carbón y la cuelgan sobre humo hasta que la piel se reduce a la consistencia de cuero. Todo este proceso no lleva demasiado. No más de una semana, probablemente.

—¿Y qué hacen con ella? —preguntó Jane.

—Regresan a su tribu con sus trofeos conservados y celebran con una fiesta y danzas rituales. Los guerreros se cuelgan sus tsantsas alrededor del cuello con un cordel. Un año después, hacen una segunda fiesta para transferir el poder del espíritu de la víctima. Por último, un mes después, hay una tercera celebración. Es allí cuando se le dan los últimos toques. Le quitan los tres pinchos de madera de los labios y pasan hilo de algodón por los orificios y lo trenzan. Y añaden los ornamentos a las orejas. De ahí en adelante, las cabezas son consideradas un motivo de orgullo. Cada vez que el guerrero quiere exhibir su virilidad, se cuelga la tsantsa alrededor del cuello.

Jane soltó una risa de incredulidad.

—Igual que los tíos de hoy en día con sus cadenas de oro. ¿Qué les pasa a los machos con los collares?

Maura observaba las tres tsantsas que estaban sobre la mesa. Todas eran de tamaño similar. Todas tenían hilos trenzados en los labios y párpados delicadamente suturados.

—Temo que no encuentro ninguna diferencia entre estas tres cabezas. Todas parecen haber sido reducidas con mucha destreza.

—Así es —concordó Robinson—. Pero hay una diferencia importante. Y no me refiero al corte de pelo. —Se volvió para mirar a Josephine, que se había quedado en silencio en un extremo de la mesa. —¿Ves de lo que estoy hablando?

La joven vaciló, sin querer acercarse. Finalmente se colocó guantes y se acercó. Levantó las cabezas una por una y las inspeccionó debajo de la luz. Finalmente cogió una cabeza con pelo largo y ornamentos en forma de ala de escarabajo.

—Esta no es de los jíbaros —dijo.

Robinson asintió.

—Concuerdo.

—¿Por los pendientes? —preguntó Maura.

—No. Esa clase de pendientes son tradicionales —explicó Robinson.

—¿Entonces qué la hizo escoger esa cabeza en particular, doctora Pulcillo? —quiso saber Maura—. Se ve igual a las otras dos.

Josephine miraba la cabeza en cuestión; el pelo negro le caía sobre los hombros en mechones oscuros y relucientes como los de la tsantsa; el color era tan inquietantemente parecido que un cabello podría haberse fusionado con el otro. Por un instante, Maura tuvo la perturbadora impresión de que estaba mirando la misma cabeza, antes y después. Josephine viva, Josephine muerta. ¿Por qué la joven se mostraba tan renuente a tocarla? ¿Se vería a sí misma en esas facciones marchitas?

—Son los labios —dijo Josephine.

Maura negó con la cabeza.

—No veo ninguna diferencia. Las tres tienen los labios cosidos con hilo de algodón.

—Tiene que ver con el ritual de los jíbaros. Lo que Nicholas acaba de mencionar.

—¿Qué parte?

—Que los pinchos de madera después de un tiempo se quitan de los labios y se pasa hilo de algodón por los orificios.

—Las tres tienen hilo de algodón.

—Sí, pero eso no sucede hasta la tercera fiesta. Más de un año después de la muerte de esa persona.

—Tiene razón —dijo Robinson, complacido de ver que su joven colega había notado el detalle que él había querido que viera. —¡Los pinchos de los labios, doctora Isles! Cuando se dejan durante un año entero, quedan orificios grandes.

Maura miró las cabezas. Dos de ellas tenían agujeros grandes en los labios. La tercera, no.

—En esta no se utilizaron pinchos —dijo Robinson—. Simplemente le cosieron los labios enseguida después de cortarle la cabeza. Esta no está reducida por los jíbaros. El que la hizo tomó algunos atajos. Tal vez no sabía exactamente cómo se debía hacer. O tal vez la intención era venderla a turistas o usarla para trueque. Pero no es una cabeza de ceremonial.

—¿Entonces cuál es su origen? —preguntó Maura.

Robinson no respondió de inmediato.

—En realidad, no lo sé. Solo puedo decir que no es auténtica de los jíbaros.

Con manos enguantadas, Maura levantó la tsantsa de la mesa. Había sostenido cabezas humanas cortadas en sus manos con anterioridad y esta, sin el cráneo, era sorprendentemente liviana, apenas una cáscara de piel seca y pelo.

—Ni siquiera podemos estar seguros del sexo —dijo Robinson—. Aunque las facciones, distorsionadas como están, me parecen femeninas. Demasiado delicadas para ser de un hombre.

—Concuerdo —dijo Maura.

—¿Y qué opináis del color de piel? —preguntó Jane—. ¿Nos dice de qué raza es?

—No —respondió Robinson—. El proceso de reducción oscurece la piel. Esta podría ser caucásica. Y sin cráneo ni dientes para radiografiar, no puedo deciros qué edad tiene este espécimen.

Maura giró hacia abajo la cabeza e inspeccionó la abertura del cuello. Era desconcertante ver solo un espacio hueco en lugar de cartílago y músculo, tráquea y esófago. El cuello estaba colapsado y la cavidad oscura quedaba oculta. De pronto tuvo una imagen de la autopsia que le había realizado a Madam X. Recordó la cueva seca de la boca, el brillo de metal en la garganta. Y recordó el impacto que le había producido ver el suvenir en forma de sello. ¿Habría dejado el asesino una pista similar en los restos de esta víctima?

—¿Podríais darme más luz? —dijo.

Josephine giró una lupa con luz hacia ella y Maura la apuntó hacia la cavidad del cuello. Dentro de la abertura, en el fondo, pudo divisar una masa pálida abollada.

—Parece papel —dijo.

—No sería extraño —respondió Robinson—. En ocasiones se encuentran periódicos abollados dentro de las cabezas, para ayudar a mantener la forma cuando las embalan para envíos. Si es un periódico sudamericano, por lo menos sabremos algo de su origen.

—¿Tenéis fórceps?

Josephine sacó la pinza de un cajón de la sala de trabajo y se la entregó. Maura introdujo los fórceps en la abertura del cuello y cerró las pinzas lrededor de lo que había adentro. Con cuidado, tiró y sacó papel de periódico. Alisó la hoja y vio que no estaba impresa ni en español ni en portugués, sino en inglés.

—¿El Indio Daily News? —Jane soltó una risa de desconcierto. —Es de California.

—Y observad la fecha. —Maura señalo la parte superior de la página. —Es de hace solo veintiséis años.

—De todos modos, la cabeza podría ser mucho más antigua —dijo Robinson—. Ese periódico podría haberse insertado allí para un envío.

—Pero confirma una cosa. —Maura levantó la mirada. —Esta cabeza no era parte de la colección original del museo. Podría tratarse de otra víctima, añadida recién en... —Se interrumpió abruptamente y miró a Josephine.

La joven había empalidecido. Maura había visto ese color enfermizo antes, en las caras de los policías jóvenes cuando presenciaban sus primeras autopsias y sabía que por lo general anunciaba una carrera desesperada al fregadero o hacia la silla más cercana. Josephine no hizo ninguna de las dos cosas; simplemente se volvió y abandonó la sala.

—Debería ir a ver qué le pasa. —El doctor Robinson se quitó los guantes. —No tenía buen aspecto.

—Iré yo —dijo Frost y salió de la sala detrás de Josephine. Aun después de que la puerta se hubo cerrado, el doctor Robinson se quedó mirando hacia allí, como tratando de decidir si debía seguirlos.

—¿Tiene registros de hace veintiséis años? —preguntó Maura—. ¿Doctor Robinson?

Él tomó conciencia de pronto de que Maura había dicho su nombre y se volvió hacia ella.

—¿Cómo dice?

—Hace veintiséis años. La fecha de este periódico. ¿Tiene documentos de esa época?

—Ah. Sí, hemos encontrado libros de los años setenta y ochenta. Pero no recuerdo que se mencionara alguna tsantsa en ellos. Si llegó durante esos años, no se la registró. —Miró a Simon. —¿Usted lo recuerda?

Con gesto cansado, Simon negó con la cabeza. Parecía exhausto, como si hubiera envejecido diez años en la última media hora.

—No sé de dónde vino esa cabeza —dijo—. No sé quién la puso detrás de esa pared ni por qué.

Maura contempló la cabeza reducida, los ojos y labios cosidos para la eternidad.

—Parece que alguien ha estado armando su propia colección —dijo en voz baja.

NUEVE

Josephine deseaba desesperadamente que la dejaran en paz, pero no sabía cómo quitarse de encima con elegancia al detective Frost. La había seguido hasta su despacho arriba, y ahora estaba en la puerta, observándola con expresión preocupada. Tenía ojos bondadosos y una cara amable y su desordenado pelo claro le recordaba a los mellizos rubios que a menudo veía en el tobogán del parque de juegos de su vecindario. Sin embargo, era policía y los policías la asustaban. No debió haber abandonado la sala de manera tan abrupta y hacerse notar. Pero ver ese periódico había sido como recibir un puñetazo; se había quedado sin aliento ni estabilidad.

Indio, California. Veintiséis años atrás.

La ciudad donde nací. El año en que nací.

Otra conexión inquietante con su pasado, y no comprendía cómo podía ser posible. Necesitaba tiempo para para pensar en eso, para entender por qué tantos lazos antiguos y secretos con su propia vida estaban ocultos en el subsuelo del ignoto museo donde había aceptado un empleo. Es como si mi propia vida, mi pasado, hubieran sido preservados en esta colección. Mientras su mente intentaba encontrar una explicación, se veía obligada a sonreír y mantener una conversación trivial con el detective Frost, que se negaba a retirarse de su puerta.

—¿Se siente mejor? —preguntó él.

—Me mareé un poco allí en la sala. Seguramente me bajó el azúcar en la sangre. —Se dejó caer en la silla. —No debería haberme salteado el desayuno esta mañana.

—¿Necesita una taza de café o algo así? Puedo ir a buscársela.

—No, gracias. —Josephine logró sonreír, con la esperanza de que fuera suficiente para que él se marchara. Pero en lugar de hacerlo, Frost entró en el despacho.

—¿Ese periódico tenía algún significado especial para usted? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—Es que noté que se sobresaltó cuando la doctora Isles lo abrió y vimos que era de California.

Me estaba observando. Me está observando ahora.

Ese no era el momento para permitirle ver lo cerca que estaba de sucumbir al pánico. Mientras mantuviera la cabeza gacha, mientras se quedara en la periferia y desempeñara el papel de la callada empleada del museo, la policía no tendría motivo para poner su mirada en ella.

—No es solo el periódico —dijo—. Es toda esta situación siniestra. Encontrar cadáveres y partes de cadáveres en este edificio. Pienso que los museos son santuarios. Sitios de estudio y de contemplación. Ahora siento como que trabajo en una casa del horror y me pregunto cuándo aparecerá el próximo cadáver.

Él sonrió con expresión comprensiva; su aire juvenil lo hacía parecer cualquier cosa menos un policía. Josephine le adjudicó unos treinta y cinco años, pero había algo en él que lo hacía parecer mucho más joven y hasta inexperto. Vio su anillo de matrimonio y pensó: "Otra razón para mantener a este hombre a distancia".

—Para ser sincero, este sitio ya de por sí me resulta bastante siniestro —confesó Frost—. Con todos esos huesos exhibidos en el segundo piso.

—Esos huesos tienen dos mil años.

—¿Y eso los vuelve menos perturbadores?

—Los vuelve históricamente significativos. Sé que no parece haber mucha diferencia. Pero algo en el paso del tiempo le da a la muerte una sensación de distancia ¿no cree? A diferencia de Madam X, que podría ser alguien a quien hemos conocido. —Hizo una pausa y se estremeció. Luego agregó, en voz baja: —Es más fácil lidiar con restos antiguos.

—Son más como piezas de alfarería y estatuas, supongo.

—De algún modo, sí. —Josephine sonrió. —Cuanto más polvorientos, mejor.

—¿Y eso le atrae?

—Lo dice como si no pudiera entenderlo.

—Solo me pregunto qué clase de persona elige pasar la vida estudiando viejos huesos y piezas de alfarería.

—¿Qué hace una chica como tú en un trabajo como este? ¿Esa es la pregunta?

Frost rió.

—Usted es el objeto más joven que hay en todo el edificio.

Ella también sonrió, porque era cierto.

—Se trata de la conexión con el pasado. Me encanta tomar un pedazo de vasija e imaginar al hombre que moldeó la arcilla. Y a la mujer que usó ese cuenco para llevar agua. Y al niño que un día lo dejó caer y lo rompió. La historia nunca estuvo muerta para mí. Siempre sentí que estaba viva y latía en esos objetos que se ven en las vitrinas de los museos. Está en mi sangre, es algo con lo que nací, porque...—Se interrumpió al darse cuenta de que había entrado en

terreno peligroso. No hables del pasado. No hables de mamá.

Vio con alivio que el detective Frost no había notado su repentina cautela. Su siguiente pregunta no se relacionaba con ella en absoluto.

—Sé que no ha estado en el museo mucho tiempo —dijo él—, pero ¿ha tenido en algún momento ha tenido la sensación de que las cosas no estaban del todo bien, aquí?

—¿En qué sentido lo dice?

—Dijo usted que siente como si ha estado trabajando en una casa del horror.

—Fue una forma de decir. ¿Lo comprende, verdad, después de lo que acaba de encontrar detrás de la pared del sótano? ¿Después de lo que ha resultado ser Madam X? —La temperatura del despacho parecía seguir bajando. Josephine extendió el brazo hacia atrás para ponerse el jersey que había colgado de la silla. —Al menos mi trabajo no es tan horripilante como ha de ser el suyo. Usted se pregunta por qué elijo trabajar con piezas de alfarería y huesos viejos. Y yo me pregunto por qué alguien como usted elegiría trabajar con... bueno, pues con horrores frescos. —Levantó la mirada y vio un destello de incomodidad en los ojos de Frost porque esta vez, la pregunta iba dirigida a él. Para ser un hombre acostumbrado a interrogar a otras personas, no parecía querer corresponder con información personal sobre él.

—Disculpe —dijo Josephine—. Supongo que no se me permite hacer preguntas. Solo responderlas.

—No, solo me preguntaba qué quiso decir.

—¿Qué quise decir?

—Cuando dijo alguien como usted.

—Ah. —Ella soltó una risita avergonzada. —Es que parece una persona muy amable. Muy bondadosa.

—¿Y la mayoría de los policías no lo son?

Josephine se sonrojó.

—Cada vez cavo un hoyo más profundo ¿verdad? En serio, lo dije como un cumplido. Porque lo admito, la mayoría de los policías me asustan un poco. —Bajó la vista hacia su escritorio. —No creo ser la única que lo siente así.

Él suspiró.

—Puede que tenga razón. Aunque pienso que soy la persona menos intimidante del mundo.

Pero igual te tengo miedo, pensó ella. Porque sé lo que podrías hacerme si supieras mi secreto.

—¿Detective Frost? —Nicholas Robinson había aparecido en la puerta. —Su colega lo necesita abajo otra vez.

—Ah. Sí, claro. —Frost le sonrió a Josephine. —Seguiremos hablando más tarde, doctora Pulcillo. Y hágame el favor de comer

algo ¿sí?

Nicholas esperó a que Frost hubiera abandonado el despacho y luego dijo:

—¿Qué fue todo eso?

—Sólo estábamos conversando, Nick.

—Es detective. No creo que solo conversen.

—No me estaba interrogando ni nada de eso.

—¿Te preocupa algo, Josie? ¿Algo que yo debería saber?

Aunque la pregunta de él la puso en guardia, Josephine logró mantener la calma y responder:

—¿Por qué lo dices?

—Estás rara. Y no es solo por lo que sucedió hoy. Ayer, cuando me acerqué a ti en el pasillo, desde detrás, casi te mueres del susto.

Ella tenía las manos apoyadas sobre el regazo y agradeció que él no pudiera ver cómo las apretaba en dos nudos. En el poco tiempo que llevaban trabajando juntos, él había desarrollado una habilidad extraña para adivinar sus estados de ánimo y saber cuándo necesitaba reír un rato o estar sola. Sin duda se daba cuenta de que este era uno de esos momentos en los que quería estar a solas, y sin embargo, no se marchaba. El Nicholas que conocía no era así, era un hombre que invariablemente respetaba su privacidad.

—Josie —insistió él—. ¿Quieres hablar de algo en especial?

Ella soltó una risita apesadumbrada.

—Creo que me siento mortificada por haberme equivocado de esa manera con Madam X. Por no haberme dado cuenta de que era falsa.

—Ese análisis de carbono catorce nos desconcertó a ambos. Yo me equivoqué tanto como tú.

—Pero tu especialidad no es la Egiptología. Ese fue el motivo por el que me contrataste y yo metí la pata. —Se inclinó hacia adelante y se masajeó las sienes. —Si hubieras contratado a alguien con más experiencia, esto no habría sucedido.

—No metiste la pata. Fuiste tú la que insistió con la tomografía computada, ¿recuerdas? Porque tú no estabas del todo convencida. Fuiste tú la que nos guió hasta la verdad. Así que deja de castigarte por este asunto.

—Hice quedar mal al museo. Te hice quedar mal a ti, por contratarme.

El guardó silencio durante varios segundos. Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo. La costumbre anacrónica de él de llevar siempre pañuelos de tela a Josephine le resultaba enternecedora. A veces Nicholas le recordaba a un caballero solterón de una era pasada y más inocente. Un tiempo en el que los hombres se ponían de pie si una mujer entraba en la habitación.

—Tal vez deberíamos ver el lado positivo de todo esto —dijo—.

Piensa en la publicidad que nos ha traído. Ahora todo el mundo sabe que el Museo Crispin existe.

—Pero por las peores razones. Nos conocen como el museo que tiene víctimas de asesinatos en el subsuelo. —Sintió que entraba más aire frío por la rejilla de ventilación y se estremeció a pesar de llevar puesto el jersey. —No dejo de preguntarme qué más vamos a encontrar en este edificio. Si habrá otra cabeza reducida detrás del techo ahí arriba u otra Madam X detrás de esta pared. ¿Cómo pudo pasar esto sin que el curador lo supiera? —Miró a Robinson. —Tuvo que ser él, ¿no es así? El doctor Scott-Kerr. Estuvo a cargo del museo muchísimos años, así que tiene que haber sido él.

—Conocía a Scott-Kerr. Me resulta muy difícil de creer.

—¿Pero lo conocías de verdad?

Él lo pensó.

—Ahora tengo que preguntarme cómo de bien cualquiera de nosotros conocía a William. Como de bien conocemos a cualquiera. Parecía un hombre callado y completamente común y corriente. No era alguien que te llamaría particularmente la atención.

—¿No es así como generalmente describen al psicópata que tiene dos docenas de cadáveres enterrados en su sótano? Era tan callado y del montón.

—Sí, parece ser la descripción universal. Pero claro, podría servir para casi todo el mundo ¿no? —Nicholas movió la cabeza. —Para mí también —añadió con una nota de ironía.

Josephine miraba por la ventanilla del autobús mientras se dirigía a su casa. ¿No decían siempre que la vida estaba llena de coincidencias? ¿Acaso no había escuchado historias sorprendentes de gente que estando de vacaciones en el extranjero veía a sus vecinos de al lado en las calles de París? Las convergencias extrañas sucedían todo el tiempo y esta podía simplemente ser una de ellas.

Pero no era la primera coincidencia. Esa había sido el nombre en el cartucho egipcio. Medea. Ahora se le agrega el Indio Daily News.

Cuando llegó a su parada, bajó del autobús a un calor pesado y espeso de humedad. Las nubes negras se cernían amenazantes y mientras caminaba hacia su edificio, oyó el gruñido de truenos y se le erizó el vello de los brazos como movido por la estática del aire cargado de relámpagos. La lluvia comenzó a caerle encima y para cuando llegó a su edificio se había convertido en un chaparrón tropical. Subió corriendo los escalones y entró en el vestíbulo, donde se quedó chorreando agua mientras abría el buzón.

Acababa de sacar un fajo de sobres cuando la puerta del apartamento 1A se abrió y el señor Goodwin dijo:

—Me pareció verte entrar corriendo. Diluvia allí fuera ¿verdad?

—Es un desastre. —Cerró el buzón. —Me alegro de estar ya en casa y no tener que volver a salir.

—Me trajo otra hoy. Pensé que querrías encargarte del asunto.

—¿Otra qué?

—Otra carta dirigida a Josephine Sommer. El cartero me preguntó qué dijiste sobre la anterior y le respondí que te la llevaste.

Ella revisó la correspondencia que tenía en la mano y vio el sobre. Era la misma caligrafía. También este tenía sello postal de Boston.

—Es confuso para el correo ¿sabes? —dijo el señor Goodwin—. Te convendría decirle al remitente que actualice tu nombre.

—Sí. Gracias. —Comenzó a subir la escalera.

—¿Has encontrado tu llavero? —gritó él.

Josephine no respondió, entró rápidamente en su apartamento y cerró la puerta. Dejó caer el resto de la correspondencia sobre el sofá, abrió rápidamente el sobre dirigido a Josephine Sommer y sacó una hoja de papel doblada. Se quedó mirando las palabras RESERVA BLUE HILLS y se preguntó por qué alguien querría enviarle un mapa fotocopiado de senderos cercanos para montañismo. Luego dio vuelta a la hoja y vio lo que habían escrito en tinta del otro lado:

BÚSCAME.

Debajo de eso había números:

42 13 06.39

710406.48

Josephine se dejó caer sobre el sofá; la palabra la miraba desde su regazo. Afuera, la lluvia se había intensificado y convertido en un torrente. Los truenos sonaban cerca y un relámpago iluminó la ventana.

BÚSCAME.

No había amenaza implícita en ese mensaje, nada que le hiciera pensar que el remitente tuviera malas intenciones.

Pensó en la nota que había recibido unos días atrás: La policía no está de tu lado.

De nuevo, no una amenaza, sino un susurro sensato de advertencia.

La policía no estaba de su lado; eso era algo que ya sabía, algo que había sabido desde que tenía catorce años.

Se concentró en los dos números. Solo le llevó unos segundos reconocer qué representaban.

Con la tormenta eléctrica tan cerca, no era un buen momento para encender el ordenador, pero lo hizo de todos modos. Navegó al sitio de Google Earth y utilizó los dos números como latitud y longitud. Mágicamente, la pantalla recorrió un mapa de Massachusetts y se enfocó en una zona boscosa cercana a Boston.

Era la Reserva Blue Hills.

Había estado en lo cierto: los dos números eran coordenadas y marcaban una ubicación precisa dentro del parque. Claramente era el sitio al que debía ir, pero ¿para qué? El mensaje no incluía hora ni fecha para ningún encuentro. Ciertamente nadie esperaría pacientemente en un parque durante las horas o días que podrían pasar hasta que ella se presentara allí. No, se trataba de algo específico que tenía que buscar allí. No una persona, sino una cosa.

Hizo una rápida búsqueda en Internet sobre la Reserva Blue Hills y se enteró de que era un parque de casi tres mil hectáreas al sur de Milton. Tenía 200 kilómetros de senderos que atravesaban bosques pantanos, praderas y ciénagas y albergaba a una gran variedad de vida silvestre que incluía la serpiente cascabel de los bosques. Esa sí que era una atracción para recomendar. La oportunidad de toparse con serpientes cascabel. Buscó un mapa de la zona de Boston en la biblioteca y lo abrió sobre la mesa de café. Al ver la gran zona verde que representaba el parque, se preguntó si tendría que abrirse camino entre árboles y pantanos buscando ...¿qué? ¿Algo grande o pequeño?

¿Y cómo me enteraré cuando lo encuentre?

Era hora de ir a ver al encargado.

Bajó y golpeó a la puerta del 1A. El señor Goodwin apareció con las antiparras de aumento apoyadas sobre la frente como un segundo par de ojos.

—¿Puedo pedirle un favor? —dijo ella.

—Estoy ocupado. ¿Es algo rápido?

Josephine miró más allá de él, dentro del apartamento atestado de pequeños electrodomésticos y artículos de electrónica que esperaban reparación.

—Quiero comprar un GPS para mi coche. Usted tiene uno ¿verdad? ¿Es fácil de entender?

De inmediato, la cara de él se iluminó. Lo hacía feliz que le preguntaran por cualquier dispositivo o aparato.

—¡Sí, claro! No sé qué haría sin el mío. Tengo tres. El año pasado llevé uno a Frankfurt, cuando visité a mi hija y enseguida me ubiqué

en las calles como un nativo. No tenía que pedir instrucciones, solo cargaba la dirección y allí iba. Deberías de haber visto las miradas envidiosas que recibía. Algunos me paraban en la calle solo para verlo de cerca.

—¿Es complicado?

—¿Quieres que te lo enseñe? ¡Pasa, pasa!

La hizo pasar a la sala, olvidando por completo la tarea que lo había tenido ocupado. De un cajón, sacó un elegante dispositivo apenas más grande que un mazo de naipes.

—Mira, lo encenderé para que puedas probarlo. No necesitarás ninguna ayuda. Es todo intuitivo, verás, solo hay que navegar por el menú. Si conoces la dirección, te lleva directamente hasta la puerta. También puedes buscar restaurantes, hoteles. Hasta puedes hacer que te hable en francés.

—Me gusta el senderismo. ¿Qué pasa si estoy en el bosque y me rompo una pierna? ¿Cómo sabré dónde estoy?

—¿Te refieres a llamar para pedir ayuda? Es fácil. Solo llamas al 911 por teléfono y les das las coordenadas de tu ubicación. —Le quitó el dispositivo de las manos y tocó la pantalla unas cuantas veces. —¿Ves? Esta es nuestra ubicación. Latitud y longitud. Si me gustara el senderismo, no andaría por allí sin él. Es tan esencial como un botiquín de primeros auxilios.

—Vaya. —Ella sonrió como si estuviera muy impresionada. —No sé si puedo gastar lo que debe de costar esto.

—¿Por qué no lo tomas prestado por un día? Pruébalo, juega con él. Verás lo fácil que es.

—¿Está seguro? Me vendría muy bien.

—Como te dije, tengo dos más. Cuéntame luego si te ha gustado.

—Le prometo que se lo cuidaré.

—¿Quieres que vaya contigo para darte instrucciones de cómo usarlo?

—No, me las arreglaré. —Lo saludó con la mano y dijo: —Lo probaré mañana en una caminata.

DIEZ

Josephine detuvo el coche en la zona para aparcar cerca del punto de partida del sendero y apagó el motor. Se quedó sentada un momento, observando la entrada al sendero que era apenas un pasaje estrecho tallado en la oscuridad del bosque denso. Según Google Earth, era el punto más cercano a las coordenadas escritas en el mapa al que se podía llegar en automóvil. Era hora de comenzar a caminar.

Aunque la lluvia pesada había terminado la noche anterior, todavía colgaban nubes grises y bajas en el cielo esa mañana y el aire en sí parecía chorrear humedad. Se detuvo donde comenzaba el bosque y miró el sendero que se perdía de vista en las sombras profundas. Sintió un escalofrío, como un soplo de aliento helado en el cuello. De pronto, quiso volver al coche y trabar las puertas. Regresar a casa y olvidar que había recibido ese mapa. Adentrarse en el bosque la atemorizaba, pero más miedo les tenía a las consecuencias de ignorar la nota que había recibido. Quienquiera que la hubiera mandado podía terminar siendo su mejor amigo.

O su peor enemigo.

Levantó la mirada, sintiendo el beso helado de agua que goteaba de las ramas de los árboles. Se levantó la capucha de la chaqueta y echó a andar por el sendero.

El camino de tierra estaba salpicado de hongos coloridos cuya superficie relucía por el agua de lluvia. Sin duda eran venenosos; los bonitos por lo general lo eran. Como decía el refrán: existen audaces recolectores de hongos y ancianos recolectores de hongos, pero lo que no existe son recolectores de hongos audaces y ancianos. Las coordenadas del GPS portátil comenzaron a cambiar; los números iban acomodándose a medida que ella se adentraba en el bosque. El dispositivo no podría darle la ubicación precisa. Lo mejor que podía esperar era que la llevaba hasta unos doce metros del punto que debía buscar. Si el objeto que le habían dejado era pequeño, ¿cómo iba a encontrarlo entre los árboles?

En la distancia se escuchaban truenos; se acercaba otra tormenta. Nada de qué preocuparse todavía, pensó. Si los relámpagos se acercaban, se alejaría del árbol más alto y se agazaparía en una zanja. Esa era la teoría, al menos. Las gotas caían con más regularidad sobre su chaqueta. La capucha de nailon apagaba los sonidos y amplificaba el ruido de su propia respiración y de su corazón. En pequeñas fracciones de grados, las coordenadas del GPS se iban a cercando a su objetivo.

A pesar de que era media mañana, el bosque parecía estar oscureciéndose rápidamente. O tal vez eran solo las nubes cada vez más densas que amenazaban convertir el goteo lento y constante en un torrente. Apuró la marcha; caminaba a buena velocidad y las botas salpicaban en el fango y las hojas mojadas. De pronto se detuvo y miró atentamente el GPS.

Se había pasado. Tenía que retroceder.

Volvió sobre sus pasos hasta llegar a una curva en el sendero y paseó la mirada por entre los árboles. El GPS le indicaba que abandonara el sendero. Más allá del nudo de ramas, los árboles parecían abrirse, dejando a la vista un claro que parecía tentador.

Salió del sendero y echó a andar hacia el claro; avanzaba ruidosa y pesadamente como un elefante entre la vegetación. Las ramas le azotaban la cara en bofetadas mojadas. Subió a un tronco caído y cuando se disponía a saltar del otro lado, vio una huella de zapato grabada en la tierra y se paralizó. La lluvia había desdibujado los bordes y derretido las pisadas. Alguien más había subido a ese tronco. Alguien más había avanzado por entre esa vegetación. Pero lo había hecho en la dirección contraria, hacia el sendero, no alejándose de él. La huella no parecía fresca. De todos modos, Josephine se detuvo para mirar a su alrededor. Solo veía ramas que colgaban, pesadas, y troncos cubiertos de líquenes. ¿Qué persona en su sano juicio se pasaría noche y día en el bosque, esperando tenderle una emboscada a una mujer que tal vez no aparecería nunca? ¿Una mujer que podía no reconocer siquiera que los números en el mapa representaban coordenadas?

Pensar con lógica la tranquilizó; saltó del tronco y siguió andando, con la mirada fija en los números móviles del GPS. Estoy más cerca, pensó. Ya casi llego.

De pronto el bosque se hizo menos denso y se abrió a una pradera. Por un instante, ella se quedó allí, parpadeando ante la vasta expansión de hierba y flores silvestres encorvadas por el peso de la humedad. ¿Y ahora, qué? Según el GPS, ese era el sitio adonde tenía que ir, pero ella no veía ninguna señal ni algo que llamara la atención. Solo una pradera y en el centro, un solitario manzano viejo con ramas nudosas.

Caminó hacia el claro; sus vaqueros susurraban contra la hierba mojada y la humedad se le pasaba a las piernas. Salvo por el goteo regular de la lluvia, el día estaba espectralmente silencioso; solo se oía un ladrido distante. Se dirigió al centro del prado y giró lentamente para observar los árboles en la periferia, pero no vio ningún movimiento, ni siquiera el aleteo de un pájaro.

¿Qué quieres que encuentre?

Un trueno desgarró el aire y Josephine levantó la mirada hacia el

cielo cada vez más oscuro. Era hora de marcharse de ese claro. Era el colmo de la imprudencia quedarse junto a un árbol solitario durante una tormenta eléctrica.

Solo en ese momento miró atentamente el árbol. Y vio el objeto que colgaba de un clavo en el tronco. Estaba por encima del nivel de sus ojos, parcialmente oculto por una rama y ella no lo había visto hasta ese instante. Contempló lo que colgaba del clavo.

El llavero que perdí.

Descolgó las llaves y giró en redondo; con desesperación, miró a su alrededor, buscando al que las había colgado del árbol. Se oyó un trueno. Como el disparo que da inicio a una carrera, la impulsó a moverse. Pero no fue la tormenta lo que la hizo correr a toda velocidad hacia los árboles y lanzarse hacia el sendero por entre la vegetación, sin prestar atención a las ramas que le pegaban en la cara. Era la imagen de sus llaves colgando del tronco del árbol, llaves que ahora aferraba con fuerza aunque las sentía ajenas. Contaminadas.

Cuando llegó al punto donde comenzaba el sendero jadeaba y respiraba con dificultad. Su coche ya no era el único vehículo en el parking; cerca había un Volvo aparcado. Con manos frías y entumecidas, intentó abrir la puerta. Se sentó detrás del volante y trabó las puertas.

A salvo.

Respiró agitadamente durante varios segundos y el parabrisas se empañó. Inspeccionó el llavero que acababa de descolgar del solitario manzano. Tenía el mismo aspecto de siempre: cinco llaves colgadas del llavero con forma de anj, el antiguo símbolo egipcio que representaba la vida. Dos llaves de su apartamento, las del coche y la llave del buzón. Alguien las había tenido en su poder durante más de una semana. Mientras yo dormía, pensó Josephine, alguien podría haber entrado en mi apartamento. O podría haberme robado la correspondencia. O haberme revisado...

El coche.

Ahogó una exclamación de pánico y se volvió abruptamente, esperando ver un monstruo esperando para atacarla desde el asiento trasero. Pero solo vio carpetas sueltas del museo y una botella de agua vacía. Ningún monstruo, ningún asesino con un hacha. Se acomodó en el asiento; de su garganta brotó una risa que contenía una nota de histeria.

Alguien está tratando de hacerme enloquecer. Igual que hicieron enloquecer a mi madre.

Metió la llave en la ignición y cuando se disponía a encender el motor vio la llave del maletero tintineando contra las demás. Durante toda la noche, pensó, mi coche estuvo aparcado en la calle cerca de mi edificio. Expuesto y sin protección.

Paseó la mirada por la zona de aparcamiento. A través del cristal empañado, vio que los dueños del Volvo subían por el camino. Una pareja joven con un niño y una niña de unos diez años. El chico paseaba a un perro Labrador de color negro. O para ser precisos, el perro parecía estar paseando al niño, pues lo arrastraba mientras el chaval intentaba sujetar la correa.

El hecho de no estar sola la tranquilizó; cogió las llaves y salió del coche. La lluvia le mojó la cabeza, pero no prestó atención al agua que le resbalaba por el cuello y se le metía dentro del cuello de la camiseta. Fue hasta el maletero y trató de recordar cuándo lo había abierto por última vez. En su excursión semanal al supermercado. Todavía recordaba las bolsas plásticas repletas y cómo las había cargado todas juntas en un solo viaje. El maletero debería estar vacío.

El perro comenzó a ladrar furiosamente y el niño que sujetaba la correa gritó:

—¡Basta, Sam! ¿Qué te pasa?

Josephine se volvió y vio que el chaval intentaba arrastrar al perro hacia el Volvo, pero el animal no dejaba de ladrarle a ella.

—Disculpa —dijo la madre del niño—. No sé qué le pasa. —Cogió la correa y el perro gimió al verse arrastrado por la fuerza hacia el Volvo.

Josephine destrabó el maletero y la tapa se levantó.

Cuando vio lo que había dentro, ahogó una exclamación y se tambaleó hacia atrás. La lluvia caía por sus mejillas como una caricia de dedos gélidos y le empapaba el pelo. El perro se soltó y corrió hacia ella, ladrando histéricamente. Josephine oyó que uno de los niños comenzaba a gritar.

La madre exclamó:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Mientras el padre llamaba al 911, Josephine fue hasta un árbol y se dejó caer, horrorizada, sobre el musgo empapado por la lluvia.

ONCE

Cualquiera fuera la hora o el estado del tiempo, Maura Isles siempre se las arreglaba para llegar con aspecto elegante. Con los pantalones húmedos y el pelo mojado por la lluvia, Jane tiritaba; cuando vio a la médica forense bajar del Lexus negro, sintió una punzada de envidia. El pelo de Maura se veía lacio y perfecto como un casco y se la veía elegante hasta con una chaqueta para la lluvia. Pero claro, no había pasado la última hora bajo la lluvia en el aparcamiento, como Jane.

Cuando Maura atravesó la barrera policial, los agentes se hicieron a un lado respetuosamente, como para cederle paso a la realeza. Y al igual que la realeza, Maura caminaba con distante determinación, dirigiéndose directamente hacia el Honda aparcado junto al cual Jane la estaba esperando.

—¿Milton no está fuera de tu jurisdicción? —preguntó Maura.

—Cuando veas lo que tenemos, comprenderás por qué nos llamaron.

—¿Este es el coche?

Jane asintió.

—La dueña es Josephine Pulcillo. Dice que desde hace una semana no encuentra las llaves y supuso que las había dejado en algún sitio poco habitual. Ahora parecería que se las hubieran robado y la persona que las tenía también tenía acceso a su automóvil. Lo que explica cómo esto que vas a ver terminó dentro del maletero. —Jane se volvió hacia el coche. —Espero que estés preparada para esto. Porque te aseguro que a mí me va a dar pesadillas.

—Te he oído decir eso en otras oportunidades.

—Sí, bueno, pero esta vez lo digo en serio. —Con manos enguantadas, Jane levantó la tapa del maletero, lo que liberó un olor a cuero podrido. Jane ya había estado expuesta a los hedores de un cuerpo en descomposición, pero eso era distinto; no olía a putrefacción. Ni siquiera olía a ser humano. Ciertamente, jamás había visto a un ser humano con el aspecto de lo que estaba acurrucado en el maletero de ese Honda.

Por un momento, Maura pareció quedar muda. Observó en silencio una masa de pelo negro enmarañado, una cara oscurecida al color del alquitrán. Cada pliegue de la piel, cada arruga del cuerpo desnudo estaba preservada perfectamente, como si estuviera congelada en bronce. Al igual que la expresión de la mujer en el momento de su muerte; tenía la cara torcida en una mueca y la boca abierta en un

grito eterno.

—Al principio pensé que no podía ser real —dijo Jane—. Pensé que era un muñeco de goma de Halloween que se cuelga para asustar a los chavales. No de carne, sino una especie de zombi falso. Quiero decir ¿cómo se puede convertir a una mujer en algo así? —Jane hizo una pausa e inspiró. — Y luego le vi los dientes.

Maura observó la boca abierta y musitó:

—Tiene un empaste dental.

Jane apartó la mirada y se concentró en la furgoneta de un canal de televisión que acababa de aparcar del otro lado del perímetro policial.

—Dime, doc, cómo hicieron para que una mujer tenga ese aspecto —dijo Jane—. Dime cómo se transforma un cadáver en un monstruo de Halloween.

—No lo sé.

Eso sorprendió a Jane. Se había acostumbrado a considerar a Maura Isles una autoridad sobre cualquier forma de muerte, por más oscura que fuera.

—Pues no se puede hacer algo así en una semana, ¿verdad? —quiso saber Jane—. Tal vez ni siquiera en un mes. Tiene que llevar un buen tiempo convertir a una mujer en eso. —O en una momia.

Maura la miró.

—¿Dónde está la doctora Pulcillo? ¿Qué dice sobre el asunto?

Jane señaló hacia la calle donde la fila de vehículos aparcados se estaba haciendo más larga. —Está allí, sentada en el coche con Frost. Dice que no tiene idea de cómo ese cadáver terminó en su maletero. La última vez que usó el coche fue hace unos días, cuando fue a comprar comestibles. Si este cadáver hubiera estado en el maletero más de un par de días, seguramente olería peor. Ella lo habría notado.

—¿Sus llaves desaparecieron hace una semana?

—No sabe cómo las perdió. Lo único que recuerda es que volvió a su casa un día desde el trabajo y no estaban en su bolso.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Vino a hacer una.

—¿En un día así?

Gotas pesadas de lluvia comenzaron a caer con fuerza sobre sus chaquetas y Maura cerró el maletero, bloqueando la vista del objeto monstruoso que había adentro.

—Algo no cierra en todo esto.

Jane rió.

—No me digas.

—Me refiero al tiempo.

—Pues a mí tampoco me hace feliz este tiempo, pero ¿qué podemos hacer?

—¿Josephine Pulcillo vino hasta aquí sola, en un día como hoy, para hacer una caminata?

Jane asintió.

—Eso también me hacía ruido a mí. Se lo pregunté.

—¿Qué dijo?

—Que necesitaba estar al aire libre. Y que le gusta caminar sola.

—Durante tormentas eléctricas, por lo visto. —Maura se volvió para mirar hacia el coche donde estaba sentada Josephine. —Es una chica muy atractiva, ¿no crees?

—¿Atractiva? Más bien una bomba, diría yo. Voy a tener que ponerle una correa a Frost, va tras ella jadeando como un perro.

Maura seguía mirando a Josephine con el ceño fruncido.

—Ha habido mucha publicidad sobre Madam X. En marzo salió un artículo importante en el Globe. Y en las últimas semanas hubo más notas periodísticas, con fotografías.

—Fotografías de Josephine, quieres decir.

Maura asintió.

—Tal vez ha conseguido un admirador.

Un admirador particular, pensó Jane. Alguien que sabía desde un principio qué estaba oculto en el sótano del museo. La publicidad sobre Madam X seguramente habría atraído su atención. Habría leído todos los artículos y mirado cada una de las fotos. Y habría visto la cara de Josephine.

Bajó la mirada hacia el maletero, aliviada de que estuviera cerrado y no tuviera que ver a la desgraciada ocupante, ese cuerpo retorcido como en las garras de la agonía.

—Creo que nuestro coleccionista acaba de enviarnos un mensaje. Nos está diciendo que sigue vivo. Y a la búsqueda de nuevos especímenes.

—También nos está diciendo que está aquí mismo en Boston. —Maura volvió a mirar hacia donde estaba Josephine. —Dijiste que perdió las llaves. ¿Cuáles llaves?

—Las del coche. Y de la casa.

Maura levantó el mentón con expresión consternada.

—Eso no es bueno.

—Le están cambiando las cerraduras en este mismo momento. Ya hemos hablado con el administrador de su edificio y nos aseguraremos de que llegue sana y salva a su casa.

Sonó el teléfono de Maura y ella miró el número.

—Disculpa —dijo y se alejó para responder. Jane notó la inclinación furtiva de la cabeza, la forma en que sus hombros se curvaban hacia adelante, como para que nadie viera su conversación.

—¿Y el sábado a la noche podrás venir? Hace tanto que no te veo...

Lo que la delataba eran los susurros. Estaba hablando con Daniel

Brophy, pero Jane no detectaba júbilo alguno en la conversación murmurada, solo desilusión. ¿Qué otra cosa salvo desilusión puedes esperar cuando te enamoras de un hombre inalcanzable?

Maura terminó la conversación con un suave: "Te llamaré mañana." Se volvió hacia Jane, pero no la miró a los ojos, sino que se concentró en el Honda. Un cadáver era un tema de conversación más seguro. A diferencia de un amante, un muerto no podía romperle el corazón ni decepcionarla ni hacer que se sintiera sola de noche.

—¿Supongo que los técnicos de criminalística forense examinarán el maletero? —dijo Maura; era puro profesionalismo otra vez; había vuelto a su papel de la médica forense fría y cerebral.

—Incautaremos el vehículo. ¿Cuándo le harás la autopsia?

—Antes quiero hacer algunos estudios preliminares. Radiografías, muestras de tejidos. Antes de abrirla, necesito comprender con exactitud con qué proceso de preservación estoy lidiando.

—¿O sea que no llevarás a cabo la autopsia hoy mismo?

—No, hasta después del fin de semana, no. A simple vista, parece estar muerta desde hace tiempo. Unos días más no alterarán los resultados post mortem. —Maura miró a Josephine. —¿Qué me dices de la doctora Pulcillo?

—Todavía la estamos interrogando. Una vez que la llevemos a su casa y se vista con ropa seca, es posible que recuerde más detalles.

Josephine Pulcillo es un bicho raro, pensó Jane mientras Frost y ella esperaban en el apartamento de la joven a que saliera del dormitorio. La sala estaba decorada en el estilo de "estudiante universitaria sin un centavo". El tapizado del sofá cama estaba gastado por las uñas de algún gato fantasma y la mesa de café tenía círculos oscuros de vasos y bebidas. En la biblioteca se venían libros de texto y revistas técnicas, pero Jane no veía fotografías ni objetos personales, nada que revelara algún indicio sobre la personalidad de la ocupante. En el ordenador, un protector de pantalla repetía imágenes de templos egipcios en un bucle continuo.

Cuando Josephine por fin volvió a aparecer, tenía el pelo mojado recogido en una coleta. Aunque llevaba vaqueros secos y un jersey de algodón, parecía seguir con frío y su cara estaba rígida como si estuviera tallada en piedra. La estatua de una reina egipcia, tal vez o una belleza mítica; Frost la miraba sin disimulo, como si estuviera en presencia de una diosa. Si su esposa Alice estuviera presente, seguramente le daría un puntapié rápido y muy necesario en la espinilla. Tal vez debería hacerlo yo de parte de Alice.

—¿Se siente mejor, doctora Pulcillo? —preguntó Frost—. ¿Necesita tomarse un tiempo antes de hablar de este asunto?

—Estoy bien.

—¿Tal vez una taza de café antes de comenzar?

—Prepararé café para usted. —Josephine se volvió hacia la cocina.

—No, yo pensaba en usted. Si necesitaba algo.

—Frost —dijo Jane, tajante—, nos acaba de decir que está lista para hablar. Entonces, ¿por qué no nos sentamos y comenzamos?

—Solo quiero asegurarme de que esté cómoda; nada más.

Frost y Jane se sentaron en el desvencijado sofá. A través del almohadón, Jane sintió la aspereza de un resorte roto. Se movió hacia un lado, dejando un gran espacio entre ella y Frost. Cada uno estaba en un extremo del sofá, como un matrimonio mal avenido durante una sesión de terapia.

Josephine se dejó caer sobre un sillón; su expresión era indescifrable, como si fuera de ónix. Tenía solo veintiséis años, pero era extrañamente contenida, guardaba bajo llave y candado cualquier emoción que pudiera sentir. Algo no está bien aquí, pensó Jane. ¿Acaso era la única que lo sentía? Frost parecía haber perdido toda objetividad.

—Volvamos a hablar de esas llaves, doctora Pulcillo —dijo Jane—. ¿Dijo que las perdió hace más de una semana?

—Cuando llegué a casa el miércoles pasado, no encontré el llavero en el bolso. Pensé que lo había olvidado en el trabajo, pero tampoco pude encontrarlo allí. Puede preguntarle al señor Goodwin; me cobró cuarenta y cinco dólares por una llave del buzón nueva.

—¿Y el llavero nunca volvió a aparecer?

Josephine bajó la mirada. Siguieron unos pocos segundos de silencio, pero bastaron para llamar la atención de Jane. ¿Por qué una pregunta tan directa requeriría que lo pensara tanto?

—No —respondió Josephine—. No volví a ver esas llaves.

—En el trabajo, ¿dónde deja el bolso?

—Sobre mi escritorio. —Josephine se relajó visiblemente, como si esa fuera una pregunta que no le costaba responder.

—¿Su despacho se cierra con llave? —Frost se inclinó hacia adelante, como si no quisiera perderse ni una palabra de Josephine.

—No. Yo entro y salgo todo el tiempo, así que no me tomo la molestia de cerrarlo.

—¿Supongo que el museo tiene cámaras de seguridad? ¿Algún registro de quienes podrían haber entrado en su despacho?

—Teóricamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nuestro sistema de cámaras de seguridad dejó de funcionar hace tres semanas y todavía no lo han reparado. —Se encogió de hombros. —Es una cuestión de presupuesto. Siempre falta dinero y pensamos que el solo hecho de tener cámaras a la vista del público alcanzaría para disuadir a cualquier ladrón.

—¿O sea que cualquier visitante del museo podría haber subido hasta su despacho y haberse llevado las llaves.

—Y después de toda la publicidad sobre Madam X, hemos tenido hordas de visitantes. El público finalmente ha descubierto el Museo Crispin.

—¿Por qué un ladrón se llevaría solo su llavero y no el bolso? —preguntó Jane—. ¿Desapareció algo más de su despacho?

—No. Al menos, no lo he notado. Por eso no me preocupé. Simplemente supuse que se me habría caído en alguna parte. Nunca imaginé que alguien usaría el llavero para acceder a mi coche. Para dejar esa... eso en el maletero.

—Su edificio no tiene garaje ni plazas para aparcar —observó Frost.

Josephine negó con la cabeza.

—Cada uno se arregla como puede. Yo aparco en la calle como todos los otros inquilinos. Por eso no guardo nada de valor en el coche, porque a menudo los abren por la fuerza. Pero por lo general es para robar cosas. —Se estremeció. —No para ponerlas dentro.

—¿Qué tal es la seguridad en este edificio? —quiso saber Frost.

—Llegaremos a eso en un momento —dijo Jane—. Alguien tiene su llavero. Creo que eso es lo más importante, que alguien tiene acceso a su coche y a su apartamento. El hecho de que parece tenerla en la mira. —Se volvió hacia la joven. —¿Se le ocurre por qué podría ser?

Josephine apartó la mirada.

—No, no se me ocurre.

—¿Podría tratarse de alguien que usted conoce? ¿Alguien a quien ha conocido hace poco?

—Hace solo cinco meses que estoy en Boston.

—¿Dónde estuvo antes? —preguntó Jane.

—Buscando trabajo en California. Me mudé a Boston cuando el museo me contrató.

—¿Tiene algún enemigo, doctora Pulcillo? ¿Algún ex novio con el que se lleva mal?

—No.

—¿Algunos amigos arqueólogos que sabrían cómo convertir una mujer en una momia? ¿O cómo reducir una cabeza?

—Esa información la puede conseguir mucha gente. No es necesario ser arqueólogo.

—Pero sus amigos son arqueólogos.

Josephine se encogió de hombros.

—No tengo demasiados amigos.

—¿A qué se debe?

—Como le dije, soy nueva en Boston. Llegué en marzo.

—¿Entonces no se le ocurre nadie que podría haberla acechado?

¿O robado las llaves? ¿Alguien que podría intentar aterrorizarla poniendo un cadáver en su maletero?

Por primera vez, Josephine pareció perder ligeramente la compostura y apareció el ser humano aterrado debajo de la máscara.

—¡No, nadie! —susurró—. No sé quién está haciendo esto. Ni por qué me eligió a mí.

Jane estudió a la joven y no pudo menos que admirar esa piel perfecta, los ojos oscuros como carbón. ¿Cómo se sentiría ser así de bella? ¿Entrar en un lugar y sentir la mirada de todos los hombres? ¿Hasta miradas que no quieres atraer?

—Comprenderá, espero, que tendrá que tener mucho más cuidado de ahora en más —dijo Frost.

Josephine tragó saliva.

—Lo sé.

—¿Tiene algún otro sitio donde quedarse? ¿Algún lugar donde le gustaría que la lleváramos? —preguntó el detective.

—Creo... creo que saldré de la ciudad por un tiempo. Josephine se enderezó, como fortalecida por tener un plan de acción. —Mi tía vive en Vermont. Me quedaré con ella.

—¿En qué parte de Vermont? —Tenemos que poder ubicarla para asegurarnos de que esté bien.

—En Burlington. Se llama Connie Pulcillo. Pero siempre puede llamarme a mi móvil.

—Bien —asintió Frost—. Y supongo que no volverá a hacer algo tan imprudente como salir a caminar sola.

Josephine esbozó una sonrisita débil.

—No pienso hacerlo por el momento.

—Verá, eso es algo sobre lo que quería hablarle —dijo Jane—. La caminata que hizo hoy.

La sonrisa de Josephine se borró, como si se hubiera dado cuenta de que Jane no era tan fácil de seducir.

—Fue imprudente, lo sé —admitió.

—Un día de lluvia. El sendero embarrado. ¿Por qué querría ir allí?

—No era la única que estaba en el parque. Había una familia, también.

—No eran de Boston y el perro necesitaba caminar.

—Yo también.

—A juzgar por sus botas embarradas, lo suyo fue más que un paseo.

—Rizzoli —intervino Frost—, ¿a dónde quieres llegar?

Jane lo ignoró y mantuvo la mirada fija en Josephine.

—¿Hay algo más que quiera contarnos, doctora Pulcillo, sobre por qué estaba en la Reserva Blue Hills? ¿Un jueves por la mañana cuando supongo que debería haber estado trabajando?

—No entro a trabajar hasta la una.

—¿La lluvia no la desalentó?

La expresión de Josephine parecía la de un animal perseguido. Me tiene miedo, pensó Jane. ¿Qué es lo que no estoy entendiendo de esta situación?

—Ha sido una semana realmente difícil —dijo Josephine—. Necesitaba estar al aire libre para poder pensar. Había oído que el parque era un sitio bonito donde caminar, así que fui.—Se irguió y habló con voz más fuerte, más segura. —Fue solo eso, detective. Una caminata. ¿Es ilegal, acaso?

Las dos mujeres se miraron por un instante. Un instante que confundió a Jane, que no comprendía lo que realmente estaba sucediendo.

—No, no es ilegal —respondió Frost—. Y creo que ya la hemos presionado bastante por hoy.

Jane vio que la joven apartaba súbitamente la mirada. Y pensó: No la hemos presionado lo suficiente.

DOCE

—¿Quién te designó como "Policía Bueno"? —dijo Jane mientras ella y Frost subían al Subaru de Jane.

—¿A qué te refieres?

—Estabas tan ocupado haciéndole ojitos a Pulcillo que me obligaste a ser la Policía Mala.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Le preparo una taza de café? —se mofó Jane—. ¿Eres detective o mayordomo?

—¿Qué problema tienes? La pobre chica acaba de recibir el susto de su vida. Le robaron las llaves, tiene un cadáver en el maletero y le hemos incautado el coche. ¿No te parece que merece un poco de comprensión? La tratabas como a una sospechosa.

—¿Comprensión? ¿Eso era lo único que le demostrabas allí en su sala? Yo estaba esperando que la invitaras a una cita.

En todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, Jane nunca había visto a Frost verdaderamente enfadado con ella. De modo que ver el destello de furia que encendió sus ojos fue más que inquietante; casi la asustó.

—Vete a la mierda, Rizzoli.

—Oye...

—Tienes problemas de verdad ¿lo sabes? ¿Qué es lo que te molesta de ella? ¿Qué sea bonita?

—Hay algo en ella que no me cuadra. Tengo la sensación de que hay algo raro.

—Tiene miedo. Acaban de ponerle la vida patas arriba. Eso te deja mal.

—Y tú quieres acudir al rescate.

—Estoy tratando de comportarme como un ser humano amable.

—Dime que te comportarías igual si ella tuviera el aspecto de un perro.

—Su aspecto no tiene nada que ver con esto. ¿Por qué sugieres todo el tiempo que tengo otros motivos?

Jane suspiró.

—Mira, solo estoy tratando de que no te metas en problemas, ¿vale? Soy la Mamá Osa, cumpliendo con su deber y alejándote del peligro. —Metió la llave en la ignición y encendió el motor. —¿Cuándo vuelve Alice, a propósito? ¿No ha estado demasiado tiempo

visitando a sus padres?

Frost le dirigió una mirada desconfiada.

—¿Por qué preguntas por Alice?

—Hace semanas que se ha ido. ¿No es hora de que vuelva a casa?

Frost soltó un bufido irónico.

—Jane Rizzoli, terapeuta matrimonial. Me molesta un poco, sabes.

—¿Qué cosa?

—Que pienses que podría descarrilarme.

Jane se alejó de la acera y se mezcló con el tráfico.

—Solo me pareció que debía decir algo. Estoy muy a favor de evitar los problemas.

—Sí, esa estrategia funcionó de maravillas con tu papá. ¿Habla contigo, hoy en día, o lo ofendiste para siempre?

Ante la mención de su padre, Jane apretó los dedos con fuerza alrededor del volante. Tras treinta y un años de aparente felicidad conyugal, Frank Rizzoli de repente había desarrollado una debilidad por las rubias baratas. Siete meses atrás había dejado a la madre de Jane.

—Solo le dije lo que pensaba sobre su rubia hueca.

Frost rió.

—Sí. Y luego intentaste molerla a golpes.

—No la golpeé. Tuvimos un intercambio de palabras.

—Quisiste arrestarla.

—Debería haberlo arrestado a él por comportarse como un viejo imbécil. ¡Pero qué vergüenza, tío! —Mantuvo los ojos sobre el camino con expresión sombría. —Y ahora mi mamá también está haciendo lo posible por hacerme pasar vergüenza.

—¿Por qué? ¿Tiene citas? —Frost movió la cabeza. —¿Lo ves? ¡Eres tan crítica! La harás enfadar a ella también.

—Se comporta como una adolescente.

—Tu papá la dejó y ahora sale con otro ¿qué tiene de malo? Korsak es un buen tipo, deja que ella se divierta un poco.

—No estábamos hablando de mis padres. Estábamos hablando de Josephine.

—Tú hablabas de Josephine.

—Hay algo en ella que me molesta. ¿Notaste que casi no nos mira a los ojos? No veía la hora de que saliéramos de su apartamento.

—Respondió todas nuestras preguntas. ¿Qué más querías?

—No nos dijo todo. Se está guardando algo.

—¿Cómo qué?

—No lo sé. —Jane mantuvo la vista fija en la calle. —Pero no vendría mal averiguar un poco más sobre la doctora Pulcillo.

Desde su ventana por encima de la calle, Josephine vio que los

detectives subían al coche y se marchaban. Solo entonces abrió el bolso y sacó el llavero con la cruz de la vida, el anj, que había encontrado colgando del manzano. No le había contado a la policía de ese hallazgo. De haberlo mencionado, habría tenido que contarles también sobre la nota que la había llevado allí, la nota dirigida a Josephine Sommer. Y Sommer era un apellido del que jamás debían enterarse.

Juntó las notas y los sobres dirigidos a Josephine Sommer y los rompió, deseando poder al mismo tiempo romper esa parte de su vida que había estado tratando de olvidar durante tantos años. De algún modo había vuelto por ella y por más que se esforzara por escapar, siempre sería una parte de quién era. Llevó los pedazos de papel al baño y los arrojó por el retrete.

Tenía que marcharse de Boston.

Era el momento lógico para irse de la ciudad. La policía sabía que estaba asustada por lo que había sucedido, así que su partida no despertaría sospechas. Tal vez más tarde le harían preguntas, pero por ahora no tenían motivos para examinar su pasado. Supondrían que era quien decía ser: Josephine Pulcillo, que vivía tranquila y modestamente, que había trabajado como camarera en el bar Blue Star para pagarse la educación universitaria y los estudios de posgrado. Todo eso era cierto. Todo eso era comprobable. Con tal de que no investigaran más profundo ni más en el pasado, y mientras ella no les diera motivos para hacerlo, no sonaría ninguna alarma. Podría abandonar Boston sin que nadie lo supiera.

Pero no quiero marcharme de Boston.

Miró por la ventana el vecindario con el que se había encariñado. Las nubes de lluvia le habían cedido terreno a charcos de sol y las aceras relucían, frescas y limpias.

Cuando había llegado para comenzar a trabajar, era marzo y las calles le habían resultado desconocidas. Había caminado pesadamente bajo un viento helado, pensando que no duraría mucho allí, creyendo que, al igual que su madre, era una criatura de clima cálido, criada para el calor del desierto, no el invierno de Nueva Inglaterra. Pero un día de abril, cuando ya se había derretido la nieve, mientras caminaba por Boston Common, donde los árboles estaban brotados y los narcisos brillaban, dorados, de pronto comprendió que ese era su lugar. Que en esa ciudad, donde cada ladrillo y cada piedra parecían hacerse eco de la historia, se sentía en casa. Había caminado por los adoquines de Beacon Hill sintiendo que casi podía escuchar el ruido de los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes. En el muelle de Long Wharf había imaginado los gritos de los pescadores, las risas de los

marineros. Como su madre, siempre se había sentido más interesada en el pasado que en el presente, y en esa ciudad, la historia seguía respirando.

Ahora tendré que dejarla. Y dejar atrás también este nombre.

El timbre del apartamento la sobresaltó. Cruzó hasta el intercomunicador e hizo una pausa para calmar su voz antes de pulsar el botón para hablar.

—Josie, soy Nicholas. ¿Puedo subir?

A ella no se le ocurría una forma elegante de rechazar la visita, de manera que le lo dejó pasar. Instantes después él apareció en su puerta, con el pelo mojado por la lluvia y los ojos grises con expresión preocupada detrás de las gafas empañadas.

—¿Estás bien? Nos enteramos de lo ocurrido.

—¿Cómo lo supisteis?

—Estábamos esperando que vinieras a trabajar y nos llamó el detective Crowe para decir que había habido un problema. Que alguien había violentado tu coche.

—Es mucho peor que eso —dijo ella, y se dejó caer sobre el sofá. Él la miraba y por primera vez su mirada la incomodó; la observaba con demasiada atención. De pronto, se sentía expuesta como Madam X; le habían quitado las vendas protectoras y se veía la desagradable realidad.

–Alguien tenía mis llaves, Nick.

–¿Las que perdiste?

–No las perdí. Me las robaron.

–¿Fue algo adrede, quieres decir?

—El robo por lo general lo es. —Vio la expresión desconcertada de él y pensó: Pobre Nick. Has estado atrapado durante demasiado tiempo con tus antigüedades mustias. No tienes idea de lo horrible que es el mundo real. —Seguramente sucedió mientras estaba en el trabajo.

—¡Madre mía!

—Las llaves del museo no estaban en ese llavero, así que no te preocupes por el edificio. La colección está a salvo.

—No me preocupa la colección. Me preocupas tú. —Inspiró hondo, como un nadador a punto de sumergirse en las profundidades. —Si no te sientes segura aquí, Josephine, siempre podrías... ——Se enderezó repentinamente y anunció valientemente: —En mi casa sobra un dormitorio. Si quieres alojarte conmigo, eres muy bienvenida.

Ella sonrió.

—Gracias. Pero me iré de la ciudad por un tiempo así que no iré a trabajar durante algunas semanas. Lamento abandonarte, sobre todo en este momento.

—¿Dónde piensas ir?

—Es un buen momento para visitar a mi tía. No la he visto en un año. –Fue hasta la ventana y miró las vistas que echaría de menos. —Gracias por todo, Nicholas —dijo. Gracias por ser lo más parecido a un amigo que he tenido en años.

—¿Qué es lo que realmente está pasando? —preguntó él. Se le acercó por detrás, pero no la tocó. Se quedó allí, una presencia silenciosa, paciente, rondándola como siempre. —Puedes confiar en mí, sabes. Pase lo que pase.

De pronto ella sintió deseos de contarle la verdad, de contarle todo sobre su pasado. Pero no quería ser testigo de su reacción. Él se había creído el invento anodino llamado Josephine Pulcillo. Siempre había sido amable con ella y la mejor forma en que podía devolverle esa amabilidad era mantener la ilusión y no decepcionarlo.

—¿Josephine? ¿Qué ocurrió hoy? —preguntó él.

—Seguramente lo verás esta noche en las noticias —respondió ella —. Alguien utilizó mis llaves para abrir mi coche y dejarme algo en el maletero.

—¿Qué te dejaron?

Josephine se volvió y lo miró.

—Otra Madam X.

TRECE

Josephine despertó con el brillo del sol de la tarde en los ojos. Los entreabrió para mirar por la ventanilla del autobús Greyhound y vio la campiña ondulada bañada por el brillo dorado del atardecer.

La noche anterior casi no había dormido y no fue hasta que subió al autobús por la mañana que finalmente se dejó vencer por el sueño, agotada. Ahora no tenía idea de dónde estaba, pero a juzgar por la hora, debían de encontrarse cerca del límite estatal entre Massachussets y Nueva York. De haber estado conduciendo su propio coche, todo el viaje le habría llevado seis horas. En autobús, con transbordos en Albany, Syracuse y Binghamton, la travesía llevaría todo un día.

Cuando por fin llegaron a la parada donde debía hacer el último transbordo, Binghamton, había anochecido. Una vez más bajó del autobús y se dirigió a una cabina telefónica. Las llamadas desde un móvil podían rastrearse y ella había dejado el suyo apagado desde que había salido de Boston. Buscó monedas de veinticinco centavos en el bolsillo y las introdujo dentro del teléfono hambriento. La saludó el mismo mensaje de contestador automático, grabado por una pragmática voz femenina.

—Seguramente esté fuera, excavando. Deja tu número y te devolveré la llamada.

Josephine cortó sin decir palabra. Luego arrastró sus dos maletas hasta el siguiente autobús y se unió a la corta fila de pasajeros que aguardaban para abordar. Nadie hablaba; todos parecían exhaustos como ella, resignados ante la siguiente etapa del viaje.

A las once de la noche, el autobús se detuvo en el pueblo de Waverly.

Josephine fue la única que descendió y se encontró sola delante de un minimercado con las luces apagadas. Aun un pueblo pequeño como ese debía de tener un servicio de taxis. Se dirigió a una cabina telefónica y cuando estaba a punto introducir las monedas vio la nota que decía NO FUNCIONA pegada sobre la ranura para monedas. Era el golpe de gracia al final de un día agotador. Se quedó mirando el teléfono inútil y de pronto, rió: una carcajada descarnada y desesperada que resonó en el aparcamiento vacío. Si no podía conseguir un taxi, tenía por delante una caminata de diez kilómetros en la oscuridad, arrastrando dos maletas.

Sopesó los riesgos de encender el móvil. Aunque solamente lo utilizara una vez, podrían rastrearla hasta allí. Pero estoy tan cansada,

pensó, y no sé qué otra cosa hacer ni adónde ir. Estoy varada en un pueblo pequeño y la única persona que conozco aquí parece estar inaccesible.

Aparecieron unas luces en el camino.

El coche venía hacia ella; un automóvil policial con luces azules en el techo. Josephine se paralizó; no sabía si ocultarse en las sombras o desempeñar valientemente su papel de pasajera varada.

Era demasiado tarde para huir; el coche patrulla estaba entrando en el pequeño aparcamiento del mini mercado. La ventanilla se abrió y se asomó un policía joven.

—Hola, señorita. ¿Viene alguien a recogerla?

Josephine carraspeó.

—Estaba a punto de llamar a un taxi.

—Ese teléfono no funciona.

—Sí, acabo de darme cuenta.

—Está roto desde hace seis meses. Las compañías telefónicas no se molestan en repararlos ahora que todos tienen un móvil.

—Yo también tengo uno. Creo que lo utilizaré.

—Él la miró por un instante, sin duda preguntándose por qué alguien que tenía un móvil perdería el tiempo con un teléfono público.

—Necesitaba utilizar la guía —explicó ella y abrió la guía telefónica que colgaba dentro de la cabina.

—Muy bien, esperaré aquí hasta que llegue el taxi.

Mientras esperaban juntos, él le contó que en ese mismo aparcamiento, el mes anterior, una joven había pasado un mal momento.

—Descendió del autobús de las once de la noche de Binghamton, igual que usted —explicó. Desde entonces, él se ocupaba de pasar siempre a esa hora para asegurarse de que no molestaran a ninguna otra mujer. Proteger y servir, ese era su trabajo, y si ella supiera las cosas terribles que sucedían a veces, aun en un pueblito pequeño como Waverly, de cuatro mil seiscientos habitantes, nunca más volvería a quedarse sola delante de un mini mercado cerrado.

Cuando por fin llegó el taxi, el agente Amistoso le había estado hablando durante tanto tiempo que Josephine temió que la siguiera hasta su destino con tal de continuar con la conversación. Pero el coche patrulla circuló en sentido sentido contrario y ella se arrellanó en el asiento con un suspiro y pensó en sus siguientes jugadas. Lo primero era dormir toda la noche en una casa donde se sentía segura. Una casa donde no necesitaba ocultar quién era realmente. Había hecho malabarismos con la verdad y la ficción durante tanto tiempo que en ocasiones olvidaba qué detalles de su vida eran reales y cuáles eran inventados. Un par de tragos de más, un descuido y podría dejar escapar la verdad, lo que derribaría todo el castillo de naipes. En la

universidad, durante las fiestas entre estudiantes, ella siempre había sido la sobria, la experta en cháchara irrelevante en la que no revelaba absolutamente nada sobre sí misma.

Estoy cansada de esta vida, pensó. Cansada de tener que pensar en las consecuencias de cada palabra antes de decirla. Esta noche, por fin, podré ser yo misma.

El taxi se detuvo delante de una gran casa de campo y el conductor dijo:

—Hemos llegado, señorita. ¿Quiere que le lleve las maletas hasta la puerta?

—No, yo me encargo. —Le pagó y echó a andar por el sendero de entrada, arrastrando las maletas hacia los escalones. Se detuvo allí, como buscando las llaves, hasta que el taxi se alejó. En el momento en que desapareció de su vista, se volvió y caminó otra vez en dirección a la calle.

Tras caminar cinco minutos llegó a un largo camino de grava que se perdía en el bosque. Había salido la luna y podía ver lo suficiente como para no tropezar. El ruido de las ruedas de las maletas sobre la grava le resultaba alarmantemente fuerte. En el bosque los grillos estaban en silencio; intuían que una intrusa había entrado en su reino.

Subió los escalones hasta la casa a oscuras. Golpeó a la puerta varias veces, pulsó el timbre otras tantas y confirmó lo que ya sospechaba. No había nadie.

Lo cual no era un problema.

Buscó la llave donde siempre estaba escondida, debajo de la pila de leña en el porche y entró. Encendió la luz y encontró la sala idéntica a lo que recordaba de su visita hacía dos años. Estantes y rincones atestados de objetos; de las paredes colgaban las mismas fotografías enmarcadas en plata mexicana. Vio caras bronceadas sonriendo desde debajo de sombreros de ala ancha, un hombre apoyado sobre una pala delante de una pared derruida, una mujer pelirroja mirando hacia arriba desde una zanja donde estaba de rodillas con una pala en la mano. No reconocía la mayoría de las caras en esas fotos; pertenecían a los recuerdos de otra mujer, a la vida de otra mujer.

Dejó las maletas en la sala y se dirigió a la cocina. Allí reinaba el mismo desorden; ollas y sartenes ennegrecidas colgaban de ganchos y los alféizares de las ventanas eram un depósito de toda clase de cosas: desde vidrios gastados por el mar hasta trozos de vasijas. Puso agua a hervir. Mientras esperaba, inspeccionó las fotografías pegadas sobre la puerta de la nevera. En medio de ese desordenado collage vio una cara que sí reconocía. Era la suya, tomada cuando tendría unos tres años; estaba sentada sobre el regazo de una mujer de pelo negro como el plumaje de un cuervo. Acarició suavemente la cara de la mujer y recordó la suavidad de esa mejilla, el perfume de su pelo. El hervidor

comenzó a silbar, pero Josephine estaba hipnotizada por la fotografía, por esos penetrantes ojos oscuros que la miraban directamente a los ojos.

El chillido del hervidor se interrumpió abruptamente y una voz dijo:

—Hace años que nadie me pregunta por ella, ¿sabes?

Josephine se volvió hacia la mujer alta y desgarbada, de mediana edad, que acababa de apagar el fuego.

—Gemma —murmuró—. Estabas en casa, después de todo.

Sonriendo, la mujer se adelantó para envolverla en un abrazo enérgico. Gemma Hamerton tenía una contextura física más parecida a la de un muchacho que a la de una mujer; era delgada pero musculosa y llevaba el pelo canoso cortado en una melena práctica. Sus brazos estaban surcados de feas cicatrices de quemaduras, pero ella llevaba una blusa sin mangas y los mostraba al mundo descaradamente.

—Reconocí tus viejas maletas en la sala. —Gemma dio un paso atrás para estudiar a Josephine con atención. —Madre mía, con cada año que pasa te pareces más a ella. —Movió la cabeza y rio. —Has heredado un ADN formidable, muchacha.

—Intenté llamarte. No quería dejar un mensaje en el contestador.

—He estado viajando todo el día. —Gemma buscó dentro del bolso y sacó un recorte del periódico International Herald Tribune. —Vi este artículo antes de salir de Lima. ¿Tiene algo que ver con el motivo por el que estás aquí?

Josepine leyó el titular: LA TOMOGRAFÍA COMPUTADA DE LA MOMIA DEJA PERPLEJAS A LAS AUTORIDADES.

—O sea que estás enterada del asunto de Madam X.

—Las noticias se desparraman, aun en Perú. El mundo se ha vuelto un sitio pequeño, Josie.

—Demasiado pequeño, tal vez —respondió Josephine en voz baja —. Ya no tengo donde esconderme.

—¿Después de tantos años? No creo que debas seguir haciéndolo.

—Alguien me ha encontrado, Gemma. Estoy asustada.

Gemma se quedó mirándola. Con movimientos lentos se sentó junto a ella.

Josephine señaló el recorte del Herald Tribune.

—Todo comenzó con ella. Con Madam X.

—Continúa.

Al principio, las palabras brotaron vacilantes; hacía mucho tiempo que Josephine no hablaba con libertad y se había acostumbrado a censurarse, a sopesar los peligros de cada revelación. Pero con Gemma todos los secretos estaban a salvo y a medida que hablaba se encontró soltando las palabras como en un torrente veloz al que ya no podía

contener. Tres tazas de té más tarde, finalmente quedó en silencio y se echó hacia atrás en la silla, agotada. Y aliviada, aunque su situación casi no había cambiado. La única diferencia era que ya no se sentía sola.

La historia dejó a Gemma de una pieza.

—¿Apareció un cadáver en tu coche? ¿Y omitiste contar que recibiste esas notas por correo? ¿No se lo dijiste a la policía?

—¿Cómo iba a decírselo? Si se enteraban de las notas averiguarían todo lo demás.

—Tal vez ya sea hora, Josie —dijo Gemma en voz baja—; hora de que dejes de esconderte y simplemente cuentes la verdad.

—No puedo hacerle eso a mi madre. No puedo meterla en esto. Me alegro de que no esté aquí.

—A ella le gustaría estar aquí. Siempre quiso protegerte a ti.

—Pues ahora no puede hacerlo. Y tampoco debería protegerme. —Josephine se puso de pie y llevó la taza al fregadero. —Esto no tiene nada que ver con ella.

—¿No?

—Ella jamás estuvo en Boston. Nunca tuvo nada que ver con el Museo Crispin. —Josephine miró directamente a Gemma. —¿O sí?

Gemma negó con la cabeza.

—No se me ocurre ninguna razón por la que el museo tendría esas conexiones con ella. El cartucho egipcio, el periódico.

—Una coincidencia, tal vez.

—Demasiada casualidad. —Gemma envolvió la taza de té con las manos, como para protegerse de un repentino escalofrío. —¿Y qué hay del cadáver en tu coche? ¿Qué está haciendo la policía al respecto?

—Lo que hacen cuando se trata de un homicidio. Investigarlo. Me han hecho todas las preguntas que se pueden esperar. ¿Quién podría estar acechándome? ¿Tengo admiradores enfermizos? ¿Hay alguien del pasado a quien le tema? Si siguen haciendo preguntas, será solo cuestión de tiempo antes de que descubran quién es realmente Josephine Pulcillo.

—Tal vez ni se molesten en desenterrar eso. Tienen asesinatos que resolver y no es en ti en quien están interesados.

—No podía correr ese riesgo. Por eso hui. hice las maletas y abandoné un trabajo y una ciudad que me encantaban. Era feliz allí, Gemma. Es un museíto extraño, pero me gustaba trabajar allí.

—¿Y la gente? ¿Existe la posibilidad de que alguno de ellos esté involucrado?

—No lo veo así.

—Hay veces en que no puedes verlo.

—Son completamente inofensivos. El curador, el director... son ambos tan amables. —Dejó escapar una risa cargada de pesar. —Me

pregunto qué pensarán de mí ahora. Cuando sepan a quién contrataron realmente.

—Contrataron a una joven arqueóloga brillante. A una mujer que merece una vida mejor.

—Bueno, pues esta es la vida que me tocó. —Abrió el grifo para enjuagar la taza. La cocina estaba organizada igual que siempre, así que encontró los paños de cocina en el mismo armario, las cucharas en el mismo cajón. Como toda excavación arqueológica, la cocina de Gemma se preservaba en un estado de domesticidad eterna. Qué lujo tener raíces, pensó Josephine mientras volvía a colocar la taza limpia en el estante. ¿Cómo sería ser dueña de una casa, construir una vida que nunca más tendría que abandonar?

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Gemma.

—No lo sé.

—Podrías regresar a México. A ella le gustaría eso.

—Tendré que volver a empezar. —Esa idea de pronto hizo que Josephine se apoyara, vencida, contra la encimera. —Dios, he perdido doce años de mi vida.

—Tal vez no. Tal vez la policía no descubra nada.

—No puedo contar con eso.

—Vigila y espera. Estate atenta a qué sucede. Esta casa estará vacía durante casi todo el verano. Tengo que volver a Perú en dos semanas, para supervisar la excavación. Puedes quedarte aquí todo lo que necesites.

—No quiero causarte problemas.

—¿Problemas? —Gemma negó con la cabeza. —No tienes idea de los problemas de los que tu madre me salvó a mí. De todas maneras, no estoy convencida de que la policía sea tan lista como cree ser. Ni tan meticulosa. Piensa en todos los casos que quedan sin resolverse, en todos los errores de los que nos enteramos en las noticias.

—Pues no conoces a esta detective. La forma en que me mira, las preguntas que hace...

—¿Una mujer? —Gemma arqueó una ceja. —Ay, no, qué pena.

—¿Por qué?

—Es tan fácil distraer a los hombres con una cara bonita.

—Si la detective Rizzoli sigue escarbando, tarde o temprano terminará aquí. Hablando contigo.

—Pues que vengan, entonces. ¿Qué van a averiguar? —Gemma hizo un ademán con el brazo que abarcaba la cocina. —Mira a tu alrededor. Entraran aquí, verán todos mis tés de hierbas y me tomarán por una vieja jipi inofensiva que no podría decirles nada de utilidad. Cuando eres una mujer de cincuenta años, ya nadie se molesta en prestarte atención verdadera, mucho menos en valorar tu opinión. Es duro para la vanidad. Pero, coño, te facilita salirte con la tuya en

muchos sentidos.

Josephine rio.

—¿O sea que lo único que tengo que hacer es esperar a tener cincuenta años para estar en casa, libre?

—Puede que ya estés en casa, libre, en lo que a la policía se refiere.

Josephine respondió en voz baja:

—No es solamente la policía lo que me da miedo. No desde que recibí esas notas. Ni desde que alguien dejó eso en mi coche.

—No —concordó Gemma—. Hay cosas peores a las que temerles. —Hizo una pausa, luego miró a Josephine desde el otro lado de la mesa. —¿Pero entonces por qué sigues con vida?

La pregunta desconcertó a Josephine.

—Piensas que debería estar muerta.

—¿Por qué un loco perdería tiempo metiéndote miedo con notitas siniestras? ¿Con obsequios grotescos en tu coche? ¿Por qué directamente no te mata?

—¿Tal vez porque la policía se ha involucrado? Desde la tomografía de Madam X, han estado revoloteando alrededor del museo.

—No termino de entender otra cosa. Colocar un cadáver en tu coche parece querer convertirte en el foco de atención. Ahora la policía te vigila. Es una jugada extraña para alguien que de verdad quiere verte muerta.

La declaración era típica de Gemma: realista y brutalmente directa. Alguien quiere verte muerta. Pero es que ya estoy muerta, pensó. Hace doce años, la chica que solía ser desapareció de la faz de la tierra. Y nació Josephine Pulcillo.

—Ella no querría que lidies con todo esto sola, Josie. Hagamos esa llamada.

—No. Es más seguro para todos si no la hacemos. Si me están vigilando, es justo lo que estarán esperando. —Inspiró hondo. —Me las he arreglado sola desde la universidad y me las arreglaré sola también con esto. Solo necesito tiempo para recuperar el aliento. Para arrojar un dardo hacia el mapa y decidir dónde ir. —Hizo una pausa. —Y creo que necesitaré dinero.

—Todavía quedan alrededor de veinticinco mil dólares en la cuenta. Han estado allí intactos, esperando una urgencia.

—Creo que esto califica de urgencia. —Josephine se puso de pie. Se detuvo en la puerta de la cocina y miró hacia atrás. —Gracias por todo lo que has hecho. Por mí. Y por mi madre.

—Se lo debo a ella, Josie. —Gemma se miró los brazos marcados por quemaduras. —Estoy viva solamente gracias a Medea.

CATORCE

El sábado por la noche, Daniel finalmente fue a verla.

A último minuto, antes de su llegada, Maura corrió al mercado local donde compró olivas Kalamata, quesos franceses y una botella de vino demasiado extravagante. Así es como seduciré a un amante, pensó mientras entregaba la tarjeta de crédito. Con sonrisas y besos y copas de Pinot Noir. Lo convenceré con veladas perfectas que nunca olvidará, que nunca dejará de desear. Y algún día, quizá, hará su elección. Me elegirá a mí.

Cuando llegó a su casa, él ya la estaba esperando.

La puerta del garaje se abrió y Maura vio el coche de él aparcado dentro, donde los vecinos no lo verían, donde no haría que nadie levantara las cejas ni daría origen a cotilleos lascivos. Aparcó junto al vehículo y se apresuró a cerrar nuevamente la puerta del garaje, impidiendo la vista de la prueba flagrante de que no estaba sola esa noche. Guardar secretos se convierte en natural con mucha facilidad y para Maura se había vuelto automático cerrar la puerta del garaje, correr las cortinas y esquivar con elegancia las preguntas inocentes de colegas y vecinos. ¿Estás viéndote con alguien? ¿Te gustaría venir a cenar? ¿Quieres que te presente a un hombre muy agradable que conozco? Con el correr de los meses había rechazado tantas invitaciones de ese tipo que ya eran pocos los que se ofendían. ¿Se habrían dado por vencidos o habrían adivinado la razón de su desinterés por sociabilizar?

La razón estaba de pie en la puerta, esperándola.

Entró en la casa y se hundió en brazos de Daniel Brophy. Habían pasado diez días desde que habían estado juntos por última vez, diez días de un deseo creciente que ahora la carcomía; no veía la hora de satisfacerlo. Las provisiones seguían en el coche y tenía que preparar la cena, pero cuando sus labios se encontraron, en lo que menos pensó fue en la comida. Daniel Brophy era lo único que ansiaba devorar y lo saboreó mientras se besaban camino del dormitorio; besos culposos que eran todavía más deliciosos por ser ilícitos. ¿Cuántos nuevos pecados cometeremos esta noche?, se preguntó, mientras lo observaba desabotonarse la camisa. No llevaba su alzacuello; esa noche había ido a su casa como amante, no como hombre de Dios.

Meses atrás él había roto los votos que lo ataban a su iglesia. Ella era la responsable: había provocado su caída en desgracia, una caída que otra vez lo llevaba a su cama, a sus brazos. Era un destino muy familiar para él ahora que ya sabía exactamente lo que ella deseaba, lo

que la hacía aferrarse a él y gritar.

Cuando por fin ella cayó hacia atrás con un estremecimiento de plenitud, se quedaron tendidos juntos, como siempre hacían, con las piernas y los brazos enredados, dos amantes que conocían bien el cuerpo del otro.

—Siento como si hubieran pasado años desde que estuviste aquí la última vez —susurró Maura.

—Quería venir el jueves, pero el taller no terminaba nunca.

—¿Cuál taller?

—El de acompañamiento y orientación para parejas. —Dejó escapar una risa irónica y apesadumbrada. —Como si yo fuera la persona indicada para decirles cómo pueden sanar sus matrimonios. Hay tanto enojo y tanto dolor, Maura. Era un suplicio estar sentado en el mismo salón que esas personas. Quería decirles: No funcionará nunca, jamás seréis felices juntos. ¡Os habéis casado con la persona equivocada!

—Podría haber sido el mejor consejo para darles.

—Habría sido un acto de misericordia. —Con suavidad, le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla. —Habría sido mucho más seréis bondadoso darles permiso de marcharse. De encontrar a alguien que los hiciera felices. Como me haces feliz tú a mí.

Ella sonrió.

—Tú a mí me haces sentir hambre. —Se incorporó y el aroma de la pasión se elevó de las sábanas arrugadas. El olor animal de cuerpos tibios y deseo. —Te prometí una cena.

—Me siento mal de que siempre me alimentes. —Él también se incorporó y buscó su ropa. —Dime qué puedo hacer.

—Dejé el vino en el coche. ¿Qué te parece si traes la botella y la descorchas? Pondré el pollo en el horno.

En la cocina, bebieron vino mientras se asaba el pollo; Maura cortó las patatas y él preparó la ensalada. Como cualquier matrimonio, cocinaban y se besaban y se acariciaban. Pero no estamos casados, pensó Maura, dirigiendo una mirada al atractivo perfil de él, con las sienes canosas. Cada momento que pasaban juntos era un instante robado, furtivo y si bien reían juntos, en ocasiones ella detectaba una nota de desesperación en esa risa, como si intentaran convencerse de que eran felices; coño, lo eran, a pesar de la culpa y las mentiras y las muchas noches separados. Pero ella comenzaba a ver el costo emocional en la cara de él. En los últimos meses su pelo había encanecido notablemente. Cuando esté completamente blanco, pensó, ¿seguiremos encontrándonos con las cortinas cerradas?

¿Y qué cambios nota él en mi cara?

Él se marchó pasada la medianoche. Maura se había dormido en

sus brazos y no lo escuchó levantarse. Cuando despertó, se había ido y la sábana de su lado ya estaba fría.

Por la mañana, tomó café sola y preparó tortitas sola. Los mejores recuerdos de su matrimonio desastroso y breve con Victor eran de los domingos por la mañana cuando se levantaban tarde y pasaban horas leyendo el periódico en el sofá. Jamás disfrutaría de un domingo así con Daniel. Mientras ella dormitaba en bata con las páginas del The Boston Globe desparramadas a su alrededor, el padre Daniel Brophy atendía a su grey en la iglesia de Nuestra Señora de la Divina Luz, una grey cuyo pastor se había extraviado de la peor forma.

El sonido del timbre de la puerta la sobresaltó. Soñolienta tras la siesta, se incorporó en el sofá y vio que ya eran las dos de la tarde. Podría ser Daniel el que está en la puerta.

Los periódicos desparramados crujieron bajo sus pies descalzos cuando cruzó a toda prisa la sala. Abrió la puerta y al ver al hombre que estaba en el porche, de pronto lamentó no haberse peinado ni quitado la bata.

—Lamento llegar un poco tarde —dijo Anthony Sansone—. Espero que no sea mal momento.

—¿Tarde? Perdona, pero no te esperaba.

—¿No recibiste mi mensaje? Te lo dejé en el contestador automático ayer por la tarde. Te decía que vendría a verte hoy.

—Ah. Creo que olvidé revisar los mensajes anoche. Estaba ocupada con otros asuntos. Dio un paso atrás. —Pasa.

Él entró en la sala y se detuvo; observó los periódicos desparramados, la taza vacía de café. Habían pasado meses desde que ella lo había visto por última vez y otra vez volvió a llamarle la atención su calma, la manera en que siempre parecía estar observando todo, buscando el detalle que había pasado por alto. A diferencia de Daniel, que era rápido para abrirse aun con desconocidos, Anthony Sansone era un hombre rodeado por muros, un hombre que podía estar en una habitación repleta de gente y aun así parecer apartado y distante. Maura se preguntó qué pensaría mientras contemplaba el desorden de su domingo desperdiciado. No todos tenemos mayordomos, pensó. No todos vivimos como tú, en una mansión en Beacon Hill.

—Disculpa que te moleste en tu casa —dijo él—, pero no quería que esto fuera una visita oficial a la morgue. —Se volvió para mirarla. —Quería saber cómo estabas, Maura. Hace tiempo que no te veo.

—Estoy bien. He estado ocupada.

—La sociedad Mefisto ha reanudado las cenas mensuales en mi casa. Nos vendría muy bien tu perspectiva y nos encantaría que volvieras a unirte a nosotros alguna noche.

—¿Para hablar de crímenes? Es un tema que ya trato bastante en

mi trabajo, gracias.

—No de la manera en que lo abordamos nosotros. Tú sólo ves su efecto final; a nosotros nos preocupa la razón de su existencia.

Ella comenzó a recoger y apilar los periódicos.

—No tengo nada que ver con vuestro grupo, en realidad. No acepto vuestras teorías.

—¿Ni siquiera después de lo que a ambos nos tocó vivir? Aquellos asesinatos deben de haber hecho que te cuestionaras. Deben de haberte hecho pensar en la posibilidad...

—¿De que haya una teoría unificada del mal que se encuentra en los Rollos del Mar Muerto? —Maura negó con la cabeza. —Soy científica. Leo textos religiosos en busca de información histórica, no verdades literales. Ni para explicar lo inexplicable.

—Aquella noche estuviste atrapada en la montaña con nosotros. Viste las pruebas.

Se refería a la noche de enero en que casi habían perdido la vida. En eso podían estar de acuerdo porque las pruebas eran reales como la sangre que había quedado en el lugar. Pero eran muchas las cosas de aquella noche sobre lo que jamás coincidirían y el desacuerdo más fundamental tenía que ver con la naturaleza del monstruo que los había atrapado en aquella montaña.

—Lo que vi fue un asesino en serie, como tantos otros de este mundo —dijo Maura—. No necesito teorías bíblicas para explicar su existencia. Háblame de ciencia, no de fábulas sobre antiguos linajes diabólicos. —Colocó la pila de periódicos sobre la mesa de café. —El mal simplemente existe. Las personas pueden ser brutalmente crueles y algunas de ellas matan. A todos nos encantaría encontrar una explicación.

—¿Acaso la ciencia explica por qué un asesino momificaría el cadáver de una mujer? ¿Por qué reduciría la cabeza de una mujer y depositaría otra en el maletero de un coche?

Sorprendida, Maura se volvió para mirarlo.

—¿Ya estás al tanto de esos casos?

Claro que lo estaba. La conexión de Anthony Sansone con las fuerzas de la ley llegaba a los niveles más altos, a la mismísima oficina del comisionado de policía. Un caso tan inusual como el de Madam X sin duda habría captado su atención. Y despertaría el interés de la hermética Sociedad Mefisto, que tenía sus propias teorías extrañas sobre el crimen y cómo combatirlo.

—Existe información de la que tal vez no estás al tanto —dijo él—. Detalles que pienso que deberías conocer.

—Antes de que sigamos hablando —dijo Maura—, iré a vestirme. Con permiso.

Se refugió en su dormitorio. Se enfundó unos vaqueros y una

camisa, un atuendo informal que iba muy bien para un domingo por la tarde, pero la hacía sentirse mal vestida para un visitante tan distinguido. No se molestó en maquillarse, sino que simplemente se lavó la cara y se desenredó el pelo. Al mirarse en el espejo, vio párpados hinchados y canas nuevas que no había notado antes. Pues esta soy yo, pensó. Una mujer que ya ha cumplido cuarenta años. No puedo ocultar mi edad y no pienso intentarlo.

Para cuando salió del dormitorio, el aroma de café impregnaba la casa. Lo siguió hasta la cocina, donde Sansone ya había sacado dos tazas del armario.

—Espero que no te moleste que me haya tomado el atrevimiento de preparar una jarra de café.

Maura observó su espalda ancha y cómo él servía el café. Se le veía perfectamente cómodo en su cocina y a ella le molestaba la facilidad con la que había invadido su casa. Tenía la habilidad de entrar en cualquier habitación de cualquier casa y adueñarse del territorio con su sola presencia.

Él le alcanzó una taza y para sorpresa de Maura, había añadido la cantidad exacta de azúcar y leche, exactamente como a ella le gustaba. Un detalle que no había esperado que él recordara.

—Es hora de hablar de Madam X —dijo Anthony—. Y sobre aquello a lo que podrías estar enfrentándote.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé que tenéis tres muertes relacionadas entre sí.

—No nos consta que estén relacionadas.

—¿Tres víctimas, todas preservadas de maneras grotescas? Es una particularidad bastante única.

—No le he practicado la autopsia a la tercera víctima, por lo que no puedo decirte nada sobre ella. Ni siquiera cómo estaba preservada.

—Me dicen que no era una momificación clásica.

—Si por clásica te refieres a salarla, secarla y envolverla, no, no lo era.

—¿Las facciones están relativamente intactas?

—Sí. Llamativamente. Pero los tejidos todavía retienen humedad. Nunca he hecho una autopsia en un cadáver como ese. Ni siquiera sé cómo mantenerla preservada en su estado actual.

—¿Y qué se sabe de la dueña del coche? Es arqueóloga ¿verdad? ¿Tiene idea de cómo se preservó el cadáver?

—No he hablado con ella. Por lo que me contó Jane, estaba muy sacudida.

Él dejó la taza de café y la miró con tanta intensidad que ella lo sintió casi como un ataque.

—¿Qué sabes de la doctora Pulcillo?

—¿Por qué preguntas sobre ella?

—Porque trabaja para ellos, Maura.

—¿Ellos?

—El Museo Crispin.

—Hablas como si fuera una institución maléfica.

—Accediste a ver la tomografía computada. Fuiste parte de ese circo mediático que montaron alrededor de Madam X. Debes de haber sabido en qué te estabas metiendo.

—El curador me invitó como observadora. No me dijo nada de que habría un circo mediático. Solo pensó que me interesaría observar la tomografía y tenía razón, por supuesto.

—¿Y no sabías nada sobre el museo cuando accediste a participar?

—Lo visité hace unos años. Es una colección extraña, pero que vale la pena. No es tan diferente de otros museos privados que he visitado, fundados por familias acaudaladas que quieren alardear de sus colecciones.

—Los Crispin son una familia bastante especial.

—¿Qué tienen de especial?

Él se sentó en la silla frente a ella y sus ojos quedaron al mismo nivel que los de Maura.

—Que nadie sabe realmente de dónde vinieron.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Es curioso ¿no crees? El primer Crispin del que se tienen registros fue Cornelius, que apareció en Boston en 1850. Alegaba ser un inglés con título nobiliario.

—Estás insinuando que no era cierto.

—No hay registros de él en Inglaterra. Ni en ningún otro lado, para el caso. Simplemente se materializó en escena un día y se decía que era un hombre apuesto de gran carisma. Se casó bien y comenzó a amasar fortuna. Él y sus descendientes eran coleccionistas y viajeros incansables y trajeron curiosidades desde todos los continentes. Las clásicas cosas: esculturas, objetos funerarios y especímenes animales. Pero lo que les interesaba particularmente a Cornelius y su familia eran las armas. Todas las variedades de armas utilizadas por los ejércitos del mundo. Era un interés muy adecuado, si consideramos el modo en que hicieron su fortuna.

—¿Cómo?

—Con las guerras, Maura. De Cornelius en adelante, han sido especuladores. Él se hizo rico durante la Guerra Civil, traficando armas al Sur. Sus descendientes continuaron con la tradición, obteniendo ganancias de los conflictos de todo el mundo, desde África a Asia o al Oriente Medio. Hicieron un pacto secreto con Hitler para proveerles armas a sus tropas y simultáneamente, se las vendían a los aliados. En China, proveían de armas tanto al ejército nacionalista como al comunista. Su mercancía terminó en Argelia, en Líbano y en

el Congo Belga. No importaba quién luchaba contra quién. Ellos no tomaban partido, solamente tomaban el dinero. Siempre que hubiera derramamiento de sangre en algún lado, ellos se enriquecían.

—¿Y qué relevancia tiene esto en la investigación?

—Solo quiero que entiendas el contexto de esa institución y qué tipo de legado conlleva. El Museo Crispin se ha pagado con sangre. Cuando recorres el edificio, cada moneda de oro que ves, cada pieza de alfarería se pagó con dinero obtenido de una guerra en algún lado. Es un sitio malévolo, Maura, construido por una familia que ocultó su pasado. Una familia cuyas raíces jamás conoceremos.

—Comprendo adónde quieres llegar con esto. Vas a decirme que los Crispin tienen un linaje demoníaco. Que descienden de los Nefilim bíblicos. —Meneó la cabeza y rió. —Ay, por favor, te lo suplico. No empecemos con los Rollos del Mar Muerto otra vez.

—¿Por qué crees que Madam X terminó en ese museo?

—Estoy segura de que tienes una respuesta.

—Tengo una teoría. Creo que era una especie de tributo. Al igual que la cabeza reducida. Las donó un admirador que comprende exactamente qué representa la familia Crispin.

—La tercera víctima no apareció en el museo. Dejaron el cadáver en el coche de la doctora Pulcillo.

—Ella trabaja para el museo.

—Y ahora está aterrada. Le robaron las llaves y alguien le envió un obsequio repulsivo.

—Porque obviamente ella funcionaba como intermediaria con el destinatario, Simon Crispin.

—No, yo creo que la destinataria es la misma doctora Pulcillo. Es una mujer llamativamente bella y ha atraído la atención de un asesino. Jane cree lo mismo. —Hizo una pausa. —¿Por qué no has ido a hablar con ella sobre esto? La investigadora es ella. ¿Por qué vienes a mí?

—La mente de la detective Rizzoli está cerrada a teorías alternativas.

—O sea que tiene los pies bien plantados en la realidad. —Maura se puso de pie. —Igual que yo.

—Antes de descartar esto, tal vez deberías saber una cosa más sobre la colección Crispin. Sobre la parte que nadie vio jamás. Que se mantuvo oculta.

—¿Por qué?

—Porque era tan grotesca y horripilante que la familia no podía permitir que el público se enterara de su existencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Durante años han corrido rumores sobre eso en el mercado de antigüedades. Hace unos seis años, Simon Crispin hizo una subasta

privada. Al parecer, es muy gastador y se ha comido lo que quedaba de la fortuna familiar. Necesitaba conseguir dinero. También necesitaba deshacerse de objetos vergonzosos y posiblemente ilegales. La parte realmente perturbadora es que consiguió un comprador, cuyo nombre permanece anónimo.

—¿Qué es lo que vendió Crispin?

—Trofeos de guerra. No me refiero a medallas del ejército ni bayonetas oxidadas. Hablo de sonajeros hechos con dientes humanos de África y orejas cortadas de soldados japoneses. Un collar hecho con dedos humanos y un frasco con... —Se interrumpió. —Era una colección horripilante. Lo que quiero decir es que no soy el único que conocía el interés de la familia Crispin por los suvenires macabros. Tal vez este asesino arqueólogo también lo conocía. Y pensó en contribuir a la colección.

—Piensas que se trata de obsequios.

—Muestras de admiración de un coleccionista que donó algunos de sus propios recuerdos al museo. Donde han estado guardados, olvidados.

—Hasta ahora.

Sansone asintió.

—Creo que este donante misterioso ha decidido volver a salir a la superficie. Está haciéndole saber al mundo que sigue vivo. —En voz baja, añadió: —Puede haber muchos obsequios más en camino, Maura.

El teléfono de la cocina sonó, destrozando el silencio. Sobresaltada, Maura sintió que se le aceleraba el pulso; se levantó de la silla, pensando con qué facilidad Sansone lograba sacudir su confianza en un mundo lógico. Con qué rapidez podía echar sombra sobre un luminoso día de verano. Su paranoia era contagiosa y Maura oyó una nota ominosa en el ruido del teléfono, una advertencia de que la llamada traería noticias desagradables.

Pero la voz que la saludó del otro lado de la línea era conocida y agradable.

—Doctora Isles, habla Carter, del laboratorio. Tengo unos resultados interesantes de cromatografía de gases y espectrometría de masas.

—¿De qué?

—De las muestras de tejido que nos envió el jueves.

—¿Del cadáver del maletero? ¿Ya le has hecho la cromatografía de gases?

—Me llamaron del laboratorio para que hiciera un análisis acelerado durante el fin de semana. Creí que lo había solicitado usted.

—No, yo no fui. —Maura miró por encima del hombro a Sansone; él la estaba observando con tanta atención que sintió la necesidad de

darle la espalda. —Sí, dime —dijo por el teléfono.

—Realicé una pirólisis instantánea sobre la muestra de tejido y encontré abundante presencia de proteínas colágenas y no colágenas cuando la examinamos con cromatografía de gases y espectrometría de masas. Sea cual fuere su edad, este tejido está realmente bien preservado.

—También solicité unas pruebas de taninos. ¿Estaban presentes?

—No se encontraron bencenodioles, lo que elimina la mayoría de los taninos conocidos. Pero se detectó un químico llamado cuatro-isopropilfenol.

—No tengo idea de lo que significa.

—Yo también tuve que investigar. Es un químico que produce la pirólisis del musgo llamado esfagno.

—¿Musgo?

—Sí. ¿Le sirve de algo esa información?

—Sí —respondió Maura en voz baja—. Creo que sí. —Me dice exactamente lo que necesito saber. Cortó y se quedó mirando el teléfono, anonadada por los resultados de laboratorio. Esto excedía su campo de conocimiento, iba más allá de cualquier cosa que hubiera visto en la sala de autopsias y no quería proceder sin orientación técnica.

—¿Maura?

Se volvió hacia Sansone.

—¿Podemos continuar esta conversación en otro momento? Necesito hacer unas llamadas.

—¿Puedo sugerirte algo antes de irme? Conozco a alguien con quien tal vez quieras hablar. El doctor Pieter Vanderbrink. Puedo ponerte en contacto con él.

—¿Por qué me lo mencionas?

—Encontrarás mucho sobre él en Internet. Fíjate en su currículum y lo comprenderás.

QUINCE

Las furgonetas de la televisión habían vuelto y esta vez eran más numerosas. Una vez que un asesino se gana un apodo, se convierte en propiedad pública y todos los canales de noticias querían un pedazo de la investigación sobre el Asesino Arqueológico.

Jane sentía que los ojos de las cámaras, que todo lo veían, los seguían a Frost y a ella mientras caminaban desde el aparcamiento hasta el edificio de Medicina Forense. Cuando había sido ascendida a detective, la primera vez que se vio a sí misma en las noticias vespertinas, se sintió emocionada. Esa emoción se había disipado hacía mucho tiempo y últimamente veía a los reporteros con fastidio. En lugar de mirar hacia las cámaras, caminaba con la cabeza gacha y los hombros hacia adelante; en las noticias de las seis de la tarde seguramente se vería como un gnomo jorobado enfundado en una chaqueta azul.

Fue un alivio entrar en el edificio y escapar de los teleobjetivos invasivos, pero los esperaba lo peor. Mientras Frost y ella se dirigían al laboratorio de autopsias, sintió que se le tensaban los músculos y se le revolvía el estómago pensando en lo que tendrían delante ese día sobre la mesa de autopsias.

En la antesala, ambos se cubrieron con batas quirúrgicas, guantes y cubrezapatos desechables; Frost se mantenía en silencio, lo que no era habitual en él. Jane se atrevió a echar un rápido vistazo por la ventana y sintió alivio al ver que el cadáver seguía cubierto por una tela, lo que les daba un breve respiro previo al horror. Con sombrío sentido del deber, empujó la puerta que daba a la sala de autopsias.

Maura acababa de abrochar las radiografías a la caja de luz de la morgue y las placas dentales de la NN número tres brillaban iluminadas desde detrás. Miró a los dos detectives.

—¿Qué opináis? —les preguntó.

—Parecen dientes bastante sanos —observó Jane.

Maura asintió.

—Aquí hay dos empastes con amalgamas, más una corona de oro en el molar inferior izquierdo. No veo caries y no hay pérdida de hueso alveolar que indique enfermedad periodontal. Y por último, tenemos este detalle. —Maura golpeó un dedo contra la radiografía. —Le faltan ambos premolares.

—¿Crees que se los extrajeron?

—Pero no hay espacio entre los dientes. Y las raíces de estos incisivos han sido acortadas y despuntadas. Le han hecho ortodoncia.

—O sea que estamos hablando de una mujer adinerada.

—Ciertamente de clase media, como mínimo.

—Oye, a mí nunca me hicieron ortodoncia. —Jane mostró los dientes, revelando una fila inferior irregular. —Aquí tienes dientes de clase media, doc. Mi papá no podía permitirse pagar algo así —dijo, señalando la radiografía.

—Madam X también tenía buenos dientes —comentó Frost.

Maura asintió.

—Ambas mujeres tuvieron lo que supongo que fue una niñez privilegiada. Lo suficientemente privilegiada como para recibir buenos cuidados dentales y hacerse la ortodoncia.

—Sacó la radiografía y cogió unas placas nuevas que empujó dentro de los ganchos. Los huesos de las extremidades inferiores brillaban sobre el negatoscopio.

—Y aquí tenemos la otra cosa que ambas víctimas tenían en común.

Jane y Frost ahogaron simultáneamente una exclamación de sorpresa. No necesitaban que un radiólogo les interpretara el daño que veían en esas radiografías.

—Se lo hicieron en las dos tibias —dijo Maura—. Con un instrumento romo. Un martillo, tal vez, o una barreta de hierro. No estamos hablando de unos golpes al pasar en las canillas. Estos golpes fueron brutales y deliberados, para romperle los huesos. Ambas tibias tienen fracturas diafisarias transversales, con fragmentos incrustados en el tejido blando. El dolor ha de haber sido insoportable. Con toda certeza no podía caminar. No puedo imaginar lo que debe de haber sufrido en los días subsiguientes. Seguramente hubo infección que pasó de las heridas a los tejidos blandos. Las bacterias se deben de haber infiltrado en el hueso y en la sangre.

Jane se quedó mirándola.

—¿Dijiste días?

—Estas fracturas no fueron fatales. Al menos no inmediatamente.

—Tal vez la mataron antes de hacérselas. Podría tratarse de mutilaciones post-mórtem.

—Por favor, que sean post-mórten y no lo que imagino.

—Lamento decir que siguió viva —dijo Maura— por al menos varias semanas. —Señaló un borde dentado, como humo blanco alrededor del hueso fracturado. —Esto es una formación callosa. Es el hueso sanándose a sí mismo y esto no sucede de un día para el otro, ni siquiera en algunos días. Lleva semanas.

Semanas durante las que esa mujer había sufrido terriblemente. Semanas en las que debió de haberle parecido mejor estar muerta. Jane recordó otras radiografías que había visto colgadas de ese mismo negatoscopio. En la pierna quebrada de otra mujer, con las líneas de

fractura borroneadas por una nube de callosidad ósea.

—Igual que Madam X —dijo.

Maura asintió.

—Ninguna de estas víctimas murió de inmediato. Ambas sufrieron lesiones incapacitantes en las extremidades inferiores. Ambas vivieron durante un tiempo. Lo que significa que alguien les llevaba comida y agua. Alguien las mantuvo vivas el tiempo suficiente como para que las primeras señales de cicatrización aparecieran en las radiografías.

—Se trata del mismo asesino.

—Los patrones son demasiado similares. Esto es parte de su firma. Primero las deja inválidas, tal vez para asegurarse de que no puedan escapar. Luego, con el correr de los días, las alimenta y las mantiene vivas.

—¿Y qué coño hace él durante ese tiempo? ¿Disfruta de su compañía?

—No lo sé.

Jane observó el hueso quebrado y sintió una punzada en sus propias piernas, una sombra del dolor terrible que debía de haber soportado esa víctima.

—Sabes —dijo en voz baja—, cuando me llamaste aquella noche por Madam X, pensé que se trataría de un asesinato antiguo. Un caso sin resolver, con un asesino que habría muerto hacía años. Pero si es el mismo que colocó este cadáver en el coche de Josephine Pulcillo...

—Significa que sigue vivo, Jane. Y está aquí mismo en Boston.

La puerta que unía con la antesala se abrió y entró un hombre de pelo canoso, terminando de atarse la bata quirúrgica.

—¿Doctor Vanderbrink? —dijo Maura—. Soy la doctora Isles. Me alegro de que haya podido venir.

—Espero que no haya comenzado todavía.

—Lo estábamos esperando.

El hombre se adelantó para estrecharle la mano. De unos sesenta y cinco años, era cadavéricamente flaco, pero la cara bronceada y el paso ágil no hablaban de enfermedad sino de delgadez saludable. Mientras Maura hacía las presentaciones, el hombre casi ni se fijó en Jane ni en Frost; su atención estaba en la mesa de autopsias donde yacía la víctima, un cadáver retorcido misericordiosamente cubierto por una tela. Quedaba claro que el hombre estaba más interesado en la muerta que en los vivos.

—El doctor Vanderbrink trabaja en el Museo Drents de Assen —explicó Maura—. Llegó anoche desde los Países Bajos, solamente para estar en la autopsia.

—¿Esta es ella? —dijo él, sin apartar la mirada del cadáver cubierto—. Echémosle un vistazo, entonces.

Maura le alcanzó un par de guantes y ambos se los colocaron.

Cogió un extremo de la sábana y se dispuso a tirar de ella. Jane juntó valor, preparándose para lo que habría debajo.

Desnudo sobre el acero inoxidable, expuesto bajo las luces brillantes, el cadáver retorcido parecía una rama chamuscada y torcida. Pero lo que perseguiría a Maura de por vida fue la cara, las facciones lustrosas como carbón negro, congeladas en un grito mortal.

Lejos de sentirse horrorizado, el Dr. Vanderbrink se acercó más, con expresión fascinada.

—Qué belleza —murmuró—. Sí, sí, me alegro de que me haya llamado. Por cierto, el viaje ha valido la pena.

—¿Llama belleza a eso? —dijo Jane.

—Me refiero a su estado de preservación —respondió él—. De momento, es casi perfecto. Pero temo que la carne comience a descomponerse ahora que ha sido expuesta al aire. Este es el ejemplo moderno más impresionante que he visto. Es muy raro encontrar un sujeto humano reciente que haya sido sometido a este proceso.

—¿Entonces sabe cómo llegó a este estado?

—Sí, claro. Se parece mucho a los demás.

—¿Los demás?

Miró a Jane; los ojos de él estaban tan hundidos que ella tuvo la perturbadora sensación de que la estaba mirando un cráneo.

—¿Ha oído hablar de la Niña de Yde, detective?

—No. ¿Quién es?

—Yde es una localidad. Un pueblo en el norte de los Países Bajos. En 1897, dos hombres de Yde se encontraban recolectando turba, una sustancia que tradicionalmente se secaba y quemaba como combustible, cuando encontraron algo en la ciénaga que los aterró. Era una mujer con largo pelo rubio que claramente había sido estrangulada. Todavía tenía una banda larga de tela envuelta tres veces alrededor del cuello. Al principio, los habitantes de Yde no comprendieron de qué se trataba. Era muy pequeña y estaba tan encogida que pensaron que se trataba de una anciana. O tal vez de un demonio. Pero con el tiempo, a medida que comenzaron a acudir científicos a verla, pudieron averiguar más cosas sobre el cadáver. Y descubrieron que no era una anciana cuando murió, sino una joven de unos dieciséis años. Una joven con la columna vertebral deformada. La habían asesinado. La apuñalaron por debajo de la clavícula y la estrangularon con una banda de tela alrededor del cuello. Luego la colocaron boca abajo en la zona pantanosa de la turbera, donde permaneció durante siglos. Hasta que esos dos recolectores de turba la encontraron y el mundo se enteró de su existencia.

—¿Dijo siglos?

Vanderbrink asintió.

—Las pruebas de carbono catorce nos dicen que tiene dos mil años

de antigüedad. En la época de Jesús, esa pobre chica puede ya haber estado en su tumba.

—¿Aun después de dos mil años pudieron saber cómo murió? —preguntó Frost.

—Estaba increíblemente bien preservada, desde el pelo hasta la tela alrededor de su cuello. Por supuesto, su cuerpo estaba dañado, pero los daños eran mucho más recientes, de cuando la desenterraron con la turba. Una parte de ella quedó lo suficientemente intacta como para que se pudiera armar un retrato de quién era. Y de cómo debió haber sufrido. Ese es el milagro de los pantanos o turberas, detective. Nos abren una ventana al pasado. Cientos de cadáveres así han sido hallados en Holanda y Dinamarca, Irlanda e Inglaterra. Cada uno es un viajero en el tiempo, una especie de embajador desafortunado, enviado a nosotros por gente que no dejó registros escritos. Salvo las crueldades que les hicieron a sus víctimas.

—Pero esta mujer... —Jane hizo un movimiento de cabeza en dirección al cadáver que estaba sobre la mesa. —Claramente no tiene dos mil años.

—Sin embargo su estado de preservación es igualmente exquisito. Mire, hasta se pueden ver las rugosidades en las plantas de los pies y en las yemas de los dedos. ¿Y ve cómo tiene la piel oscura, como cuero? Sin embargo sus facciones nos informan con toda claridad que es caucásica. —Miró a Maura. —Concuerdo por completo con su opinión, doctora Isles.

Frost intervino:

—¿Entonces nos está diciendo que este cadáver fue preservado de la misma manera que esa joven de los Países Bajos?

Vanderbrink asintió.

—Lo que tenéis aquí es una momia de los pantanos moderna.

—Por ese motivo llamé al doctor Vanderbrink —explicó Maura—. Ha estado estudiando las momias de los pantanos durante décadas.

—A diferencia de las técnicas egipcias de momificación —dijo Vanderbrink—, no hay registros escritos de cómo hacer una momia de pantano. Es un proceso completamente natural y accidental que no llegamos a comprender del todo.

—¿Cómo sabe hacerlo el asesino, entonces? —quiso saber Jane.

—Dentro de la comunidad de momias del pantano, este mismo tema se ha discutido mucho.

Jane soltó una risa de sorpresa.

—¿Existe una comunidad?

—Por supuesto. Tenemos reuniones y fiestas. Mucho de los temas sobre los que hablamos son puramente especulativos. Pero contamos con algo de ciencia dura para respaldar las teorías. Sabemos, por ejemplo, que los pantanos o ciénagas tienen varias características que

contribuyen a la preservación de los cadáveres. Son altamente ácidos, pobres en oxígeno y contienen capas de turba. Estos factores ayudan a detener la descomposición y preservar los tejidos blandos. Oscurecen la piel al color que se ve en este cadáver. Si se lo deja descansar durante siglos, con el tiempo los huesos del cadáver se disolverán, dejando solamente la carne preservada, parecida al cuero y completamente flexible.

—¿El musgo logra ese efecto? —preguntó Frost.

—Es una parte vital del proceso. En el musgo se produce una reacción química entre las bacterias y los polisacáridos del esfagno. El esfagno adhiere las células bacterianas y no permite que degraden materiales orgánicos. La adherencia bacteriana detiene la descomposición. Todo el proceso se lleva a cabo en una sopa ácida que contiene musgo muerto y taninos y holocelulosa. En otras palabras, agua de pantano o de ciénaga.

—¿Y eso es todo? ¿Solo hay que meter el cadáver en agua de ciénaga y ya está?

—Es un poco más riguroso que eso. Se han hecho varios experimentos en Irlanda y el Reino unido utilizando cadáveres de lechones. Se los enterraba en varias turberas cenagosas y se los exhumaba meses más tarde para estudiarlos. Como los cerdos son bioquímicamente similares a nosotros, podemos suponer que los resultados serían los mismos en humanos.

—¿Y se convertían en cerdos de los pantanos?

—Si se daban las condiciones adecuadas, sí. En primer lugar, los cerdos tenían que estar completamente sumergidos o se descomponían. Después, había que sumergirlos en la ciénaga inmediatamente después de su muerte. Si se dejaba el cadáver expuesto aunque sólo fuera unas horas antes de sumergirlo, se descomponía de todas maneras.

Frost y Jane intercambiaron miradas.

—O sea que nuestro asesino no podía perder un minuto después de matarla —observó Jane.

Vanderbrink asintió.

—Tenía que sumergirla en cuanto moría. En el caso de las momias de los pantanos europeas, las víctimas han de haber caminado dentro de la ciénaga todavía con vida. Y las deben de haber asesinado allí, en la orilla.

Jane se volvió y observó las tibias brutalmente quebradas en las radiografías iluminadas.

—Pues esta víctima no pudo haber ido a ningún lado con dos piernas rotas. Debieron de transportarla hasta allí. Si fueras el asesino, no harías eso a oscuras. No caminarías por una ciénaga a oscuras.

—¿Entonces lo hace en plena luz del día? —dijo Frost—. ¿La

arrastra desde el coche hasta el agua? Tendría que haber elegido el sitio con antelación. Un lugar donde sabía que nadie lo vería, que estuviera lo suficientemente cerca de un camino como para no tener que cargar mucha distancia con ella.

—Se requieren otras condiciones —intervino Vanderbrink.

—¿Cuáles? —quiso saber Jane.

—El agua tiene que ser lo suficientemente profunda y fría. La temperatura es importante. Y tendría que tratarse de una ciénaga lo suficientemente remota como para que nadie encontrara el cadáver hasta que él decidiera recuperarlo.

—Cuántas condiciones, realmente —dijo Jane—. ¿No sería más fácil llenar directamente una bañera con agua y turba?

—¿Cómo se aseguraría de replicar correctamente las condiciones? Una ciénaga es un sistema complejo que no comprendemos del todo, una sopa química de materia orgánica que tiene que macerar durante siglos. Aun si se logra reproducir esa sopa en una bañera, habría que enfriarla inicialmente a cuatro grados centígrados y mantenerla así durante varias semanas. Luego habría que remojar el cadáver durante meses, tal vez años. ¿Cómo lo mantendría oculto tanto tiempo? ¿Despediría olores? ¿Habría vecinos suspicaces? —Meneó la cabeza. —El sitio ideal sigue siendo un pantano. Un pantano verdadero.

Pero esas piernas quebradas seguían siendo un problema. Viva o muerta, la víctima tendría que haber sido llevada o arrastrada hasta el agua, tal vez sobre terreno fangoso.

—¿Qué estatura tendría, en tu opinión? —preguntó Jane.

—A juzgar por los índices óseos —respondió Maura—, calculo que habrá medido alrededor de un metro y sesenta y siete centímetros. Y como puedes ver, es relativamente delgada.

—O sea que podría haber pesado entre cincuenta y cinco y cincuenta y ocho kilos.

—Suena lógico.

Pero aunque la mujer fuera delgada, un hombre se cansaría pronto de transportarla. Y si ya estaba muerta, el tiempo era muy importante. Si tardaba demasiado, el cadáver comenzaría su inevitable viaje hacia la descomposición. Si estaba viva, habría más dificultades con las que lidiar. Una víctima que se defiende y grita. La posibilidad de que lo escucharan mientras la arrastraba desde el coche. ¿Dónde encontraste ese sitio perfecto, ese lugar donde matarlas?

Sonó el intercomunicador y la secretaria de Maura dijo por el altavoz:

—Doctora Isles, tiene una llamada por la línea uno. Un tal Scott Thurlow del Centro Nacional de Información Criminal.

—La tomaré —dijo Maura. Se quitó los guantes mientras iba hacia el teléfono. —Habla la doctora Isles. —Escuchó y de pronto se irguió y

dirigió una mirada a Jane que decía: esto es importante. —Gracias por hacérmelo saber. Le echaré un vistazo ahora mismo. Aguarde. —Fue hasta el ordenador.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jane.

Maura abrió un correo electrónico con un adjunto. Aparecieron una serie de radiografías dentales en la pantalla. A diferencia de las panorámicas de la morgue que mostraban todos los dientes a la vez, estas eran radiografías de un consultorio dental.

—Sí, las estoy mirando ahora —Maura por el teléfono—. Veo una amalgama oclusiva en la pieza número treinta. Es absolutamente compatible.

—¿Compatible con qué? —dijo Jane.

Maura levantó una mano para hacerla callar, concentrada en la conversación telefónica.

—Abriré el segundo adjunto —dijo. Una imagen nueva apareció en pantalla. Era una mujer joven de largo pelo negro, con los ojos entornados para protegerse de la luz del sol. Vestía una camisa de denim sobre una camiseta negra. La cara bronceada, carente de maquillaje, sugería que se trataba de una mujer que vivía al aire libre, que disfrutaba del aire fresco y la ropa práctica. —Estudiaré los archivos y lo volveré a llamar —dijo Maura y cortó.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Jane.

—Se llama Lorraine Edgerton. Fue vista por última vez cerca de Gallup, Nuevo México, hace unos veinticinco años.

Jane contempló con el ceño fruncido la cara que le sonreía desde la pantalla.

—¿Se supone que tengo que recordar ese nombre?

—Pues a partir de ahora lo recordarás. Estás viéndole la cara a Madam X.

DIECISÉIS

El doctor Lawrence Zucker, psicólogo forense, tenía una mirada tan penetrante que Jane por lo general evitaba sentarse directamente frente a él, pero había llegado tarde a la reunión y no le había quedado otra opción que ocupar la última silla libre, frente a Zucker. Con lenta deliberación, él estudiaba las fotografías desparramadas sobre la mesa. Eran imágenes de una vibrante y joven Lorraine Edgerton. En algunas fotos vestía pantalones cortos y camisetas; en otras, vaqueros y botas de montaña. Claramente era una mujer que pasaba tiempo al aire libre y su bronceado lo demostraba. Zucker se concentró luego en su aspecto actual: rígida y seca como un trozo de madera, con la cara convertida en una máscara de cuero, tensa sobre los huesos. Cuando levantó la mirada, sus ojos extrañamente pálidos se detuvieron sobre Jane y ella tuvo la incómoda sensación de que él podía ver directamente dentro de los rincones oscuros de su mente y llegaba a sitios que nadie tenía permitido ver. Si bien había otros cuatro detectives en la sala, Jane era la única mujer; tal vez esa era la razón por la que Zucker se concentraba en ella. Decidida a no permitir que la intimidara, Jane le sostuvo la mirada.

—¿Hace cuánto tiempo dice que desapareció la señorita Edgerton? —preguntó él.

—Hace veinticinco años —respondió Jane.

—¿Y ese período condice con el actual estado de su cadáver?

—Sabemos que es Lorraine Edgerton por los registros dentales.

—Y también sabemos que no lleva siglos momificar un cadáver —añadió Frost.

—Sí, pero ¿podrían haberla matado hace mucho menos de veinticinco años? —preguntó Zucker. —Dijo usted que la mantuvieron con vida lo suficiente como para que la herida de bala comenzara a cicatrizar. ¿Y si la mantuvieron prisionera durante mucho más tiempo? ¿Es posible convertir un cuerpo en una momia en cinco años, por ejemplo?

—¿Piensa que el asesino pudo haberla tenido cautiva durante décadas?

—Solo estoy haciendo conjeturas, detective Frost. Tratando de comprender lo que nuestro sujeto desconocido obtiene de todo esto. Qué podría impulsarlo a llevar a cabo estos macabros rituales póstumos. Se ha tomado mucho trabajo para evitar que las víctimas se descompusieran.

—Quería que perduraran —dijo el teniente Marquette, jefe de la

unidad de homicidios—. No quería soltarlas.

Zucker asintió.

—Compañía eterna. Esa es una interpretación. No quería dejarlas ir, así que las convirtió en reliquias perdurables.

—¿Pero entonces por qué las mata? —preguntó el detective Crowe —. ¿Por qué no las mantiene prisioneras? Sabemos que a dos de ellas las mantuvo vivas lo suficiente como para que sus fracturas comenzaran a sanar.

—Tal vez murieron de muerte natural a causa de las lesiones. Por lo que leí en los informes de la autopsia, no hay respuestas definitivas sobre la causa de muerte.

—La doctora Isles no pudo determinarla, pero sabemos que la Mujer de la Ciénaga... —Se interrumpió. La Mujer de la Ciénaga era el apodo de la nueva víctima, pero ningún detective lo diría jamás en público. Nadie quería verlo escrito en los titulares de los periódicos. —Sabemos que la víctima del maletero sufrió fracturas en ambas piernas, que pueden haberse infectado. Eso pudo haberle causado la muerte.

—Y preservarla habría sido la única forma de mantenerla cerca —acotó Marquette—. Para siempre.

Zucker volvió a estudiar la foto.

—Háble me de esta víctima, Lorraine Edgerton.

Jane empujó hacia él una carpeta que estaba sobre la mesa.

—Esto es lo que sabemos de ella hasta el momento. Era una estudiante de posgrado y cuando desapareció, estaba trabajando en Nuevo México.

—¿Qué estudiaba?

—Arqueología.

Zucker arqueó una ceja.

—Intuyo que aquí hay un tema recurrente ¿puede ser?

—Sería difícil no intuirlo. Aquel verano, Lorraine estaba trabajando con un grupo de estudiantes en una excavación arqueológica en el Cañón Chaco. El día que desapareció, les dijo a sus colegas que se iba al pueblo. Se marchó en su motocicleta al caer la tarde y nunca volvió. Semanas más tarde, encontraron la motocicleta a kilómetros de allí, cerca de una reserva navajo. Por lo que averigüé de la zona, no está demasiado poblada. Es esencialmente un desierto surcado de caminos de tierra.

—O sea que no hay testigos.

—Ninguno. Y ahora han pasado veinticinco años y el detective que investigó su desaparición ha muerto. Lo único que tenemos es su informe, por lo que Frost y yo viajaremos a Nuevo México a hablar con el arqueólogo que dirigía la excavación. Fue una de las últimas personas que la vio con vida.

Zucker estudió las fotos.

—Parece haber sido una joven atlética.

—Lo era. Senderista, amante de los campamentos. Una mujer que pasaba mucho tiempo con pico y pala. No era la clase de chica que se entregaría sin luchar.

—Pero tenía una bala en la pierna.

—Esa puede haber sido la única forma que tenía el asesino de controlar a sus víctimas. La única forma en que pudo derribar a Lorraine Edgerton.

—La Mujer de la Ciénaga tenía las dos piernas quebradas —comentó Frost.

Zucker asintió.

—Lo que ciertamente abona la teoría de que el mismo asesino mató a las dos mujeres. ¿Y qué se sabe de la víctima de la ciénaga? ¿La que encontraron en el maletero?

Jane le alcanzó la carpeta de la Mujer de la Ciénaga.

—Todavía no la hemos podido identificar —explicó—. De manera que no sabemos si está conectada de alguna forma con Lorraine Edgerton El Centro Nacional de Información Criminal está buscando en su base de datos y tenemos la esperanza de que alguien en algún lado haya denunciado su desaparición.

Zucker leyó el informe de autopsia.

—Mujer adulta, de entre dieciocho y treinta y cinco años. Excelente dentición, trabajo de ortodoncia. —Levantó la mirada. —Me sorprendería que su desaparición no hubiera sido denunciada. El método de preservación debe deciros en qué parte del país la mataron. ¿En cuántos estados hay turberas?

—En muchos, a decir verdad —respondió Frost—. Así que eso no reduce demasiado la búsqueda.

—Preparaos —advirtió Jane y rió—. El detective Frost es ahora el experto oficial en turberas del Departamento de Policía de Boston.

—Hablé con una tal doctora Judith Welsh, una bióloga de la Universidad de Massachusetts —dijo Frost. Sacó su libreta y la abrió en las páginas relevantes. —Esto es lo que me dijo: Hay ciénagas con esfagno en Nueva Inglaterra, Canadá, la zona de los Grandes Lagos y Alaska. En cualquier lugar que sea templado y húmedo. Hasta hay turberas en Florida. —Levantó la mirada. —De hecho, han encontrado cadáveres de pantano no lejos de Disney World.

El detective Crowe soltó una carcajada.

—¿En serio?

—Más de cien y probablemente tienen más de ocho mil años. Se llama el Cementerio de Windover. Pero sus cuerpos no estaban preservados. Son solo esqueletos, realmente, en nada parecidos a nuestra Mujer de la Ciénaga. Hace calor allí, por lo que se

descompusieron, aunque estaban empapados en turba.

—¿Eso significa que eliminamos todas las turberas del sur? —preguntó Zucker.

Frost asintió.

—Nuestra víctima está demasiado bien preservada. En el momento de la inmersión, el agua tenía que estar fría, a cuatro grados centígrados o menos. Es la única forma de que haya salido con tan buen aspecto.

—Entonces estamos hablando de los estados del norte. O de Canadá.

—Canadá representaría un problema para nuestro asesino —objetó Jane—. Tendría que cruzar la frontera con un cadáver.

—Creo que también podemos eliminar Alaska —acotó Frost—. Allí también es necesario cruzar la frontera. Ni qué hablar de lo largo del viaje en coche.

—Eso nos deja con un territorio muy extenso —dijo Zucker—. Muchos estados con turberas donde podría haber sumergido el cadáver.

—En realidad —dijo Frost—, podemos reducirlo a turberas ombrotróficas.

Todos se quedaron mirándolo.

—¿Qué? —exclamó el detective Tripp.

—Las turberas son realmente interesantes —dijo Frost, entusiasmado con el tema—. Cuanto más averiguo, más fascinantes se tornan. Comienzas con material vegetal empapado en agua estancada. El agua está tan fría y tiene tan poco oxígeno que el musgo se queda allí sin descomponerse y se acumula año tras año hasta que llega a tener unos setenta centímetros de profundidad. Si el agua es estancada, la turbera es ombrotrófica,.

Crowe miró a Tripp y comentó con tono irónico:

—Un poco de conocimiento es muy peligroso.

—¿Qué relevancia tiene todo esto? —preguntó Tripp.

Frost se sonrojó.

—La tiene. Y si escucharas, tal vez aprenderías algo.

Sorprendida, Jane miró a su compañero. Frost rara vez demostraba irritación y ella no había esperado que lo hiciera por el musgo esfagno.

—Por favor continúe, detective Frost —dijo Zucker—. Me gustaría saber qué es exactamente lo que hace que una turbera sea ombrotrófica.

Frost inspiró hondo y se acomodó en la silla.

—Se refiere a la fuente de agua. Que sea ombrotrófica significa que no se alimenta de arroyos ni de corrientes subterráneas. Lo que significa, a su vez, que no recibe oxígeno ni nutrientes adicionales.

Solamente se alimenta de precipitaciones y es agua estancada, lo que la vuelve súper ácida. Todas las características de una verdadera turbera.

—Entonces no es solamente cualquier humedal.

—No. Tiene que alimentarse solamente de precipitaciones. De otro modo se la llama zona pantanosa o ciénaga.

—¿Y por qué es importante esto?

—Solamente las turberas cumplen con las condiciones necesarias para preservar cuerpos. Estamos hablando de un tipo específico de humedales.

—¿Y eso limitaría el territorio donde se preservó este cadáver?

Frost asintió.

—En el noreste hay miles de hectáreas de humedales, pero solamente una pequeña fracción de ellos son turberas reales. Están en la zona de los Adirondacks, en Vermont, y en el norte y la costa del estado de Maine.

El detective Tripp hizo un movimiento de cabeza.

—Una vez fui a cazar al norte de Maine. Allí solo hay árboles y ciervos. Si nuestro amigo tiene un escondite en esa zona, necesitaremos mucha buena suerte para encontrarlo.

Frost prosiguió:

—La bióloga, la doctora Welsh, dijo que podría reducir el territorio si le dábamos más información. Así que le hemos enviado muestras de material vegetal que la doctora Isles extrajo del pelo de la víctima.

—Todo esto ayuda —afirmó Zucker—. Nos agrega información para el perfil geográfico del asesino. Ya conocéis el dicho entre los que elaboramos perfiles criminales: vas a donde conoces y conoces a donde vas. La gente tiende a mantenerse en zonas donde se siente cómoda, en sitios con los que está familiarizada. Tal vez nuestro asesino fue a campamentos de verano en las montañas Adirondacks. O es cazador como usted, detective Tripp y conoce los caminos internos, las zonas ocultas de Maine. Lo que le hizo a la víctima de la turbera requirió planificación. ¿Cómo se familiarizó con la zona? ¿Posee una cabaña allí? ¿Es accesible justo en el momento indicado del año, cuando el agua está fría pero no congelada, para poder sumergirla rápidamente en la turbera?

—Sabemos otra cosa más sobre él —añadió Jane.

—¿Cuál?

—Que sabía con exactitud cómo preservarla. Conocía las condiciones, la temperatura del agua. Eso es conocimiento especializado, no es la clase de información que posee la mayoría de las personas.

—A menos que seas arqueólogo —observó Zucker.

Jane asintió.

—Volvemos al mismo tema recurrente ¿no es así?

Zucker se echó hacia atrás y entornó los ojos en señal de concentración.

—Un asesino que está familiarizado con antiguas prácticas funerarias, cuya víctima de Nuevo México era una joven que trabajaba en una excavación. Ahora parece haberse obsesionado con otra joven que trabaja en un museo. ¿Cómo encuentra a estas mujeres? ¿Cómo llega a conocerlas? —Miró a Jane. —¿Tiene usted una lista de los amigos y conocidos de la señorita Pulcillo?

—Es una lista muy corta. Solo los empleados del museo y la gente del edificio donde vive.

—¿No tiene amigos varones? Dijo usted que es una joven muy atractiva.

—Dice que no ha tenido una cita desde que se mudó a Boston hace cinco meses. —Jane hizo una pausa. —A decir verdad, es una especie de bicho raro.

—¿Por qué lo dice?

Jane vaciló y miró a Frost, que evitaba deliberadamente su mirada.

—Hay algo... extraño en ella. No puedo explicarlo.

—¿Tuvo usted la misma reacción, detective Frost?

—No —respondió él, con la boca tensa—. Creo que Josephine está asustada, nada más.

Zucker miró primero a uno, luego a la otra y arqueó las cejas.

—Una diferencia de opiniones.

—Rizzoli malinterpreta las cosas —dijo Frost.

—Solo percibo algo raro en ella, nada más —dijo Jane—. Como si nos tuviera más miedo a nosotros que al asesino.

—A ti, tal vez —dijo Frost.

El detective Crowe rió.

—¿Y quién no le tiene miedo?

Zucker guardó silencio un instante; a Jane no le agradaba la forma en que los miraba a ella y a Frost, como sondeando la profundidad de la grieta entre ambos.

—Solo digo que es una mujer solitaria. Va a trabajar y a su casa. Toda su vida parece estar dentro de ese museo.

—¿Y qué me dice de sus colegas?

—El curador es un sujeto llamado Nicholas Robinson. De unos cuarenta años, soltero, sin antecedentes penales.

—¿Soltero?

—Sí, a mí también me llamó la atención, pero no puedo encontrar nada que me resulte relevante. Además, fue él quien encontró a Madam X en el sótano. El resto del personal son todos voluntarios y el promedio de edad es de cien años. No imagino a ninguno de esos fósiles sacando a un cadáver de una turbera.

—O sea que no tenéis sospechosos viables.

—Lo que tenemos son tres víctimas a las que tal vez ni siquiera asesinaron en el estado de Massachusetts, mucho menos en nuestra jurisdicción —se quejó Crowe.

—Pues están dentro de nuestra jurisdicción ahora —dijo Frost—. Hemos revisado todas las cajas que están en el depósito del museo y no hemos encontrado más víctimas. Pero nunca se sabe, podría haber espacios ocultos detrás de otras paredes. —Bajó la mirada hacia su teléfono, que estaba sonando y se puso de pie abruptamente. —Disculpad, tengo que atender.

Cuando Frost salió de la sala, Zucker volvió a mirar a Jane.

—Me intriga algo que dijo usted antes sobre la señorita Pulcillo.

—¿Qué cosa?

—La describió como un bicho raro. Y sin embargo, el detective Frost no notó nada de eso.

—Sí, bueno, tenemos una diferencia de opinión.

—¿Cómo de profunda es?

¿Acaso debía contarle lo que realmente pensaba? ¿Qué el juicio de Frost se había evaporado porque su esposa estaba de viaje y él se sentía solo y Josephine Pulcillo tenía enormes ojos oscuros?

—¿Hay algo en la mujer que pueda predisponerla a usted en su contra?

—¿Qué? —Jane soltó una risa incrédula. —¿Usted cree que yo soy la que...?

—¿Por qué la inquieta?

—No es que me inquiete. Es solo que noto como una reserva, una cautela en ella. Como si estuviera tratando de mantenerse un paso por delante.

—¿De vosotros? ¿O del asesino? Por lo que escuché, la joven tiene todo el derecho de sentir miedo. Dejaron un cadáver en su coche. Casi parece ser un obsequio del asesino, una ofrenda, si se quiere. A su próxima compañera.

Su próxima compañera. Las palabras le pusieron a Jane la piel de gallina.

—¿Entiendo que ella se encuentra en un sitio seguro? —dijo Zucker. Al ver que nadie le respondía, miró a todos los que estaban alrededor de la mesa. —Creo que todos estamos de acuerdo en que podría correr peligro. ¿Dónde está?

—Es un asunto que estamos tratando de aclarar en este mismo momento —admitió Jane.

—¿No sabe dónde está?

—Nos dijo que iría a quedarse con una tía llamada Connie Pulcillo en Burlington, Vermont, pero no podemos encontrar a nadie con ese nombre. Hemos dejado mensajes en el buzón de voz de Josephine,

pero no ha respondido.

Zucker meneó la cabeza

—Eso no es una buena noticia. ¿Habéis ido a su domicilio en Boston?

—No está allí. Un vecino del edificio la vio partir el viernes por la mañana con dos maletas.

—Aun si se ha marchado de Boston, puede correr peligro —dijo Zucker—. Queda claro que este asesino opera cómodamente entre varios estados. No parece tener límites geográficos. Podría haberla seguido.

—Si es que sabe dónde está. Ni nosotros hemos podido encontrarla.

—Pero ella es su único foco. Puede que haya sido su único foco desde hace algún tiempo. Si la ha estado vigilando, siguiendo, entonces tal vez sepa exactamente dónde está. —Zucker se echó hacia atrás, visiblemente preocupado. —¿Por qué no ha atendido el teléfono? ¿Será porque no puede?

Antes de que Jane pudiera responder, la puerta se abrió y Frost volvió a entrar en la sala. A Jane le bastó con una mirada para darse cuenta de que algo había ocurrido.

—¿Qué sucede?

—Josephine Pulcillo está muerta —respondió él.

Su anuncio descarnado envió una corriente por la sala que dejó a todos sacudidos como si hubieran recibido una descarga de una pistola taser.

—¿Muerta? —Jane se puso de pie de un salto. —¿Cómo? ¿Qué coño ha ocurrido?

—Fue un accidente automovilístico. Pero...

—Entonces no ha sido el asesino.

—No. Decididamente no ha sido nuestro asesino —confirmó Frost.

Jane oyó ira en la voz de él y la vio también en la boca tensa y en los ojos entornados.

—Murió en San Diego —dijo Frost—. Hace veinticuatro años.

DIECISIETE

Habían viajado en coche durante media hora antes de que Jane por fin tocara el tema incómodo, un tema que habían logrado esquivar durante todo el vuelo desde Boston a Albuquerque.

—Sentías atracción por ella ¿verdad? —preguntó.

Frost no la miró. Se mantuvo concentrado en conducir, con la mirada fija en la carretera, donde el asfalto relucía, caliente como una plancha de asar bajo el sol de Nuevo México. En todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, Jane nunca había sentido entre ambos un muro como el que sentía en ese momento, una barrera impenetrable que no podía derribar. Este no era el Barry Frost afable que conocía; era su gemelo malvado y en cualquier momento comenzaría a hablar en lenguas y su cabeza giraría en redondo demoníacamente.

—Es necesario que hablemos de esto ¿sabes? —insistió.

—¿No puedes terminarla de una buena vez?

—No sigas castigándote por esto. Es una chica bonita y te engatusó. Le puede pasar a cualquier hombre.

—Pero no a mí. —Frost la miró por fin, y la furia desnuda que vio Jane en sus ojos la hizo guardar silencio. —No puedo creer que no me diera cuenta —dijo él y volvió a mirar el camino. Pasaron varios segundos; los únicos sonidos provenían del aire acondicionado y del coche que avanzaba en el calor.

Jane nunca había estado en Nuevo México. Nunca había visto el desierto. Pero casi no miraba el paisaje que pasaba a toda velocidad; lo que le importaba era cerrar ese abismo entre ambos y la única forma de hacerlo era hablar del asunto, aunque Frost no quisiera hacerlo.

—No eres el único que está sorprendido —dijo Jane—. El doctor Robinson no tenía idea. Deberías haberle visto la cara cuando le dije que era una impostora. Si mintió sobre algo tan básico como su nombre ¿sobre qué más habrá mentido? Engañó a mucha gente, incluyendo a sus profesores universitarios.

—Pero no a ti. Tú te diste cuenta.

—Es que algo en ella me hacía ruido, nada más.

—Instinto de policía.

—Sí. Puede ser.

—¿Entonces qué coño sucedió con el mío?

Jane rió.

—Estabas bajo el control de un instinto diferente. Es bonita, está asustada y ¡pum!... El Boy Scout quería salvarla.

—Ni siquiera sé quién coño es.

Todavía no tenían la respuesta; lo que sabían era que no era la verdadera Josephine Pulcillo, que había muerto hacía veinticinco años cuando solo tenía dos años. Sin embargo, años más tarde, esa niña muerta se graduó en la universidad y luego obtuvo su título de posgrado. Logró abrir una cuenta de banco, conseguir licencia para conducir y un trabajo en un desconocido museo de Boston. La niña había resucitado como una mujer diferente, cuyos verdaderos orígenes seguían siendo un misterio.

—No puedo creer que haya sido tan idiota —se quejó Frost.

—¿Quieres un consejo?

—En realidad, no.

—Llama a Alice. Dile que vuelva a casa. Ese fue parte del problema, sabes. Tu esposa ha estado fuera y te has sentido solo. Vulnerable. Entra una muchacha preciosa en escena y de pronto piensas con un cerebro diferente.

—No puedo ordenarle que vuelva a casa.

—Es tu esposa ¿no?

Frost soltó un bufido sarcástico.

—Me gustaría ver a Gabriel tratando de decirte a ti lo que debes hacer. No sería un espectáculo agradable.

—Soy una persona razonable y Alice también lo es. Ha estado visitando a sus padres durante demasiado tiempo y necesitas que vuelva. Llámala.

Frost suspiró.

—Es más complicado que eso.

—¿A qué te refieres?

—Alice y yo... bueno, hemos estado teniendo problemas. Desde que comenzó a estudiar Derecho, es como que no puedo hablar con ella. Como si no valiera la pena escuchar nada de lo que digo. Pasa todo el día con esos profesores sabelotodo y cuando viene a casa ¿de qué vamos a hablar?

—¿De cómo te fue en el trabajo, quizá?

—Sí, le cuento de nuestro último arresto y me pregunta si no hubo violencia policial.

—Joder, tío. ¿Se ha pasado al lado oscuro?

—Ella piensa que nosotros somos el lado oscuro. —Frost la miró. —Tienes suerte ¿lo sabes? Gabriel es uno de nosotros. Entiende lo que hacemos.

Sí, era afortunada; estaba casada con un hombre que comprendía los desafíos de pertenecer a las fuerzas del orden. Pero ella también sabía lo rápido que podían desmoronarse aun los matrimonios sólidos. La Navidad pasada había visto colapsar el matrimonio de sus padres durante la cena. Había visto cómo una rubia buscona había destruido

su hogar. Y comprendía que Barry Frost estaba en ese momento en el umbral del desastre marital.

—Falta poco para la parrillada anual que hace mi madre para el vecindario; Vince Korsak estará allí así que será como un reencuentro del equipo. ¿Por qué no vienes?

—¿Me estás invitando por lástima?

—Pensaba invitarte de todas formas. Ya lo he hecho antes, pero casi nunca aceptaste.

Él suspiró.

—Era por Alice.

—¿Por qué?

—Detesta las fiestas de policías.

—¿Y tu vas a sus fiestas de la escuela de Derecho?

—Sí.

—¿Cómo es eso, entonces?

Él levantó los hombros.

—Quiero mantenerla contenta ¿sabes?

—De verdad que odio decir esto...

—Entonces no lo digas ¿vale?

—Alice es bastante perra ¿no?

—Joder. ¿Por qué tuviste que decirlo?

—Perdona. Pero lo es.

Frost movió la cabeza.

—¿Puede ser que no haya nadie de mi lado?

—Yo estoy de tu lado. Te cuido, me preocupo por ti. Por eso te dije que te mantuvieras a mil kilómetros de esa Josephine. Me alegro de que por fin hayas entendido por qué te lo decía.

Frost apretó el volante con fuerza.

—Me pregunto quién es, realmente. Y qué mierda esconde.

—Mañana deberíamos tener noticias sobre sus huellas dactilares.

—Tal vez está huyendo de un ex marido. Tal vez no es más que eso.

—Si estuviera huyendo de un tipo siniestro nos lo habría contado ¿no crees? Estamos del lado de los buenos. ¿Por qué huiría de la policía a menos que fuera culpable de algo?

Frost miraba la carretera. Faltaban cincuenta kilómetros para la salida hacia el Cañón Chaco.

—Pues no veo la hora de averiguarlo —respondió.

Tras apenas diez minutos de estar en el calor de Nuevo México, Jane juró que jamás volvería a quejarse del verano de Boston. Segundos después de que Frost y ella salieron del coche rentado con aire acondicionado, tenía gotas de sudor en la cara y sentía el calor de la arena a través del cuero de los zapatos. El resplandor del desierto

era tan dolorosamente intenso que tenía los ojos entornados aun detrás de las gafas oscuras que había comprado en una gasolinera durante el viaje. Frost se había comprado las mismas gafas, y vestido con traje y corbata, podría haber parecido del Servicio Secreto o uno de esos Hombres de Negro de no haber sido por el hecho de que tenía la cara alarmantemente enrojecida. Parecía estar a punto de sufrir un desvanecimiento por golpe de calor.

¿Cómo hace este anciano para soportar esto?

El Profesor Emérito Alan Quigley tenía setenta y ocho años, y sin embargo estaba en cuclillas en el fondo de la excavación, cavando pacientemente el suelo rocoso con su pala. Su sombrero Tilley, gastado y sucio, parecía casi tan viejo como él. Trabajaba a la sombra de una lona en un calor tan intenso que habría derribado a un hombre mucho más joven. De hecho, los estudiantes universitarios de su equipo ya habían interrumpido sus tareas y dormitaban a la sombra mientras su profesor, con muchos más años, seguía cavando y echando la tierra suelta dentro de un cubo.

—Uno adquiere un ritmo —explicó Quigley—. El Zen de cavar, lo llamo. Estos chiquilines atacan la tarea con furia y con demasiada energía nerviosa. Se creen que es una cacería del tesoro y que tienen que encontrar el oro antes que lo haga otro. O antes de que termine el semestre, para el caso. Se agotan o solo encuentran tierra y piedras y pierden interés. Es decir, la mayoría de ellos. Los que son serios, los pocos que perseveran, comprenden que la duración de una vida humana no es más que un parpadeo. No se puede desenterrar en una sola temporada lo que se ha estado acumulando durante siglos.

Frost se quitó las gafas y se secó el sudor de la frente.

—¿Entonces, profesor... ejem... ¿qué es lo que está buscando allí abajo?

—Basura.

—¿Cómo dice?

—Esto es un muladar, un basural. Buscamos alfarería rota, huesos de animales. Se puede aprender mucho sobre una comunidad estudiando lo que decidían arrojar a la basura. Y esta era una comunidad sumamente interesante. —Quigley se puso de pie con esfuerzo y algunos gruñidos, y se pasó la manga por la frente arrugada. —Estas viejas rodillas ya están listas para otro reemplazo. Son lo que primero se te arruina en esta profesión, las malditas rodillas. —Subió por una escalera y emergió de la excavación. —¿No es un sitio magnífico? —preguntó, contemplando el valle salpicado de ruinas antiguas. —Este cañón en un tiempo fue un sitio ceremonial, un lugar para rituales sagrados. ¿Ya habéis visitado el parque?

—Temo que no —respondió Jane—. Llegamos a Albuquerque hoy

mismo.

—¿Habéis viajado desde Boston y no tenéis pensado visitar el Cañón Chaco? ¿Uno de los mejores sitios arqueológicos del país?

—Tenemos poco tiempo, profesor. Hemos venido a verlo a usted.

Él resopló.

—Entonces mirad a vuestro alrededor porque este sitio es mi vida. He pasado cuarenta temporadas en este cañón, cada vez que no estaba enseñando en el aula. Ahora que me he retirado de la universidad, puedo dedicarme por completo a excavar.

—Buscando basura —acotó Jane.

Quigley rió.

—Sí, supongo que es posible verlo de esa forma.

—¿Este es el mismo sitio donde trabajaba Lorraine Edgerton?

—No, estábamos trabajando allí, del otro lado del cañón. —Señaló unas ruinas de piedra a la distancia. —Tenía un equipo de estudiantes trabajando conmigo, tanto de grado como de posgrado. La clásica mezcla. A algunos les interesaba realmente la arqueología, pero otros estaban aquí solo para obtener créditos. O tal vez para pasarla bien y encamarse con alguien.

Esa no era una palabra que esperaba escuchar de boca de alguien de setenta y ocho años, pero, claro, era un hombre que había vivido y trabajado durante casi toda su carrera junto a revoltosos estudiantes universitarios.

—¿Recuerda a Lorraine Edgerton? —preguntó Frost.

—Sí, claro. Después de lo que sucedió, por supuesto que la recuerdo. Era una de las estudiantes de posgrado. Muy dedicada y muy fuerte. Por más que quisieron culparme por lo que le sucedió, ella era perfectamente capaz de cuidarse sola.

—¿Quiénes quisieron culparlo?

—Sus padres. Era hija única, y estaban devastados. Como yo supervisaba la excavación, pensaron que tenía que hacerme responsable. Demandaron legalmente a la universidad, pero eso no les devolvió a su hija. Probablemente haya sido lo que terminó causando el infarto de su padre. Su madre murió unos años después. —Movió la cabeza. —Fue algo muy extraño cómo el desierto se tragó a esa muchacha. Nos saludó con la mano una tarde, se alejó en su motocicleta y desapareció. —Miró a Jane. —¿Y ahora dice usted que su cadáver ha aparecido en Boston?

—Pero creemos que la mataron aquí, en Nuevo México.

—Han pasado tantos años. Y ahora finalmente sabemos la verdad.

—No toda. Por eso estamos aquí.

—En aquel entonces, un detective nos interrogó. Creo que se llamaba algo como McDonald. ¿Habéis hablado con él?

—McDowell. Murió hace dos años, pero tenemos sus informes.

—Vaya. Y también él era más joven que yo. Todos eran más jóvenes que yo y han muerto. Lorraine. Sus padres. —Miró a Jane con sus transparentes ojos azules. —Y aquí sigo yo, vivito y coleando. Nunca se sabe ¿verdad?

—Profesor, sé que ha pasado mucho tiempo, pero queremos que recuerde aquel verano. Cuéntenos sobre el día que desapareció. Y sobre los estudiantes que trabajaban con usted.

—El detective McDowell entrevistó a todos los que estaban aquí en aquel momento. Seguramente habéis leído sus notas.

—Pero usted conocía a los estudiantes. Debió de tomar notas de campo o tener un registro escrito de la excavación.

El profesor Quigley miró a Frost con preocupación; la cara del detective había enrojecido aún más.

—Jovencito, veo que no durará mucho más en este calor. ¿Por qué no hablamos en mi despacho, en el edificio de Servicios del parque? Tiene aire acondicionado.

Lorraine Edgerton estaba en la última fila de la fotografía, hombro con hombro con los hombres. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta, lo que remarcaba la mandíbula cuadrada y pómulos prominentes de una cara muy bronceada.

—La llamábamos la amazona —dijo el profesor Quigley—. No porque fuera particularmente fuerte, sino porque era intrépida. Y no me refiero a lo físico, solamente. Lorraine siempre decía lo que pensaba, aunque eso pudiera causarle problemas

—¿Y le causaba problemas? —preguntó Frost.

Quigley sonrió al contemplar las caras de sus antiguos estudiantes, que ahora estarían en la mediana edad. Si es que seguían vivos.

—Conmigo no, detective. Me gustaba su sinceridad.

—¿A los demás también?

—Ya sabe lo que sucede en los grupos. Existen conflictos y alianzas. Y estos eran todos veinteañeros así que hay que agregar el asunto de las hormonas. Un problema del que trato siempre de alejarme.

Jane estudió la fotografía, que había sido tomada a mediados de la temporada de excavación. Se veían dos filas de estudiantes; los de la fila delantera estaban en cuclillas. Todos tenían aspecto saludable, estaban bronceados y vestían camisetas y pantalones cortos. De pie junto al grupo estaba el profesor Quigley, con la cara más rellena y las patillas más largas, pero igualmente desgarbado que en el presente.

—Hay muchas más mujeres que hombres en este grupo —observó Frost.

Quigley asintió.

—En mi experiencia, por lo general es así. A las mujeres parece

atraerles la arqueología más que a los varones y están más dispuestas a llevar a cabo el trabajo tedioso de limpieza y cribado.

—Háblame de estos tres hombres en la foto —dijo Jane—. ¿Qué recuerda de ellos?

—Se pregunta si alguno de ellos podría haberla matado.

—La respuesta corta sería sí.

—El detective McDowell los entrevistó a todos. No encontró nada que implicara a ninguno de mis estudiantes.

—De todos modos, me gustaría saber qué recuerda usted de ellos.

Quigley lo pensó durante unos instantes. Señaló un hombre asiático que estaba junto a Lorraine. —Jeff Chu; iba a ingresar en Medicina. Un chico muy inteligente pero impaciente. Creo que se aburría aquí. Es médico ahora, en Los Ángeles. Y éste es Carl No Sé Cuánto. Muy descuidado. Las chicas siempre tenían que limpiar detrás de él. Y este tercer muchacho, Adam Stancioff, se había especializado en música. Carecía de todo talento arqueológico, pero recuerdo que tocaba la guitarra muy bien. A las chicas eso les gustaba.

—¿A Lorraine también? —quiso saber Jane.

—Todos apreciaban a Adam.

—Me refiero a si le gustaba en sentido romántico. ¿A Lorraine le gustaba alguno de estos hombres?

—A Lorraine no le interesaba el romance. Solo pensaba en su carrera. Eso era lo que admiraba en ella. Y lo que desearía ver más en mis alumnos. En cambio, vienen a clases con visiones de Tomb Raider. Acarrear tierra no es lo que tienen en mente. —Se interrumpió al ver la expresión de Jane.

—Se siente decepcionada.

—Hasta ahora no he escuchado nada que no hayamos visto en las notas de McDowell.

—Dudo que pueda agregar algo útil. Después de tantos años, no se puede confiar completamente en mis recuerdos.

—Le dijo usted a McDowell que no creía que ninguno de sus alumnos pudiera estar involucrado en la desaparición de Lorraine. ¿Sigue pensando lo mismo?

—Nada me ha hecho cambiar de idea. Mire, detective, eran todos buenos chicos. Haraganes, algunos. Y propensos a beber de más cuando iban a la ciudad.

—¿Y con qué frecuencia lo hacían?

—Cada dos o tres días. No es que haya tanto para hacer en Gallup, tampoco. Pero, vamos, mire lo que es este cañón. No hay nada aquí excepto el edificio de Servicios del Parque, las ruinas y algunos sitios de acampe. Llegan turistas durante el día, y eso es una distracción, porque se quedan a hacernos preguntas. Pero salvo eso, el único divertimento es ir hasta la ciudad.

—Mencionó a los turistas —dijo Frost.

—El detective McDowell cubrió ese terreno. No, no recuerdo a ningún psicópata asesino entre ellos. Pero, a ver: tampoco reconocería a uno si lo veo. Ciertamente no recordaría su cara, tras medio siglo.

Y ese era el meollo del problema, pensó Jane. Tras veinticinco años, los recuerdos se esfuman o peor aún, se reinventan. Las fantasías se vuelven reales. Miró por la ventana hacia el camino que se alejaba del cañón. Era poco más que una huella de tierra y volaba polvo caliente. Para Lorraine Edgerton había sido el camino hacia el olvido. ¿Qué te ocurrió en ese desierto?, se preguntó. Subiste a tu motocicleta, te marchaste del cañón y caíste dentro de un agujero negro en el tiempo, para emerger veinticinco años más tarde dentro de una caja en Boston. Y el desierto había borrado hace mucho tiempo todas las huellas de ese viaje.

—¿Podemos quedarnos con esta foto, profesor? —preguntó Frost.

—Me la devolveréis ¿verdad?

—Se la cuidaremos.

—Porque es la única foto grupal que tengo de aquella temporada. Me cuesta recordarlas todas sin las fotografías. Cuando se toman diez estudiantes por año, los nombres comienzan a mezclarse. Sobre todo cuando uno ha estado haciendo esto durante tanto tiempo.

Jane se volvió desde la ventana.

—¿Usted trae diez alumnos por año?

—Lo limito a diez solamente por cuestiones de logística. Siempre recibimos más solicitudes de las que podemos aceptar.

Jane señaló la foto.

—Aquí hay solamente nueve.

Él miró la foto con el ceño fruncido.

—Es cierto, sí. Había un décimo chico pero se marchó a comienzos del verano. No estaba aquí cuando Lorraine desapareció.

Eso explicaba por qué el archivo de McDowell contenía entrevistas con solamente ocho compañeros de Lorraine.

—¿Quién era el estudiante que se marchó? —preguntó.

—Era uno de los que cursaba una carrera de grado. Acababa de terminar su segundo año. Un chico muy inteligente, pero muy callado y algo torpe. En realidad no encajaba con los demás. El único motivo por el que lo acepté fue por su padre. Pero no estaba feliz aquí, así que tras algunas semanas empacó y se marchó de la excavación. Consiguió una pasantía en algún sitio.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Claro, recuerdo su apellido. Porque su padre es Kimball Rose.

—¿Debería conocer ese apellido?

—Cualquiera que esté en el campo de la arqueología debería conocerlo. Es la versión moderna de Lord Carnarvon.

—¿Y eso qué significa?

—Que tiene dinero —dijo Frost.

Quigley asintió.

—Exacto. El señor Rose tiene mucho dinero que ganó con petróleo y gas. No tiene formación en arqueología, pero es un aficionado muy talentoso y entusiasta y financia excavaciones alrededor del mundo. Estamos hablando de decenas de millones de dólares. Si no fuera por personas como él, no habría subsidios ni dinero ni para mirar debajo de una piedra.

—¿Decenas de millones? ¿Y qué obtiene él a cambio de todo ese dinero? —preguntó Jane.

—¿Obtener? ¡Pues la emoción, claro! ¿No le gustaría ser la primera persona que entra dentro de una tumba recién abierta? ¿La primera que echa un vistazo dentro de un sarcófago sellado? Él nos necesita a nosotros y nosotros, a él. Así ha funcionado siempre la arqueología. Una unión entre los que tienen dinero y los que tienen el conocimiento y las habilidades.

—Recuerda el nombre de su hijo?

—Lo apunté aquí en algún sitio. —Abrió su libro de notas de campo y comenzó a pasar las páginas. Cayeron varias fotografías sobre el escritorio y señaló una de ellas. —Aquí está él. Ahora recuerdo su nombre. Bradley. Es el joven que está en el centro.

Bradley Rose estaba sentado a una mesa rodeado de trozos de piezas de alfarería. Los otros dos estudiantes estaban distraídos con otras cosas, pero Bradley miraba la cámara directamente, como si estuviera estudiando un ejemplar nuevo e interesante que nunca había visto antes. En casi todos los aspectos parecía común y corriente: contextura promedio, una cara para el olvido, un aura de anonimidad que lo haría perderse fácilmente en una multitud. Pero sus ojos eran llamativos. Le recordaban a Jane el día que había visitado el zoológico y contemplado a un lobo dentro de la jaula: sus ojos pálidos la habían estudiado con inquietante interés.

—¿La policía interrogó a este hombre en algún momento? —quiso saber Jane.

—Se marchó dos semanas antes de que ella desapareciera. No tenían motivos para hacerlo.

—Pero la conocía. Habían trabajado juntos en la excavación.

—Así es.

—¿Eso no lo convierte en alguien con quien vale la pena hablar?

—No tenía sentido. Sus padres dijeron que estaba en casa con ellos en Texas en aquel momento. Una coartada a prueba de balas, diría yo.

—¿Recuerda usted por qué abandonó la excavación? —preguntó Frost—. ¿Sucedió algo? ¿No se llevaba bien con los otros estudiantes?

—No, creo que fue porque se aburría. Por eso aceptó una pasantía

en Boston. Me molestó porque podría haber aceptado a otro estudiante si hubiera sabido que Bradley no se quedaría aquí.

—¿En Boston? —interrumpió Jane.

—Así es.

—¿Dónde era esta pasantía?

—En uno de los museos privados. Estoy seguro de que su padre movió hilos para que lo aceptaran.

—¿El Museo Crispin?

El profesor Quigley se quedó pensando. Luego asintió.

—Creo que era ese, sí.

DIECIOCHO

Jane había oído decir que Texas era grande pero como buena habitante de Nueva Inglaterra, no tenía idea del verdadero significado de grande. Tampoco había imaginado lo brillante que era el sol ni lo caliente que podía ser el aire, como el aliento de un dragón. El viaje de tres horas desde el aeropuerto los hizo atravesar kilómetros de matorrales por un paisaje cocinado por el sol donde hasta el ganado se veía distinto: delgado y de aspecto malvado, no como las plácidas vacas Guernsey que veía en las agradables granjas verdes de Massachusetts. Esto era un país extranjero, un país sediento, y estaba segura de que la propiedad de los Rose se parecería a esas haciendas áridas que habían pasado en el camino, de techos bajos y alargadas, con cercas blancas que demarcaban tierras marrones resecas.

De manera que se sorprendió cuando la mansión apareció ante ellos.

Estaba ubicada sobre una loma muy arbolada que se veía escandalosamente verde sobre la interminable extensión de matorrales. Un jardín de césped se abría desde la casa como una falda de terciopelo. En un corral delimitado por cercas blancas pastaban unos seis caballos de pelo reluciente. Pero lo que atrapó la mirada de Jane fue la casa. Había esperado encontrarse con una propiedad rural, no con este castillo de piedra con torres almenadas.

Se detuvieron delante del impresionante portón de hierro y levantaron la mirada, maravillados.

—¿Cuánto dirías que vale? —preguntó Jane.

—Unos treinta millones, tal vez —respondió Frost.

—¿Nada más? Tiene como veinte mil hectáreas.

—Sí, pero estamos en Texas. La tierra debe de valer menos que en Massachusetts.

Cuando treinta millones te parece poco, pensó Jane, tienes la certeza de que has entrado en un universo alternativo.

Una voz por el intercomunicador preguntó:

—¿Sí?

—Somos los detectives Rizzoli y Frost. Del Departamento de Policía de Boston. Hemos venido a ver al señor y la señora Rose.

—¿El señor Rose los espera?

—Hablé con él esta mañana. Dijo que nos recibiría.

—Hubo un largo silencio; finalmente, el portón se abrió.

—Adelante, por favor.

El camino sinuoso los llevó cuesta arriba y pasaron junto a cipreses

y estatuas romanas. Sobre una terraza de piedra se veía un círculo de columnas de mármol quebradas, como un templo antiguo semiderruido por los años.

—¿De dónde sacan el agua para toda esta vegetación? —preguntó Frost. Giró la cabeza abruptamente cuando pasaron junto a la cabeza fragmentada de un coloso de mármol, cuyo ojo los miraba desde un sitio de descanso sobre el césped. —Oye, ¿crees que eso es auténtico?

—La gente tan rica no tiene motivos para conformarse con imitaciones. Te apuesto a que el tío ese, Lord Carnívoro...

—¿Carnarvon, quieres decir?

—Apuesto a que decoraba su casa con cosas auténticas.

—Actualmente eso está regulado. No puedes simplemente robar cosas de otros países y traértelas a tu casa.

—Las reglas son para gente como nosotros, Frost. No como ellos.

—Sí, bueno, pero a los Rose no les va a gustar demasiado enterarse de por qué estamos haciéndoles preguntas. Les doy cinco minutos antes de que nos echen a puntapiés.

—Entonces este será el sitio más bonito del que nos habrán echado.

Se detuvieron debajo de un pórtico de piedra, donde ya había un hombre esperándolos. No era un empleado, pensó Jane; debía de tratarse del mismísimo Kimball Rose. Aunque tendría unos setenta y cinco años, era alto y erguido como una caña y tenía una abundante melena de pelo canoso. Vestía ropa informal, pantalones color caqui y una camiseta de golf, pero Jane dudaba de que hubiera adquirido ese bronceado solamente disfrutando de su jubilación y practicando ese deporte. La vasta colección de estatuas y columnas de mármol que había visto en la loma le decía que este hombre tenía pasatiempos mucho más absorbentes que pegarle a la pelota de golf.

Descendió del coche a un aire tan seco que tuvo que parpadear en el viento abrasador. Kimball no se veía en absoluto afectado por el calor y la mano que le tendió estaba fresca y seca.

—Gracias por recibirnos con tan poca antelación —dijo Jane.

—Acepté solamente porque es una forma segura de terminar con estas preguntas ridículas. No hay nada aquí que perseguir, detective.

—Pues entonces esto no debería demorar mucho. Solamente tenemos unas pocas preguntas que haceros a usted y a su esposa.

—Mi esposa no puede hablar con vosotros. Está enferma y no quiero que la alteréis.

—Es solo sobre su hijo.

—Ella no está en condiciones de responder ninguna pregunta sobre Bradley. Hace más de diez años que lucha contra una leucemia linfocítica y si se altera podría hacerle mucho daño.

—¿Hablar de Bradley la alteraría de ese modo?

—Es nuestro único hijo y ella está muy apegada a él. Lo que menos

necesita es escuchar que la policía lo considera sospechoso.

—En ningún momento dijimos que fuera sospechoso, señor.

—¿No? —Kimball la miró a los ojos de manera directa y hostil. —¿Entonces qué estáis haciendo aquí?

—Bradley conocía a la señorita Edgerton. Solamente queremos cubrir todas las bases.

—Pues habéis viajado muy lejos solo para cubrir esta base. —Se volvió hacia la puerta de entrada. —Entremos y terminemos con esto. Pero os diré ahora mismo que estáis perdiendo el tiempo.

Después de estar en el calor sofocante, a Jane le apetecía una oportunidad de refrescarse en una casa refrigerada, pero la residencia Rose estaba sorprendentemente gélida y parecía aún menos acogedora por las baldosas de mármol y el cavernoso vestíbulo. Jane levantó la vista hacia las gigantescas vigas que sostenían el techo abovedado. Si bien por una ventana con cristales tintados entraban cuadrados de luz multicolor, el revestimiento de madera y los tapices que colgaban parecían absorber toda la luminosidad, dejando la casa en penumbras. Esto no era un hogar, pensó Jane; era un museo, destinado a mostrar las adquisiciones de un hombre adicto a coleccionar tesoros. En el vestíbulo, unas armaduras montaban guardia como soldados. En las paredes se veían hachas de guerra y espadas y por encima colgaba un estandarte decorado: sin duda el escudo familiar de los Rose. ¿Acaso todos los hombres soñaban con ser nobles? Se preguntó qué símbolos adornarían el escudo familiar de los Rizzoli. Una lata de cerveza y un televisor, tal vez.

Kimball los guió fuera del vestíbulo y pasar al siguiente salón fue como adentrarse en otro milenio. Una fuente gorjeaba en un patio revestido con mosaicos brillantes. El sol entraba por un enorme tragaluz, derramándose sobre estatuas de mármol de ninfas y sátiros que jugaban junto al borde de la fuente. Jane quería detenerse a inspeccionar los mosaicos, pero Kimball avanzaba hacia otra sala.

Al entrar en la biblioteca, tanto Jane como Frost levantaron la mirada, maravillados. Por donde miraran, había libros, miles de libros, distribuidos en estanterías sobre tres plantas de galerías abiertas. Dentro de unos nichos se veían máscaras funerarias egipcias con ojos enormes que miraban desde las sombras. El techo abovedado estaba pintado como un cielo nocturno con constelaciones y cruzando los cielos iba una procesión real: un buque a vela egipcio seguido por carrozas, cortesanos y mujeres que llevaban platos con comida. En un hogar de piedra, chisporroteaba un fuego de leña, en un extravagante desperdicio de energía en un día tórrido de verano. Por eso refrigeraban tanto la casa, para que el fuego pareciera más acogedor.

Se sentaron en gigantescos sillones de cuero cerca del hogar. A pesar de que el calor de Julio abrasaba afuera, en ese estudio sombrío

bien podría ser un día de invierno de diciembre, con nieve afuera y solo las llamas del hogar para protegerse del frío.

—La persona con la que realmente nos gustaría hablar es Bradley, señor Rose —dijo Jane—. Pero no podemos ubicarlo.

—Ese muchacho nunca está demasiado tiempo en un mismo lugar —dijo Kimball—-. En este momento, no podría decirles dónde se encuentra.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace bastante. No lo recuerdo.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

—Nos mantenemos en contacto por correo electrónico. Cada tanto, por carta. Hoy en día con las familias ocupadas sucede eso, como sabrá. La última vez que escribió, estaba en Londres.

—¿En Londres dónde, exactamente? ¿Lo sabe?

—No. Eso fue hace unos meses. —Kimball se movió en la silla. —Vayamos al grano, detective. A la razón por la que estáis aquí. Se trata de la chica del Cañón Chaco.

—Lorraine Edgerton.

—Como se llame. Bradley no tuvo nada que ver con eso.

—Lo dice con mucha seguridad.

—Porque estaba aquí con nosotros cuando sucedió. La policía ni se interesó en hablar con él, no quisieron saber nada con Bradley. ¿Pero no os lo ha dicho el profesor Quigley?

—Sí.

—¿Entonces por qué nos molestáis ahora con esto? Sucedió hace veinticinco años.

—Parece recordar bien los detalles.

—Porque me tomé el trabajo de hacer averiguaciones sobre usted, detective Rizzoli. Y sobre la chica desaparecida y sobre por qué el Departamento de Policía de Boston está involucrado en un caso que sucedió en Nuevo México.

—Se habrá enterado usted de que ha aparecido el cadáver de Lorraine Edgerton.

Él asintió.

—En Boston, sí.

—¿Sabe dónde exactamente en Boston?

—En el Museo Crispin. Leo los periódicos.

—Su hijo trabajo en el Museo Crispin aquel verano.

—Sí, yo me encargué de eso.

—¿Le consiguió el empleo?

—El Museo Crispin siempre está corto de fondos. Simon es pésimo hombre de negocios y ha llevado el museo al límite. Hice una donación y él le dio un empleo a Bradley. Creo que tuvieron suerte de conseguirlo.

—¿Por qué se marchó del Cañón Chaco?

—No lo pasaba bien, perdido allí con esa banda de aficionados. Bradley se toma la arqueología muy, muy en serio. Estaba desperdiciado allí, trabajando como peón. Días y días de escarbar en la tierra.

—Creía que de eso se trataba la arqueología.

—Eso es lo que yo pago a la gente para que haga. ¿Cree que me paso el tiempo cavando? Firmo los cheques y defino la visión. Guío el proyecto y decido dónde excavar. Bradley no necesitaba trabajar de peón en Chaco: sabe perfectamente cómo manejar una pala. Pasó tiempo conmigo en Egipto, en un proyecto con cientos de excavadores y tenía la habilidad de inspeccionar el terreno y saber dónde cavar. Y no lo digo solo porque sea mi hijo.

—O sea que ha estado en Egipto —dijo Jane. Recordaba lo que había estado escrito en aquel cartucho egipcio de souvenir: Visité las pirámides de Cairo, Egipto.

—Le encanta Egipto —dijo Kimball—. Y espero que uno de estos días regrese y encuentre lo que yo no pude encontrar.

—¿Qué era?

—El ejército perdido de Cambises.

Jane miró a Frost y al ver su cara inexpresiva comprendió que él tampoco tenía idea de qué estaba hablando Kimball.

Kimbal esbozó una sonrisa desagradablemente soberbia.

—Por lo visto tendré que explicároslo —dijo—. Hace dos mil quinientos años, un rey persa llamado Cambises envió un ejército al desierto occidental de Egipto, para tomar el oráculo del Oasis de Siwa. Entraron cincuenta mil hombres y jamás se los volvió a ver. La arena simplemente se los tragó y nadie sabe qué fue de ellos.

—¿Cincuenta mil soldados? —dijo Jane.

Kimball asintió.

—Es uno de los grandes misterios de la arqueología. Pasé dos temporadas buscando los restos de ese ejército. Lo único que encontré fueron trozos de metal y de hueso, pero nada más. Tan poca cosa, de hecho, que el gobierno egipcio ni se molestó en reclamarlo como propio. Esa excavación fue una de mis mayores decepciones. Uno de mis pocos fracasos. —Fijó la vista en el fuego. —Algún día regresaré y lo encontraré.

—¿Mientras tanto, qué le parece si nos ayuda a ubicar a su hijo?

Kimball miró a Jane con expresión de pocos amigos.

—¿Qué le parece si terminamos esta conversación? No creo que pueda ayudaros con nada más. —Se puso de pie.

—Solo queremos hablar con él. Preguntarle sobre la señorita Edgerton.

—¿Preguntarle qué? ¿La mataste tú? Todo esto se trata de

encontrar alguien a quien culpar.

—Él conocía a la víctima.

—Mucha gente la conocía, seguramente.

—Su hijo trabajó en el Museo Crispin aquel verano. El mismo sitio donde acaba de aparecer su cadáver. Es una coincidencia importante.

—Os pido que os retiréis. —Se volvió hacia la puerta, pero Jane no se movió del sillón. Si Kimball no iba a colaborar, era hora de pasar a otra estrategia, una que casi seguramente lo provocaría.

—También está ese incidente en el campus de la Universidad de Stanford —dijo—. Un incidente del que usted está enterado, señor Rose, porque fue su abogado el que hizo que liberaran a su hijo.

Él giró en redondo y avanzó hacia ella con tanta velocidad que de manera instintiva, Frost se puso de pie para intervenir. Pero Kimball se detuvo a unos centímetros de Jane.

—No lo condenaron nunca.

—Pero lo arrestaron. Dos veces. Por perseguir a una estudiante por el campus. Por ingresar por la fuerza en su habitación mientras dormía. ¿Cuántas veces tuvo que sacarlo de apuros? ¿Cuántos cheques tuvo que firmar para que no fuera a la cárcel?

—Es hora de que os marchéis.

—*¿Dónde está su hijo ahora?*

Antes de que Kimball pudiera responder, se abrió una puerta. Él se paralizó al oír una voz suave:

—¿Kimball? ¿Han venido por Bradley?

En un segundo, su expresión pasó de furia a consternación. Se volvió hacia la mujer y dijo:

—Cynthia, no deberías estar levantada. Vuelve a la cama, por favor, cariño.

—Rosa me dijo que vinieron dos policías. ¿Es por Bradley, no?

—La mujer entró en el salón y sus ojos hundidos se posaron sobre los dos visitantes. Aunque tenía la cara estirada y tensa gracias a cirugías estéticas, su edad era visible en la espalda redondeada y los hombros caídos. Sobre todo, en el pelo canoso y ralo que cubría como vello plumoso el cuero cabelludo casi calvo. Kimball Rose podía ser millonario, pero no había cambiado a su esposa por un modelo más joven. Todo el dinero y los privilegios de los que gozaban no podían alterar el hecho evidente de que Cynthia Rose estaba gravemente enferma.

Débil como estaba, apoyada en un bastón, Cynthia se mantuvo en su sitio y miró directamente a los detectives.

—¿Sabéis dónde está mi Bradley? —preguntó.

—No, señora —respondió Jane—. Teníamos la esperanza de que usted pudiera decírnoslo.

—Te acompañaré de regreso a tu habitación —dijo Kimball y tomó a su esposa del brazo.

Ella se soltó con movimientos bruscos, sin dejar de mirar a Jane.

—¿Por qué lo estáis buscando?

—Cynthia, esto no tiene nada que ver contigo —insistió Kimball.

—Tiene todo que ver conmigo —replicó ella con aspereza—. ¡Debiste decirme que habían venido! ¿Por qué siempre me ocultas las cosas, Kimball? ¡Tengo derecho a saber de mi propio hijo! —El arrebato pareció dejarla sin aliento; se dirigió con pasos vacilantes hasta el sillón más cercano y se sentó. Permaneció inmóvil, como si fuera uno más de los adornos que decoraban esa sala sombría llena de objetos funerarios.

—Han venido a preguntar otra vez por esa chica —explicó Kimball —. La que desapareció en Nuevo México. Nada más.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —murmuró Cynthia.

—Acaba de aparecer su cadáver —intervino Jane—. En Boston. Necesitamos hablar con su hijo al respecto, pero no sabemos dónde está.

Cynthia se hundió aún más en el sillón.

—Yo tampoco lo sé —susurró.

—¿No le escribe a usted?

—A veces. Una carta aquí, otra allí, enviadas desde lugares exóticos. Un correo electrónico cada tanto, solo para decir que piensa en mí. Y que me quiere. Pero no viene.

—¿Por qué, señora Rose?

La mujer levantó la mirada y la enfocó en Kimball.

—Tal vez debería preguntárselo a mi marido.

—Bradley nunca tuvo una relación de demasiada cercanía con nosotros —dijo él.

—La tenía, hasta que lo alejaste.

—Esto no tiene nada que ver con...

—No quería ir. Tú lo obligaste.

—¿Lo obligó a ir dónde? —quiso saber Jane.

—No es relevante —replicó Kimball.

—Me culpo por no haberte hecho frente —se lamentó Cynthia.

—¿Dónde lo envió? —preguntó Jane.

—Díselo —le ordenó Cynthia a su esposo—. Dile cómo lo alejaste de aquí.

Kimball soltó un suspiro profundo.

—Cuando tenía dieciséis años, lo enviamos a un internado en Maine. Él no quería ir, pero era por su propio bien.

—¿Un internado? —Cynthia rió con amargura. —¡Era un psiquiátrico!

Jane miró a Kimball.

—¿Es así, señor Rose?

—¡No! Nos recomendaron ese sitio. Lo mejor del país en su especialidad, y permítame que le diga, se reflejaba en el precio. Hice lo que me pareció mejor para él. Lo que haría cualquier buen padre. Lo llamaban una comunidad residencial terapéutica. Un sitio donde los chicos podían ir a resolver sus... cuestiones.

—Nunca debimos hacerlo —dijo Cynthia—. Nunca debiste hacerlo.

—No teníamos opción. Tenía que ir.

—Habría estado mejor aquí conmigo. No en un campo de entrenamiento en medio del bosque.

Kimbal resopló.

—¿Un campo de entrenamiento? Un club de campo, diría yo. —Se volvió hacia Jane. —Tenía su propio lago. Pistas de esquí de larga distancia y senderos. Joder, si a mí se me aflojara un tornillo me encantaría que me enviaran a un sitio así.

—¿Eso fue lo que le sucedió a Bradley, señor Rose? —preguntó Frost—. ¿Se le aflojó un tornillo?

—No hables como si fuera lunático —dijo Cynthia—. No lo era.

—¿Entonces por qué terminó allí, señora Rose?

—Porque pensamos... porque Kimball pensó...

—Pensamos que podrían enseñarle a controlarse mejor —terminó su esposo—. Nada más. Muchos chavales necesitan un poco de disciplina y rigor. Se quedó dos años y salió de allí trabajador y con buen comportamiento. Me dio orgullo llevarlo a Egipto conmigo.

—Te guardaba rencor, Kimball —dijo su esposa—. Me lo contó.

—Pues, sí, los padres tienen que tomar decisiones difíciles. Esa fue mi decisión, sacudirlo un poco y ponerlo en la senda correcta.

—Y ahora nunca viene. La que sufre el castigo soy yo, todo por esa gran decisión que tomaste. —Cynthia agachó la cabeza y comenzó a llorar. Nadie habló. Los únicos sonidos provenían del fuego y del llanto bajo de Cynthia, un llanto de dolor crudo y constante.

El sonido del teléfono de Jane fue una cruel interrupción. De inmediato, lo silenció y se alejó del hogar para responder a la llamada.

Era el detective Crowe.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo; su voz animada contrastaba de manera discordante con el dolor que colgaba sobre el salón.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja.

—Sus huellas dactilares aparecen en el sistema del FBI.

—¿Las de Josephine?

—Sí, o como se llame. Tomamos muestras de huellas de su apartamento y las pasamos por la base de datos de AFIS, el Sistema Automático de Identificación Dactilar.

—¿Y apareció una coincidencia?

—Ahora sabemos por qué huyó nuestra amiga. Resulta que sus

huellas coinciden con las que se tomaron en la escena de un crimen hace doce años, en San Diego.

—¿Qué tipo de crimen?

—Homicidio.

DIECINUEVE

—La víctima era un hombre blanco de treinta y seis años llamado Jimmy Otto —informó el detective Crowe—. Encontraron su cadáver en San Diego, después de que un perro desenterró un sabroso tentempié: un dedo humano. El dueño del perro vio lo que el animal trajo a casa, se horrorizó y llamó al 911. El pichicho guió a la policía hasta el cadáver, que estaba enterrado a poca profundidad en un jardín vecino. Llevaba muerto unos días y la vida silvestre había atacado sus extremidades, por lo que no pudieron obtener huellas dactilares utilizables. El muerto no tenía cartera, tampoco, pero la persona que le quitó toda la identificación pasó por alto una tarjeta magnética de habitación de hotel que estaba en un bolsillo del vaquero. Pertenecía a un Holiday Inn de la zona, donde el pasajero se había registrado como James Otto.

—¿Una tarjeta magnética de hotel? —dijo Jane—. ¿Entonces la víctima no vivía en San Diego?

—No. Su domicilio es de aquí, de Massachusetts, donde vivía con su hermana. Carrie Otto viajó a San Diego y reconoció la ropa de su hermano. Bueno, y lo que quedaba de él.

Jane sacó un paquete de analgésicos, se metió dos pastillas en la boca y las tragó con café tibio. La noche anterior Frost y ella habían llegado a Boston a las dos de la mañana y había dormido muy poco, interrumpida constantemente por Regina, de un año, que pedía abrazos y quería cerciorarse realmente de que mami hubiera vuelto a casa. Esa mañana, Jane había despertado con un dolor de cabeza fatal. Las curvas y contracurvas de la investigación se lo habían empeorado y el brillo de las luces fluorescentes de la sala de conferencias hacía que le dolieran los ojos.

—¿Me seguís hasta aquí? —dijo Crowe, con una mirada hacia Jane y Frost, que se veía tan agotado como se sentía ella.

—Sí —murmuró Jane—. ¿Qué reveló la autopsia?

—La causa de muerte fue un disparo en la nuca. El arma no se recuperó.

—¿Y de quién era el jardín donde estaba enterrado?

—Era una casa de alquiler —explicó Crowe. Las inquilinas eran una madre soltera y su hija de catorce años y ya habían desaparecido con todas sus pertenencias. La policía roció la casa con el químico luminol y el dormitorio de la chica se encendió como si fuera Las Vegas. Había rastros de sangre por todo el suelo y en los zócalos. A Jimmy Otto lo mataron allí. En el dormitorio de la chica.

—¿Y esto sucedió hace doce años?

—Josephine habría tenido unos catorce años —observó Frost.

Crowe asintió.

—Pero no era Josephine; en aquel entonces. Se llamaba Susan Cook. —Crowe soltó una risotada. —¿Y sabéis una cosa? La verdadera Susan Cook murió de niña. En Syracuse, en el estado de Nueva York.

—¿Otra identidad robada? —exclamó Jane.

—Lo mismo con la madre, que también tenía un nombre falso: Lydia Newhouse. Según el informe de la policía de San Diego, madre e hija habían alquilado la casa por tres años, pero eran muy reservadas. En el momento del asesinato, la chica acababa de terminar el octavo grado en la escuela William Howard Taft. Muy inteligente, según sus maestros, su trabajo estaba muy por encima del nivel del grado.

—¿Y la madre?

—Lydia Newhouse, o como fuera que se llamara de verdad, trabajaba en el Museo del Hombre en Balboa Park.

—¿Qué hacía allí?

—Era vendedora en la tienda de obsequios. También trabajaba como guía voluntaria. Lo que llamaba la atención de todos en el museo era lo mucho que sabía sobre arqueología. Aunque alegaba no tener educación formal en ese campo.

Jane frunció el entrecejo.

—Otra vez la arqueología.

—Exacto. Siempre vuelve a aparecer el mismo tema ¿no es así? —dijo Crowe—. Llevan la arqueología en la sangre. La madre. La hija.

—¿Y tenemos certeza de que estuvieron involucradas en el asesinato de Jimmy Otto? —preguntó Frost.

—Pues, a ver: se comportaron como si lo hubieran estado. Se marcharon a toda prisa de la ciudad tras limpiar el suelo, las paredes y enterrar al tío en el jardín trasero. Eso sí que es ser culpable, a mi entender. Su único error fue no cavar más profundamente, porque el perro del vecindario lo olió a los pocos días.

—Pues las felicito —declaró Tripp—. El tío se merecía ese final.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Frost.

—Porque Jimmy Otto era un hijo de puta retorcido.

Crowe abrió su libreta.

—El detective Potrero nos enviará el expediente, pero aquí tengo lo que me dijo por teléfono. A los trece años, Jimmy Otto entró por la fuerza en el dormitorio de una mujer, revisó los cajones de ropa interior y se la cortó con un cuchillo. Unos meses más tarde, lo encontraron en la casa de otra chica, de pie junto a la cama con un cuchillo, mientras ella dormía.

—Joder —dijo Jane—. ¿Con solo trece años? Comenzó temprano su carrera de pervertido.

—A los catorce, lo expulsaron de la escuela a la que asistía en Connecticut. El detective Potrero no logró que la escuela revelara los detalles, pero le dieron a entender que hubo un incidente de acoso sexual que involucraba a una compañera de clases. Y un palo de escoba. La chica terminó en el hospital. —Crowe levantó la mirada. —Y esas son solo las cosas que lo pillaron haciendo.

—Deberían de haberlo enviado a un centro de detención juvenil tras el segundo incidente.

—Exacto. Pero cuando papi es rico, tienes bastantes tarjetas de la suerte que te sacan de prisión.

—¿Aún después del asunto con el palo de escoba?

—No. Eso fue la señal de alarma para sus padres. Finalmente se dieron cuenta de que su bebé necesitaba terapia. Y mucha. A través de poderosos abogados consiguieron que le redujeran los cargos, pero solo con la condición de que Jimmy ingresara en un centro de tratamiento residencial especializado.

—¿En un psiquiátrico, quieres decir? —preguntó Frost.

—Pues no exactamente. Era una escuela privada muy cara para muchachos con sus... ejem... impulsos. Un sitio en medio de la nada con supervisión las veinticuatro horas. Se quedó allí tres años. Sus papis adorados compraron una casa en la zona, solo para estar cerca de él. Murieron en un accidente aéreo cuando iban en un avión privado a visitarlo. Jimmy y su hermana terminaron heredando una fortuna.

—Lo que convirtió a Jimmy en un hijo de puta muy enfermo y muy rico —acotó Tripp.

Tratamiento residencial especializado. Un sitio en medio de la nada.

Jane recordó de pronto la conversación que había tenido el día anterior con Kimball Rose.

—¿Por casualidad esta institución privada está ubicada en Maine?

Crowe la miró, sorprendido.

—¿Cómo coño lo adivinaste?

—Porque conocemos a otro millonario pervertido que terminó en un centro de tratamiento en Maine. Un sitio para varones con cuestiones.

—¿De quién hablas?

—De Bradley Rose.

Se hizo un largo silencio mientras Crowe y Tripp procesaban la sorprendente noticia.

—Joder —dijo Tripp—. Eso no puede ser una casualidad. Si esos dos chicos estuvieron allí al mismo tiempo, seguramente se conocían.

—Cuéntanos más de esa escuela —dijo Jane.

Crowe asintió con expresión sombría y concentrada.

—El Instituto Hilzbrich era muy exclusivo y muy caro. Y muy especializado. Era, en esencia, una unidad cerrada en medio del bosque, lo que probablemente era buena idea, si se tiene en cuenta la clase de pacientes que trataban.

—¿Psicópatas?

—Agresores sexuales. Desde pedófilos en potencia a violadores, todo. Lo que solo demuestra que los ricos tienen su buena cantidad de pervertidos. Pero también tienen abogados que evitan que estos chicos entren en el sistema judicial y este establecimiento era la alternativa para ricos. Un sitio donde disfrutas de gastronomía de gran nivel mientras un equipo de terapeutas trata de convencerte de que no es bueno torturar a las niñitas. El problema es que no parece haber funcionado demasiado bien. Hace quince años, uno de sus graduados —por llamarlos así- secuestró y mutiló a dos chicas, y lo hizo unos pocos meses después de que el instituto lo declaró sano como para reinsertarse en sociedad. Hubo un juicio importante y la escuela se vio obligada a cerrar. Desde entonces ha estado clausurada.

—¿Y qué hay de Jimmy Otto? ¿Qué sucedió después de que salió de allí?

—A los dieciocho años, salió por los portones, libre como un pájaro. Pero no le tomó demasiado tiempo volver a las andadas. Al cabo de pocos años, lo arrestaron por acosar y amenazar a una mujer en California. Luego lo arrestaron e interrogaron aquí mismo en Brookline, en relación a la desaparición de una joven. La policía no tenía suficientes pruebas como para encerrarlo, de modo que lo liberaron. Lo mismo sucedió hace trece años, cuando lo interrogaron tras la desaparición de otra mujer en Massachusetts. Antes de que la policía pudiera terminar de armar el caso en su contra, desapareció repentinamente. Y nadie supo dónde estaba. Hasta que un año más tarde, apareció enterrado en ese jardín de San Diego.

—Tienes Razón, Tripp —dijo Jane—. Le dieron su merecido. Pero ¿qué hizo que esta mujer y su hija huyeran? Si lo mataron para defenderse, ¿por qué hicieron las maletas y huyeron de la ciudad como criminales?

—Tal vez porque lo son —sugirió Crowe—. Aun en aquel entonces vivían con nombres falsos. No sabemos quiénes son, realmente, ni de qué pueden estar escapando.

Jane apoyó la cabeza en las manos y comenzó a masajearse las sienes para tratar de que desapareciera el dolor de cabeza.

—¡Qué complicado se está poniendo esto! —dijo por lo bajo—. No logro seguir todos los hilos. Tenemos un hombre asesinado en San Diego. Tenemos al Asesino Arqueológico aquí.

—Y la conexión parece ser esta joven cuyo nombre ni siquiera sabemos.

Jane suspiró.

—Ya. ¿Qué más sabemos de Jimmy Otto? ¿Algún otro arresto o conexión con nuestra investigación actual?

Crowe revisó sus notas.

—Asuntos menores. Violación de domicilio en Brookline, Massachusetts. Conducir alcoholizado o drogado en San Diego. Lo mismo, más exceso de velocidad en Durango... —Se interrumpió al registrar la importancia de ese detalle. —Durango, en el estado de Colorado. ¿Eso no es cerca de Nuevo México?

Jane levantó la cabeza.

—Es justo del otro lado del límite estatal. ¿Por qué?

—Sucedió en julio. Del mismo año en que desapareció Lorraine Edgerton.

Jane se echó hacia atrás en la silla, atónita. Tanto Jimmy como Bradley estuvieron cerca del Cañón Chaco al mismo tiempo.

—Ahí está —dijo en voz baja.

—¿Crees que eran compañeros de caza?

—Hasta que a Jimmy lo mataron en San Diego. —Miró a Frost. —Esto comienza a tomar forma. Tenemos una conexión. Jimmy Otto y Bradley Rose.

Él asintió.

—Y Josephine —agregó.

VEINTE

Josephine luchó por recuperar la conciencia y despertó con un grito ahogado, el camisón empapado de sudor y el corazón al galope. Las delgadas cortinas ondeaban, fantasmagóricas, en la ventana iluminada por la luna y en el bosque que rodeaba la casa de Gemma, las ramas de los árboles se sacudían y luego quedaban en silencio. Apartó la sábana húmeda y se quedó mirando la oscuridad mientras su corazón se calmaba y el sudor se le enfriaba sobre la piel. Tras solo una semana en casa de Gemma, había vuelto a tener la pesadilla. Una pesadilla de disparos y paredes salpicadas de sangre. Siempre préstales atención a los sueños, le había enseñado su madre. Son voces que te dicen lo que ya sabes, que te dan consejos que todavía no has seguido. Ella sabía lo que significaba ese sueño: que era hora de marcharse. De escapar. Se había quedado demasiado tiempo en casa de Gemma. Pensó en la llamada desde el móvil que había hecho desde el mini mercado. Recordó al joven policía que había conversado con ella en el aparcamiento aquella noche y al taxista que la había llevado hasta esa calle. Sería posible rastrearla de muchas maneras; seguramente había cometido muchos errores pequeños de los que ni siquiera tenía conciencia.

Recordó lo que le había dicho su madre una vez: Si alguien realmente quiere encontrarte, solo tiene que esperar a que cometas un error.

Y últimamente, había cometido demasiados.

La noche estaba extrañamente silenciosa.

Le tomó unos segundos registrar lo silenciosa que estaba. Se había dormido con el canto regular de los grillos, pero ahora no se oía nada, solo un silencio tan absoluto que amplificaba el sonido de su respiración.

Se levantó de la cama y fue a la ventana. Afuera, la luna bañaba de plateado los árboles y salpicaba el jardín con su brillo pálido. No vio nada alarmante. Pero mientras miraba por la ventana, percibió que la noche no estaba enteramente en silencio; más allá del latido de su corazón, escuchaba un leve pitido electrónico. ¿Vendría de fuera o de algún sitio dentro de la casa? Ahora que estaba completamente concentrada en el sonido, le pareció que se intensificaba, al igual que su sensación de temor.

¿Lo habría oído Gemma?

Fue hasta la puerta y espió el pasillo a oscuras. El sonido era más fuerte e insistente allí.

En la oscuridad, caminó por el pasillo, descalza y silenciosa sobre el suelo de madera. Con cada paso el pitido se había más fuerte. Al llegar al dormitorio de Gemma, encontró la puerta entreabierta. La empujó y ésta se abrió en silencio. En la habitación iluminada por la luna, localizó la fuente de ese sonido: el receptor del teléfono, caído; la señal de desconexión brotaba del auricular. Pero no fue el teléfono lo que capturó su atención, sino el charco oscuro y reluciente como petróleo que vio en el suelo. Muy cerca, divisó una figura agazapada y al principio creyó que era Gemma. Hasta que la persona se irguió en toda su estatura y su silueta quedó recortada contra la ventana.

Un hombre.

La exclamación ahogada de Josephine hizo que él moviera la cabeza como un látigo hacia ella. Por un instante se miraron, sus facciones ocultas en las sombras, ambos suspendidos en ese momento eterno antes de que el depredador ataque a la presa.

Josephine fue la primera en moverse.

Se volvió y corrió hacia la escalera. Bajó a la carrera, escuchando pasos tras ella. Cayó a la planta baja con ambos pies en el suelo. Delante de ella estaba la puerta principal abierta. Corrió y salió al porche, donde trozos de cristal roto le cortaron la piel. Casi no notó el dolor; estaba concentrada en el camino que tenía delante.

Y en los pasos que se acercaban por detrás.

Bajó los escalones corriendo; su camisón flameaba como alas en la noche cálida; Josephine corrió a toda velocidad por el camino de entrada. A la luz de la luna, sobre la grava, su camisón resultaba visible como una bandera blanca, pero ella no viró hacia el bosque, no perdió tiempo buscando la protección de los árboles. Por delante tenía la calle y otras casas. Si golpeo puertas, si grito, alguien me ayudará. Ya no escuchaba los pasos de su atacante; solo oía el ruido de su respiración aterrada, el silbido del aire nocturno.

Y de pronto, un chasquido sonoro.

El impacto de la bala fue como un puntapié brutal en la parte posterior de la pierna. La envió de cara al suelo, con las palmas contra la grava. Intentó ponerse de pie; sentía que le chorreaba sangre por la pantorrilla, pero la pierna no la sostenía. Con un sollozo de dolor, cayó de bruces.

La calle. La calle está tan cerca.

Con la respiración reducida a sollozos, comenzó a arrastrarse Delante de ella podía ver el brillo de la luz del porche de un vecino del otro lado de los árboles y se concentró en eso. No en el ruido de pasos que se acercaban ni en los guijarros que se le clavaban en las

palmas de las manos. La supervivencia se había reducido a ese único faro que parpadeaba entre las ramas y Josephine gateó hacia allí, arrastrando la pierna inutilizada y dejando una huella de sangre tras ella.

Una sombra se movió delante de ella y tapó la luz.

Despacio, levantó la mirada. Él estaba de pie frente a ella, bloqueándole el paso. Su cara era un óvalo negro, los ojos imposibles de distinguir. Cuando se inclinó hacia ella, Josephine cerró los ojos, esperando el disparo, el dolor de la bala. Nunca había tenido tanta conciencia del latido de su corazón, del aire que entraba y salía de sus pulmones como en el silencio de ese último momento. Un instante que parecía estirarse, como si él deseara saborear su victoria y prolongar el tormento.

A través de los párpados cerrados, vio el brillo de una luz.

Abrió los ojos. Del otro lado de los árboles, una luz azul parpadeaba. Las luces de un coche de pronto giraron hacia ella y quedó atrapada en su resplandor, de rodillas, con solo el delgado camisón. Los neumáticos chirriaron cuando el coche frenó, despidiendo grava. Se abrió una puerta y ella oyó el chasquido de una radio policial.

—¿Señorita? ¿Se encuentra bien, señorita?

Parpadeó, tratando de discernir quién le hablaba. Pero la voz se alejaba y las luces se apagaban. Lo último que registró fue el golpe de la grava contra su mejilla cuando se desplomó contra el suelo.

Frost y Jane se encontraban en el camino de entrada de la casa de Gemma Hamerton, contemplando el rastro de sangre seca que Josephine había dejado en su recorrido desesperado hacia la calle. Los pájaros cantaban en los árboles y el sol estival brillaba por entre las hojas, pero en ese punto umbroso de la entrada parecía hacer frío.

Jane se volvió y miró hacia la casa; ni Frost ni ella habían entrado todavía. Era una casa común y corriente, revestida en madera blanca; tenía un porche cubierto, como tantas otras que había visto en ese camino rural. Pero aun desde donde estaba, en el camino de entrada, podía ver el reflejo del sol sobre un cristal roto y esa astilla de luz le advirtió: Algo terrible ha sucedido. Algo que no has visto todavía.

—Aquí es donde cayó por primera vez —dijo el detective Mike Abbott. Señaló el comienzo del rastro de sangre. —Logró avanzar bastante por el camino de entrada antes de que le dispararan. Cayó aquí y comenzó a gatear. Debe de haberle costado un esfuerzo terrible moverse a la velocidad que lo hizo, pero se las arregló para llegar hasta aquel punto. —Abbott señaló donde terminaba el rastro de sangre. —Allí fue donde el coche patrulla la vio.

—¿Cómo sucedió ese milagro? —preguntó Jane.

—Acudieron en respuesta a una llamada al 911.

—¿De Josephine? —quiso saber Frost.

—No, creemos que provino de la dueña de la casa, Gemma Hamerton. El teléfono estaba en su dormitorio. La persona que hizo la llamada nunca logró hablar, sin embargo, porque alguien colgó inmediatamente. Cuando la operadora de emergencias intentó devolver la llamada, el teléfono había sido descolgado nuevamente. Envió un coche policial hacia aquí que llegó al cabo de tres minutos.

Frost miró las manchas en el camino.

—Hay mucha sangre aquí.

Abbot asintió.

—A la joven le han hecho una cirugía de emergencia que duró tres horas. Ahora está enyesada, lo que resultó ser una suerte para nosotros, porque no nos enteramos hasta anoche que el Departamento de Policía de Boston había transmitido un aviso sobre ella. De otro modo, tal vez habría huido. —Se volvió hacia la casa. —Si queréis ver más sangre, seguidme.

Los guió hasta el porche, donde se veían trozos de vidrio en el suelo. Allí se detuvieron para colocarse cubrezapatos. La ominosa afirmación de Abbott había sido una advertencia de los horrores por venir y Jane estaba preparada para lo peor.

Pero cuando entró por la puerta no vio nada alarmante. La sala estaba intacta. De la pared colgaban docenas de fotos enmarcadas, muchas de las cuales mostraban a la misma mujer de pelo rubio corto, posando con distintos compañeros. Una gran biblioteca estaba llena de libros de historia y arte, idiomas antiguos y etnología.

—¿Esta es la dueña de casa? —preguntó Frost, señalando a la mujer rubia de las fotos.

Abbott asintió.

—Gemma Hamerton. Enseñaba arqueología en una de las universidades locales.

—¿Arqueología? —Frost miró a Jane con una expresión que decía: Vaya, eso es interesante. —¿Qué más se sabe sobre ella?

—Una ciudadana respetuosa de la ley, hasta donde sabemos. No estaba casada. Pasaba todos los veranos en el extranjero haciendo lo que sea que hacen los arqueólogos.

—¿Entonces por qué no está en el extranjero ahora?

—No lo sé. Regresó hace una semana de Perú, donde estaba trabajando en una excavación. Si se hubiera quedado allí, seguiría con vida. —Abbott miró hacia la planta alta y su cara se ensombreció repentinamente. —Es hora de que os lleve arriba. —Tomó la delantera y se detuvo para señalar las pisadas ensangrentadas sobre los escalones. —Suela de calzado atlético. Talla cuarenta y tres o cuarenta y cuatro de hombre —dijo—. Sabemos que pertenecen al asesino

porque la señorita Pulcillo estaba descalza.

—Por lo visto se movía rápido —añadió Jane, notando la sangre que habían dejado las pisadas.

—Sí, pero ella fue más veloz.

Jane observó las pisadas descendentes. Si bien la sangre estaba seca y el sol entraba por una ventana encima de la escalera, el terror de esa persecución seguía presente allí. Sintió un repentino escalofrío y levantó la mirada hacia la primera planta, donde los esperaban imágenes mucho peores.

—¿Sucedió arriba?

—En el dormitorio de la señorita Hamerton —respondió Abbott. Subió los últimos escalones con lentitud, como si no quisiera volver a ver lo que había visto hacía dos noches. Las pisadas se veían más oscuras allí, dejadas por zapatos mojados de sangre. Salían de un dormitorio al final del pasillo. Abbott señaló la primera puerta. Adentro había una cama revuelta. —Esta es la habitación de huéspedes, donde dormía la señorita Pulcillo.

Jane frunció el entrecejo.

—Pero está más cerca de la escalera.

—Sí. A mí también me ha resultado extraño ese detalle. El asesino pasa delante de la puerta de la señorita Pulcillo y sigue hasta el fondo donde está el dormitorio de Gemma Hamerton. Tal vez no sabía que había una visita en la casa.

—O tal vez esta puerta estaba con llave —comentó Frost.

—No, esta puerta no tiene llave. Por algún motivo, siguió de largo y fue primero al dormitorio de la otra mujer. —Abbot inspiró hondo y siguió hacia la habitación principal. Se detuvo en el umbral, sin voluntad de entrar.

Cuando Jane miró más allá de él, comprendió por qué.

Aunque el cuerpo de Gemma Hamerton ya no estaba allí, sus últimos momentos de vida estaban registrados en manchas vívidas de sangre en las paredes, las sábanas, los muebles. Al entrar en ese dormitorio, Jane sintió un aliento frío contra la piel, como si un fantasma la hubiera rozado. La violencia deja su impronta, pensó. No solo en las manchas de sangre, sino en el aire mismo.

—Encontraron su cuerpo en aquel rincón —explicó Abbott—. Pero podéis ver, por las salpicaduras de sangre, que recibió la herida inicial cerca de la cama. Hay salpicaduras arteriales allí, en la cabecera. —Señaló la pared hacia la derecha. —Y allí, creo que esas son manchas posteriores.

Jane apartó la mirada del colchón empapado y miró el arco angular de sangre producido por la fuerza centrífuga cuando el cuchillo ensangrentado había salido del cuerpo.

—Es diestro —comentó.

Abbott asintió.

—A juzgar por la herida, la médica forense dice que no hubo vacilación ni corte tentativo. La degolló con un movimiento limpio y cortó las arterias y venas del cuello. La médica forense opina que la mujer puede haber seguido consciente durante un minuto o dos. Lo suficiente como para coger el teléfono y arrastrarse hacia ese rincón. El teléfono tenía sus huellas ensangrentadas, por lo que sabemos que estaba herida cuando marcó.

—¿Entonces el asesino colgó el teléfono? —preguntó Frost.

—Supongo que sí.

—Pero dijo usted que la operadora intentó llamar y la línea estaba ocupada.

Abbott se detuvo a pensar.

—¿Es extraño, no? Primero cuelga, luego descuelga el teléfono otra vez. Me pregunto por qué lo habrá hecho.

—No quería que sonara —dijo Jane.

—¿Por el ruido? —preguntó Frost.

Jane asintió.

—Eso también explicaría por qué no utilizó la pistola con esta víctima. Porque sabía que había alguien más en la casa y no quería despertarla.

—Pero ella despertó —dijo Abbott—. Tal vez oyó el ruido del cuerpo al caer. Tal vez la señorita Hamerton logró gritar. Algo despertó a Josephine Pulcillo, porque vino hasta aquí, vio al intruso y huyó.

Jane miraba el rincón donde había muerto Gemma Hamerton en un charco de su propia sangre.

Salió del dormitorio y caminó por el pasillo. En la puerta de la habitación de Josephine se detuvo y observó la cama. El asesino pasó delante de esta puerta, pensó. En la habitación duerme una joven y la puerta no tiene llave. Sin embargo, él siguió su camino y se dirigió al dormitorio principal. ¿Acaso no sabía que había una visita? ¿No se dio cuenta que había otra mujer en la casa?

No, no; lo sabía. Por eso descolgó el teléfono. Por eso utilizó un cuchillo y no el arma. Quería que el primer asesinato fuera silencioso.

Porque después planeaba dirigirse al dormitorio de Josephine.

Bajó por la escalera y salió afuera. La tarde estaba soleada, los insectos zumbaban en el calor sin viento, pero ella seguía sintiendo el frío de la casa. Descendió los escalones del porche.

Bajaste la escalera y la seguiste hasta aquí. En una noche de luna, debió de ser fácil perseguirla. Una chica sola en camisón.

Avanzó despacio por el camino de entrada, siguiendo los pasos de Josephine, cuyos pies sangraban por haber pisado vidrio. Por delante estaba la calle principal, más allá de los árboles y lo único que tenía que hacer la muchacha era llegar hasta la casa de un vecino. Gritar y golpear una puerta.

Jane se detuvo y miró con atención la grava manchada de sangre.

Pero la bala impactó en su pierna y ella cayó.

Lentamente, siguió el rastro de sangre que había dejado Josephine cuando avanzaba gateando. Con cada centímetro, debió de saber que él venía hacia ella, dispuesto a matarla. El rastro de sangre seguía y seguía hasta que se detenía a unos doce metros de la calle. El recorrido había sido desesperante y largo, lo suficientemente largo para que el asesino pudiera alcanzarla. Lo suficientemente largo para que pudiera apretar el gatillo por última vez y huir.

Sin embargo, no había hecho el disparo fatal.

Jane se detuvo y observó el sitio donde Josephine había estado arrodillada cuando los agentes policiales la divisaron. Cuando se acercaron, no vieron a nadie más, solo a la mujer herida. Una mujer que debería haber estado muerta.

Solo entonces Jane comprendió. El asesino la quería viva.

VEINTIUNO

Todos mienten, pensó Jane. Pero pocas personas lograban habitar sus mentiras tan completamente y tan bien como lo había hecho Josephine Pulcillo.

Mientras Frost y ella conducían hacia el hospital, se preguntó qué confabulaciones les contaría Josephine hoy, qué nuevas historias inventaría para explicar los hechos indiscutibles que habían descubierto sobre ella. Se preguntó si Frost volvería a dejarse seducir por esas mentiras.

—Creo que tal vez sea mejor que sea yo la que hable cuando estemos allí —dijo.

—¿Por qué?

—Me gustaría manejar yo la situación, nada más.

Frost la miró.

—¿Hay alguna razón por la que sientes la necesidad de hacerlo de este modo?

Ella se tomó un tiempo antes de hablar porque no podía responder con la verdad sin agrandar la grieta entre ellos, una grieta causada por Josephine.

—Pienso que la que debería tratar con ella soy yo. Porque mi instinto en relación a ella ha sido certero.

—¿Instinto? ¿Así lo llamas?

—Tú le creíste. Yo no. Y tuve razón ¿verdad?

Frost se volvió hacia la ventanilla del coche.

—O envidia.

—¿Qué? —Jane detuvo el coche en el aparcamiento del hospital y apagó el motor. —¿Eso es lo que piensas?

Él suspiró.

—No tiene importancia.

—No, dímelo. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Nada. —Abrió la puerta. —Venga, vamos.

Jane bajó y cerró la puerta con fuerza, preguntándose si habría aunque solo fuera un hilo de verdad en lo que Frost acababa de decir. Preguntándose si el hecho de que ella no fuera hermosa la hacía resentir la facilidad con la que las mujeres atractivas se manejaban en el mundo. Los hombres veneraban a las mujeres bonitas, las atendían y lo que es más importante aún, las escuchaban. Mientras el resto de nosotras hacemos lo que podemos. Pero aun si hubiera sentido envidia, eso no cambiaba el hecho esencial de que su instinto no le había fallado.

Josephine Pulcillo era una impostora, una mentirosa.

Frost y ella entraron en el hospital en silencio y tomaron el ascensor hacia el ala de cirugía. Nunca antes había sentido un abismo tan profundo entre ambos. Aunque estaban uno al lado del otro, los separaba un continente y Jane ni siquiera lo miró cuando echaron a andar por el pasillo. Con aire sombrío, abrió la puerta de la habitación 216 y entró.

La joven a la que habían conocido como Josephine los miró desde la cama. Enfundada en el delgado camisolín de hospital, se la veía atractivamente vulnerable, una doncella de ojos de gacela que necesitaba que la rescataran. ¿Cómo coño lo lograba? Aun con el pelo sucio y la pierna enyesada, se las arreglaba para ser bella.

Jane no perdió tiempo. Se acercó directamente a la cama y dijo:

—¿Quieres contarnos lo ocurrido en San Diego?

Josephine bajó de inmediato la mirada, esquivando los ojos de Jane.

—No sé de qué habla.

—Tendrías unos catorce años. Edad suficiente para recordar lo que sucedió aquella noche.

Josephine negó con la cabeza.

—Debe de haberme confundido con otra persona.

—En aquel entonces tu nombre era Susan Cook. Eras alumna de la escuela William Howard Taft y vivías con tu madre, que se hacía llamar Lydia Newhouse. Una mañana, ambas hicisteis las maletas y os marchasteis súbitamente. Esa fue la última vez que alguien vio a Susan y a su madre.

—¿Y acaso es ilegal, marcharse de la ciudad súbitamente? —replicó Josephine, mirando a Jane a los ojos con valentía.

—No, no lo es.

—¿Entonces por qué me interroga al respecto?

—Porque lo que sí es ilegal es dispararle a un hombre en la nuca.

Josephine se mantuvo impertérrita; su cara parecía de cristal.

—¿Qué hombre? —preguntó con serenidad.

—El que murió en tu dormitorio.

—No sé de qué habla.

Las dos mujeres se miraron durante unos segundos. Y Jane pensó: Tal vez Frost no pueda ver más allá de tus ojos, ¡pero yo sí que puedo, joder!

—¿Has oído hablar de un químico llamado luminol? —preguntó Jane.

Josephine levantó los hombros.

—¿Por qué debería conocerlo?

—Reacciona con el hierro de la sangre seca. Cuando lo rocías sobre una superficie, cualquier residuo de sangre se ilumina en la oscuridad

como si fuera neón. Por más que te esfuerces limpiando la sangre, no puedes eliminar todos los rastros. Aun después de que tú y tu madre lavasteis las paredes y el suelo, la sangre siguió allí, en los resquicios. En las maderas.

Esta vez Josephine guardó silencio.

—Cuando la policía revisó vuestra casa, los agentes utilizaron luminol. Un dormitorio se iluminó como un árbol de Navidad. Era el tuyo. Así que no me digas que no sabes nada del asunto. Debiste estar allí. Sabes perfectamente bien lo que sucedió.

Josephine se había puesto pálida.

—Tenía catorce años —dijo en voz baja—. Fue hace mucho tiempo.

—Los asesinatos no prescriben.

—¿Asesinato? ¿Cree que fue un asesinato?

—¿Qué ocurrió aquella noche?

—No fue un asesinato.

—¿Qué fue, entonces?

—¡Defensa propia!

Jane asintió con satisfacción. Habían avanzado. Por lo menos había admitido que un hombre había muerto en su dormitorio.

—¿Cómo sucedió? —preguntó.

Josephine miró al detective Frost, como buscando su apoyo. Él se había quedado cerca de la puerta, impávido y con expresión distante y quedaba claro que ella no podía esperar compasión ni favores de su parte.

—Es hora de contar todo —dijo Jane—. Hazlo por Gemma Hamerton. Ella merece justicia ¿no crees? Doy por sentado que era una amiga ¿verdad?

Ante la mención de Gemma, los ojos de Josephine se llenaron de lágrimas.

—Sí —susurró—. Más que una amiga.

—Sabes que está muerta ¿no es así?

—Me lo informó el detective Abbott. Pero ya lo sabía —susurró Josephine—. La vi tendida en el suelo...

—Tengo la impresión de que estos dos sucesos están conectados. La muerte de la señorita Hamerton y la del hombre de San Diego. Si quieres justicia para tu amiga, responderás a todas mis preguntas, Josephine. ¿O prefieres que te llame Susan Cook? Porque ese era el nombre que utilizabas en San Diego.

—Ahora me llamo Josephine —Dejó escapar un suspiro cansado, ya sin ningún tipo de simulación. —Es el nombre que he usado por más tiempo. Estoy acostumbrada a él.

—¿Cuántos nombres has tenido?

—Cuatro. No, cinco. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Ya ni lo recuerdo. Cada vez que nos mudábamos pasaba a tener un nombre nuevo. Pensé que Josephine sería el último.

—¿Y tu nombre verdadero, cuál es?

—¿Es importante que lo sepa?

—Sí, lo es. ¿Cuál es tu nombre de nacimiento? Será mejor que nos digas la verdad porque te aseguro que tarde o temprano lo averiguaremos.

Josephine agachó la cabeza en señal de rendición.

—Mi apellido era Sommer —dijo en voz baja.

—¿Y tu nombre de pila?

—Nefertari.

—Un nombre muy poco común.

Josephine soltó una risita cansada.

—Mi madre nunca hacía elecciones convencionales.

—¿No era el nombre de una reina egipcia?

—Sí. La esposa de Ramsés el Grande. Nefertari, por quien brilla el sol.

—¿Cómo dices?

—Es algo que solía decirme mi madre. Ella amaba Egipto. Solo hablaba de regresar allí.

—¿Y dónde está tu madre ahora?

—Murió —respondió Josephine en voz baja—. Fue hace tres años, en México. La arrolló un coche. Cuando sucedió, yo estaba cursando el posgrado en California, así que no puedo deciros mucho más que eso...

Jane acercó una silla y se sentó junto a la cama.

—Pero puedes contarnos sobre San Diego. ¿Qué pasó aquella noche?

Josephine estaba sentada con los hombros caídos. Sabía que la tenían acorralada.

—Era verano —respondió—. Una noche cálida. Mi madre siempre insistía en que cerráramos las ventanas, pero esa noche yo dejé abierta la mía. Así fue como él entro en la casa.

—¿Por la ventana de tu dormitorio?

—Mi madre escuchó un ruido y vino a mi habitación. Él la atacó y ella se defendió. Me defendió a mí. —Fijó la mirada en Jane. —No tuvo opción.

—¿Viste cómo sucedió?

—Estaba durmiendo. Me despertó el disparo.

—¿Recuerdas dónde estaba tu madre cuando sucedió?

—No lo vi. Ya se lo dije, estaba dormida.

—¿Entonces cómo sabes que fue en defensa propia?

—Estaba en nuestra casa, en mi dormitorio. Eso lo justifica ¿no es así? ¿Cuándo alguien entra en tu casa de manera violenta, ¿acaso no tienes el derecho de dispararle?

—¿En la nuca?

—¡Él se volvió! Derribó a mi madre y se volvió. Y ella le disparó.

—Creí que no lo habías visto.

—Es lo que me contó ella.

Jane se echó hacia atrás en la silla, pero mantuvo la mirada fija sobre la joven. Dejó que transcurrieran los segundos, que el silencio surtiera efecto. Un silencio que remarcaba el hecho de que Jane estaba estudiando cada poro, cada movimiento de la cara de Josephine.

—Entonces ahora tú y tu madre tenéis un cadáver en tu dormitorio —dijo Jane—. ¿Qué sucedió después?

Josephine inspiró hondo.

—Mi madre se encargó de todo.

—¿Te refieres a que limpió la sangre?

—Sí.

—¿Y enterró el cuerpo?

—Sí.

—¿Llamó a la policía?

Josephine apretó las manos como nudos.

—No —susurró.

—Y al día siguiente os marchasteis de la ciudad.

—Sí.

—A ver: esa es la parte que no comprendo —dijo Jane—. Tengo la impresión de que tu madre tomó una decisión extraña. Dices que mató a ese hombre en defensa propia.

—Entró por la fuerza en nuestra casa. Estaba en mi habitación.

—Pensemos en eso. Si un hombre violenta tu domicilio y te ataca, tienes el derecho de utilizar fuerza letal y defenderte. Un policía hasta te daría una palmadita en la espalda por hacerlo. Pero tu madre no llamó a la policía. Lo que hizo fue arrastrar el cuerpo hasta el jardín y enterrarlo. Limpió la sangre, recogió las pertenencias de ambas y se marchó de la ciudad. ¿Eso tiene sentido para ti? Porque te aseguro que para mí no lo tiene. —Jane se inclinó hacia ella en una jugada agresiva que apuntaba a invadir el espacio personal de la joven. —Era tu madre, debió de decirte por qué lo hizo.

—Yo estaba asustada. No hice preguntas.

—¿Y ella nunca te dio respuestas?

—Huimos, eso es todo. Sé que no parece tener sentido ahora, pero es lo que hicimos. Aterradas, nos marchamos de la ciudad. Y una vez que haces eso, no puedes acudir a la policía. El solo hecho de haberte ido te hace parecer culpable.

—Tienes razón, Josephine. Tu madre parece muy culpable. El hombre al que mató recibió un disparo en la nuca. A la policía de San Diego no le pareció que fuera defensa propia. Más bien le pareció un asesinato a sangre fría.

—Lo hizo para protegerme a mí.

—¿Entonces por qué no llamó a la policía? ¿De qué escapaba? —Jane se acercó todavía más hasta quedar a pocos centímetros de la cara de la joven. —¡Quiero la verdad, Josephine!

Fue como si el aire saliera expelido de los pulmones de Josephine. Con los hombros caídos, agachó la cabeza, derrotada.

—De la cárcel. Mi madre estaba huyendo de la cárcel.

Eso era lo que habían estado esperando. Allí estaba la explicación. Jane lo vio en la postura de la joven, lo escuchó en la voz derrotada. Josephine sabía que la batalla estaba perdida y por fin estaba entregando el botín: la verdad.

—¿Qué delito cometió? —preguntó Jane.

—No conozco los detalles. Dijo que yo era apenas un bebé cuando sucedió.

—¿Robó algo? ¿Mató a alguien?

—No hablaba del tema. Yo ni siquiera me enteré hasta aquella noche en San Diego. Cuando me dijo por qué no podíamos llamar a la policía.

—¿Y tú simplemente hiciste la maleta y te fuiste de la ciudad con ella porque te dijo que fueras una buena niña?

—¿Qué esperaría usted que hiciera? —Josephine levantó la cabeza y la miró con aire desafiante. —Era mi madre y yo la amaba.

—Sin embargo, te dijo que había cometido un delito.

—Algunos delitos están justificados. Hay veces en las que uno no tiene opción. Sea lo que fuere que haya hecho, tuvo motivos para hacerlo. Mi madre era una buena persona.

—Que huía de la ley.

—Entonces la ley se equivoca. —Miró a Jane a los ojos; no pensaba ceder un centímetro. No reconocería que su madre era capaz de hacer el mal. ¿Podía un padre pedir una hija más leal? Podría llamarse lealtad desacertada, ciega, pero había algo admirable allí, algo que la misma Jane desearía en su propia hija.

—O sea que tu madre te arrastraba de ciudad en ciudad, de nombre en nombre —dijo Jane—. ¿Y dónde estaba tu padre mientras tanto?

—Mi padre murió en Egipto, antes de que yo naciera.

—¿En Egipto? —Jane se inclinó hacia delante, completamente concentrada en la joven. —Cuéntame más.

—Era francés. Uno de los arqueólogos de la excavación. —Josephine esbozó una sonrisita nostálgica. —Mi madre decía que era brillante y divertido. Y sobre todo, bueno. Eso era lo que más le gustaba de él, su bondad. Pensaban casarse, pero hubo un accidente terrible. Un incendio. —Tragó saliva. —Gemma sufrió quemaduras, también.

—¿Gemma Hamerton estaba con ella en Egipto?

—Sí. —Ante la mención de Gemma, Josephine parpadeó para contener las lágrimas. —Es mi culpa ¿no? Es mi culpa que haya muerto.

Jane miró a Frost, que parecía tan sorprendido por esa información como ella. Aunque él había guardado silencio durante casi toda la entrevista, ahora no pudo resistirse a hacer una pregunta.

—Esta excavación que mencionaste, donde se conocieron tus padres... ¿En qué parte de Egipto era?

—Cerca del Oasis de Siwa. Es en el desierto occidental.

—¿Qué buscaban?

Josephine levantó los hombros.

—Nunca lo encontraron.

—¿Lo? ¿Qué era?

—El ejército perdido de Cambises.

En el silencio que siguió, Jane casi pudo oír cómo las piezas del rompecabezas caían con un clic en su lugar. Egipto. Cambises. Bradley Rose. —Se volvió hacia Frost. —Enséñale la foto.

Frost sacó la fotografía de la carpeta que había traído consigo y se la acercó a Josephine. Era la imagen que el profesor Quigley les había prestado, la foto tomada en el Cañón Chaco, que mostraba a un joven Bradley mirando directamente hacia la cámara, con ojos pálidos como los de un lobo.

—¿Reconoces a este hombre? —preguntó Frost—. Es una fotografía antigua. Hoy en día tendría unos cuarenta y cinco años.

Josephine negó con la cabeza.

—¿Quién es?

—Se llama Bradley Rose. Hace veintisiete años él también estaba en Egipto. En la misma excavación en la que trabajaba tu madre. Debe de haberlo conocido.

Josephine miró la fotografía con expresión concentrada, como esforzándose por ver algo que pudiera reconocer en esa cara.

—Nunca escuché ese nombre. Ella nunca lo mencionó.

—Josephine —dijo Frost—. Creemos que este es el hombre que te ha estado acosando. El que te atacó hace dos noches. Y tenemos motivos para creer que es el Asesino Arqueológico.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—¿Conocía a mi madre?

—Estaban en la misma excavación. Han de haberse conocido. Eso podría explicar por qué ahora está obsesionado contigo. Tu fotografía apareció dos veces en el Boston Globe ¿recuerdas? Fue en marzo, poco después de que el museo te contrató. Y luego otra vez justo antes de la tomografía de Madam X. Tal vez Bradley vio el parecido. Tal vez miró la fotografía y vio la cara de tu madre. ¿Te pareces a ella?

Josephine asintió.

—Gemma decía que yo era idéntica a mi madre.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —preguntó Jane.

Durante un momento, Josephine no respondió, como si ese secreto en particular hubiera estado oculto tanto tiempo que ya no podía recordarlo. Cuando por fin respondió, lo hizo en voz tan suave que Jane tuvo que inclinarse hacia adelante para escuchar.

—Medea. Se llamaba Medea.

—El nombre que estaba en el cartucho egipcio —dijo Frost.

Josephine contempló la fotografía.

—¿Por qué no me habló de él? ¿Por qué nunca escuché su nombre?

—Tu madre parece ser la clave de todo —dijo Jane—. La clave para descifrar qué lleva a este hombre a matar. Aunque no sepas quién es, él ciertamente te conoce y es probable que haya estado en tu vida durante algún tiempo, directamente o en tu visión periférica. Tal vez pasaba en coche delante de tu edificio todos los días. O se sentaba en el autobús que te llevaba al trabajo. Tú simplemente no lo has notado. Cuando te llevemos de regreso a Boston, vamos a necesitar una lista de todos los sitios que frecuentas. Cada café, cada librería.

—Pero no voy a regresar a Boston.

—Tienes que hacerlo. No podremos protegerte si no lo haces.

Josephine negó con la cabeza.

—Estaré mejor en otro lugar. En cualquier otro lugar.

—Este hombre te rastreó hasta aquí. ¿Crees que no puede volver a hacerlo? —Jane hablaba en voz baja pero implacable. —Deja que te cuente lo que Bradley Rose les hace a sus víctimas. Primero las deja lisiadas, para que no puedan escapar. Igual que como hizo contigo y con Madam X. Durante un tiempo, la mantuvo viva. La mantuvo en algún sitio donde nadie podía oírla. La tuvo prisionera durante semanas y sabe Dios qué le habrá hecho en todo ese tiempo. —La voz de Jane ahora era más suave, casi íntima. —Y aun cuando murió, siguió siendo una de sus posesiones. La preservó como reliquia, Josephine, un harem de almas muertas. —Añadió, en voz baja: —Tú eres su próxima víctima.

—¡¿Por qué me hace esto?! —exclamó Josephine—. ¿Cree que no estoy lo suficientemente asustada?

—Podemos brindarte seguridad —dijo Frost—. Ya se han cambiado todas las cerraduras de tu casa y cada vez que salgas de tu edificio, nos ocuparemos de que tengas escolta. Alguien te acompañará a cualquier lado que tengas que ir.

—No lo sé. —Josephine cruzó los brazos alrededor de su cuerpo, pero no le alcanzó para dejar de temblar. —No sé qué hacer.

—Sabemos quién es el asesino —dijo Jane—. Sabemos cómo opera, por lo que estamos en situación de ventaja.

Josephine guardó silencio mientras evaluaba sus opciones. Huir o luchar. No había posiciones ni medidas intermedias.

—Regresa a Boston —dijo Jane—. Ayúdanos a ponerle fin a esta historia.

—Si estuviera en mi lugar ¿es lo que usted haría, de verdad? —preguntó Josephine en voz baja. Miró a Jane a los ojos.

Jane le devolvió la mirada con firmeza.

—Es exactamente lo que haría.

VEINTIDÓS

Una fila de cerrojos y trabas nuevas decoraba la puerta de su apartamento.

Josephine colocó la cadena, giró la traba y deslizó el cerrojo. Luego, como medida adicional, trabó una silla debajo del picaporte; no era una gran barrera, pero al menos serviría como alarma.

Moviéndose con torpeza con la pierna enyesada y las muletas, fue hasta la ventana y miró hacia la calle. Vio que el detective Frost salía del edificio y subía al coche. En un tiempo, podría haber mirado hacia arriba y haberle sonreído o haberla saludado amistosamente con la mano, pero ya no. Su trato actual con ella era puramente profesional y se mostraba impávido y distante como su colega Rizzoli. Esa es la consecuencia de mentir, pensó Josephine. Yo no fui honesta con él y ahora no se fía de mí. Y tiene razón de no hacerlo.

No les he contado el secreto más grande de todos.

Frost ya había revisado su apartamento cuando llegaron, pero ella sintió la necesidad de inspeccionar por su cuenta el dormitorio, el baño y la cocina. Era un reino muy modesto, pero al menos era suyo. Todo estaba como lo había dejado hacía una semana; todo le resultaba tranquilizadoramente conocido. Todo había vuelto a la normalidad.

Pero más tarde esa noche, cuando estaba delante de la cocina revolviendo cebollas y tomates mientras preparaba chile, de pronto pensó en Gemma, que nunca más volvería a disfrutar de una comida, nunca más olería el aroma de las especias ni probaría el vino ni sentiría el calor que se elevaba de una olla.

Cuando por fin se sentó a cenar, solo pudo tragar unas cucharadas y luego su apetito se esfumó. Se quedó mirando la pared y el único adorno que había colgado allí: un calendario. Era una señal de la incertidumbre que había tenido sobre si convertiría realmente a Boston en su hogar. Nunca había decorado realmente el apartamento. Pero ahora lo haré, pensó. La detective Rizzoli tenía razón: es hora de tomar el control y sentir esta ciudad como propia. Voy a dejar de escapar. Se lo debo a Gemma, que sacrificó todo por mí, que murió para que yo pudiera vivir. Entonces ahora viviré. Tendré un hogar, haré amistades y tal vez hasta me enamoraré.

Esto comienza hoy.

Afuera, la tarde se convertía en un cálido ocaso de verano.

Con la pierna enyesada, no podía hacer su caminata diaria; ni

siquiera podía caminar por el apartamento. Por lo que abrió, en cambio, una botella de vino y la llevó al sofá, donde se sentó a pasar de un canal de TV a otro; había más canales de los que conocía y todos eran muy parecidos. Caras bonitas. Hombres con pistolas. Más caras bonitas. Hombres con palos de golf.

De pronto apareció una imagen nueva en la pantalla y su mano se paralizó sobre el control remoto. El telediario vespertino mostraba en la pantalla la foto de una mujer joven, bonita, de pelo oscuro.

—... la mujer cuyo cuerpo momificado fue encontrado en el Museo Crispin ha sido identificado. Lorraine Edgerton desapareció de un remoto parque arqueológico en Nuevo México hace veinticinco años...

Era Madam X. Se parece a mi madre. Se parece a mí.

Apagó el televisor. El apartamento se le antojaba más una jaula que un hogar; ella era un pájaro que golpeaba contra las rejas hasta volverse loca. Quiero recuperar mi vida.

Tres copas de vino después, por fin logró dormirse.

Cuando despertó, apenas si había luz. Sentada junto a la ventana, contempló la salida del sol y se preguntó cuántos días pasaría atrapada entre cuatro paredes. Eso, también, era una especie de muerte: esperar el siguiente ataque, la siguiente nota amenazadora. Le había contado a Rizzoli y a Frost sobre las cartas dirigidas a Josephine Sommer, pruebas que lamentablemente, ella había roto y arrojado por el retrete. Ahora la policía vigilaba tanto su apartamento como su correspondencia.

La siguiente jugada le correspondía a Bradley Rose.

Afuera, la mañana cobraba luminosidad. Pasaban autobuses y los corredores matinales comenzaban con su circuito; la gente se dirigía a su trabajo. Observó el paso del día y vio cómo se llenaba de niños el parque de juegos y comenzaba a aumentar el tráfico de la tarde.

Al caer la noche, ya no soportaba más. Todo el mundo sigue con su vida, pensó. Menos yo.

Cogió el teléfono y llamó a Nick Robinson.

—Quiero volver a trabajar —dijo.

Jane contemplaba la cara de la Víctima Cero, la mujer que había logrado escapar.

La foto de Medea Sommer era del anuario de la Universidad de Stanford, de la que Medea había sido alumna veintisiete años antes. Era una bella muchacha de pelo y ojos oscuros, con pómulos delicadamente esculpidos y un parecido notable con su hija Josephine. Tú eras la que Bradley Rose realmente quería, pensó Jane. La mujer que él y su compañero Jimmy Otto nunca pudieron atrapar. Entonces se dedicaron a coleccionar suplentes, mujeres que se parecían a Medea. Pero ninguna de sus víctimas era Medea; ninguna estaba a la

altura de la original. Siguieron cazando, siguieron buscando, pero Medea y su hija lograban estar siempre un paso más adelante que ellos.

Hasta San Diego.

Una mano tibia se apoyó sobre su hombro y ella se irguió en la silla, sobresaltada.

—Vaya. —Gabriel, su marido, rió. —Qué suerte que no estás armada, o podrías haberme disparado. —Dejó a Regina en el suelo de la cocina y la niñita se dirigió con pasos vacilantes a jugar con sus tapas de ollas favoritas.

—No te escuché entrar —dijo Jane—. Qué poco duró la excursión al parque de juegos.

—El tiempo se ha puesto horrible. Comenzará a llover en cualquier momento. —Gabriel se inclinó por encima de su hombro y vio la foto de Medea. —¿Es ella? ¿La madre?

—Te lo aseguro, esta mujer es una verdadera Madam X. No encuentro nada sobre ella salvo sus registros universitarios.

Gabriel se sentó y leyó los pocos documentos que la policía de Boston había podido reunir sobre Medea hasta el momento; brindaban solamente un esbozo de una joven que parecía ser más sombra que sustancia. Gabriel se puso las gafas y se acomodó en la silla para leer el legajo universitario de Stanford sobre Medea. Las gafas con montura de de carey eran nuevas y lo hacían parecerse más a un banquero que a un agente del FBI que manejaba armas con comodidad. Aun tras un año y medio de matrimonio, Jane no se había cansado de mirarlo... ni de admirarlo, como hacía ahora. A pesar de los truenos afuera, a pesar del ruido que estaba haciendo Regina en la cocina con las tapas de las ollas, él estaba concentrado como un láser.

Jane fue a la cocina y levantó a Regina, que se retorció, impaciente por escapar. ¿Nunca te conformarás con quedarte tranquila en mis brazos?, pensó Jane, mientras abrazaba a su hija inquieta, inhalando el aroma a champú y piel tibia de bebé, los olores más bellos del mundo. Todos los días, Jane veía más de sí misma en Regina, en los ojos oscuros y el pelo exuberantemente rizado de la niña, y también en su fiera independencia. Su hija era una luchadora y tenían por delante muchas batallas entre ambas. Pero al mirarla a los ojos, Jane también tenía la certeza de que las unía un vínculo que jamás se quebraría. Para mantener a salvo a su hija, Jane estaba dispuesta a arriesgar todo, a soportarlo todo.

Igual que Josephine hacía con su madre.

—Qué historia de vida tan desconcertante —comentó Gabriel.

Jane dejó a su hija en el suelo y miró a su marido.

—¿La de Medea, dices?

—Nacida y criada en Indio, California. Calificaciones estelares en la

Universidad de Stanford. Luego, el último año, abandona abruptamente sus estudios para tener un bebé.

—Y poco después, ambas desaparecen del sistema.

—Y se convierten en otras personas.

—Varias veces —dijo Jane. Volvió a sentarse a la mesa. —Josephine cambió cinco veces de nombre, según lo que recuerda.

Gabriel señaló un informe policial.

—Esto es interesante. En Indio, denunció tanto a Bradley Rose como a Jimmy Otto. Ya estaban dedicándose al acoso cooperativo. Como una manada de lobos, acechaban a su víctima.

—Lo que resulta todavía más interesante es que Medea de un momento a otro retiró los cargos contra Bradley Rose y se marchó de Indio. Y como no se quedó para dar testimonio en contra de Jimmy Otto, los cargos contra él nunca prosperaron.

—¿Por qué retiraría los cargos contra Bradley? —preguntó Gabriel.

—Nunca lo sabremos.

Gabriel dejó el informe sobre la mesa.

—El hecho de que haya sido acosada podría explicar por qué huía, se escondía y cambiaba de nombre solo para mantenerse a salvo.

—Pero su hija no lo recuerda de esa manera. Josephine dice que Medea huía de la ley. —Jane suspiró. —Y eso lleva a otro misterio.

—¿Cuál?

—No hay órdenes de captura de Medea Sommer. Si cometió algún delito, nadie parece haberse enterado.

La comida anual al aire libre en casa de los Rizzoli era una tradición que ya tenía veinte años, y ni nubes oscuras ni tormentas inminentes podían descarrilar el evento. Todos los veranos, Frank, el padre de Jane, encendía orgullosamente su parrilla al aire libre, la cargaba de carne y pollo y asumía la función de cocinero por un día: el único día del año en que tocaba un elemento de cocina de cualquier tipo.

Hoy, sin embargo, no era Frank sino el detective retirado Vince Korsak el que desempeñaba el papel de parrillero en jefe; se sentía en el nirvana de los canívoros mientras daba vuelta la carne y se salpicaba con grasa el delantal de gran tamaño que cubría su barriga generosa. Era la primera vez que Jane veía a un hombre que no fuera su padre a cargo de la parrilla en el jardín, lo que servía como recordatorio de que nada duraba para siempre, ni siquiera el matrimonio de sus padres. Un mes después de que Frank Rizzoli dejó a su mujer, Vince Korsak entró alegremente en su vida. Por la forma en que había tomado el control de la parrilla, les estaba dejando claro a los vecinos que era el nuevo hombre en la vida de Angela Rizzoli.

Y el nuevo dueño y señor de las pinzas de asar no tenía intención

de abandonar su puesto.

El cielo tronaba y se cubría de nubes oscuras; los invitados corrían a llevar todos los platos dentro de la casa antes de que estallara un relámpago. Pero Korsak se mantenía en su sitio.

—No voy a permitir que se arruinen unos filetes preciosos como estos —dijo.

Jane levantó la mirada cuando comenzaron a caer las primeras gotas.

—Todos están entrando. Podríamos terminar de asar la carne en el horno.

—¿Hablas en serio? Cuando te tomas el trabajo de comprar carne madurada y envolverla en panceta, tienes que cocinarla como corresponde.

—¿Aun si significa que te partirá un rayo?

—¡Ni que le tuviera miedo a los rayos! —Korsak rió. —Yo ya me he muerto una vez. Otra descarga eléctrica en el pecho no le va a hacer nada a mi viejo corazón.

—Pero esa panceta seguro que sí —observó Jane, viendo cómo la grasa chorreaba sobre las llamas. —Dos años antes, un infarto había obligado a Korsak a retirarse, pero no lo había hecho abandonar la carne ni la manteca. Y mamá no ayuda en absoluto, pensó Jane, con una mirada hacia la mesa de picnic de la terraza, donde Angela rescataba la ensalada de patatas cubierta de mayonesa.

Korsak saludó a Angela cuando ella entró por la puerta de tela mosquitera.

—Tu mamá me ha cambiado la vida ¿sabes? —dijo—. Me estaba muriendo de hambre con esa maldita dieta de pescado y ensalada. Y ella me ha enseñado a buscarle el sabor a la vida.

—¿No dicen eso en una publicidad de cerveza?

—Es un verdadero petardo, Angela. Joder, desde que comenzamos a vernos, no puedo creer las cosas que me ha hecho hacer. Anoche me hizo probar pulpo por primera vez. Hubo también una noche en la que nos bañamos desnudos en el...

—Cállate. No quiero escuchar eso.

—Siento como que he vuelto a nacer. Nunca creí que conocería a una mujer como tu madre. —Cogió un filete y lo dio vuelta. El humo fragante se elevaba de la parrilla chisporroteante y Jane recordó todas las comidas veraniegas que su padre había cocinado en ese mismo lugar. Pero ahora era Korsak el que llevaría orgullosamente a la mesa la fuente de filetes, el que descorcharía las botellas. A esto has renunciado, papá. ¿Tu novia nueva ha valido la pena? ¿O despiertas cada mañana preguntándote por qué coño dejaste a mamá?

—Te lo aseguro —dijo Korsak—, tu padre fue un imbécil por dejarla. Pero ha sido lo mejor que me ha sucedido. —Se interrumpió

abruptamente. —Cielos. Eso no fue muy sensible de mi parte ¿no? Es que no puedo contenerme. ¡Me siento tan condenadamente feliz!

Angela salió de la casa con una fuente limpia para la carne.

—¿Qué es lo que te tiene tan feliz, Vince? —quiso saber.

—La carne —se apresuró a responder Jane.

Su madre rió.

—Pues este sí que tiene buen apetito. —Le propinó un empujón provocativo con la cadera. —En más de un sentido.

Jane resistió el impulso de cubrirse las orejas con las manos.

—Creo que iré adentro. Seguramente Gabriel ya querrá entregarme a Regina.

—Aguarda —dijo Korsak, y bajó la voz. —Ya que estamos aquí afuera, ¿por qué no nos cuentas las últimas novedades de ese caso tan raro? Me enteré de que ya sabéis el nombre del Asesino Arqueológico. Es el hijo de un millonario de Texas ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? Todavía no hemos revelado esa información.

—Tengo mis fuentes. —Le guiñó un ojo a Angela. —Nunca se deja de ser policía.

Lo cierto era que Korsak había sido un investigador muy perspicaz y en un tiempo, Jane se había apoyado en su capacidad.

—Por lo que oí, es un loco de mierda —dijo Korsak—. Mata a las mujeres y las preserva como suvenires. ¿Es cierto?

Jane miró a su madre, que escuchaba, absorta.

—Creo que es mejor que hablemos de esto en otra oportunidad. No quiero preocupar a mamá.

—Ay, pues habla tranquila —dijo Angela—. Me encanta cuando Vince cuenta sobre su antiguo trabajo. Me ha enseñado muchísimo sobre el trabajo policial. De hecho, voy a comprar una de esas radios policiales. —Sonrió a Korsak. —Y me enseñará a disparar.

—¿Soy la única a la que le parece una pésima idea? —dijo Jane—. Las armas son peligrosas, ma.

—Pues tú tienes una.

—Sé usarla.

—Yo también lo sabré. —Angela se inclinó hacia ella. —Venga, cuéntanos de este perpetrador. ¿Cómo elige a esas mujeres?

¿Acaso su madre acababa de utilizar la palabra perpetrador?

—Tiene que haber algo que todas tengan en común —dijo Angela. Miró a Korsak. —¿Cómo era esa palabra que utilizaste? ¿Algo sobre estudiar a las víctimas?

—Victimología.

—Exacto. ¿Qué es lo que muestra la victimología?

—El mismo color de pelo —dijo Korsak—. Así me han dicho. Las tres víctimas tenían cabello negro.

—Entonces tienes que tener mucho cuidado, Janie —dijo Angela—;

pues le gustan las chicas de pelo oscuro.

—El mundo está lleno de mujeres de pelo oscuro, ma.

—Pero a ti te tiene delante. Si le presta algo de atención a las noticias...

—Entonces sabrá que le conviene mantenerse lejos de Jane —dijo Korsak—. Por su propio bien. —Comenzó a pasar los filetes cocidos de la parrilla a la fuente.

—Hace una semana que habéis traído a esa chica de regreso ¿verdad? Y no ha sucedido nada.

—Entonces es probable que se haya marchado en busca de sitios mejores donde cazar.

—O que esté esperando que se calmen las aguas —comentó Jane.

—Sí, ese es el problema ¿no? Mantener la vigilancia consume muchos recursos. ¿Cómo saber cuándo quitarle la protección a alguien? ¿Cómo saber cuándo la chica estará a salvo?

Nunca, pensó Jane. Josephine pasará el resto de su vida mirando por encima de su hombro.

—¿Crees que volverá a matar? —preguntó Angela.

—Por supuesto que sí —le aseguró Korsak—. Tal vez no en Boston. Pero te garantizo que en este mismo momento está cazando en algún sitio.

—¿Cómo lo sabes?

Korsak cargó el último filete en la fuente y apagó la llama.

—Porque es lo que hacen los cazadores.

VEINTITRÉS

Durante toda la tarde del domingo la tormenta se había intensificado y ahora arreciaba en su peor momento. Sentada en su despacho sin ventanas, Josephine escuchaba el rugido de los truenos. El ruido retumbaba con tanta fuerza en las paredes que no oyó que Nicholas se había acercado a su puerta. Solo cuando habló se dio cuenta de que estaba allí.

—¿Alguien te llevará a tu casa esta tarde? —preguntó.

Vaciló en la puerta, como temiendo entrar en su espacio, temiendo que estuviera prohibido acercarse más a ella. Días atrás, el detective Frost había informado a los empleados del museo las medidas de seguridad y les había mostrado la fotografía de Bradley Rose, envejecida digitalmente para replicar el paso de dos décadas. Desde que Josephine había regresado, los empleados la habían tratado como un objeto frágil y habían mantenido una distancia cortés. Nadie se sentía cómodo trabajando cerca de una víctima.

Y yo no me siento cómoda siéndolo.

—Solo quería asegurarme de que tuvieras con quien irte a tu casa —dijo Robinson—. Porque si no es así, con gusto te llevaré.

—El detective Frost vendrá a buscarme a las seis.

—Ah. Claro. —Se quedó en la puerta como si tuviera algo más para decir, pero no se atreviera a hablar. —Me alegro de que hayas vuelto —fue todo lo que pudo decir antes de volverse.

—¿Nicholas?

—¿Sí?

—Te debo una explicación. Sobre varias cosas.

Aunque él estaba a pocos metros de distancia, a Josephine le resultaba difícil mirarlo a los ojos. Nunca antes la había hecho sentir tan incómoda. Era una de las pocas personas con las que por lo general se sentía a sus anchas, porque habitaban el mismo rinconcito esotérico del universo y compartían la misma pasión extraña por hechos oscuros y rarezas divertidas. De toda la gente a la que había engañado, Nicholas era el que más culpable la hacía sentirse, porque él, más que nadie, siempre había intentado ser su amigo.

—No he sido franca contigo —dijo y movió la cabeza con pesar—. De hecho, casi todo lo que sabes sobre mí es mentira. Comenzando con...

—Tu nombre, que no es realmente Josephine —dijo él en voz baja.

Sorprendida, lo miró. Antes, cuando sus miradas se encontraban, por lo general él desviaba la suya, nervioso. Esta vez, mantuvo los ojos fijos en ella.

—¿Cuándo te enteraste? —preguntó Josephine.

—Cuando te marchaste de Boston y no pude contactarte, me preocupé. Llamé a la detective Rizzoli y me enteré de la verdad. —Se sonrojó. —Me avergüenza admitirlo, pero llamé a tu universidad. Me preguntaba si tal vez...

—Si tal vez no habrías contratado a una impostora absoluta.

—No estuvo bien que invadiera tu privacidad, lo sé.

—No, es exactamente lo que tenías que hacer, Nicholas. Tenías muchos motivos para verificar mis antecedentes. —Suspiró. —Esa es la única cosa sobre la que he sido sincera. Me sorprende que me hayas permitido volver al trabajo. Nunca me dijiste nada al respecto.

—Quería encontrar el momento adecuado. Estaba esperando que estuvieras lista para hablar. ¿Lo estás?

—Me da la impresión de que ya sabes todo lo que necesitas saber.

—¿Cómo podría saberlo, Josephine? Siento como si solo empezara a conocerte ahora. Todo lo que me has contado sobre tu infancia... tus padres...

—Te mentí ¿sabes? —Habló con más aspereza de lo que deseaba y vio que él se sonrojaba. —No tenía opción —añadió en voz baja.

Nicholas entró en el despacho y se sentó. Eran tantas las ocasiones en las que se había dejado caer en la misma silla, con su taza matutina de café, y ambos habían conversado alegremente sobre el objeto más reciente que habían desenterrado del sótano o el detalle de información desconocido que alguno de los dos había logrado rastrear. Esta no era una de esas conversaciones agradables.

—Solo puedo imaginar lo traicionado que has de sentirte —dijo ella.

—No. No se trata tanto de eso.

—Estarás decepcionado, como mínimo.

Ver que él asentía le resultó doloroso, pues confirmaba el abismo que los separaba. Como para remarcar esa grieta, el estallido de un trueno quebró el silencio.

Josephine parpadeó para alejar las lágrimas.

—Lo siento —dijo.

—Lo que más me decepciona —respondió él—, es que no te hayas fiado de mí. Podrías haberme contado la verdad, Josie. Y yo habría estado de tu lado.

—¿Cómo puedes decir eso, si no lo sabes todo sobre mí?

—Pero te conozco a ti. No me refiero a cosas superficiales como el nombre que usas o en qué ciudades has vivido. Sé lo que te gusta y lo que te importa. Y eso llega más al corazón de alguien que si tu

nombre es realmente Josephine. Eso es lo que vine a decir. —Inspiró hondo. —Y... también otra cosa.

—¿Sí?

Bajó la mirada hacia sus manos, que se habían tensado súbitamente.

—Me preguntaba si... ejem... ¿te gusta el cine?

—Sí... claro.

—Ah, qué bien. ¡Qué... fantástico! Me temo que no estoy al tanto de lo que hay en cartelera, pero esta semana debe de haber algo adecuado. O tal vez la semana que viene. —Carraspeó. —Luego puedo llevarte a tu casa sana y salva, a una hora razona...

—Nicholas, ¡aquí estabas! —dijo Debbie Duke desde la puerta—. Tenemos que salir ahora o la oficina de envios cerrará.

Él levantó la mirada.

—¿Qué?

—Prometiste que me ayudarías a llevar esa caja a la oficina de envios de Revere. Va a Londres y tengo que ocuparme de los formularios de aduana. Lo haría yo, pero pesa más de veinte kilos.

—El detective Frost no ha venido a buscar a Josephine todavía. No me siento bien marchándome ahora.

—Simon y la señora Willebrandt siguen aquí y todas las puertas están cerradas con llave.

Él miró a Josephine.

—¿Dijiste que vendría a buscarte a las seis? Todavía falta una hora.

—Estaré bien —dijo Josephine.

—Venga, va, Nick —dijo Debbie—. La tormenta hará que el tránsito esté lento. Tenemos que salir ahora.

Él se puso de pie y siguió a Debbie fuera de la oficina. Mientras sus pasos retumbaban en el pozo de la escalera, Josephine se quedó frente a su escritorio, sorprendida por lo que acababa de suceder.

¿Es posible que Nicholas Robinson haya intentado invitarme a una cita?

Los truenos sacudieron el edificio y las luces parpadearon por un instante, como si el firmamento acabara de responder a su pregunta.

Sí, lo hizo.

Meneó la cabeza, azorada y contempló la pila de viejos libros de adquisiciones. Contenían las listas manuscritas de antigüedades que el museo había comprado a través del tiempo y ella había estado verificando lentamente esa lista, buscando cada uno de los objetos y evaluando su estado. Una vez más, intentó concentrarse en la tarea, pero su mente volvía a Nicholas.

¿Te gusta el cine?

Sonrió. Sí. Y tú también me gustas. Me has gustado desde el primer día.

Abrió un libro de décadas pasadas y reconoció la letra microscópica del Dr. William Scott-Kerr. Esos libros eran un registro del trabajo de cada curador y ella había notado el cambio de caligrafía cuando uno se iba y llegaba otro nuevo. Algunos, como el Dr. Scott-Kerr, habían estado muchos años en el museo; los imaginaba envejeciendo junto con la colección, caminando por los pisos crujientes junto a objetos del pasado que con el tiempo les habrían resultado tan conocidos como viejos amigos. Allí estaba el registro del reino de Scott-Kerr, escrito en sus apuntes ocasionalmente crípticos.

-Diente de dinosaurio, sin información sobre colección. Donado por el señor GErald DeWitt.

-Asas de vasija de arcilla, estampadas con discos de soles alados. Edad de Hierro. Recolectada en Nebi Samwil por el Dr. C. Andrews.

-Moneda de plata, probablemente del siglo III AC, estampada con imagen de Parténope, y un toro con cabeza humana en el reverso. Nápoles. Comprada a la colección privada del Dr. M. Elgar.

La moneda de plata estaba actualmente en exhibición en la galería de la planta baja, pero Josephine no tenía idea dónde estaban las asas de arcilla. Tomó nota mental de buscarlas y dio vuelta la página; encontró tres objetos anotados como grupo.

-Varios huesos, algunos humanos, otros equinos

-Fragmentos metálicos, posiblemente restos de arneses de animales

-Fragmento de hoja de puñal, posiblemente persa. Siglo III AC. Recogida por S. Crispin cerca del Oasis de Siwa, en Egipto.

Miró la fecha y se quedó paralizada en la silla. Aunque los truenos estallaban afuera, ella solo escuchaba los latidos de su corazón. El Oasis de Siwa. Simon estuvo en el desierto occidental, pensó. El mismo año que mi madre.

Cogió las muletas y echó a andar por el pasillo hasta el despacho de Simon.

La puerta estaba abierta, pero él había apagado las luces. Josephine escudriñó la oscuridad y lo vio sentado cerca de la ventana. La tormenta se había vuelto violenta y él contemplaba los relámpagos. Ráfagas poderosas de viento sacudían la ventana y una cortina de agua caía con fuerza contra el cristal, como arrojada por dioses furiosos.

—¿Simon? —dijo.

Él se volvió.

—Ah, Josephine. Ven a mirar. La Madre Naturaleza nos está brindando todo un espectáculo.

—¿Puedo preguntarle algo? Es sobre una anotación en este libro.

—Déjame verla.

Ella se acercó, apoyándose en las muletas y le entregó el libro. Entornando los ojos en la penumbra gris, él murmuró:

—Huesos varios. Fragmento de un puñal. —Levantó la mirada. —¿Cuál era tu pregunta?

—Aparece su nombre como el coleccionista. ¿Recuerda haber traído esos objetos?

—Sí, pero no les he echado un vistazo en años.

—Simon, estos artículos se recolectaron en el desierto occidental. La hoja se describe como posiblemente persa, del siglo III AC.

—Ah, claro. Quieres examinarla con tus propios ojos. —Cogió el bastón y se puso de pie con dificultad. —Pues bien, vayamos a verla y me dirás si concuerdas con mi evaluación.

—¿Sabe dónde están guardados estos objetos?

—Sé dónde deberían estar. A menos que alguien los haya cambiado de sitio desde que los vi por última vez.

Ella lo siguió por el pasillo hacia el antiguo ascensor. Nunca se había fiado de esa máquina y por lo general, evitaba tomarlo, pero ahora que usaba muletas se vio obligada a entrar. Cuando Simon cerró la puerta negra de rejas, se sintió como si una trampa hubiera cerrado sus fauces. El ascensor se estremeció de manera alarmante y lentamente bajó chirriando al subsuelo, donde Josephine pudo salir, aliviada.

Simon abrió la puerta de la zona de depósito.

—Si mal no recuerdo —dijo—, estos objetos eran pequeños, por lo que deberían estar en los estantes de atrás. —La guió dentro del laberinto de cajas. La policía de Boston había terminado la inspección y el suelo todavía estaba cubierto de viruta de madera y espuma de embalaje. Ella lo siguió por un pasillo estrecho hacia la zona más antigua del depósito; pasaron junto a cajas marcadas con nombres de lugares seductoramente exóticos. JAVA. MANCHURIA. INDIA. Por fin llegaron a una estantería de gran altura que contenía docenas de cajas.

—Ah, qué bien —dijo Simon, y señaló una caja de tamaño modesto

que contenía la fecha y el número de adquisición correspondiente—. Está en un sitio de fácil acceso. —La cogió y la apoyó sobre un cajón cercano. —Se siente un poco como Navidad ¿no crees? Abrirla y ver algo que nadie ha mirado en medio siglo. ¡Ah, mira qué tenemos aquí!

Metió la mano dentro de la caja y sacó un contenedor con huesos.

La mayoría eran solo fragmentos, pero ella reconoció algunos pedazos sólidos que habían permanecido intactos mientras que otras partes del esqueleto se habían rajado y gastado con el paso de los siglos. Cogió uno de los trocitos redondeados y sintió un aliento helado en el cuello.

—Huesos de la muñeca —murmuró. Humanos.

—Sospecho que todos estos pertenecen a un mismo individuo. Sí, esto me trae recuerdos. El calor y el polvo. La emoción de estar en medio de todo eso, pensando que en cualquier momento, tu pala puede chocar contra la historia. Fue antes de que estas viejas articulaciones me fallaran. Antes de que sin darme cuenta, envejeciera, algo que nunca creí que sucedería. Solía pensar que era inmortal. —Soltó una risa triste, un sonido de perplejidad ante el hecho de que las décadas hubieran podido pasar con tanta velocidad, dejándolo atrapado en un cuerpo estropeado. Miró el contenedor de huesos y dijo: —Este hombre desafortunado seguramente también pensó que era inmortal. Hasta que vio cómo sus compañeros enloquecían de sed. Hasta que su ejército se desplomó a su alrededor. Estoy seguro de que nunca imaginó que ese sería su final. Eso es lo que le hace el paso de los siglos hasta al más glorioso de los imperios. Lo convierte en nada más que arena.

Josephine volvió a colocar suavemente el hueso de la mano en el contenedor. No era más que un depósito de calcio y fósforo. Los huesos cumplían con su propósito y sus dueños morían y los abandonaban, como se abandona un bastón. Esos fragmentos eran todo lo que quedaba de un soldado persa condenado a morir en un desierto extranjero.

—Es parte del ejército perdido —dijo Josephine.

—Estoy casi seguro de que así es. Uno de los desafortunados soldados de Cambises.

Josephine lo miró.

—Usted estuvo allí con Kimball Rose.

—Sí, claro, era su excavación y pagaba muy bien. ¡Deberías haber visto el equipo que reunió! Docenas de arqueólogos. Cientos de excavadores. Estábamos allí para encontrar uno de los santos griales de la arqueología, esquivo como el Arca Perdida de la Alianza o la tumba de Alejandro. Cincuenta mil soldados persas desaparecidos sin más en el desierto; yo anhelaba estar allí cuando los encontraran.

—Pero no fue así.

Simon negó con la cabeza.

—Cavamos durante dos temporadas y lo único que encontramos fueron trozos de hueso y de metal. Restos de los rezagados, seguramente. Fue tan poco lo que se encontró que ni Kimball ni el gobierno egipcio quisieron quedarse con nada. Por eso trajimos todo aquí.

—No sabía que usted había trabajado con Kimball Rose. Nunca mencionó que lo conocía.

—Es un excelente arqueólogo. Un hombre sumamente generoso.

—¿Y su hijo? —preguntó Josephine en voz baja—. ¿Llegó usted a conocer bien a Bradley?

—Ah, Bradley. —Simon volvió a colocar la caja en el estante. —Todos quieren saber sobre Bradley. La policía. Tú. Pero lo cierto es que casi no recuerdo al chico. No puedo creer que un hijo de Kimball pueda ser una amenaza para ti. Esta investigación ha sido muy injusta con su familia. —Se volvió hacia ella y la repentina intensidad de su mirada la inquietó. —Solo quiere lo mejor para ti.

—¿A qué se refiere?

—De todos los candidatos que podría haber contratado, te elegí a ti. Porque él me dijo que lo hiciera. Te ha estado cuidando.

Josephine retrocedió.

—¿En serio no lo sabías? —preguntó, y avanzó hacia ella—. Desde el comienzo, ha sido tu amigo invisible. Me pidió que no te dijera una palabra, pero pensé que era hora que lo supieras. Siempre es bueno saber quiénes son nuestros amigos, sobre todo cuando son tan generosos.

—Los amigos no tratan de matarte. —Ella giró y se alejó, cojeando por entre el desfiladero de cajones.

—¿De qué estás hablando?

Josephine siguió por el laberinto, concentrada solamente en llegar a la salida. A sus espaldas, escuchaba el golpeteo del bastón de Simon contra el hormigón.

—¡Josephine, la policía está totalmente equivocada sobre él!

Ella tomó una curva en el laberinto y vio la puerta delante de si, entreabierta. ¿No la habíamos cerrado? Estoy segura de que la cerramos.

El golpeteo del bastón se escuchaba más cerca.

—Ahora lamento habértelo contado —dijo Simon—. Pero realmente deberías saber lo generoso que ha sido Kimball contigo.

¿Kimball?

Josephine se volvió.

—¿Cómo sabe de mi existencia? —preguntó.

En ese mismo momento, se apagaron las luces del depósito.

VEINTICUATRO

Había caído la noche cuando Jane bajó del Subaru y corrió bajo la lluvia hasta la entrada del Museo Crispin. La puerta principal estaba sin llave y ella entró, seguida por una ráfaga que hizo volar y caer al suelo húmedo los folletos que estaban sobre el escritorio de recepción.

—¿Ya es hora de comenzar a construir un arca? —preguntó el agente que montaba guardia cerca del escritorio.

—Sí, está lloviendo mucho. —Jane se quitó la chaqueta impermeable y la colgó de un perchero.

—Nunca vi tanta lluvia en un mismo verano y he vivido aquí toda la vida. Dicen que es por el calentamiento global.

—¿Dónde están todos? —preguntó Jane, dando por terminada la conversación de forma tan brusca que la expresión de él se tensó. Tras lo sucedido esa noche, ella no estaba de humor para hablar del tiempo.

El agente respondió con la misma sequedad que le había hablado ella:

—El detective Young está en el sótano. Su compañero está arriba, hablando con el curador.

—Comenzaré por el sótano.

Jane se colocó guantes y cubrezapatos de papel y se dirigió a la escalera. Con cada paso, se preparó mentalmente para lo que debería enfrentar. Cuando llegó al subsuelo, vio un crudo aviso de lo que la esperaba. Pisadas ensangrentadas, talla 43 o 44 de hombre, iban desde la zona de almacenaje hasta el ascensor. Junto a las huellas había una mancha alarmante de algo que había sido arrastrado por el suelo.

—¿Rizzoli? —dijo el detective Young. Acababa de salir del depósito.

—¿La encontrasteis? —preguntó Jane.

—Me temo que no está en ningún lugar de este edificio.

—Mierda. —Jane volvió a bajar la mirada hacia las manchas de sangre. —Se la ha llevado.

—Así parece. La arrastró por este pasillo y la subió en el ascensor hasta la planta baja.

—¿Y después, qué?

—La sacó por una puerta trasera que da a la zona de carga y descarga. Hay un callejón detrás del edificio donde podría haber dejado su vehículo. Nadie habría visto nada, menos esta noche, con tanta lluvia. No tuvo más que cargarla y llevársela.

—¿Cómo coño entró en el edificio? ¿No estaban cerradas con llave

las puertas?

—La guía más anciana -la señora Willebrandt- dijo que se retiró a eso de las cinco y cuarto y jura que cerró todas las puertas. Pero parece tener mil años, así que ¿cómo saber si su memoria funciona?

—¿Y los demás? ¿Dónde estaba el doctor Robinson?

—Fue con la señorita Duke a Revere a despachar un cajón. Dice que volvió a eso de las siete para terminar un trabajo y no vio a nadie. Supuso que la doctora Pulcillo se había retirado, por lo que al principio no se preocupó. Hasta que miró dentro del despacho de ella y vio que su bolso seguía allí. Entonces llamó al 911.

—El detective Frost tenía que llevarla a su casa hoy.

Young asintió.

—Eso nos dijo.

—¿Dónde está, entonces?

—Llegó justo después que nosotros. Ahora está arriba. —Young hizo una pausa y agregó en voz baja: —Trátalo con delicadeza ¿vale?

—¿Por haberla cagado?

—Dejaré que él te cuente lo sucedido. Pero antes... —Se volvió hacia la puerta. —Tengo que enseñarte esto.

Jane lo siguió dentro del depósito.

Las pisadas estaban mejor marcadas allí; las suelas del asesino estaban tan ensangrentadas que hasta habían dejado salpicaduras. Young se internó en el laberinto de cajones y señaló un pasillo estrecho. El objeto de su atención estaba encajado entre dos cajones de embalaje.

—No queda mucho de su cara —dijo Young.

Pero quedaba lo suficiente como para que Jane reconociera a Simon Crispin. El golpe se había estrellado contra su sien izquierda, destrozando huesos y cartílago, dejando un cráter de masa sanguinolenta. La sangre había chorreado de la herida al pasillo, desparramándose en un lago por el hormigón y empapando la viruta de madera que se veía en el suelo. Simon había sobrevivido brevemente al golpe, lo suficiente como para que su corazón siguiera latiendo y bombeando sangre que se había derramado de la cabeza destrozada al suelo.

—De algún modo este asesino logró manejar el tiempo a la perfección —dijo Young—. Ha de haber estado vigilando el edificio. Debió de ver que se retiraba la señora Willebrandt, lo que dejaba aquí solamente a dos personas. La doctora Pulcillo y un hombre de ochenta y dos años. —Young miró a Jane. —Entiendo que ella tenía la pierna enyesada, así que no habría podido huir. Ni defenderse demasiado, tampoco.

Jane miró las huellas que había dejado el cuerpo de Josephine cuando el asesino la había arrastrado. Le dijimos que estaría a salvo.

Por eso volvió a Boston. Confiaba en nosotros.

—Queda una última cosa que debes ver —dijo Young.

Ella levantó la mirada.

—¿Qué?

—Te la enseñaré. —La guió otra vez hacia la salida y emergieron del laberinto de cajones. —Allí —dijo Young y señaló la puerta cerrada. La palabra estaba escrita con sangre.

BÚSCAME.

Jane subió por la escalera hasta la segunda planta. Ya habían llegado la examinadora médica y el equipo de criminalística con todo su equipamiento y el edificio retumbaba con las voces y los pasos de un ejército de invasión; los ruidos subían por el pozo de la escalera. Jane se detuvo en la cima, súbitamente agotada y hastiada de sangre, muerte y fracaso.

Sobre todo, de fracaso.

El filete perfectamente asado que había comido en casa de su madre unas horas antes, ahora era como un ladrillo sin digerir en su estómago. De un minuto al otro, pensó; así es como un agradable domingo de verano puede convertirse en una tragedia.

Caminó por la galería de huesos humanos, pasando junto al esqueleto de la madre que acunaba fragmentos de su hijo y caminó por el pasillo hacia las oficinas administrativas. Por una puerta abierta, vio a Barry Frost sentado solo en uno de los despachos, con los hombros caídos y la cabeza entre las manos.

—¿Frost? —dijo.

Él se enderezó de mala gana y Jane se sorprendió al ver que tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Frost apartó la mirada, como avergonzado de que ella hubiera visto su dolor y se pasó rápidamente la manga de la camisa por la cara.

—Ay, Dios —dijo Jane—. ¿Qué te ha pasado?

Frost negó con la cabeza.

—No puedo con esto. Tienes que sacarme del caso.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—La cagué. Eso es lo que pasó.

Rara vez lo había oído utilizar palabrotas y escuchar esa palabra de sus labios la sorprendió más que su confesión. Entró en el despacho y cerró la puerta. Luego acercó una silla y se sentó directamente frente a él, para que estuviese obligado a mirarla.

—Tenías que acompañarla a su casa esta noche ¿no es así?

Él asintió.

—Era mi turno, sí.

—¿Entonces por qué no viniste a buscarla?

—Lo olvidé —respondió Frost en voz baja.

—¿Lo olvidaste?

Él dejó escapar un suspiro torturado.

—Sí, lo olvidé. Debería haber estado aquí a las seis, pero me distraje. Por eso ya no puedo trabajar en este caso. Tengo que

tomarme una baja.

—De acuerdo, metiste la pata. Pero tenemos una mujer desaparecida y necesito a todo el equipo.

—En este momento no te sirvo para nada. Solo volveré a cagarla.

—¿Qué coño te pasa? Te estás viniendo abajo justo cuando más te necesito.

—Alice quiere divorciarse —respondió Frost.

Ella se quedó mirándolo, sin saber qué responder. Si existiera un momento indicado para abrazar a su compañero, sería ese. Pero Jane nunca lo había abrazado y le resultaba falso comenzar a hacerlo ahora. De modo que se limitó a decir:

—Hombre, cuánto lo siento.

—Volvió a casa esta tarde —dijo él—. Por eso no pude ir a tu parrillada. Vino para darme la noticia en persona. Por lo menos tuvo la amabilidad de decírmelo en la cara. Y no por teléfono. —Frost volvió a pasarse la manga por la cara. —Yo sabía que algo estaba mal. Empecé a sentirlo en el aire desde el momento que comenzó a estudiar Derecho. Después de eso, nada de lo que yo hacía o decía parecía interesarle. Era como si yo fuera un policía bruto con el que se casó por accidente y ahora se arrepentía.

—¿Llegó a decirte eso?

—No fue necesario. Lo escuché en su voz. —Frost soltó una risa amarga. —Nueve años estuvimos juntos y de repente, ya no soy lo suficientemente bueno para ella.

Jane no pudo evitar hacer la pregunta obvia.

—¿Y quién es el otro, entonces?

—¿Qué diferencia hace si hay otro tío? Lo importante es que no quiere seguir casada. Conmigo, al menos. —Su cara se desmoronó y Frost se estremeció por el esfuerzo de no llorar. Pero las lágrimas brotaron de todos modos y él se inclinó hacia adelante, con la cabeza en las manos. Jane nunca lo había visto tan quebrado, tan vulnerable y estaba casi asustada. No sabía cómo consolarlo. En ese momento, habría preferido estar en cualquier otro lugar, aun en la escena del crimen más sangriento, en lugar de atrapada en ese despacho con un hombre que sollozaba. Se le ocurrió que debería quitarle el arma. Las armas y los hombres deprimidos no eran una buena combinación. ¿Se ofendería si lo hacía? ¿Se resistiría? Todas esas consideraciones cruzaban por su mente mientras le palmeaba el hombro y murmuraba sonidos inútiles de conmiseración. A la mierda con Alice. Nunca me cayó bien. Ahora la muy perra me ha arruinado la vida a mí también.

Frost se puso de pie abruptamente y se dirigió a la puerta.

—Tengo que salir de aquí.

—¿A dónde irás?

—No lo sé. A casa.

—Oye, llamaré a Gabriel. Ven a pasar la noche a nuestra casa. Puedes dormir en el sofá.

Frost negó con la cabeza.

—Olvídalo. Necesito estar solo.

—No me parece buena idea.

—No quiero estar con nadie ¿vale? Déjame en paz.

Jane lo observó, tratando de sondear hasta donde podía ejercer presión. Y comprendió que si estuviera en el lugar de Frost, ella también querría arrastrarse dentro de una cueva y no hablar con nadie.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Él se enderezó, como para juntar valor y salir del edificio pasando junto a colegas que verían su cara y se preguntarían qué había sucedido.

—No vale la pena que llores por ella —dijo Jane—. Es mi opinión.

—Puede ser —respondió él en voz baja—. Pero la amo. —Y abandonó la habitación.

Rizzoli lo siguió hasta la escalera y se quedó allí, en el descanso de la segunda planta, escuchando como Frost descendía pesadamente . Y se preguntó si no debería haberle quitado el arma.

VEINTICINCO

El incesante goteo de agua era como golpes de martillo contra su cabeza dolorida. Josephine gimió y el eco pareció devolverle la voz, como si estuviera en una enorme cueva que olía a moho y tierra fría y húmeda. Abrió los ojos y vio una oscuridad tan sólida que cuando extendió el brazo, sintió que casi podía tocarla. Aunque tenía la mano directamente delante de la cara, no podía ver ni un atisbo de movimiento ni el contorno más leve. El solo esfuerzo de tratar de mirar en la oscuridad le revolvió el estómago.

Luchando contra las náuseas, cerró los ojos y rodó de costado, donde quedó tendida con la mejilla apretada contra una tela húmeda. Se esforzó por comprender dónde estaba. Poco a poco comenzó a registrar información: se oía el goteo de agua; hacía frío; estaba sobre un colchón que olía a moho.

¿Por qué no puedo recordar cómo llegué hasta aquí?

Su último recuerdo era de Simon Crispin. El sonido de su voz asustada, sus gritos en la oscuridad del depósito del museo. Pero aquella había sido una oscuridad distinta, no como esta.

Volvió a abrir los ojos y esta vez lo que le revolvió el estómago no fueron náuseas; fue el miedo. Mareada, se incorporó. Escuchaba su propio corazón y el torrente sanguíneo en sus oídos. Extendió el brazo más allá del borde del colchón y tocó el suelo gélido de hormigón. Recorrió el perímetro con los brazos y descubrió, al alcance de la mano, una jarra de agua. Un cubo para desechos. Y algo blando, recubierto de plástico crujiente. Lo apretó y olió el aroma a levadura del pan.

Exploró el sitio, yendo cada vez más lejos. Su universo oscuro se expandía a medida que se alejaba de la isla protectora del colchón gateando sobre manos y rodillas; la pierna enyesada raspaba contra el suelo. Cuando dejó atrás el colchón en la oscuridad, sufrió un momento de pánico al darse cuenta de que tal vez no volvería a encontrarlo, que vagaría eternamente por el suelo helado buscando ese penoso trocito de confort. Pero el mundo desconocido no resultó ser tan vasto, después de todo: tras solo andar a gatas unos instantes, se topó contra una áspera pared de hormigón.

Apoyándose contra ella, logró ponerse de pie. El esfuerzo la dejó débil y se apoyó contra la pared, con los ojos cerrados, esperando que se le despejara la cabeza. Comenzaba a tomar conciencia de otros

sonidos. El zumbido de insectos. El ruido de algún animalito invisible corriendo por el suelo. Y por encima de todo, el incesante goteo de agua.

Avanzó cojeando, siguiendo la pared en busca de los límites de su prisión. Unos pocos pasos la llevaron a la primera esquina y sintió un extraño consuelo al descubrir que esa oscuridad no era infinita, que sus recorridos a ciegas no la llevarían a caerse del borde del universo. Con una mano sobre la siguiente pared, siguió andando. Unos doce pasos la llevaron a la segunda esquina.

Su prisión iba tomando forma lentamente en su cabeza.

Siguió por la tercera pared hasta que llegó a la siguiente esquina. Doce pasos por ocho pasos, pensó. Siete metros por diez metros, aproximadamente. Paredes y suelo de hormigón. Un sótano.

Comenzó a recorrer la siguiente pared y su pie chocó contra algo que salió despedido ruidosamente. Josephine se agachó y sus dedos se cerraron alrededor del objeto. Sintió cuero curvo, la superficie rugosa de piedras de fantasía. Un tacón aguja.

Un zapato de mujer.

Otra prisionera ha estado en este sitio, pensó. Otra mujer ha dormido sobre ese colchón y ha bebido de esa jarra de agua. Inspeccionó el zapato con las manos, explorando cada una de sus curvas con los dedos, buscando con desesperación alguna pista sobre su dueña. Mi hermana en la desgracia. Era un zapato pequeño, talla 36 o 37 y a juzgar por las piedras de fantasía incrustadas, seguramente había sido un zapato de fiesta para llevar con un vestido bonito y pendientes en una cita con un hombre especial.

O con el hombre equivocado.

De pronto comenzó a temblar de frío y desesperación. Apretó el zapato contra su pecho. El zapato de una mujer muerta, de eso no tenía dudas. ¿A cuántas otras mujeres habrían encerrado allí? ¿Cuántas vendrían después de ella? Inspiró temblorosamente e imaginó que inhalaba sus olores, el miedo y la desesperación de cada una de las mujeres que había temblado en esa oscuridad, una oscuridad que le había aguzado todos los otros sentidos.

Sintió el paso de la sangre por las arterias y el aire fresco que entraba en sus pulmones. Y olió el cuero húmedo del zapato que apretaba contra el pecho. Cuando pierdes los ojos, pensó, notas todos los detalles invisibles que antes te habrías perdido, del mismo modo que solo ves la luna cuando el sol finalmente se oculta.

Aferrando el zapato como si fuera un talismán, se obligó a seguir explorando la prisión; ¿habría más pistas sobre otras prisioneras en esa oscuridad? Imaginó el suelo cubierto de posesiones de mujeres muertas. Un reloj por aquí, un pintalabios por allí. ¿Y cuál de mis

pertenencias encontrarán algún día?, se preguntó. ¿Quedará algún rastro de mí o seré solo otra mujer desaparecida sobre cuyas últimas horas nadie sabrá nada?

La pared de hormigón terminó abruptamente y cambió a madera. Josephine se detuvo.

He llegado a la puerta.

Aunque el picaporte giraba con facilidad, no pudo mover la puerta; estaba trabada desde fuera. Gritó y golpeó con los puños, pero era de madera sólida y no logró otra cosa que lastimarse las manos. Agotada, se apoyó contra la puerta y a través del galope de su corazón, oyó un nuevo sonido, uno que la hizo tensarse de miedo.

El gruñido era grave y amenazante y en la oscuridad, ella no podía ubicarlo. Imaginó dientes y garras afiladas, imaginó al animal acercándose a ella, disponiéndose a atacarla. Luego oyó el ruido de una cadena y unos rasguños que llegaban desde algún sitio por encima de su cabeza.

Levantó la mirada. Por primera vez, vio una rendija de luz, tan débil que al principio no les creyó a sus ojos. Pero poco a poco la rendija comenzó a iluminarse más. Era la primera hora del amanecer que entraba por una diminuta ventana de ventilación, cubierta con tablas de madera.

Intentando entrar por la fuerza, el perro rasguñaba las tablas con sus garras. A juzgar por el gruñido, debía tratarse de un animal grande. Yo sé que él está allí fuera y él sabe que yo estoy aquí, pensó. Huele mi miedo y también lo quiere saborear. Jamás había tenido un perro y había imaginado tener algún día un Beagle o un pastor de las islas Shetland, alguna raza dulce y amable. No la bestia que montaba guardia afuera de la ventana. Una bestia que a juzgar por los sonidos que emitía, podría abrirle la garganta.

El perro ladró. Josephine oyó el ruido de neumáticos; el motor de un coche se apagó.

Se puso rígida y el corazón comenzó a golpearle contra las costillas; los ladridos se tornaron frenéticos. Levantó la mirada al oír pasos sobre su cabeza.

Dejó caer el zapato y se alejó todo lo que pudo de la puerta, hasta que su espalda quedó apretada contra la pared de hormigón. Escuchó que un cerrojo se abría. La puerta se abrió con un chirrido. El haz de una linterna iluminó el sitio y cuando el hombre se acercó, ella apartó la cara, enceguecida como si el mismísimo sol le estuviera quemando las retinas.

Él se quedó de pie frente a ella, sin decir nada. El sótano amplificaba cada sonido y Josephine oyó la respiración del hombre, lenta y regular, mientras él estudiaba a su prisionera.

——Déjame ir —susurró—. Por favor.

Él no pronunció palabra y fue su silencio lo que más la asustó. Hasta que vio lo que tenía en la mano y comprendió que le esperaban cosas mucho peores que el silencio.

Era un cuchillo.

VEINTISÉIS

—Todavía tenéis tiempo de encontrarla —dijo el Dr. Zucker, psicólogo forense—. Si suponemos que el asesino repetirá sus prácticas pasadas, le hará lo que le hizo a Lorraine Edgerton y a la víctima de la ciénaga. Ya la ha dejado inválida, así que ella no puede escapar ni defenderse con facilidad. Lo más probable es que la mantenga viva varios días, tal vez semanas. Lo suficiente como para satisfacer los rituales que él requiera antes de avanzar a la siguiente fase.

—¿La siguiente fase? —preguntó el detective Tripp.

—La de preservación. —Zucker señaló las fotos de las víctimas desplegadas sobre la mesa de la sala de conferencias. —Creo que ella está destinada a su colección. A ser su nueva reliquia macabra. La única pregunta es... —¿Qué método utilizará con la señorita Pulcillo?

Jane contempló las imágenes de las tres víctimas y pensó en las sangrientas opciones. ¿Extirparle los órganos, salarla y envolverla en vendajes como a Lorraine Edgerton? ¿Decapitarla, desollarla y reducirle las facciones al tamaño de las de una muñeca? ¿O hundirla en el agua negra de una ciénaga, preservando la agonía de la muerte para siempre en la máscara de cuero en que se convertiría su cara? ¿O acaso el asesino tendría un plan especial reservado para Josephine, alguna técnica nueva con la que todavía no se habían encontrado?

La sala de conferencias estaba en silencio y cuando Jane paseó la mirada por el equipo de detectives sentado alrededor del a mesa vio expresiones sombrías; todos concordaban en silencio con la perturbadora verdad: la nueva víctima se estaba quedando rápidamente sin tiempo. En el sitio que por lo general ocupaba Barry Frost, solo había una silla vacía. Sin él, el equipo parecía incompleto y Jane no pudo evitar dirigir una mirada a la puerta, con la esperanza de que él entrara súbitamente y ocupara su lugar.

—Es posible que dar con ella se reduzca a una sola cosa: como de profunda podemos meternos en la mente de su captor —dijo Zucker. Necesitamos más información sobre Bradley Rose.

Jane asintió.

—Estamos tratando de obtenerla. De averiguar dónde ha trabajado, donde ha vivido, quiénes son sus amigos. Coño, si tiene un grano en el trasero, también queremos saberlo.

—Sus padres deberían ser la mejor fuente de información sobre él.

—No hemos tenido suerte con ellos. La madre está demasiado enferma para hablar con nosotros. Y el padre... pues no ha hecho más que dar respuestas evasivas.

—¿Aun con la vida de una mujer en peligro? ¿No quiere colaborar?

—Kimball Rose no es un tío cualquiera. Para comenzar, es multimillonario y está protegido por un ejército de abogados. Las reglas no son para él. Ni para el desagradable de su hijo.

—Hay que presionarlo más.

—Crowe y Tipp acaban de regresar de Texas —dijo Jane—. Los envié allí pensando que tal vez algo de intimidación masculina funcionaría mejor. —Miró a Crowe, que seguía teniendo la espalda poderosa del jugador universitario de fútbol americano que había sido en un tiempo. Si alguien podía hacerse el macho, ese era Crowe.

—Ni siquiera pudimos acercarnos a él —se quejó Crowe—. En el portón nos detuvieron un abogado gilipollas y cinco guardias de seguridad. Nunca pudimos llegar a la puerta. Los Roses han construido una cerca alrededor de su hijo y no vamos a sonsacarles absolutamente nada.

—Bien, ¿qué sabemos entonces sobre el paradero de Bradley?

—Ha logrado mantenerse por debajo del radar desde hace tiempo —respondió Tripp. No hemos podido encontrar cargos registrados a tarjetas de crédito y hace años que no hay depósitos en su cuenta de seguridad social, por lo que no ha estado trabajando. En un empleo legítimo, claro está.

—¿En cuánto tiempo? —quiso saber Zucker.

—Trece años. No es que necesite trabajar cuando tiene a Rico MacPato como padre.

Zucker se quedó pensando un instante.

—¿Cómo sabéis que está vivo?

—Porque sus padres me han dicho que les envía cartas y correos electrónicos —respondió Jane—. Según el padre, Bradley ha está viviendo en el extranjero. Lo que tal vez explique por qué nos está resultando tan difícil rastrear sus movimientos.

Zucker frunció el entrecejo.

—¿Acaso un padre llegaría a esto? ¿A proteger y apoyar financieramente a un hijo sociópata peligroso?

—Creo que se está protegiendo a sí mismo, doctor Zucker. Su nombre, su reputación. No quiere que el mundo se entere de que su hijo es un monstruo.

—Todavía me cuesta creer que un padre esté dispuesto a hacer algo así por un hijo.

—Nunca se sabe —dijo Tripp—. Tal vez hasta ama a ese malnacido.

—Creo que Kimball también está protegiendo a su esposa —sugirió Jane—. Me ha contado tiene leucemia y lo cierto es que se veía muy enferma. Ella parece creer que su hijo no es otra cosa que un niñito dulce.

Zucker movió la cabeza con expresión incrédula.

—Pues estamos ante una familia profundamente patológica.

No tengo títulos pretenciosos en psicología, pero hasta yo podría haberte dicho eso.

—Tal vez la clave aquí sea el flujo de efectivo —prosiguió Zucker—. ¿Cómo hace Kimball para enviarle dinero al hijo?

—Rastrear eso presenta problemas —respondió Tripp—. La familia tiene cuentas múltiples, algunas en el exterior. Y él tiene una cantidad de abogados que lo protegen. Aun con un juez amistoso de nuestra parte, nos llevaría tiempo averiguarlo.

—Nos estamos enfocando solamente en la zona de Nueva Inglaterra —dijo Jane—. Buscamos si ha habido transacciones financieras en Boston y alrededores.

—¿Y qué hay de los amigos? ¿O Conocidos?

—Sabemos que hace veinticinco años, Bradley trabajó en el Museo Crispin. La señora Willebrandt, una de las guías, recuerda que él pasaba la mayoría del tiempo trabajando después de hora, cuando el museo estaba cerrado, por lo que nadie recuerda mucho sobre él. No dejó huella en nadie ni tampoco hizo amigos. Era como un fantasma. —Y lo sigue siendo, pensó Jane. Un asesino que entra en edificios cerrados con llave y esquiva las cámaras de seguridad. Que acecha a sus víctimas sin que nunca lo vean.

—Existe una fuente de información importante —dijo Zucker—. Nos daría el perfil psicológico más completo al que podríamos aspirar. Siempre y cuando el Instituto Hilzbrich entregue sus registros.

Crowe soltó una risotada sarcástica.

—Sí, claro. El internado ese para pervertidos.

—He llamado al antiguo director tres veces —respondió Jane—. El doctor Hilzbrich se niega a entregar los registros debido a la confidencialidad de los pacientes.

—La vida de una mujer está en riesgo. No puede negarse.

—Pues lo ha hecho. Mañana iré a Maine en el coche para presionarlo. Y ver si puedo conseguir información adicional.

—¿Cuál información?

—El legajo de Jimmy Otto. Él también fue alumno allí. Como Jimmy está muerto, tal vez el doctor me entregue su legajo.

—¿Cómo nos ayudaría eso?

—Queda bastante claro que Jimmy y Bradley fueron compañeros de caza durante mucho tiempo. Ambos estuvieron en la zona del Cañón Chaco. Y en Palo Alto al mismo tiempo. Y parecen compartir una obsesión con la misma mujer, Medea Sommer.

—Cuya hija ahora ha desaparecido.

Jane asintió.

—Tal vez por eso la eligió Bradley. Para vengarse. Porque su madre mató a Jimmy.

Zucker se echó hacia atrás en la silla con expresión consternada.

—Ese detalle en particular realmente me hace ruido.

—¿Cuál?

—La coincidencia, detective Rizzoli. ¿No le resulta notable? Hace doce años, Medea Sommer le disparó a Jimmy Otto en San Diego y lo mató. Luego la hija de Medea, Josephine, acaba trabajando en el Museo Crispin, el mismo sitio donde trabajó Bradley Rose. El mismo sitio donde estaban ocultos los cadáveres de dos de sus víctimas. ¿Cómo sucedió eso?

—A mí tampoco me cierra —admitió Jane.

—¿Sabe cómo Josephine consiguió ese trabajo?

—Se lo pregunté. Me dijo que el puesto estaba anunciado en un sitio web para egiptólogos. Ella se postuló y unas semanas después recibió una llamada en la que le ofrecían el puesto. Admite que le sorprendió que la eligieran.

—¿Quién hizo esa llamada?

—Simon Crispin.

Zucker arqueó una ceja ante esa información.

—Que ahora, casualmente, está muerto —murmuró.

Se oyeron unos golpes a la puerta y un detective asomó la cabeza en la sala.

—Rizzoli ha surgido algo. Es mejor que vengas a resolver la situación.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Un cierto millonario texano acaba de llegar hecho una tromba.

Jane se volvió, sorprendida.

—¿Kimball Rose está aquí?

—Ahora mismo está en el despacho de Marquette. Tienes que ir.

—Tal vez ha decidido colaborar, después de todo.

—No lo creo. Quiere tu cabeza y se lo está haciendo saber a todo el mundo.

—Joder, tía —murmuró Tripp—. Qué suerte que eres tú y no yo.

—Rizzoli ¿quieres que te acompañemos? —dijo Crowe, haciendo crujir sus nudillos de manera conspicua—. ¿Para darte un poco de apoyo psicológico?

—No. —Con los labios apretados, Jane recogió sus documentos y se puso de pie. —Hablaré con él. —Puede que quiera mi cabeza, pero yo voy a conseguir la de su hijo.

Atravesó la unidad de homicidios y golpeó a la puerta del teniente Marquette. Cuando entró, encontró a Marquette sentado detrás de su escritorio, con expresión inescrutable. No podía decirse lo mismo de su visita, que miró a Jane con inconfundible desprecio. Con solo hacer

su trabajo ella se había atrevido a desafiarlo, y a ojos de un hombre poderoso como Kimball Rose eso era claramente una ofensa imperdonable.

—Entiendo que os conocéis —dijo Marquette.

—Así es —respondió Jane—. Me sorprende que esté aquí el señor Rose. Porque se ha negado a atender mis llamadas.

—No tiene derecho —la acusó Kimball— de andar desparramando mentiras sobre mi hijo cuando no está aquí para defenderse.

—Disculpe, señor Rose —respondió Jane—, no entiendo a qué se refiere con desparramar mentiras.

—¿Cree que soy idiota? No he llegado a donde estoy solamente gracias a la suerte. Hago preguntas. Tengo mis fuentes. Sé de qué se trata su investigación. De ese caso demencial que está tratando de construir contra Bradley.

—Admito que el caso es ciertamente extraño. Pero aclaremos una cuestión: yo no construyo un caso. Sigo las pruebas hacia donde me llevan. Y de momento, apuntan directamente hacia su hijo.

—Mire, sé todo sobre usted, detective Rizzoli. Tiene la costumbre de hacer juicios apresurados. Como cuando hace algunos años mató de un disparo a un hombre desarmado sobre un tejado.

Ante la mención de ese penoso episodio, Jane se puso rígida. Kimball lo vio y hundió aún más el puñal.

—¿Acaso le dio al hombre la oportunidad de defenderse? ¿O se erigió como juez y jurado y simplemente apretó el gatillo, como lo está haciendo con Bradley?

Marquette intervino:

—Señor Rose, ese incidente no es relevante a la situación actual.

—¿Ah no? Es todo por esa mujer, que es una especie de bala perdida. Mi hijo es inocente. No tuvo nada que ver con ese rapto.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Marquette—. Ni siquiera puede informarnos dónde está su hijo.

—Bradley no es capaz de ejercer violencia. En todo caso, es más probable que ejerzan violencia contra él. Conozco a mi hijo.

—¿Está seguro? —dijo Jane—. Abrió la carpeta que tenía con ella y sacó una foto, que colocó con fuerza delante de Rose. Él se quedó mirando la imagen macabra de la tsantsa, los párpados cosidos, los labios perforados por hilos trenzados.

—Sabe cómo se llama esto, ¿no es así, señor Rose? —preguntó.

Él no respondió. A través de la puerta cerrada llegaban los sonidos de teléfonos y voces de detectives en la unidad de homicidios, pero en el despacho de Marquette, el silencio se prolongaba.

—Estoy segura de que ha visto una de estas con anterioridad —dijo Jane—. Un fanático de la arqueología muy viajado como usted seguramente ha estado en América del Sur.

—Es una tsantsa —dijo él por fin.

—Muy bien. Su hijo también lo sabría ¿verdad? Porque supongo que ha viajado por el mundo con usted.

—¿Y eso es todo lo que tiene contra él? ¿Que mi hijo es arqueólogo? —Resopló sarcásticamente. —Tendrá que esmerarse más en el tribunal.

—¿Qué me dice de la mujer a la que acechó? Medea Sommer hizo una denuncia contra él en Indio.

—¿Y qué? —Retiró los cargos.

—Y cuéntenos sobre el programa del instituto privado de tratamiento al que asistió en Maine. El Instituto Hilzbrich. Entiendo que se especializban en un cierto tipo de jóvenes problemáticos.

Él se quedó mirándola.

—¿Cómo demonios lo...?

—Yo tampoco soy idiota. Yo también hago preguntas. Entiendo que el instituto era muy exclusivo, muy especializado. Muy discreto. Supongo que era necesario, teniendo en cuenta la clientela. Cuénteme, entonces: ¿funcionó el programa para Bradley? ¿O lo hizo conocer amigos igual de pervertidos que él?

Rose miró a Marquette.

—Quiero que la aparte del caso o mis abogados se comunicarán con usted.

—Amiguitos como Jimmy Otto —continuó Jane—. Recuerda el nombre de Jimmy Otto ¿verdad?

Kimball la ignoró y mantuvo la atención sobre Marquette.

—¿Es necesario que vaya a ver a su comisionado de policía? Porque lo haré. Haré todo lo necesario, acudiré a todos mis contactos. ¿Teniente?

Marquette guardó silencio durante un momento. Un momento largo en el que Jane pudo apreciar hasta qué punto podía resultar avasallante Kimball Rose; no solo su presencia física, sino su poder tácito. Comprendía la presión a la que estaba sometido Marquette y se preparó para lo que vendría.

Pero Marquette no la decepcionó.

—Lo siento, señor Rose —dijo—. La detective Rizzoli es la investigadora a cargo y ella es la que manda.

Kimball lo fulminó con la mirada, como si no pudiera creer que dos míseros servidores públicos estuvieran desafiándolo. Se sonrojó de furia y se volvió hacia Jane.

—A causa de su investigación, mi esposa está en el hospital. Tres días después de que vino a preguntar sobre Bradley, se descompensó. La hice traer en avión aquí ayer, al hospital Dana-Farber. Tal vez no sobreviva a esto y la culpo a usted. La estaré vigilando, detective. No podrá siquiera mirar debajo de una roca sin que yo me entere.

—Seguramente sea allí donde encuentre a Bradley —replicó Jane —. Debajo de una roca.

Rose abandonó la habitación y cerró la puerta con violencia.

—Eso que dijiste —manifestó Marquette— no fue muy inteligente.

Ella suspiró y recogió la foto del escritorio.

—Lo sé —admitió.

—¿Cuán segura estás de que Bradley Rose es nuestro hombre?

—Noventa y nueve por ciento.

—Pues será mejor que estés noventa y nueve punto nueve por ciento segura. Porque ya has visto a quién tenemos en frente. Ahora su esposa está en el hospital y él se ha vuelto chaveta. Tiene dinero —y conexiones- como para arruinarnos la vida.

—Pues que nos la arruine, entonces. No cambiará el hecho de que su hijo es culpable.

—No podemos permitirnos más fracasos, Rizzoli. Tu equipo ya ha cometido un error gigantesco y esa joven ha pagado por él.

Si su intención había sido herirla, no pudo haberlo hecho mejor. Jane sintió que se le cerraba el estómago; aferró la carpeta con fuerza, como si ese fajo de papeles pudiera mitigar la culpa que sentía por el rapto de Josephine.

—Pero eso tú ya lo sabes —dijo Marquette en voz baja.

—Sí. Ya lo sé —respondió ella—.

Y ese error me perseguirá hasta el día en que muera.

VEINTISIETE

La casa donde vivía Nicholas Robinson estaba ubicada en Chelsea, no lejos de Revere, el vecindario de clase trabajadora donde había crecido Jane. Al igual que la casa paterna de Jane, la de Robinson era una residencia modesta con un porche cubierto y un pequeño jardín trasero. En el jardín delantero creían las plantas de tomates más grandes que Jane había visto en su vida, pero las lluvias recientes habían roto la fruta y algunos tomates, ya pasados, colgaban, pudriéndose, de las plantas. Los tomates descuidados deberían haberle servido de advertencia sobre el estado de ánimo de Robinson. Cuando él le abrió la puerta, Jane se sorprendió al ver su aspecto demacrado y enjuto; estaba despeinado y tenía la camisa arrugada como si en los últimos días hubiera dormido vestido.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó, estudiando su cara con atención.

—No, lo siento. ¿Puedo pasar, doctor Robinson?

Él asintió con aire cansado.

—Por supuesto.

En la casa de los padres de Jane en Revere, el televisor era la pieza central de la sala y la mesa de café estaba llena de diversos controles remotos que se habían ido clonando a sí mismos con el correr de los años. Pero en la sala de Robinson, ella no vio televisor, ni consola de entretenimientos ni control remoto alguno. Lo que sí había eran estanterías llenas de libros, figuras de cerámica y pequeñas piezas de alfarería; en la pared colgaban mapas enmarcados del mundo antiguo. Cada centímetro de esa casa hablaba de un académico empobrecido, pero había un cierto orden en los objetos, como si cada cosa estuviera precisamente donde debía estar.

Él miró a su alrededor como si no supiera qué hacer y movió las manos en un gesto de impotencia.

—Disculpe. Debería ofrecerle algo para tomar ¿verdad? Me temo que soy fatal como anfitrión.

—Estoy bien, gracias. ¿Qué le parece si nos sentamos a conversar?

Se sentaron en sillones cómodos pero gastados. Afuera, se oyó el rugido de una motocicleta que pasaba, pero dentro de la casa, había silencio y su dueño estaba conmocionado.

—No sé qué hacer —murmuró en voz baja.

—He oído que es posible que el museo cierre de manera permanente.

—No me refería al museo. Me refería a Josephine. Haría cualquier

cosa para ayudar a encontrarla, pero ¿qué puedo hacer? —Señaló sus libros, sus mapas. —Esto es lo que hago bien. Recolectar y catalogar. Interpretar detalles inútiles del pasado. ¿De qué le sirve a Josephine, dígame? De nada. —Bajó la mirada, vencido. —No le sirvió a Simon, tampoco.

—Tal vez sí pueda ayudarnos.

Él la miró con ojos hundidos por el agotamiento.

—Dígamelo. Dígame lo que necesite.

—Comenzaré con esta pregunta. ¿Qué relación tenía con Josephine?

Él frunció el ceño.

—¿Relación?

—Creo que era más que una colega. —Mucho más, a juzgar por lo que veía en su cara.

Él negó con la cabeza.

—Míreme bien, detective. Le llevo catorce años a Josephine. Soy muy miope, apenas si me mantengo con lo que gano y estoy empezando a perder el pelo. ¿Por qué alguien como ella querría a alguien como yo?

—O sea que ella no estaba interesada en una relación romántica.

—Imagino que no.

—¿Está diciéndome que no lo sabe? ¿Qué nunca se lo preguntó?

Él rió, avergonzado.

—No me atrevía a decírselo. Y no quería ponerla incómoda. Podría haber arruinado lo que sí teníamos.

—¿Y eso qué era?

Él sonrió.

—Ella es parecida a mí. Muy parecida a mí. Denos un viejo fragmento de hueso o una hoja oxidada y ambos podemos sentir el calor de la historia en ellos. Eso es lo que tenemos en común: la pasión por lo que vino antes que nosotros. El solo hecho de poder compartir esa parte habría alcanzado... —Bajó la cabeza y admitió: —Tenía miedo de pedir más que eso.

—¿Por qué?

—Por lo hermosa que es —respondió con voz suave como de plegaria.

—¿Esa fue una de las razones por las que la contrató?

Se dio cuenta de inmediato que su pregunta lo había ofendido. Su cara se tensó y él se puso rígido.

—Jamás contrataría a alguien por su aspecto físico. Mis únicos estándares son la competencia y la experiencia.

—Sin embargo, Josephine casi no tenía experiencia en su currículum. Acababa de terminar un programa de doctorado. Usted la

contrató como consultora y estaba mucho menos calificada que usted.

—Pero yo no soy egiptólogo. Por eso Simon me contó que había tomado a una consultora. Supongo que debería de haberme sentido ofendido, pero para ser franco, yo sabía que no estaba calificado para evaluar a Madam X. Soy consciente de mis propias limitaciones.

—Pues debió de haber habido egiptólogos más calificados que Josephine entre los cuales elegir.

—Sí, seguramente.

—¿No lo sabe?

—Simon fue el que tomó la decisión. Después de que publiqué el anuncio sobre el puesto, recibimos docenas de currículums. Yo estaba en pleno proceso de filtrado para reducir las opciones cuando Simon me informó que ya había tomado la decisión. Josephine ni siquiera habría pasado por mi primer filtro, pero él insistió con que debía ser ella. Y de algún modo, consiguió los fondos adicionales para contratarla a jornada completa.

—¿A qué se refiere con que consiguió los fondos adicionales?

—Llegó una donación sustancial. Las momias producen ese efecto ¿sabe? Entusiasman a los donantes, los predisponen mejor a abrir sus carteras. Cuando has trabajado en círculos arqueológicos tanto tiempo como Simon, sabes quién tiene bolsillos abultados. Sabes a quién pedirle dinero.

—¿Pero por qué eligió a Josephine? Esa es la pregunta a la que vuelvo una y otra vez. De todos los egiptólogos que podría haber contratado, de todos los candidatos con doctorados que se deben haber postulado, por qué ella?

—No lo sé. No me entusiasmaba la elección, pero tampoco me pareció sensato discutir porque me dio la impresión de que él ya había tomado la decisión y no había nada que pudiera hacer para que cambiara de parecer. —Robinson suspiró y miró por la ventana. —Y entonces la conocí —dijo en voz baja—. Y me di cuenta que no existía nadie con quien prefiriera trabajar. Nadie con quien prefiriera... —Se interrumpió.

En esa calle de casas modestas, el ruido del tránsito era constante, sin embargo esa sala parecía estar atrapada en un tiempo más refinado, un tiempo en el que un excéntrico de ropa arrugada como Nicholas Robinson podía envejecer, satisfecho, rodeado de sus libros y sus mapas. Pero se había enamorado y no había satisfacción en su cara, solo sufrimiento.

—Está viva —dijo—. Necesito creerlo. —Miró a Jane. —Usted lo cree ¿verdad?

—Sí, lo creo —respondió ella. Apartó la mirada antes de que él pudiera leer el resto de la respuesta en sus ojos. Pero no sé si podremos salvarla.

VEINTIOCHO

Esa noche, Maura cenó sola.

Había planeado una cena romántica para dos, y un día antes había ido a la tienda de comestibles en busca de ingredientes. Limones y perejil, pierna de ternera y ajo, todo lo necesario para preparar el plato favorito de Daniel, osso buco. Pero los mejores planes de los amantes ilícitos pueden desmoronarse en un instante con una sola llamada telefónica. Solo horas antes, Daniel había cancelado el encuentro, debido a que tendría que cenar con unos obispos de Nueva York que estaban de visita. La llamada había terminado como terminaba a menudo. Lo siento, Maura. Te amo, Maura. Ojalá pudiera liberarme de esto.

Pero nunca podía.

Ahora la carne de ternera estaba en el congelador y en lugar de osso buco, se había resignado a comer sola un bocadillo tostado de queso y un gin tonic bien cargado.

Pensó dónde estaría Daniel en ese momento. Imaginó una mesa con hombres vestidos de negro, las cabezas gachas mientras bendecían la comida antes de comenzar. El tintineo de vajilla y cubiertos mientras hablaban de asuntos de importancia para la iglesia: la disminución de ingresos en los seminarios, el envejecimiento de los sacerdotes. Cada profesión llevaba a cabo sus propias cenas de negocios y sin embargo cuando esta terminara, esos hombres no irían a sus casas a encontrarse con sus esposas y familias, sino a sus camas solitarias. Se preguntó: mientras bebes tu vino y observas a tus colegas, ¿te preocupa la ausencia de caras de mujeres, de voces de mujeres?

¿Piensas en mí en algún momento?

Presionó el bocadillo de queso contra la plancha caliente y contempló cómo siseaba la mantequilla, como se tostaba el pan. Al igual que los huevos revueltos, el bocadillo de queso tostado era una de sus comidas de último recurso y el aroma de la mantequilla quemada le trajo a la memoria las noches de agotamiento que había pasado como estudiante de medicina. Era también el aroma de las noches solitarias tras su divorcio, cuando planear una comida tomaba más esfuerzo del que podía hacer. El aroma a bocadillo de queso tostado era el aroma de la derrota.

Afuera caía la oscuridad y cubría misericordiosamente la huerta que Maura había sembrado con tanto optimismo en la primavera.

Ahora era una jungla de malezas, plantas de lechuga con tallo largo y guisantes no cosechados que colgaban secos como cuero de lianas enredadas. Algún día, pensó, la terminaré. La mantendré desmalezada y pulcra. Pero la huerta de ese verano era un desperdicio, otra víctima de demasiadas exigencias y distracciones.

Más que nada, de Daniel.

Vio su propia cara reflejada en el cristal de la ventana, con expresión abatida y los ojos cansados y hundidos. Esa imagen triste la sorprendió como si se tratara del rostro de una desconocida. En diez años, en veinte, ¿le seguiría devolviendo la mirada esa misma mujer?

La plancha humeaba y el pan comenzaba a quemarse. Apagó la hornalla y abrió la ventana para que saliera el humo, luego llevó el bocadillo a la mesa de la cocina. Queso y alcohol, pensó, mientras volvía a llenar su vaso con gin tonic. Todos los grupos alimenticios necesarios para una mujer melancólica. Mientras bebía, revisó la correspondencia que había traído del buzón esa misma noche; dejó a un lado los catálogos que no deseaba para poner luego en el cesto de reciclado y apiló las facturas que pagaría ese fin de semana.

Se detuvo ante un sobre con su nombre y dirección mecanografiados. No tenía remitente. Lo abrió y sacó una hoja de papel doblada. De inmediato la dejó caer como si quemara.

Impresa en tinta estaba la misma palabra que había visto pintada con sangre en la puerta del Museo Crispin.

BÚSCAME.

Se puso de pie de un salto y volcó el vaso con gin tonic. Los cubos de hielo cayeron al suelo, pero ella no les prestó atención y fue directamente al teléfono.

Sonó tres veces y una voz enérgica respondió:

—Rizzoli.

—¡Jane, creo que me ha escrito!

—¿Qué?

—¡Acabo de recibirlo con la correspondencia! Es una hoja de papel…

—Más lento. No te escucho bien debido al tránsito.

Maura hizo una pausa para calmarse y logró decir con algo de serenidad:

—El sobre está dirigido a mí. Contiene una hoja de papel con solo una palabra: Búscame. —Inspiró hondo y añadió en voz baja: —Tiene que ser él.

—¿Hay algo más escrito en esa hoja? ¿Cualquier otra cosa?

Maura dio vuelta la hoja y frunció el entrecejo.

—Del otro lado hay dos números.

Por el teléfono, escuchó el ruido de una bocina y a Jane maldiciendo por lo bajo.

—Oye, ahora mismo estoy atascada sobre la Avenida Columbus. ¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Voy hacia allí. ¿Tienes encendido el ordenador?

—No. ¿Por qué?

—¿Enciéndelo. Necesito que verifiques algo. Creo que sé lo que son esos números.

—Aguarda. —Con el teléfono y la hoja de papel en la mano, Maura fue a toda prisa hacia su despacho. —Lo estoy encendiendo ahora mismo —dijo, mientras el monitor parpadeaba y el procesador cobraba vida con un zumbido. —Cuéntame de estos números —dijo—. ¿Qué son?

—Creo que son coordenadas geográficas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Josephine nos contó que recibió una nota igual a la tuya con números y resultaron ser coordenadas de la Reserva Blue Hills.

—¿Por eso fue a caminar allí aquel día?

—El asesino la envió allí.

El ordenador estaba en funcionamiento.

—Venga, ya estoy. ¿Qué quieres que haga?

—Ve a Google Earth. Mete esos números en latitud y longitud.

Maura miró la nota otra vez y de pronto la golpeó el significado de la palabra Búscame.

—Ay, Dios —murmuró—. Nos está diciendo dónde buscar el cuerpo.

—Ojalá te equivoques. ¿Ya has ingresado los números?

—Lo haré ahora mismo. —Maura dejó el teléfono y comenzó a escribir, cargando los números en latitud y longitud. En la pantalla, el mapa global comenzó a moverse hacia las coordenadas especificadas. Maura cogió otra vez el teléfono y dijo: —Está ubicando el sitio.

—¿Qué muestra?

—El noreste de Estados Unidos. Massachusetts...

—¿Boston?

—Parece que... no, aguarda... —Maura se quedó mirando mientras los detalles cobraban foco. De pronto se le secó la boca. —Es en Newton —dijo en voz baja.

—¿En qué parte de Newton?

Maura cogió el ratón. Con cada clic la imagen se ampliaba. Vio calles, árboles, tejados de casas. De pronto comprendió qué barrio

estaba viendo y un escalofrío le erizó el pelo de la nuca.

—Es mi casa —susurró.

—¿Qué?

—Son las coordenadas de mi casa.

—Ay Dios. ¡Escúchame bien ! Enviaré a un coche patrulla de inmediato. ¿Tu casa está cerrada? Ve a revisar todas las puertas. ¡Anda, ve!

Maura corrió a la puerta principal. Estaba con llave. Revisó la del garaje: también estaba con llave. Se volvió hacia la cocina y de pronto quedó paralizada.

Dejé la ventana abierta.

Despacio, avanzó por el pasillo, con las manos sudadas y el corazón al galope. Al entrar en la cocina vio que la tela mosquitera de la ventana estaba intacta, al igual que la habitación. Los cubos de hielo derretido habían dejado un charco reluciente debajo de la mesa. Fue hasta la puerta y confirmó que estuviera con llave. Claro que lo estaba. Dos años antes, un intruso había entrado en su casa y desde aquel entonces, ella se había cuidado de cerrar las puertas y activar el sistema de seguridad. Cerró la ventana, la trabó y respiró varias veces hasta que su pulso comenzó a calmarse. Era solo una carta, pensó. Una provocación enviada a través del servicio de correos. Se volvió y estudió el sobre en el que había llegado la nota. Solo entonces notó que el sello estaba intacto, no había pasado por ninguna oficina de correos.

La ha traído él mismo. Ha venido hasta mi calle y me la ha dejado en el buzón.

¿Qué otra cosa me ha dejado?

Miró por la ventana, preguntándose qué secretos escondería la oscuridad. Fue hasta donde estaban los interruptores de luz exterior y se dispuso a encenderlos; otra vez le sudaban las manos. Temía lo que la luz podría revelar, temía que el mismo Bradley Rose estuviera fuera de su ventana, observándola. Pero cuando encendió las luces, el resplandor no reveló ningún monstruo. Vio la parrilla a gas y los muebles de jardín de madera de teca que había comprado el mes pasado, pero todavía no había utilizado. Y más allá de la terraza, en la periferia de los reflectores, apenas pudo ver el borde en sombras de su jardín. Nada alarmante, nada fuera de lugar.

Súbitamente, un movimiento pálido captó su atención; algo blanco ondeaba en la oscuridad. Se esforzó por ver qué era, pero no cobraba forma, no se revelaba. Sacó una linterna del cajón de la cocina e

iluminó la noche. El haz de luz se posó sobre el árbol de peras Nashi que había plantado hacía dos veranos en una esquina del jardín. De una de sus ramas colgaba algo blanco y flameante, algo que se mecía lánguidamente en el viento.

Sonó el timbre de la puerta.

Maura se volvió velozmente y sus pulmones se hincharon por el miedo. Corrió al pasillo y por la ventana de la sala vio el parpadeo azul eléctrico de un coche patrulla. Abrió la puerta y se encontró con dos agentes de la policía de Newton.

—¿Todo en orden, doctora Isles? —preguntó uno de los policías—. Recibimos aviso de un posible intruso en esta dirección.

—Estoy bien. —Maura exhaló con fuerza. —Pero necesito que vengáis conmigo a verificar algo.

—¿Qué cosa?

—Está en el jardín de atrás.

Los policías la siguieron por el pasillo hasta la cocina. Maura frenó allí, preguntándose si no estaba a punto hacer un papel ridículo. La típica mujer sola e histérica que imagina fantasmas colgando de un árbol. Ahora que tenía a dos agentes a su lado, el miedo había desaparecido y tenía otras preocupaciones más prácticas en la mente. Si el asesino realmente le había dejado algo, tendría que acercarse al objeto de manera profesional.

—Aguardad aquí un minuto —dijo y corrió al armario de la sala, donde guardaba una caja de guantes de látex.

—¿Le importaría decirnos qué sucede? —dijo uno de los policías.

Ella volvió a la cocina con la caja de guantes y les dio un par a cada uno.

—Por las dudas —dijo.

—¿Para qué son?

—Por si hay pruebas. —Cogió la linterna y abrió la puerta de la cocina. Afuera, la noche veraniega olía a mantillo de corteza de pino y césped mojado. Despacio, cruzó el jardín, barriendo con la linterna la terraza, la huerta, el jardín, buscando cualquier otra sorpresa que pudieran haber dejado para que encontrara. Lo único fuera de lugar era lo que ondeaba en las sombras delante de ella. Se detuvo frente al peral y apuntó la linterna hacia el objeto que colgaba de la rama.

—¿Eso? —dijo el policía—. Es solo una bolsa plástica de compras.

Con algo dentro. Pensó en todos los horrores que podían caber dentro de esa bolsa plásticas, todas las reliquias macabras que un asesino podría tomar de una víctima: de pronto ya no quiso mirar dentro. Que lo haga Jane, pensó. Que otra persona fuera la primera en verlo.

—¿Esto es lo que le preocupa? —preguntó el policía.

—Él la puso ahí. Entró en mi jardín y la colgó de ese árbol.

El agente se colocó los guantes.

—Pues, venga, veamos de qué se trata.

—No. Aguarde...

Pero él ya había descolgado la bolsa de la rama. Iluminó el contenido con la linterna y aun en la oscuridad Maura lo vio hacer una mueca de desagrado.

—¿Qué es? —preguntó.

—Parece ser algún tipo de animal. —Abrió la bolsa para que ella viera el contenido.

A primera vista, lo que vio parecía ciertamente una mata de alguna clase de pelo oscuro. Pero cuando comprendió lo que realmente era, las manos se le convirtieron en hielo dentro de los guantes de látex.

Miró al policía.

—Es cabello —dijo en voz baja—. Y creo que es humano.

VEINTINUEVE

—Pertenece a Josephine —dijo Jane.

Maura estaba sentada a la mesa de la cocina, contemplando la bolsa para pruebas que contenía una gruesa mata de pelo negro.

—No lo sabemos —objetó.

—Es del mismo color. Y del mismo largo. —Jane señaló el sobre que había contenido la nota. —El asesino nos está diciendo qué él lo ha enviado.

A través de la ventana de la cocina, Maura veía las linternas del equipo de escena del crimen que había pasado la última hora rastrillando su jardín. Y en la calle había tres coches policiales con las luces encendidas; sin duda los vecinos estarían espiando el espectáculo por la ventana. Soy la mujer que no quieres tener en tu vecindario, pensó. En mi casa aparecen regularmente coches policiales y unidades de criminalística y furgonetas de la televisión. Le habían arrebatado la privacidad, habían expuesto su hogar a las cámaras de la televisión y ella quería abrir la puerta y gritarles a los reporteros que se fueran de su calle y la dejaran en paz. Imaginó cómo transmitirían eso en las noticias de la noche: la médica forense furiosa, gritando como una desquiciada.

El verdadero objeto de su furia no eran las cámaras, sin embargo, sino el hombre que las había atraído hasta allí. El hombre que había escrito la nota y había dejado ese recuerdo colgando del peral. Miró a Jane:

—¿Por qué coño me ha enviado esto a mí? No soy más que la examinadora médica. Estoy en la periferia de tu investigación.

—Has estado presente en casi todas las escenas de muerte. De hecho, fuiste la primera persona que participó en este caso, que comenzó con la tomografía computada de Madam X. Tu cara ha salido por la televisión.

—La tuya también, Jane. Podría haberle enviado ese suvenir a la policía de Boston. ¿Por qué vino a mi casa? ¿Por qué lo dejó en mí jardín?

Jane se sentó y la miró desde el otro lado de la mesa.

—Si hubiera enviado ese pelo a la policía de Boston, lo habríamos manejado de manera interna y reservada. En cambio, se enviaron coches patrulla a tu casa y ahora tienes peritos de criminalística pisoteando tu propiedad. Nuestro muchacho ha convertido esto en un espectáculo público. —Se interrumpió. —Lo que puede ser su intención.

—Le gusta ser el centro de atención... —dijo Maura.

—Y no hay dudas de que ahora lo es.

Afuera, el equipo de técnicos de escena del crimen había terminado con la búsqueda. Maura escuchó que se cerraban las puertas de las camionetas y el gruñido de motores se alejaba.

—Hace unos instantes hiciste una pregunta —dijo Jane—. ¿Por qué yo? ¿Por qué el asesino dejaría el suvenir en tu casa, en lugar de enviarlo al departamento de policía?

—Acabamos de concordar en que es porque busca atención.

—Se me ocurre otra razón ¿sabes? Y no te agradará. —Jane encendió el ordenador portátil que había traído consigo y navegó hasta el sitio web del periódico The Boston Globe.

—¿Recuerdas haber leído esta nota sobre Madam X?

En el monitor apareció un artículo de archivos del periódico. LOS SECRETOS DE LA MOMIA MISTERIOSA A PUNTO DE SER REVELADOS. Lo acompañaba una fotografía a color de Nicholas Robinson y Josephine Pulcillo junto al cajón que contenía a Madam X.

—Sí, la leí —respondió Maura.

—Este artículo fue recogido por los servicios de noticias. Salió en muchos periódicos. Si nuestro asesino vio esta historia, entonces se habrá enterado de que acababa de aparecer el cadáver de Lorraine Edgerton. Y de que después de la tomografía habría mucho alboroto. Ahora mira esto.

Jane abrió otro archivo guardado en el ordenador y apareció una imagen en pantalla. Era una fotografía en primer plano de una joven con largo pelo negro y cejas delicadamente arqueadas. No era una fotografía espontánea, sino que mostraba una pose formal frente a un fondo profesional, una foto que podría haber sido tomada para el anuario de alguna universidad.

—¿Quién es? —quiso saber Maura.

—Se llamaba Kelsey Thacker. Era una estudiante universitaria a la que vieron por última vez hace veintiséis años, caminando hacia su casa desde un bar cercano. En la localidad de Indio, estado de California.

—¿Indio? —dijo Maura. Y pensó en el periódico arrugado que había extraído de dentro de la cabeza de la tsantsa: un periódico con fecha de hacía veintiséis años.

—Revisamos las denuncias buscando todas las mujeres que desaparecieron de la zona de Indio aquel año. El nombre de Kelsey Thacker apareció de inmediato. Y cuando vi su fotografía, no tuve dudas. —Señaló la imagen. —Creo que así se veía Kelsey antes de que un asesino le cortara la cabeza. Antes de que la desollara. Antes de que redujera su cráneo y lo colgara de un cordel como un puto adorno navideño. —Jane tomó aire, furiosa. —Sin cráneo, no tenemos forma

de identificarla por los registros dentales. Pero estoy segura de que se trata de ella.

Maura seguía mirando la cara de la mujer.

—Se parece a Lorraine Edgerton —dijo en voz baja.

—Y también a Josephine. Bonita, de pelo oscuro. Creo que queda claro el tipo de mujer que atrae a este asesino. También sabemos que ve las noticias. Se entera de que han hallado a Madam X en el Museo Crispin y tal vez tanta publicidad lo entusiasma. O tal vez le molesta. Lo importante es que él es el centro. Y ve la foto de Josephine en ese artículo sobre la momia. Bonita, pelo negro. Idéntica a la chica de sus sueños. La clase de chica que parece matar una y otra vez.

—Y eso lo trae a Boston.

—Seguramente también vio este artículo. —Jane abrió otra nota periodística del archivo del Boston Globe, esta vez sobre la Mujer de la Ciénaga. APARECE UN CADÁVER EN EL COCHE DE UNA MUJER. Acompañando a la nota se veía una fotografía de archivo de Maura, con la leyenda: La médica forense no ha determinado la causa de la muerte hasta el momento. —Es una fotografía de otra mujer bonita de pelo negro —dijo Jane. Miró a Maura a los ojos. —Puede que nunca hayas notado el parecido, doc, pero yo sí lo he hecho. La primera vez que os vi a ti y a Josephine en la misma habitación pensé que podrías ser su hermana mayor. Por eso le he pedido al Departamento de Policía de Newton que vigilara tu casa. Tal vez no sea mala idea que te marches de casa por unos días. Tal vez sea también buen momento para que pienses en conseguirte un perro. Un perro bien grande.

—Tengo sistema de alarma, Jane.

—Los perros tienen dientes. Además, te haría compañía —Jane se puso de pie para marcharse. —Sé que te gusta la privacidad. Pero hay ocasiones en que una mujer no debería estar sola.

Pero estoy sola, pensó Maura más tarde mientras observaba cómo el coche de Jane se alejaba y desaparecía en la noche. Sola en una casa silenciosa sin siquiera un perro que me haga compañía.

Conectó el sistema de seguridad y caminó de un lado a otro por la sala, inquieta como un animal enjaulado; su mirada se posaba constantemente en el teléfono. Finalmente ya no pudo resistirse a la tentación. Sintiéndose como una adicta con síndrome de abstinencia, levantó el receptor y con dedos temblorosos de urgencia, pulsó los números del móvil de Daniel. Por favor responde. Por favor, necesito poder contar contigo.

La llamada pasó a buzón de voz.

Maura cortó sin dejar un mensaje y se quedó mirando el teléfono, sintiéndose traicionada por su silencio. Esta noche te necesito, pensó, pero no puedo dar contigo. Siempre has sido inalcanzable para mí porque Dios es tu dueño.

El resplandor de las luces de un coche hizo que se acercara a la ventana. Afuera, un coche patrulla de la policía de Newton pasó despacio delante de su casa. Ella saludó con la mano en señal de reconocimiento al agente anónimo que la protegía en una noche en la que el hombre al que amaba no lo hacía ni podía hacerlo. ¿Qué veía el agente al pasar delante de su casa? A una mujer con una casa confortable, rodeada de los adornos del éxito, que estaba sola en la ventana, aislada y vulnerable.

Sonó el teléfono.

Es Daniel, fue su primer pensamiento, y para cuando levantó bruscamente el auricular, el corazón le latía como el de un corredor de corta distancia.

—¿Te encuentras bien, Maura? —dijo Anthony Sansone.

Decepcionada, habló con más sequedad de lo que quería.

—¿Y por qué no lo estaría? —respondió.

—Entiendo que hubo alboroto en tu casa esta noche.

No la sorprendió que él ya se hubiera enterado de lo sucedido. Sansone siempre se las arreglaba para captar cada inquietante temblor, cada cambio en el viento.

—Ya pasó todo —respondió—. La policía se ha ido.

—No deberías estar sola esta noche. ¿Qué te parece si haces una maleta y paso a recogerte? Puedes quedarte aquí en Beacon Hill todo lo necesario.

Maura miró por la ventana la calle desierta y pensó en la noche que tenía por delante. Podía pasarla despierta, escuchando, nerviosa, cada crujido, cada ruido en la casa. O podía refugiarse en la seguridad de la mansión de él, que la había fortificado contra un universo de amenazas que él creía se alineaban en su contra. En su fortaleza tapizada de terciopelo, amueblada con antigüedades y retratos medievales, Maura estaría protegida y segura, pero sería refugiarse en un mundo oscuro y paranoico con un hombre que veía conspiraciones por doquier. Sansone siempre la había turbado; aun ahora, cuando hacía ya meses que lo conocía, le resultaba un misterio, un hombre aislado por su riqueza y por su inquietante creencia en el eterno lado oscuro de la humanidad. Podría estar a salvo en su casa, pero no se sentiría cómoda.

Afuera, la calle seguía desierta, el coche patrulla había seguido su camino. Solo quiero a una persona conmigo aquí esta noche, pensó. Y es la única persona con quien no puedo contar.

—¿Maura, paso a recogerte, entonces? —preguntó Sansone.

—No es necesario —respondió—. Iré en mi coche.

La última vez que Maura había estado en la mansión de Beacon Hill de Sansone, era enero y el fuego ardía en el hogar para alejar el

frío invernal. Aunque ahora era una noche cálida de verano, la casa seguía pareciendo fría, como si el invierno se hubiera asentado permanentemente en esos salones revestidos de madera oscura, donde rostros sombríos miraban desde los retratos en las paredes.

—¿Ya has cenado? —preguntó Sansone, mientras le entregaba la maleta de ella a un empleado, que se retiró discretamente. —Puedo pedirle al cocinero que prepare algo.

Maura pensó en su bocadillo caliente de queso, del que solo había comido unos mordiscos. No contaba como cena, pero no sentía apetito, por lo que solo aceptó una copa de vino. Era un suntuoso Amarone, tan oscuro que parecía casi negro en la luz de la sala. Maura bebió lentamente bajo la mirada indiferente del antepasado del siglo dieciséis de Anthony, cuyos ojos penetrantes miraban desde el retrato que colgaba sobre el hogar.

—Hace demasiado tiempo que no vienes de visita —dijo él, y se acomodó en el sillón estilo imperio frente al de ella—. Siempre tengo la esperanza de que aceptes las invitaciones a nuestras cenas mensuales.

—He estado demasiado ocupada para poder venir a tus reuniones.

—¿Ese es el único motivo? ¿Qué estás ocupada?

Maura bajó la mirada a la copa de vino.

—No —admitió.

—Sé que no crees en nuestra misión. ¿Pero sigues pensando que somos una banda de lunáticos?

Ella levantó la mirada y vio que él sonreía con algo de ironía.

—Pienso que la Sociedad Mefisto tiene una visión aterradora del mundo.

—¿Y tú no? Te pasas el tiempo en esa sala de autopsias y ves llegar a las víctimas de homicidios. Ves las pruebas grabadas en sus cuerpos. Dime que eso no sacude tu fe en la humanidad.

—Solo me dice que hay ciertas personas que no son parte de la sociedad civilizada.

—Personas a las que difícilmente podríamos llamar humanas.

—Pero es que son humanas. Puedes llamarlas como quieras: depredadores, cazadores, hasta demonios. Su ADN sigue siendo igual al nuestro.

—¿Entonces qué las hace distintas? ¿Qué las lleva a matar? —Apoyó la copa de vino y se inclinó hacia ella; su mirada era tan perturbadora como la del retrato que colgaba sobre el hogar. —¿Qué hace que un niño privilegiado se deforme y convierta en un monstruo como Bradley Rose?

—Pues no lo sé.

—Ese es el problema. Intentamos echarle la culpa a infancias traumáticas, padres violentos o la degradación del ambiente. Y sí,

algunas conductas criminales pueden explicarse de ese modo. Y luego están los ejemplos excepcionales, los asesinos que se distinguen por su crueldad. Nadie sabe de dónde provienen estos seres. No obstante, todas las generaciones producen un Bradley Rose y un Jimmy Otto y muchos otros depredadores como ellos. Están siempre entre nosotros y tenemos que reconocer que existen. Y defendernos.

Maura lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Cómo supiste tanto sobre este caso?

—Ha habido mucha publicidad.

—El nombre de Jimmy Otto no es de público conocimiento. La policía no lo ha revelado.

—El público no hace las preguntas que hago yo. —Cogió la botella de vino y volvió a llenar la copa de Maura. —Mis fuentes en las fuerzas del orden confían en que seré discreto y yo confío en que ellas serán fidedignas. Compartimos las mismas preocupaciones y los mismos objetivos. —Dejó la botella y miró a Maura. —Igual que tú y yo, Maura.

—No siempre estoy segura de que sea así.

—Ambos queremos que esa joven sobreviva. Queremos que la policía de Boston la encuentre. Eso significa que tenemos que comprender con exactitud por qué este asesino se la ha llevado.

—La policía tiene a un psicólogo forense colaborando con el caso. Ya tienen cubierto ese territorio.

—Y están utilizando el enfoque convencional: Se ha comportado así antes, así que volverá a comportarse del mismo modo. Pero este rapto es completamente distinto de los anteriores, de los que estamos enterados.

—¿Diferente en qué sentido? Comenzó dejándola inválida, como ha sido su patrón.

—Pero luego se desvió de ese patrón.

—¿Qué quieres decir?

—Tanto Lorraine Edgerton como Kelsey Thacker desaparecieron sin dejar rastros. Ninguno de los raptos fue seguido con provocaciones como búscame. No hubo notas ni suvenires enviados a miembros de las fuerzas de la ley. Aquellas mujeres simplemente desaparecieron. Esta víctima es diferente. Con la señorita Pulcillo, el asesino parece estar suplicando que le prestéis atención.

—Tal vez quiera que lo atrapen. Tal vez sea una petición para que alguien finalmente lo haga detenerse.

—O tiene otra razón para querer toda esta publicidad. Tienes que admitir que buscar publicidad es precisamente lo que ha estado haciendo al montar estos incidentes de alto perfil. El cadáver de la ciénaga en el maletero. El asesinato y el rapto en el museo. Y ahora lo último: dejar un recuerdo en tu jardín. ¿Te diste cuenta de la

velocidad con que la prensa apareció en tu vecindario?

—Los reporteros a menudo monitorean las radios policiales.

—Alguien les avisó, Maura. Alguien los llamó.

Maura se quedó mirándolo.

—Piensas que ha sido el asesino que está desesperado por obtener atención?

—Y la está consiguiendo. Ahora bien, la pregunta es : ¿de quién es la atención que busca? —Hizo una pausa. —Me preocupa que sea la tuya.

Maura negó con la cabeza.

—Ya ha llamado mi atención y lo sabe. Si esta conducta es para llamar la atención, busca un público mucho más numeroso. Le está diciendo al mundo entero: Miradme. Mirad lo que he hecho.

—O apunta con su conducta a una persona en particular. Alguien que verá esas noticias en los medios y reaccionará a ellas. Creo que se está comunicando con alguien, Maura. Tal vez sea con otro asesino. O con una futura víctima.

—Tenemos que preocuparnos por su víctima actual.

Sansone negó con la cabeza.

—Ya la ha tenido durante tres días. No es una buena señal.

—A sus otras víctimas las mantuvo vivas durante más tiempo.

—Pero no les cortó el pelo. No jugó a los enigmas con la policía y la prensa. Este rapto se está moviendo por una línea de tiempo distinta de los demás. —Miró a Maura con escalofriante pragmatismo. —Esta vez las cosas son diferentes. El patrón del asesino ha cambiado.

TREINTA

El vecindario de Cape Elizabeth donde vivía el doctor Gavin Hilzbrich era un suburbio próspero de las afueras de Portland, en el estado de Maine, pero a diferencia de las propiedades bien cuidadas de la calle, la casa de Hilzbrich estaba en el fondo de una parcela cubierta de árboles y el césped irregular se estaba muriendo por falta de sol. Desde el camino de entrada de la gran casa de estilo colonial, Jane notó la pintura descascarillada y el musgo sobre las tejas del tejado, indicios de la mala salud de las finanzas del doctor. Su casa, al igual que su cuenta de banco, casi seguramente había conocido épocas mejores.

A primera vista, el hombre de pelo canoso que abrió la puerta daba un aspecto de prosperidad. Si bien tendría poco menos de setenta años, estaba erguido y no se veía abatido ni por la edad ni los padecimientos económicos. A pesar de que era un día cálido, llevaba una chaqueta de tweed, como si estuviera a punto ir a dar clases en una universidad. Solo después de observarlo con atención, Jane notó que las solapas estaban gastadas y la chaqueta le colgaba de los hombros huesudos. No obstante, él la miró con desdén, como si nada que esa visita pudiera decir fuera a resultarle mínimamente interesante.

—¿Doctor Hilzbrich? —dijo Jane—. Soy la detective Rizzoli. Hablamos por teléfono.

—No tengo nada más que decirle.

—No tenemos demasiado tiempo para salvar a esta mujer.

—No puedo hablar de mis antiguos pacientes.

—Anoche, su antiguo paciente nos envió un suvenir.

Él frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? ¿Qué suvenir?

—El pelo de la víctima. Se lo cortó, lo metió dentro de una bolsa de compras y lo colgó de un árbol, como si fuera un trofeo. Bien, no sé cómo un psiquiatra como usted interpretaría eso, soy solo policía. Pero detesto pensar en lo que podría cortarle después. Y si el siguiente suvenir que encontramos es una parte de su cuerpo, le doy mi palabra de que volveré hasta su puerta e invitaré a unas cuantas cámaras de televisión a que me acompañen. —Dejó que la información se asentara. —Entonces ¿va a hablar, ahora?

Él la miraba con los labios apretados en dos líneas tensas. Sin decir palabra, se hizo a un lado para permitirle el paso.

Dentro de la casa había olor a cigarrillo; una costumbre malsana

que se volvía todavía peor en esa casa, donde Jane vio cajas de archivos atestadas a ambos lados del pasillo. Dirigió una mirada al pasar hacia un despacho lleno de cosas y vio ceniceros desbordantes y un escritorio cubierto de papeles y más cajas.

Lo siguió hasta la sala, que estaba opresivamente oscura y sombría pues los frondosos árboles del jardín bloqueaban la luz del sol. Allí se había mantenido una semblanza de orden, pero el sofá de cuero sobre el que se sentó estaba manchado y la mesa de café elegantemente tallada tenía marcas de incontables tazas apoyadas con descuido sobre la madera. Ambos seguramente habían sido muebles caros, evidencia del pasado más afluente de su dueño. Quedaba claro que la situación económica de Hilzbrich se había hecho pedazos, dejándolo con una casa que no podía mantener. Pero el hombre que estaba sentado frente a ella no parecía derrotado ni mostraba ninguna humildad. Seguía siendo en cada centímetro de su cuerpo el Doctor Hilzbrich, lidiando con el fastidio sin importancia de una investigación policial.

—¿Cómo sabe que mi antiguo paciente es responsable del rapto de esta joven? —preguntó.

—Tenemos varios motivos para sospechar de Bradley Rose.

—¿Cuáles?

—No puedo revelar esa información.

—¿Y sin embargo pretende que yo le revele su historia psiquiátrica?

—¿Cuándo la vida de una mujer está en peligro? Sí, claro que sí. Y usted sabe muy bien cuáles son sus obligaciones. —Hizo una pausa. —Sobre todo porque ya ha pasado por esta misma situación.

La repentina rigidez de la cara de Hilzbrich le informó que él sabía perfectamente bien de qué estaba hablando.

—Ya sucedió que uno de sus pacientes se descarriló —prosiguió ella—. Los padres de la víctima no estaban muy conformes con ese asunto de la confidencialidad médico-paciente ¿no es así? Suele pasar cuando a una familia le cortan a la hija en pedazos. Quedan destruidos, luego se enfadan mucho y terminan con una demanda judicial. Y todo sale en los periódicos. —Paseó la mirada por la descuidada habitación. —¿A propósito, sigue usted atendiendo pacientes?

—Sabe muy bien que no .

—Sí, supongo que debe de ser difícil ejercer la psiquiatría cuando a uno le revocan la licencia.

—Fue una cacería de brujas. Los padres necesitaban culpar a alguien.

—Sabían exactamente a quien culpar: al enfermo de su paciente. Usted fue el que declaró que se había curado.

—La psiquiatría no es una ciencia exacta.

—Pues tenía que saber que fue su paciente. Cuando mataron a esa chica, debió de reconocer su marca registrada.

—No tenía pruebas de que hubiera sido él.

—Usted solo quería que el asunto desapareciera. Así que no hizo nada ni habló con la policía. ¿Piensa volver a hacerlo con Bradley Rose, cuando está en posición de ayudarnos a detenerlo?

—No sé cómo puedo ayudarla.

—Compartiendo su historia clínica con nosotros.

—No comprende. Si os la doy, él... —Se interrumpió.

— ¿Él? —Jane lo miró con tanta intensidad que él se echó hacia atrás, como si lo estuviera empujando físicamente contra la silla. — ¿Se refiere al padre de Bradley ¿no es así?

El doctor Hilzbrich tragó saliva.

—Kimball Rose me advirtió que usted vendría. Me recordó que la historia psiquiátrica es confidencial.

—¿Aún cuando la vida de una mujer está en peligro?

—Dijo que me demandaría si yo entregaba los registros. —Soltó una risita avergonzada y paseó la mirada por la sala. —¡Como si pudieran quitarme algo más! Esta casa está en posesión del banco. El instituto ha estado cerrado por años y pronto pasará a manos del estado. Ni siquiera puedo pagar los malditos impuestos inmobiliarios.

—¿Cuándo se comunicó Kimball con usted?

Él se encogió de hombros.

—Hace cosa de una semana, tal vez más. No recuerdo la fecha.

Eso habría sido poco después del viaje de Jane a Texas. Desde el principio, Kimball Rose había intentado bloquear la investigación para proteger a su hijo.

Hilzbrich suspiró.

—De todas maneras, no puedo entregarle ese legajo. Ya no lo tengo.

—¿Quién lo tiene?

—Nadie. Se destruyó.

Jane lo miró, incrédula.

—¿Cuánto le pagó Rose para que lo haga? ¿Se vendió barato, doctor?

Hilzbrich se sonrojó y se puso de pie.

—No tengo nada más para decirle.

—Pues yo tengo muchísimo para decirle a usted. En primer lugar, le enseñaré qué ha estado haciendo Bradley. —Buscó dentro del maletín y sacó un fajo de fotos. Una por una las colocó con fuerza sobre la mesa de café, formando una galería grotesca de víctimas. — Aquí tiene el trabajo artesanal de su paciente.

—Voy a pedirle que se marche.

—Mire bien lo que ha hecho.

Hilzbrich se volvió hacia la puerta.

—No tengo por qué mirarlas.

—¡Que las mire, joder!

Él se detuvo y se volvió lentamente hacia la mesa baja. Cuando su mirada se posó sobre las fotos, sus ojos se agrandaron de espanto. El psiquiatra quedó paralizado en su sitio y Jane se puso de pie y avanzó hacia él.

—Colecciona mujeres, doctor Hilzbrich. Está a punto de añadir a Josephine Pulcillo a esa colección. Nos queda poco tiempo antes de que la mate. Antes de que la convierta en algo como eso. —Señaló el cuerpo momificado de Lorraine Edgerton. —Y si lo hace, usted tendrá sangre en las manos.

Hilzbrich seguía mirando las imágenes. Las piernas parecieron aflojársele y se tambaleó hasta una silla donde se sentó con los hombros caídos hacia adelante.

—Usted sabía que Bradley era capaz de esto ¿no es así?

Él negó con la cabeza.

—No lo sabía.

—Era su psiquiatra.

—¡Pero fue hace más de treinta años! Tenía apenas dieciséis años. Y era callado y de buen comportamiento.

—O sea que lo recuerda.

Una pausa.

—Sí —admitió él—. Recuerdo a Bradley. Pero no sé qué podría contarle que pudiera resultarle útil. No tengo idea de dónde está ahora. Ciertamente jamás pensé que era capaz de... —Echó una rápida mirada a las fotos. —... de eso.

—¿Porque era callado y de buen comportamiento? —Jane no pudo evitar soltar una risa cínica. —Usted, más que nadie, debe saber que los peores son los callados. Debió haber reconocido las señales, aun cuando tenía dieciséis años. Algo que le advirtiera que algún día le haría eso a una mujer.

A regañadientes, Hilzbrich volvió a concentrarse en la fotografía del cadáver momificado.

—Sí, habría tenido el conocimiento y probablemente las habilidades para hacer eso —admitió—. Estaba fascinado con la arqueología. Su padre le envió una caja de libros de texto sobre egiptología y Bradley los leía una y mil veces. De manera obsesiva. Así que sí, seguramente sabría cómo momificar un cuerpo, pero llegar a atacar y raptar a una mujer? —Negó con la cabeza. —Bradley nunca tomaba la iniciativa en nada y tenía problemas para enfrentar a las personas. Era un seguidor, no un líder. Pienso que la culpa de eso la tiene el padre. —Miró a Jane. —¿Conoce a Kimball?

—Sí.

—Entonces habrá visto cómo da órdenes a todos. En esa familia, Kimball toma todas las decisiones. Decide qué le conviene a su esposa y a su hijo. Cada vez que Bradley tenía que decidir algo, aun algo sencillo como qué comer para la cena, tenía que pensarlo mucho, hasta el último detalle. Tenía problemas para tomar decisiones instantáneas y para raptar una víctima eso es algo muy necesario ¿no cree? La ves, la deseas, la raptas. No tienes tiempo de ponerte a pensar si lo harás o no.

—¿Pero si tenía la oportunidad de planearlo, no lograría hacerlo?

—Podría fantasear al respecto. Pero el chico al que yo conocí habría tenido miedo de enfrentarse a una chica.

—¿Entonces cómo terminó en el instituto? ¿No era esa su especialidad, muchachos con conductas sexuales criminales?

—Las perversiones sexuales se presentan en una variedad de formas.

—¿Cuál era la forma de Bradley?

—Las acechaba. Se obsesionaba. Era voyerista.

—¿Me está diciendo que era solo un mirón?

—De algunas formas había ido más allá de eso, razón por la cual su padre lo envió al instituto.

—¿Cuánto más allá?

—Al principio lo pillaron varias veces espiando por la ventana de una vecina adolescente. Luego pasó a seguirla en la escuela y cuando ella lo rechazó en público, entró en su casa cuando estaba vacía y le prendió fuego a la cama. Fue entonces cuando el juez les dio un ultimátum a los padres de Bradley: o el muchacho iniciaba tratamiento o lo encarcelaban. Los Rose eligieron enviarlo fuera del estado para que el cotilleo no llegara a su exclusivo círculo de amigos. Bradley entró en el instituto y permaneció dos años.

—Una estadía bastante larga.

—Por pedido de su padre. Kimball quería al muchacho completamente enderezado para que no volviera a avergonzar a la familia. La madre quería que regresara a casa, pero Kimball no cedió. Y Bradley parecía contento aquí. En el instituto teníamos bosque y senderos, hasta un estanque para pescar. Disfrutaba de la vida al aire libre y hasta logró hacer amigos.

—¿Amigos como Jimmy Otto?

Hilzbrich hizo una mueca de desagrado al oír ese nombre.

—Veo que también recuerda a Jimmy —observó Jane.

—Sí —respondió en voz baja—. Jimmy era... imposible de olvidar.

—¿Sabe que ha muerto? Lo mataron de un disparo hace doce años en San Diego. Cuando entró por la fuerza en la casa de una mujer.

Él asintió.

—Me llamó un detective de San Diego. Quería información sobre

él. Me preguntó si pensaba que Jimmy podría haber estado cometiendo un acto criminal cuando lo mataron.

—Supongo que le habrá dicho que sí.

—He tratado a cientos de jóvenes sociópatas, detective. Muchachos que incendiaban sitios, torturaban animales, atacaban a sus compañeras. Pero solamente algunos de ellos me hacían sentir miedo. —La miró a los ojos. —Jimmy Otto era uno de ellos. Era un avezado depredador.

—Y Bradley ha de haber aprendido de él.

Hilzbrich parpadeó.

—¿Cómo dice?

—¿No está enterado de que eran socios? Cazaban juntos, Bradley y Jimmy. Y se conocieron en su instituto. ¿No estaba al tanto?

—Teníamos solamente treinta pacientes en sistema de internado, así que por supuesto que se habrían conocido y habrían participado juntos en terapias grupales. Pero esos chicos tenían personalidades completamente diferentes.

—Tal vez por eso trabajaban tan bien en conjunto. Se complementaban. Uno era el líder, el otro, el seguidor. No sabemos quién elegía las víctimas ni quién las mataba, pero queda claro que eran socios. Juntos estaban montando una colección. Hasta la noche en que mataron a Jimmy. —Jane le dirigió una mirada dura. —Y ahora Bradley continúa sin él.

—Pues entonces se ha convertido en una persona distinta de la que recuerdo. A ver: sé que Jimmy era peligroso. Aun con quince años, me infundía miedo. Todos le tenían miedo, hasta sus padres. ¿Pero Bradley? —Negó con la cabeza. —Sí, es amoral, se podría convencerlo de hacer cualquier cosa, tal vez hasta de matar. Pero es un seguidor, no un líder. Necesita que alguien le dé órdenes, que alguien tome las decisiones.

—Está usted diciendo que necesita otro socio como Jimmy.

Hilzbrich se estremeció.

—Gracias a Dios no hay demasiados monstruos como Jimmy Otto. Detesto pensar en lo que Bradley podría haber aprendido de él.

Jane bajó la mirada hacia las fotos. Aprendió lo suficiente como para seguir solo. Lo suficiente como para convertirse en un monstruo igual que Jimmy.

Miró a Hilzbrich.

—Dice usted que no puede darme el legajo de Bradley.

—Ya se lo he dicho. Toda su información ha sido destruida.

—Entonces deme el de Jimmy Otto.

Él vaciló, desconcertado por el pedido de Jane.

—¿Por qué?

—Jimmy está muerto, así que no puede quejarse sobre

confidencialidad entre el médico y el paciente.

—¿De qué le serviría su legajo?

—Era el socio de Bradley. Viajaban juntos, mataban juntos. Si logro entender a Jimmy, tal vez eso me abra una ventana al hombre en que se ha convertido Bradley.

Hilzbrich lo pensó durante unos instantes, luego asintió y se puso de pie.

—Tengo que buscar el legajo. Puede llevarme varios minutos.

—¿Lo tiene aquí?

—¿Cree que puedo permitirme alquilar un depósito? Todos los archivos del instituto están en mi casa. Si me espera, se lo daré —dijo, y abandonó la sala.

Las fotos grotescas que estaban sobre la mesa habían cumplido su propósito y Jane ya no soportaba seguir viéndolas. Mientras las recogía, tuvo una imagen perturbadora de una cuarta víctima, otra belleza de pelo oscuro salada y encogida y se preguntó si en ese mismo momento Josephine estaría entrando en el más allá.

Sonó su teléfono. Jane soltó las fotos para atender.

—Soy yo —dijo Barry Frost.

Jane no había esperado que él la llamara. Mientras juntaba valor para escuchar una actualización de sus problemas matrimoniales, preguntó con suavidad:

—¿Cómo estás?

—Acabo de hablar con la doctora Welsh.

Ella no tenía idea de quién era la doctora Welsh.

—¿Es la terapeuta matrimonial que pensabais ir a ver? Me parece una excelente idea. Alice y tú tenéis que hablar de este asunto y pensar en cómo queréis seguir.

—No, no hemos ido a una terapeuta todavía. No llamo para eso.

—¿Quién es la doctora Welsh, entonces?

—Una bióloga de la Universidad de Massachusetts, la que me explicó todo sobre turberas y ciénagas. Me llamó hoy y creo que querrás escuchar esto.

Hablar de turberas y ciénagas era un gran progreso, pensó Jane. Por lo menos él no iba a sollozar sobre su hombro por Alice. Miró el reloj, preguntándose cuánto tardaría el doctor Hilzbrich en encontrar el legajo de Jimmy Otto.

—... y es realmente raro. Por eso le llevó tantos días identificarlo. Tuvo que llevárselo a un botánico de Harvard y él acaba de confirmarlo.

—Disculpa —dijo Jane—. ¿De qué estás hablando?

—De ese material vegetal que extrajimos del pelo de la Mujer de la Ciénaga. Había hojas y una especie de vaina con semillas. La doctora Welsh dijo que proviene de una planta llamada... —Hubo una pausa y

Jane oyó el ruido de papeles mientras él revisaba sus notas. —Carex onorensis. También se la llama junco de orono.

—¿Esta planta crece en las ciénagas?

—Y en el campo. También a los costados de los caminos y en claros del bosque. La muestra parecía fresca, por lo que ella cree que se adhirió al pelo del cadáver cuando movieron el cuerpo. El junco de orono no produce vainas antes de julio.

Jane estaba completamente concentrada en sus palabras.

—Dijiste que era una planta rara. ¿Cómo de rara?

—Solamente crece en una zona en el mundo. El valle del río Penobscot.

—¿Y eso dónde está?

—En el estado de Maine. Cerca de la zona de Bangor.

Jane contempló por la ventana la espesa cortina de árboles que rodeaba la casa del doctor Hilzbrich. Maine. Bradley Rose pasó dos años de su vida aquí.

—Rizzoli —dijo Frost—. Quiero regresar. Quiero volver a estar en el equipo.

—¿Seguro que estás listo?

—Necesito hacer esto. Necesito ayudar.

—Pues ya lo has hecho —respondió ella—. Bienvenido de nuevo.

Cuando cortó, el doctor Hilzbrich volvió a la sala, trayendo tres carpetas.

—Aquí están los archivos de Jimmy —dijo y se las entregó.

—Necesito saber algo más, doctor.

—¿Sí?

—Dijo usted que el instituto ha estado clausurado. ¿Qué sucedió con la propiedad?

Él negó con la cabeza.

—Estuvo a la venta durante años, pero nunca se vendió. Era un sitio demasiado remoto como para resultarle de interés a los desarrolladores. No pude seguir pagando los impuestos, por lo que estoy a punto de perderlo.

—¿Actualmente está desocupado?

—Hace años que está cerrado.

Jane volvió a mirar el reloj y calculó cuántas horas de luz le quedaban. —Miró a Hilzbrich. —Indíqueme cómo llegar hasta allí.

TREINTA Y UNO

Despierta y tendida sobre el colchón mohoso, Josephine miraba la oscuridad de su prisión y pensaba en el día en que doce años atrás, su madre y ella habían huido de San Diego. Era la mañana después de que Medea había lavado la sangre del suelo y las paredes y se había deshecho del hombre que había invadido su casa, cambiando sus vidas para siempre.

Habían cruzado la frontera de México y mientras el coche corría a toda velocidad por los matorrales áridos de Baja, Josephine seguía temblando de miedo. Pero Medea estaba extrañamente calma y concentrada, las manos firmes sobre el volante. Josephine no había entendido cómo su madre podía estar tan serena. Eran tantas las cosas que no había entendido. Ese fue el día en que vio a su madre como realmente era.

El día en que se enteró que era la hija de una leona.

—Todo lo que he hecho ha sido por ti —le dijo Medea mientras conducía; el asfalto relucía por el calor del desierto. —Lo he hecho para que siguiéramos juntas. Somos una familia, cariño, y una familia se mantiene unida. —Miró a su hija que se acurrucaba contra ella, aterrada, como un animal herido. —¿Recuerdas cuando te conté sobre la familia nuclear? ¿Cómo la definen los antropólogos?

Un hombre acababa de desangrarse en su casa. Acababan de deshacerse de su cadáver y habían huido de su país. ¿Y su madre tranquilamente iba a darle una lección de teoría antropológica?

A pesar de la incredulidad en los ojos de su hija, Medea prosiguió:

—Los antropólogos te dirán que una familia nuclear no está compuesta por madre, padre e hijo. No, es madre e hijo. Los padres van y vienen. Izan las velas y se marchan al mar o a la guerra y a menudo no regresan. En cambio la madre y el hijo están conectados para siempre. Madre e hijo son la unidad primordial. Nosotras somos esa unidad y haré todo lo que sea necesario para protegerla, para protegernos a ti y a mí. Por ese motivo tenemos que huir.

Y así lo habían hecho; habían huido. Habían abandonado una ciudad que ambas habían amado, una ciudad que había sido su hogar por tres años, lo suficiente como para hacer amistades y vínculos.

En una noche, con un solo disparo, todos esos vínculos se habían cortado para siempre.

—Mira dentro de la guantera —le indicó Medea—. Hay un sobre.

La hija, todavía aturdida, encontró el sobre y lo abrió. Dentro había dos certificados de nacimiento, dos pasaportes y una licencia de

conducir.

—¿Qué es esto?

—Tu nuevo nombre.

La niña abrió el pasaporte y vio su foto; recordaba vagamente haber posado para esa foto unos meses antes, a insistencia de su madre. No se había percatado de que era para un pasaporte.

—¿Qué opinas? —preguntó Medea.

La niña miró el nombre. Josephine.

—Bonito ¿verdad? —dijo Medea—. Es tu nuevo nombre.

—¿Por qué lo necesito? ¿Por qué tenemos que volver a hacer esto? —La voz de la niña se convirtió en un chillido de histeria. —¿Por qué?

Medea salió al arcén y detuvo el coche. Cogió la cara de su hija en las manos y la obligó a mirarla.

—Lo hacemos porque no tenemos alternativa. Si no huimos, me enviarán a la cárcel. Y te separarán de mí.

—¡Pero no has hecho nada! ¡No lo mataste tú! ¡Fui yo!

Medea la tomó de los hombros y la sacudió con fuerza.

—Nunca, jamás, le cuentes eso a nadie ¿me entiendes? ¡Nunca! Si nos atrapan o si la policía nos encuentra alguna vez, tienes que decirles que lo maté yo. Que yo maté a ese hombre, no tú.

—¿Por qué quieres que mienta?

—Porque te amo y no quiero que sufras por lo que sucedió. Le disparaste para protegerme. Y ahora yo te protejo a ti. Así que prométeme que guardarás el secreto. ¡Prométemelo!

Y su hija se lo había prometido, aunque los sucesos de aquella noche seguían grabados en su memoria: su madre caída en el dormitorio, el hombre de pie junto a ella. El brillo extraño de una pistola sobre la mesa de noche. Lo pesada que le había parecido cuando la cogió. Cómo le temblaban las manos cuando disparó. Ella, y no su madre, había matado al intruso. Ese era el secreto entre ambas, el secreto que solo ellas sabían.

—Nadie debe saber nunca que lo mataste tú —le había dicho Medea—. Es mi problema, no el tuyo. Jamás será el tuyo. Te volverás mayor y seguirás con tu vida. Y serás feliz. Y esto permanecerá enterrado en el pasado.

Pero no había permanecido enterrado, pensó Josephine, tendida en su prisión. Lo sucedido aquella noche ha vuelto para perseguirme.

La luz que entraba por las rendijas en las tablas que cubrían la ventana se hizo más intensa a medida que la mañana avanzaba hacia el mediodía. Había suficiente luz como para que ella pudiera ver el contorno de su mano cuando la sostenía delante de su cara. Unos días más en este sitio, pensó, y seré como un murciélago, capaz de moverme en la oscuridad.

Se incorporó y se sacudió para liberarse del frío matinal. Escuchó

el ruido de la cadena afuera, mientras el perro bebía agua ruidosamente. Hizo lo mismo y bebió de la jarra. Dos noches antes, cuando su captor le había cortado el pelo, también había dejado una bolsa con pan y Josephine descubrió, furiosa, que ahora el plástico estaba agujereado. Los ratones habían atacado la bolsa. Pues búscaos vuestra propia comida, cretinos, pensó, mientras comía con apetito dos rebanadas de pan. Necesito la energía; necesito encontrar la forma de salir de aquí.

Lo haré por nosotras, mamá. Por la unidad primordial. Me enseñaste a sobrevivir y eso es lo que haré. Porque soy tu hija.

Con el correr de las horas, ejercitó sus músculos, practicó los movimientos. Soy la hija de mi madre. Ese era su mantra. Una y otra vez, Josephine cojeó por la celda con los ojos cerrados, memorizando cuántos pasos debía dar para llegar del colchón a la pared, de la pared a la puerta. Si aprendía a utilizarla, la oscuridad sería su amiga.

Afuera, el perro empezó a ladrar.

Josephine levantó la mirada y el corazón comenzó a latirle a toda velocidad ante el ruido de los pasos sobre su cabeza.

Ha regresado. Ahora o nunca, esta es mi oportunidad.

Se recostó sobre el colchón y se acurrucó en posición fetal, adoptando la pose universal de los temerosos y derrotados. Él vería una mujer que se había rendido, una mujer que estaba lista para morir. Una mujer que no le causaría problemas.

El cerrojo chirrió. La puerta se abrió.

Vio el haz de luz de la linterna en la puerta. Él entró en la celda y dejó una jarra de agua fresca y otra bolsa con pan. Ella permaneció inmóvil. Que se pregunte si no estaré muerta.

Los pasos de él sonaron más cerca y lo escuchó respirando en la oscuridad por encima de ella.

—Se acaba el tiempo, Josephine —dijo.

Ella no se movió, ni cuando él se inclinó y le acarició la cabeza casi rapada.

—¿No te ama, acaso?¿No desea salvarte? ¿Por qué no viene?

No digas una palabra. No muevas un músculo. Haz que se acerque más.

—Tantos años escondiéndose de mí. Si no aparece ahora, es una cobarde. Solo una cobarde dejaría morir a su hija.

Josephine sintió que el colchón cedía cuando él se arrodilló a su lado.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Dónde está Medea?

El silencio de ella lo irritó. La cogió de la muñeca y dijo:

—Tal vez el pelo no fue suficiente. Tal vez sea hora de enviarles otro recuerdo. ¿Crees que un dedo estaría bien?

No. Dios, no. El pánico le gritaba que liberara su mano, que gritara y pateara, que hiciera cualquier cosa para escapar del suplicio inminente. Pero Josephine se mantuvo inmóvil, fingiendo ser la víctima paralizada de desesperación. Él le iluminó la cara con la linterna y enceguecida, ella no logró leer su expresión ni ver algo en los huecos negros de sus ojos. Estaba tan concentrado en hacerla reaccionar que no vio lo que ella sostenía en la mano libre. No vio que tenía los músculos tensos como un arco.

—Tal vez si empiezo a cortar —dijo él—, tú comenzarás a hablar. —Sacó un cuchillo.

Josephine levantó el brazo y golpeó ciegamente el tacón aguja del zapato contra la cara de él. Sintió el impacto contra la carne y él cayó hacia atrás, gritando.

Josephine cogió la linterna y la golpeó contra el suelo, destrozando la lámpara. La habitación quedó a oscuras. La oscuridad es mi amiga. Rodó hacia un lado y se puso de pie. Podía oírlo a un metro de distancia, arrastrándose por el suelo, pero no lo veía y él no la veía a ella. Ambos estaban en igualdad de condiciones, ciegos.

Pero yo sé cómo llegar a oscuras hasta la puerta.

Todos los ensayos, toda la preparación le habían grabado a fuego los movimientos en el cerebro. Desde el borde del colchón eran tres pasos hasta la pared. De la pared eran siete pasos hasta la puerta. Aunque la pierna enyesada le quitaba velocidad, no perdió tiempo en moverse por la oscuridad. Contó siete pasos. Ocho. Nueve...

¿Dónde está la maldita puerta?

Oía cómo él respiraba agitadamente y gruñía de impotencia mientras trataba de ubicarse, de localizarla en esa habitación completamente a oscuras.

No emitas ningún sonido. No le permitas saber dónde estás.

Retrocedió lentamente, casi sin respirar, pisando con sumo cuidado para no revelar su ubicación. Su mano se deslizó sobre el hormigón liso y luego sintió madera bajo los dedos.

La puerta.

Giró el picaporte y empujó. El repentino chillido de las bisagras sonó ensordecedor.

¡Rápido!

Lo escuchó abalanzándose hacia ella, ruidoso como un toro. Salió del sótano y cerró la puerta. En el momento en que él se estrellaba contra la madera, Josephine deslizó el cerrojo.

—¡No podrás escapar, Josephine! —gritó.

Ella rió y fue como escuchar la risa de una desconocida, un ladrido salvaje, temerario y triunfal.

—¡Pues acabo de hacerlo, imbécil! —le gritó.

—¡Te arrepentirás! ¡Íbamos a permitirte vivir, pero ahora ya no! ¡Ahora ya no!

Él se puso a gritar y a golpear la puerta con impotencia mientras lentamente, ella subía a tientas por una escalera oscura. El yeso hacía ruido contra los escalones de madera. No sabía dónde llevaba esa escalera y estaba casi tan oscuro allí como en su celda de hormigón. Pero con cada escalón que subía, la escalera parecía iluminarse. Con cada paso, Josephine se repetía el mantra: Soy la hija de mi madre. Soy la hija de mi madre.

Desde la mitad de la escalera, divisó rendijas de luz alrededor de una puerta cerrada en la cima. Cuando estaba a poca distancia de la puerta de pronto le vino a la mente lo que él había dicho hacía unos instantes.

Íbamos a permitirte vivir.

Íbamos. En plural.

La puerta delante de ella se abrió súbitamente y el resplandor de luz le resultó doloroso. Parpadeó mientras sus ojos se adaptaban e intentó enfocar la mirada en la figura que se erguía en el rectángulo iluminado de la puerta.

Una figura que reconoció.

TREINTA Y DOS

Veinte años de abandono, inviernos duros y heladas habían reducido el camino privado del Instituto Hilzbrich a asfalto partido y levantado por raíces invasivas de árboles. Jane se detuvo ante el letrero de PROPIEDAD EN VENTA, y dejó el Subaru en punto muerto mientras evaluaba si le convendría circular por ese camino destruido. No había cadena en la entrada; cualquiera podía tener acceso a la propiedad.

Cualquiera podía estar esperando allí.

Sacó el móvil y vio que todavía tenía señal. Pensó en pedir refuerzos locales y luego decidió que sería una idea pésima por lo humillante. No quería que los policías locales se burlaran de la detective de la gran ciudad que necesitaba escolta para enfrentar el temible bosque de Maine. Sí, claro, detective, los zorrinos y los puercoespines pueden ser mortales.

Circuló por el camino destruido.

El Subaru avanzaba despacio sobre el asfalto fracturado y los matorrales invasivos le rozaban las puertas. Jane bajó la ventana e inhaló el olor de hojas en descomposición y tierra húmeda. El camino se puso peor y tuvo que esquivar profundos baches; temía romper un eje y quedarse varada en el bosque. La idea la inquietaba más que la de andar sola por cualquier calle de una gran ciudad, lo que era mucho más peligroso.

Ese bosque era territorio foráneo.

Por fin los árboles cedieron lugar a un claro y se detuvo en una zona de aparcamiento invadida por la vegetación. Jane bajó del coche y contempló el abandonado Instituto Hilzbrich que se elevaba más adelante. Tenía el aspecto preciso de la institución que había sido en un tiempo: estaba construido de severo hormigón, suavizado solo por jardines parquizados que ahora habían sido vencidos por malezas invasoras. Imaginó el efecto que esa construcción parecida a una fortaleza habría tenido sobre cualquier familia que llegara hasta allí con un hijo problemático. Se veía como el lugar indicado para enderezar a un chaval de una vez por todas, donde no lo tratarían con guantes de seda ni le impondrían medidas a medias. El edificio prometía atención estricta y límites firmes. Los padres desesperados habrían atisbado una esperanza al ver esa fachada adusta.

Pero ahora el edificio revelaba lo hueca que había sido aquella esperanza. La mayoría de las ventanas estaban cubiertas con tablas de madera. Contra la puerta de entrada se habían apilado montañas de

hojas secas y las paredes estaban manchadas de marrón donde el agua había chorreado desde las canaletas tapadas. No era de extrañarse que el doctor Hilzbrich no hubiera podido vender la propiedad: el edificio era una monstruosidad.

De pie en el aparcamiento, escuchó el viento entre los árboles, el zumbido de insectos. No se escuchaba nada extraño, solo los sonidos de una tarde de verano en el bosque. Sacó las llaves que le había prestado el doctor Hilzbrich y caminó hasta la entrada. Pero cuando vio la puerta, se detuvo abruptamente.

El candado estaba roto.

Sacó su pistola y empujó ligeramente la puerta con el pie. Esta se abrió, dejando entrar una cuña de luz en la oscuridad. Jane apuntó la linterna de bolsillo hacia el interior y vio latas de cerveza vacías y colillas de cigarrillos en el suelo. En la oscuridad zumbaban moscas. El pulso se le había acelerado a un galope rápido y tenía las manos repentinamente heladas. Olió el hedor fuerte de algo muerto, algo en proceso de descomposición.

Por favor, que no sea Josephine.

Entró en el edificio y sus zapatos pisaron vidrios rotos. Lentamente barrió el sitio con la linterna y vio inscripciones en las paredes. ¡GREG Y YO X SIEMPRE! ¡KARI CHUPA VERGA! Solo las clásicas imbecilidades de adolescentes de secundario; Jane siguió avanzando y apuntó la linterna hacia el rincón más distante. La luz quedo congelada allí.

En el suelo había algo oscuro.

Cruzó hacia el objeto y el hedor a carne en descomposición se tornó abrumador. Jane bajó la mirada hacia el mapache muerto, vio gusanos retorciéndose y pensó en la rabia. Se preguntó si habría murciélagos en el edificio.

Asqueada por el olor, huyó haciendo arcadas hacia el aparcamiento y se limpió desesperadamente los pulmones con grandes bocanadas de aire. Solo entonces, mientras miraba hacia los árboles, notó las marcas de neumáticos. Llevaban desde el aparcamiento asfaltado al bosque, donde dos marcas paralelas se perdían en el suelo blando del bosque. Las ramas rotas y aplastadas le decían que el daño a la vegetación era reciente.

Siguiendo la huella, caminó una distancia corta hasta el bosque, donde la huella terminaba junto a un sendero para caminatas que era demasiado estrecho para cualquier coche. El letrero indicador seguía en su sitio, clavado en un tronco.

Era uno de los antiguos senderos del instituto. A Bradley le encantaba el aire libre, había dicho el doctor Hilzbrich. Años atrás, el muchacho seguramente habría caminado por ese sendero. La idea de entrar en ese bosque le aceleró el pulso. Observó las huellas de neumáticos. La persona que había estado allí ya no estaba, pero podía regresar en cualquier momento. Sentía el peso del arma contra la cadera, pero palmeó la funda de todos modos, con un movimiento reflejo, para tranquilizarse sabiendo que tenía la pistola.

Echó a andar por el sendero; estaba tan invadido por la vegetación en algunos lugares que cada tanto se daba cuenta de que se había desviado y tenía que retroceder para volver a encontrar la senda. Los árboles se hicieron más frondosos, bloqueando el paso del sol. Miró el teléfono y vio con preocupación que había perdido la señal. Se volvió y vio que los árboles se habían cerrado tras ella. Pero adelante, el bosque parecía abrirse y vio que entraba luz del sol.

Siguió andando hacia el claro, pasando junto a árboles a punto de secarse o ya secos, con troncos reducidos a tocones huecos. De pronto, el suelo cedió y se hundió hasta los tobillos en el fango. Sacó el pie y estuvo a punto de perder el zapato. Asqueada, miró el extremo embarrado de sus pantalones y pensó: Detesto el bosque. Detesto el aire libre. Soy policía, no guardabosques.

Entonces vio la huella de un zapato: talla 43 o 44 de hombre.

Cada susurro, cada zumbido de un insecto parecía amplificado. Jane vio otras huellas que se alejaban de la senda y las siguió, pasando junto a un grupo de espadañas. Ya no le importaba que sus zapatos estuvieran empapados ni que sus pantalones estuvieran sucios con barro. Lo único que ocupaba su mente eran esas pisadas que se adentraban en la zona pantanosa. A esas alturas ya no recordaba dónde se había apartado de la senda principal. Vio por la posición del sol que ya era pasado el mediodía; el bosque estaba extrañamente silencioso. No se oía el canto de pájaros ni una brisa, solo el zumbido de mosquitos cerca de su cara.

Las pisadas giraron y prosiguieron por la orilla hacia tierra seca.

Jane se detuvo, desconcertada por el cambio de dirección, hasta que vio el árbol. Alrededor del tronco había un lazo de cuerda de nailon. El otro extremo de la cuerda llegaba hasta la ciénaga y desaparecía bajo la superficie del agua color té.

Cogió la cuerda y sintió la resistencia cuando tiró. Lentamente, la cuerda comenzó a emerger del pantano. Jane tiraba con fuerza, echando todo el peso de su cuerpo hacia atrás y cada vez emergía más cuerda enredada en la vegetación. De pronto, algo salió a la superficie, algo que la hizo gritar y caer, pasmada, hacia atrás. Alcanzó a ver una cara de ojos huecos que la miraba como una grotesca ninfa acuática.

Luego volvió a hundirse lentamente en la ciénaga.

TREINTA Y TRES

Caía el atardecer cuando los buzos de la Policía Estatal de Maine terminaron su trabajo en la ciénaga. El agua les llegaba solo hasta el pecho; desde la orilla, Jane los había visto asomar la cabeza a menudo cuando emergían para ubicarse o sacar algún objeto para inspeccionarlo más de cerca. El agua estaba demasiado turbia como para una búsqueda visual, por lo que se habían visto obligados a rastrillar el fango y la vegetación con las manos, una tarea repulsiva que Jane agradeció no haber tenido que llevar a cabo.

Sobre todo cuando vio lo que finalmente sacaron a la superficie.

El cadáver de la mujer ahora estaba expuesto sobre una lona de plástico; de su pelo con musgo chorreaba agua negra. Tenía la piel tan teñida por el tanino que era imposible distinguir su raza o encontrar una causa obvia de muerte. Lo que sí sabían era que su muerte no había sido accidental: le habían amarrado al tórax una bolsa llena de piedras pesadas. Jane observó la expresión torturada que había quedado preservada en la cara ennegrecida de la mujer y pensó: Espero que hayas estado muerta cuando te ató esa bolsa de piedras alrededor de la cintura.

—Es evidente que esta no es la mujer desaparecida que está buscando —dijo el doctor Daljeet Singh.

Jane miró al médico forense de Maine que estaba junto a ella en la orilla. El turbante blanco del Dr. Singh resaltaba en la luz que se iba apagando, tornándolo fácil de ver entre los investigadores de vestimenta más convencional que se habían reunido en el lugar. Cuando él había llegado, a Jane le había sorprendido ver cómo esa figura exótica bajaba de la camioneta; no era en absoluto lo que esperaba encontrar en el Bosque del Norte. Pero a juzgar por sus gastadas botas de L.L.Bean y la ropa de senderismo que había guardado en la parte trasera de su camioneta, el doctor Singh conocía bien el terreno salvaje de Maine. Ciertamente había venido mejor preparada que ella, que vestía de ciudad, con un traje de pantalón y chaqueta.

—¿A la joven a la que busca la raptaron hace cuatro días? —preguntó el doctor Singh.

—No es ella —respondió Jane.

—No, esta mujer ha estado sumergida durante bastante tiempo. Al igual que esos otros especímenes. —El doctor Singh señaló los restos animales que también habían sacado de la turbera. Había dos gatos y un perro bien preservados, y esqueletos de animales imposibles de

identificar. Las bolsas atadas alrededor de todos los cadáveres dejaban bien en claro que esas víctimas desafortunadas no se habían ahogado por azar en el pantano.

—Este asesino ha estado experimentando con animales —dijo el doctor Singh. Se volvió hacia el cadáver de la mujer. —Y por lo visto, ha perfeccionado su técnica de preservación.

Jane se estremeció y miró más allá de la turbera hacia el sol poniente. Frost le había dicho que las ciénagas eran sitios mágicos que albergaban una maravillosa variedad de orquídeas, tipos de musgo y libélulas. Ella no veía nada de magia esa tarde al contemplar la superficie ondeada de ese estanque lleno de turba. Lo que veía era un guisado frío de cadáveres.

—Le haré la autopsia mañana —dijo el doctor Singh—. Si desea observar, puede hacerlo, por supuesto.

Lo que Jane deseaba hacer era regresar en su coche a Boston. Tomar una ducha caliente, darle un beso de buenas noches a su hija y meterse en la cama con Gabriel. Pero su trabajo allí todavía no había terminado.

—¿La autopsia será en Augusta? —preguntó.

—Sí, alrededor de las ocho de la mañana. ¿Vendrá?

—Allí estaré. —Jane inspiró hondo e irguió la espalda. —Será mejor que busque un sitio donde pasar la noche.

—A pocos kilómetros de aquí, por la carretera, está el Hawthorn Motel. Tiene un buen desayuno. No esa espantosa opción continental, sino deliciosas tortillas francesas y tortitas.

—Gracias por la información —dijo Jane. Solo un patólogo puede estar delante de un cadáver empapado y hablar con tanto entusiasmo de tortitas.

Retomó el camino por la senda utilizando la linterna; ahora estaba bien marcado por banderitas de cinta policial. Cuando salió del bosque, vio que el aparcamiento comenzaba a vaciarse. Solo quedaban unos pocos vehículos policiales. La policía estatal ya había revisado el edificio, pero solo habían encontrado basura y los restos en descomposición del mapache que ella había visto. No habían hallado a Josephine ni a Bradley Rose.

Pero él ha estado aquí, pensó, mirando hacia el bosque. Ha aparcado cerca de estos árboles. Ha caminado por la senda hasta la ciénaga. Allí ha tirado de esa cuerda y ha sacado a una de sus reliquias del agua, del mismo modo que un pescador saca su pesca.

Subió al coche y condujo por el destruido camino de entrada; los pozos que sacudían al Subaru parecían todavía más traicioneros en la oscuridad. Instantes después de que llegó a la carretera principal, sonó su teléfono.

—¡Hace dos horas que estoy tratando de ubicarte! —dijo Frost.

—No había señal en la ciénaga. Terminaron de buscar y solo encontraron un cadáver. Me pregunto si no tendrá otro escondite...

—¿Dónde estás en este momento? —la interrumpió Frost.

—Pasaré la noche aquí. Quiero presenciar la autopsia mañana.

—Hablo de ahora mismo, de este mismo momento. ¿Dónde estás?

—Camino hacia un motel. ¿Por qué?

—¿Cómo se llama el motel?

—Creo que Hawthorn. Es aquí cerca, por algún sitio.

—Vale, te veré allí en unas horas.

—¿Vienes a Maine?

—Ya estoy en camino. Y vendrá también otra persona.

—¿Quién?

—Hablaremos cuando llegue.

Jane hizo una parada en una droguería local donde compró ropa interior y medias y luego otra en un sitio de pizza para llevar. Mientras que sus pantalones lavados a mano se secaban colgados en el baño, comió la pizza leyendo el legajo de Jimmy Otto. Constaba de tres carpetas, una para cada año que había pasado en el Instituto Hilzbrich como estudiante. No, como estudiante no. Como recluso, se dijo, recordando el desagradable y remoto edificio de hormigón. Un sitio donde aislar de la sociedad a los muchachos que nadie quería que se acercaran a sus hijas.

Como Jimmy Otto, el peor de ellos.

Se detuvo al llegar a la transcripción de lo que Jimmy había dicho durante una sesión de terapia individual. Tenía solamente dieciséis años.

Cuando tenía trece años, vi una fotografía en un libro de historia. Era de un campo de concentración donde mataban a las mujeres en las cámaras de gas. Se veían los cuerpos desnudos tendidos en fila. Pienso mucho en esa foto, en todas esas mujeres. Docenas y docenas de mujeres, tendidas allí como esperando que yo haga lo que quiera con ellas. Como follarlas por cualquier orificio. Meterles palos en los ojos. Cortarles los pezones. Quiero que haya muchas mujeres a la vez, una fila entera de mujeres. Porque de otro modo no es una fiesta ¿verdad?

¿Pero cómo haces para juntar a más de una por vez? ¿Existe una forma de impedir que un cadáver se descomponga, una manera de mantenerlo fresco? Me gustaría averiguarlo porque si una mujer se pudre y me deja no es nada divertido...

Unos golpes a la puerta la sobresaltaron. Dejó caer la porción de pizza a medio comer y dijo en voz no del todo firme.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo —respondió Barry Frost.

—Dame un segundo. —Se dirigió al baño y se volvió a poner los pantalones todavía húmedos. Para cuando llegó a la puerta, ya había recuperado la calma y el corazón se le había estabilizado. Abrió la puerta y se encontró con una sorpresa.

Frost no estaba solo.

Lo acompañaba una mujer de unos cuarenta y cinco años, de pelo oscuro y belleza llamativa. Vestía gastados vaqueros azules y un jersey negro, pero en su figura esbelta y atlética hasta esa ropa informal parecía elegante. No dijo una palabra, sino que entró en la habitación y ordenó:

—Cierre con llave.

Aun después de que Frost giró el cerrojo, la mujer no se relajó. Fue directamente a la ventana y cerró las cortinas con más fuerza, como si cualquier rendija pudiera dejar entrar miradas amenazantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Jane.

La mujer se volvió hacia ella. Y en ese instante, aun antes que Jane oyera la respuesta, la vio en la cara de la mujer, en las cejas curvas, en los pómulos bien marcados. Una cara que se puede ver pintada en una urna griega, pensó. O en la pared de una tumba egipcia.

—Me llamo Medea Sommer —dijo la mujer—. Soy la madre de Josephine.

TREINTA Y CUATRO

—Pero... se supone que está muerta —balbuceó Jane, azorada.

La mujer soltó una risa cansada.

—Esa es la historia, al menos.

—Josephine cree que es así.

—Es lo que le hice decir. Lamentablemente, no todos le creen. —Medea fue hasta la lámpara y la apagó, lo que sumió la habitación en la oscuridad. Luego se dirigió a la ventana y espió hacia fuera por entre las cortinas.

Jane miró a Frost, que era apenas una silueta en las sombras, junto a ella.

—¿Cómo la encontraste? —susurró.

—Yo no la encontré —respondió él—. Ella me buscó a mí. En realidad, quería hablar contigo. Cuando se enteró de que habías viajado a Maine, buscó mi número.

—¿Por qué no me lo dijiste por teléfono?

—No se lo permití —intervino Medea, que seguía de espaldas a ellos, mirando la calle. —Lo que voy a contaros tiene que quedar en esta habitación. No podéis compartirlo con vuestros colegas. Nadie puede hablar del asunto. Es la única manera que tengo de seguir muerta. La única manera de que Tari -Josephine- tenga posibilidades de vivir una vida normal. —Aun en la oscuridad, Jane vio la tensión con que sujetaba la cortina. —Mi hija es lo único que me importa —dijo Medea en voz baja.

—¿Entonces por qué la abandonó? —quiso saber Jane.

Medea se volvió hacia ella, furiosa.

—¡No la abandoné en ningún momento! Habría venido aquí hace semanas, si hubiera sabido lo que sucedía.

—¿Si lo hubiera sabido? por lo que entiendo, ella está sola desde hace años. Y usted no estaba por ninguna parte.

—Tenía que mantenerme lejos de ella.

—¿Por qué?

—Porque estar cerca de mí podía significarle la muerte. —Medea volvió a mirar por la ventana. —Esto no tiene nada que ver con Josephine. Ella no es más que un peón en el juego de ellos. Una forma de hacerme salir a la superficie. A la que realmente quiere él es a mí.

—¿Le importaría explicarnos eso?

Medea dejó escapar un suspiro y se sentó en un sillón junto a la

ventana. No era más que una sombra sin cara, una voz suave en la oscuridad.

—Os contaré una historia —dijo—, sobre una chica que se metió con el muchacho erróneo. Una chica tan inocente que no distinguía la diferencia entre enamoramiento y... —Hizo una pausa. —... Obsesión fatal.

—Habla de usted.

—Así es.

—¿Y quién era el chico?

—Bradley Rose. —Medea dejó escapar un suspiro tembloroso y su silueta oscura pareció encogerse en el sillón, como si quisiera replegarse sobre sí misma para protegerse. —Yo tenía apenas veinte años. ¿Qué sabe una chica a los veinte? Era mi primera vez fuera del país, mi primera excavación. En el desierto, todo parecía diferente. El cielo era más azul, los colores, más brillantes. Y cuando un chico tímido te sonríe, cuando comienza a dejarte pequeños obsequios, crees que estás enamorada.

—Usted estuvo en Egipto con Kimball Rose.

Medea asintió.

—Sí, en la búsqueda del ejército de Cambises. Cuando me ofrecieron la oportunidad de ir, la tomé de inmediato. Al igual que muchísimos otros estudiantes. Allí estábamos en el desierto occidental, viviendo nuestros sueños. Cavando de día, durmiendo en carpas por la noche. Nunca vi tantas estrellas, eran bellísimas. —Hizo una pausa. —Era un sitio donde cualquiera podría haberse enamorado. Yo no era más que una chica del pueblo de Indio, en California, deseando comenzar a vivir. Y allí estaba Bradley, el hijo del mismísimo Kimball Rose. Era brillante, callado y tímido. Hay algo en un hombre tímido que te hace pensar que es inofensivo.

—Pero no lo era.

—Yo no sabía qué era realmente. No supe muchas cosas hasta que fue demasiado tarde.

—¿Y qué era Bradley?

—Un monstruo. —Medea levantó la cabeza en la oscuridad. —Al principio no me di cuenta. Lo que veía era un chico que me miraba con ojos de adoración. Que hablaba conmigo del tema que nos apasionaba a ambos. Que me traía presentes. Excavábamos juntos. Comíamos juntos. Con el tiempo dormimos juntos. —Hizo una pausa. —Fue entonces cuando las cosas comenzaron a cambiar.

—¿En qué sentido?

—Era como si ya no me considerara una persona individual. Me había convertido en una parte de él. Me devoraba, me absorbía. Si caminaba hacia el otro extremo del campamento, me seguía. Si hablaba con alguna otra persona, insistía en saber de qué habíamos

hablado. Si tan siquiera miraba a otro hombre, se alteraba. Me vigilaba constantemente, me espiaba.

La historia más antigua, pensó, Jane, la misma historia por la que habían pasado tantos otros amantes. Una historia que demasiado a menudo terminaba con detectives de la unidad de homicidios en una sangrienta escena del crimen. Medea era una de las afortunadas; había logrado mantenerse con vida.

Aunque en realidad nunca había podido escapar.

—Fue Gemma la que me habló en privado y me hizo ver lo obvio —dijo Medea.

—¿Gemma Hamerton?

Medea asinitó.

—Era una de las estudiantes de posgrado que trabajaban en el sitio. Me llevara algunos años en edad y muchísimos en sabiduría. Vio lo que estaba sucediendo y me dijo que yo tenía que ponerme firme. Y que si no me dejaba en paz, entonces tenía que mandarlo al diablo. Sí, a Gemma se le daba muy bien eso de plantarse firme. Pero yo en aquel entonces no era lo suficientemente fuerte. No podía liberarme.

—¿Qué pasó, entonces?

—Gemma fue a hablar con Kimball. Le dijo que se ocupara de que su hijo se comportara como correspondía. Bradley debió de enterarse de la conversación porque lo primero que hizo fue decirme que no debía volver a hablar con Gemma.

—Espero que usted lo mandara de paseo.

—Debería haberlo hecho —admitió Medea en voz baja—. Pero no tuve valor. Hoy en día me resulta imposible de creer. Cuando pienso en la clase de chica que era, no me reconozco. No conozco a esa persona. A esa víctima absolutamente penosa que ni siquiera podía rescatarse a sí misma.

—¿Y cómo hizo para liberarse finalmente de él?

—Fue por lo que le hizo a Gemma. Una noche, mientras ella dormía, le cosieron la abertura de la carpa. Luego se la rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Yo logré desgarrar la tela y sacarla de allí.

—¿Bradley intentó matarla?

—Nadie pudo probarlo, pero yo lo sabía. Entonces, finalmente, comprendí de lo que era capaz. Tomé un avión y regresé a casa.

—Pero las cosas no terminaron allí.

—No, claro. —Medea se puso de pie y volvió a la ventana. —Eso fue solo el comienzo. —A esas alturas, los ojos de Jane se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo ver cómo la mano pálida de la mujer aferraba la cortina con fuerza. Vio cómo se le tensaban los hombros cuando pasó un coche por la calle y siguió su camino.

—Yo estaba embarazada —dijo Medea en voz baja.

Jane se quedó mirándola atónita.

—¿Josephine es hija de Bradley?

—Sí. —Se volvió y miró a Jane a los ojos. —Pero ella no puede saberlo nunca.

—Nos contó que su padre era un arqueólogo francés.

—Le he mentido toda la vida. Le he dicho que su padre era un hombre bueno que murió antes de que ella naciera. No sé si se lo cree, pero es la historia que he sostenido hasta el momento.

—¿Y la otra historia que le ha contado? ¿De por qué se mudaban y cambiaban de identidad constantemente? Ella cree que usted huía de la policía.

Medea se encogió de hombros.

—Era una buena explicación ¿no?

—Pero no es verdad.

—Tenía que darle alguna razón, una razón que no la hiciera sentir miedo. Es mejor estar huyendo de la policía que de un monstruo.

Sobre todo cuando ese monstruo es tu padre.

—Pero si él la acosaba ¿por qué huía? ¿Por qué no acudía a la policía?

—¿Cree que no lo intenté? Unos meses después de que volví a casa, Bradley apareció en mi universidad. Me dijo que éramos almas gemelas. Que yo le pertenecía. Yo le aclaré que no quería volver a verlo. Comenzó a seguirme, a enviarme flores todos los putos días. Yo las arrojaba a la basura; llamé a la policía y hasta logré que lo arrestaran. Pero luego su padre envió a los abogados a encargarse del asunto. Cuando tu padre es Kimball Rose, eres intocable. —Hizo una pausa. —Y luego todo empeoró. Mucho.

—¿De qué manera?

—Bradley apareció un día con un viejo amigo. Alguien que me daba más miedo del que jamás me dio Bradley.

—Jimmy Otto.

Medea pareció estremecerse ante la sola mención de ese nombre.

—Bradley podía parecer normal... un hombre callado, nada más. Pero a Jimmy bastaba con mirarlo a los ojos para darse cuenta de que era distinto. Tenía ojos negros como los de un tiburón. Cuando te miraba, te dabas cuenta de que estaba pensando en lo que le apetecería hacerte. Y él también se obsesionó conmigo. Ambos empezaron a seguirme. Veía a Jimmy mirándome en la biblioteca. O a Bradley espiando por mi ventana. Hacían equipo para destruirme psicológicamente. Para tratar de hacerme pasar por loca.

Jane miró a Frost.

—Ya entonces cazaban juntos —comentó.

—Finalmente abandoné la universidad —prosiguió Medea—. Para

entonces llevaba ocho meses de embarazo y mi abuela estaba moribunda. Volví a Indio y tuve a mi hija. Unas semanas más tarde, Bradley y Jimmy llegaron a la ciudad. Pedí una orden de restricción y logré que arrestaran a ambos. Esa vez iba a enviarlos a la cárcel. Tenía un bebé que proteger y estaba decidida a ponerle fin al asunto.

—Pero no lo hizo. Se acobardó y retiró los cargos contra Bradley.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente? Retiró los cargos.

—Hice un pacto con el diablo. Con Kimball Rose. Él quería a su hijo libre de imputaciones. Yo quería que mi hija estuviera a salvo. Así que retiré los cargos y Kimball me firmó un cheque jugoso. Suficiente dinero para que pudiéramos comprarnos una vida nueva con identidades nuevas.

Jane negó con la cabeza.

—¿Aceptó el dinero y huyó? Vaya, ha de haber sido un cheque realmente abultado.

—No lo hice por el dinero. Kimball utilizó a mi hija en mi contra. Me amenazó con quitármela si no aceptaba su ofrecimiento. Es su abuelo y tenía un ejército de abogados para lanzarme encima. Yo no tenía opciones, así que cogí el dinero y retiré los cargos. Lo hice por ella. Ella es la razón por la que nunca dejé de escapar. Para mantenerla lejos de esa familia, lejos de cualquiera que pudiera hacerle daño. Lo comprende ¿verdad? ¿Que una madre haga cualquier cosa para proteger a su hija?

Jane asintió. Lo comprendía completamente.

Medea volvió al sillón y se sentó con un suspiro.

—Pensaba que si mantenía a salvo a mi hija, ella nunca sabría lo que es sentirse perseguida. Que crecería intrépida e inteligente. Una guerrera. Eso era lo que anhelaba que fuera. Lo que siempre le dije que intentara ser. Y se estaba convirtiendo en una muchacha inteligente. Y valiente. No sabía lo suficiente como para sentir miedo. —Medea guardó silencio unos segundos. —Hasta lo que ocurrió en San Diego.

—El hombre al que le dispararon en su dormitorio.

Medea asintió.

—Esa noche aprendió que nunca más podría andar sin miedo por la vida. Hicimos las maletas al día siguiente y nos marchamos a México en el coche. Terminamos en Cabo San Lucas, donde vivimos durante cuatro años. Estábamos muy bien allí. —Suspiró. —Pero las chicas crecen. Cumplen dieciocho años e insisten en tomar sus propias decisiones. Ella quería ir a la universidad a estudiar arqueología. De tal palo, tal astilla. —Medea rió con pesar.

—¿Y le permitió hacerlo?

—Gemma prometió supervisarla, así que creí que estaría a salvo.

Tenía otro nombre, otra identidad. No creí que Jimmy fuera a poder encontrarla.

Se hizo un largo silencio mientras Jane procesaba lo que Medea acababa de decir.

—*¿Jimmy? Pero Jimmy Otto está muerto.*

Medea levantó la cabeza.

—¿Cómo dice?

—¡Pero usted debería saberlo! ¡Le disparó en San Diego!

—No.

—Le disparó en la nuca. Arrastró su cuerpo hasta el jardín y lo enterró.

—No es cierto. Ese no era Jimmy.

—¿Pero entonces a quién enterró en el jardín?

—A Bradley Rose.

TREINTA Y CINCO

—¿Bradley Rose? —exclamó Jane—. ¡Pero eso no es lo que nos informó la policía de San Diego!

—¿Piensa que no reconocería al padre de mi hija? —respondió Medea—. El que entró en el dormitorio de mi hija aquella noche no era Jimmy. Era Bradley. Seguramente Jimmy acechaba en algún sitio allí cerca y el disparo ha de haberlo hecho huir. Pero yo sabía que regresaría. Sabía que tenía que ser rápida. Así que hicimos las maletas y nos marchamos a la mañana siguiente.

—Pero el cadáver fue identificado como perteneciente a Jimmy —objetó Frost.

—¿Quién lo identificó?

—Su hermana.

—Pues entonces se equivocó. Porque yo sé que no era Jimmy.

Jane encendió la lámpara y Medea se alejó de la luz, como si el brillo de una bombilla de sesenta vatios fuera radioactivo.

—Esto no tiene sentido. ¿Cómo iba a equivocarse de esa forma la hermana de Jimmy Otto? —Cogió el legajo psiquiátrico de la cama y revisó las notas del Dr. Hilzbrich. Rápidamente localizó lo que buscaba.

—La hermana se llamaba Carrie. —Jane miró a Frost. —Llama a Crowe. Pídele que averigüe dónde vive Carrie Otto.

Frost sacó el móvil.

—No entiendo —dijo Medea—. ¿Qué tiene que ver la hermana de Jimmy con esto?

Jane pasó las páginas de la historia psiquiátrica de Jimmy en el instituto, buscando referencias a Carrie Otto. Solo ahora que se concentró en ellas de manera específica notó la cantidad de veces que aparecía mencionada Carrie.

La hermana ha vuelto de visita, por segunda vez en el día de hoy.

Carrie se quedó más tiempo que el que permite el horario de visitas; se le recordó que debe cumplir con el reglamento

Se le ha solicitado a Carrie que no llame con tanta frecuencia.

Pillamos a Carrie trayendo cigarrillos. Se le suspendieron las visitas por dos semanas.

La hermana vino de visita... la hermana vino de visita... Carrie vino otra vez.

Y por último llegó a una anotación que la dejó helada:

Se ha indicado orientación familiar mucho más extensiva. Carrie ha sido enviada a un psicólogo juvenil de Bangor para tratar el tema de apego anormal al hermano.

Frost colgó el teléfono.

—Carrie Otto vive en Framingham.

—Dile a Crowe que envíe un equipo allí ahora mismo. Con respaldo.

—Ya está con eso.

—¿Qué sucede? —interrumpió Medea—. ¿Por qué estáis tan concentrados en la hermana?

—Porque Carrie Otto le dijo a la policía que el cadáver que usted enterró era de su hermano —respondió Jane.

—Pero yo sé que no es así. ¿Por qué lo dijo?

—Jimmy tenía una orden de arresto —explicó Frost— relacionado con la desaparición de una mujer en Massachusetts. Si las autoridades creían que él había muerto, dejarían de buscarlo. Podría volverse invisible. Debe de haber mentido para protegerlo.

—Carrie es la clave —dijo Jane—. Y sabemos dónde vive.

—¿Piensa que mi hija está allí? —dijo Medea.

—Si no lo está, apuesto a que Carrie sabe dónde la tiene Jimmy. —Jane caminaba de un lado a otro por la habitación, mirando el reloj. Calculando mentalmente cuánto tiempo les llevaría a Crowe y su equipo llegar a Framingham. Quería estar allí con él, golpeando a esa puerta, entrando en esa casa, revisándola en busca de Josephine. Debería ser yo la que la encuentre. Era más de medianoche, pero estaba completamente despierta, y la energía le burbujeaba como soda en la sangre. Durante todo este tiempo, pensó, hemos estado persiguiendo a un muerto cuando deberíamos habernos enfocado en Jimmy Otto. El hombre invisible.

El único paciente que realmente me infundía miedo, había dicho el doctor Hilzbrich sobre Jimmy. Todos le tenían miedo. Hasta sus padres.

Jane se inmovilizó y se volvió hacia Frost.

—¿Recuerdas qué dijo Crowe sobre los padres de Jimmy? ¿Sobre cómo habían muerto?

—En un accidente ¿no es así? De avión, dijo.

—¿No ocurrió en Maine? Habían comprado una casa en Maine, para estar cerca de Jimmy.

Jane volvió a coger el legajo psiquiátrico y lo abrió en la primera página donde estaba la información del paciente. Los padres de Jimmy se llamaban Howard y Anita Otto y tenían dos domicilios. El primero correspondía a su residencia principal en Massachusetts. La segunda dirección, en Maine, había sido añadida más tarde y estaba manuscrita en tinta.

Frost ya estaba al habla por el móvil con el Departamento de Policía de Boston.

—Necesito que verifiques un registro de tasas de propiedad —dijo, mirando la dirección por encima del hombro de Jane—. Estado de Maine, una ciudad llamada Saponac. La dirección es el número 165 de la calle Valley Way. —Instantes más tarde, cortó y miró a Jane. —Pertenece al Fideicomiso Evergreen, que no tengo idea qué es. Nos llamará cuando tenga más información.

Jane estaba en movimiento otra vez, presa de frustración e impaciencia.

—No puede ser tan lejos de aquí. Podríamos pasar con el coche y echar un vistazo.

—Han muerto hace décadas. Esa casa ha de haber cambiado de manos varias veces.

—O tal vez sigue en la familia.

—Si esperas un poco, nos darán la información sobre Evergreen.

Pero Jane no estaba de humor para esperar. Era un caballo en la puerta de salida, lista para correr.

—Voy —dijo y miró hacia la cómoda donde había dejado las llaves.

—Vayamos en mi coche —dijo Frost, que ya estaba en la puerta—. Necesitaremos el GPS.

—Iré yo también —dijo Medea.

—No —objetó Jane.

—Es mi hija.

—Por eso mismo no tiene que venir. Para no distraernos. —Jane guardó el arma en la funda y ese solo hecho debió decirlo todo. Esto es algo serio. No es para civiles.

—Quiero hacer algo —insistió Medea—. Necesito hacer algo.

Jane la miró y vio a una mujer completamente decidida, una mujer lista para entrar en combate. Pero esta batalla no era de Medea, era de la policía.

—Lo mejor que puede hacer esta noche es quedarse aquí mismo —dijo Jane—. Y cerrar la puerta con llave.

Valley Way era un camino rural bordeado por bosques tan densos que no se veían las casas por entre los árboles. El número escrito sobre el buzón al costado de la calle les informó que estaban en la dirección correcta, pero lo único que veían en la oscuridad era el comienzo de un camino de grava que se perdía en el bosque. Jane abrió el buzón y se encontró con una montaña húmeda de material publicitario. Todos dirigidos al "INQUILINO"

—Si alguien vive aquí —comentó—, hace tiempo que no vacía el buzón. No creo que haya nadie en la casa.

—Entonces a nadie le molestará que miremos más de cerca.

Cogieron por el camino de entrada; la grava crujía bajo los neumáticos. El bosque era tan frondoso que no vieron la casa hasta que tomaron una curva y de pronto la tuvieron delante. En un tiempo podría haber sido una elegante casa de vacaciones, con techo a dos aguas y un amplio porche delantero, pero las malezas y enredaderas recubrían los cimientos y trepaban por el porche, como decididas a sofocar la casa y a cualquier ocupante desafortunado.

—Parece abandonada —comentó Frost.

—Bajaré a echar un vistazo.

Cuando se disponía a abrir la puerta, Jane oyó el ruido de una cadena, un sonido ominoso como el cascabel de una serpiente.

Algo negro salió expelido de la oscuridad.

Ella ahogó una exclamación y se echó hacia atrás en el momento en que el perro de raza pitbull se estrellaba contra la puerta; a través del cristal vio garras y dientes blancos.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿De dónde coño ha salido?

El perro ladraba sin cesar y rasguñaba la puerta como si quisiera destrozar el metal.

—Esto no me gusta —dijo Frost.

Jane rió y su risa fue un sonido demencial dentro del coche cerrado.

—A mí tampoco me encanta, para serte franca.

—No, lo que quiero decir es que no me gusta el hecho de que esté atado a una cadena. La casa parece abandonada, así que, ¿quién alimenta al perro?

Ella observó la casa, las ventanas oscuras que parecían devolverle la mirada como ojos malévolos.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Todo esto está muy mal.

—Hora de pedir refuerzos —dijo Frost y cogió el móvil. Nunca llegó a marcar.

El primer disparo hizo estallar la ventanilla.

Jane sintió el ardor de esquirlas de vidrio contra la cara. Se tiró debajo del tablero cuando otro disparo sacudió la noche y otra bala se incrustó en el coche. Frost también se había cubierto y ella vio la cara

de él tensa de pánico a unos pocos centímetros de distancia; ambos sacaron sus armas.

La tercera bala dio contra el metal.

Un olor ominoso invadió el interior del coche. Jane sintió el ardor de gases en los ojos y en la garganta. En ese segundo, Frost y ella se miraron y vio que él también había registrado el olor.

Gasolina.

Casi simultáneamente, ambos abrieron sus respectivas puertas. Jane se arrojó fuera del auto y rodó para alejarse justo cuando las primeras llamas cobraron vida. No pudo ver si Frost había logrado salir por el otro lado; no pudo hacer otra cosa que rogar que se hubiera puesto a salvo, ya que instantes después, el tanque explotó. Los cristales estallaron y una bola de fuego se elevó hacia el cielo.

Mientras una lluvia de cristales caía al suelo, Jane corrió a buscar protección. Los arbustos espinosos le rasgaban las mangas y le rasguñaban los brazos. Se cubrió detrás de un árbol y se aferró a la corteza tratando desesperadamente de vislumbrar a su atacante, pero lo único que se veía eran las llamas que consumían lo que quedaba del coche de Frost. El perro, en un frenesí de excitación por el fuego, corría aullando ida y vuelta por el jardín, arrastrando la cadena detrás de sí.

Sonó otro disparo. Jane oyó un grito de dolor, el chasquido de ramas al partirse.

¡Frost está herido!

Por entre la nube de humo y fuego, vio que la persona que había disparado salía de la casa al porche. El pelo rubio se reflejaba en el brillo de las llamas. Con el rifle en alto, avanzó hacia la luz. Solo entonces Jane pudo ver la cara de Debbie Duke.

No, de Debbie no. De Carrie Otto.

Carrie bajó los escalones del porche con el rifle en posición, dispuesta a terminar con Frost.

Jane disparó primero. Apretó el gatillo queriendo que fuera un disparo a matar. No sintió temor ni vacilación, solo una furia gélida y controlada que se apoderó de su cuerpo y guió su puntería. En rápida sucesión disparó uno, dos, tres disparos. Se estrellaron contra el blanco como puñetazos en el pecho. Carrie dio un respingo hacia atrás, dejó caer el rifle y se desplomó en el suelo.

Respirando con dificultad, Jane comenzó a avanzar, sujetando la pistola en posición, sin quitarle la mirada de encima a su blanco. Carrie estaba caída contra los escalones, todavía con vida; gemía y sus ojos entreabiertos reflejaban el brillo satánico de las llamas. Jane miró

en dirección a Frost y lo vio tendido donde comenzaba el bosque.

Por favor, que esté vivo. Por favor, que esté vivo.

Había avanzado unos pasos hacia él cuando el perro se estrelló contra su espalda.

Jane creía estar más allá del alcance de la cadena del perro y no vio que este se abalanzaba sobre ella, por lo que no tuvo tiempo de afirmarse para recibir el impacto. El ataque la hizo caer hacia adelante. Extendió los brazos para frenar la caída y al aterrizar, escuchó el ruido de un hueso que se partía y la muñeca quedó inutilizada debajo de ella. El dolor era tan insoportable que hasta las mandíbulas del perro en su hombro le parecieron una mera molestia, un fastidio del que tenía que librarse para poder lidiar con esa verdadera agonía. Se retorció y giró de espaldas, echando el peso sobre el perro, pero este no la soltó. El arma había caído fuera de su alcance. Tenía la mano derecha inutilizada. No podía pegarle al animal ni podía cogerlo de la garganta. De manera que le clavó el codo en el abdomen, una y otra vez y oyó el ruido de costillas rotas.

El perro aulló de dolor y la soltó. Jane rodó hacia un lado y se incorporó sobre las rodillas. Solo entonces, al mirar al perro que gimoteaba, vio que no llevaba la cadena atada al collar. ¿Cómo se había soltado? ¿Quién lo había liberado?

La respuesta surgió de entre las sombras.

Jimmy Otto entró en el círculo de luz del fuego, empujando a Josephine delante de él como un escudo. Jane se arrojó hacia su arma caída, pero un disparo la hizo retroceder; la bala levantó polvo a pocos centímetros de su mano. Aun si lograba recuperar el arma, no se atrevería a abrir fuego con Josephine en el medio; se sentía impotente en el suelo. Jimmy Otto se detuvo junto al coche en llamas; el fuego le iluminó la cara; tenía la sien ennegrecida por una magulladura de gran tamaño. Josephine avanzaba con dificultad, apoyada contra él; la pierna enyesada le quitaba estabilidad. Tenía el pelo rapado. Jimmy apretó la pistola contra la sien de la joven y ella abrió enormes los ojos, aterrada.

—¡Aléjate de la pistola! —le ordenó él a Jane—. ¡Ahora mismo!

Sujetándose la muñeca quebrada con la mano izquierda, Jane se puso de pie con dificultad. La fractura era tan dolorosa que las náuseas le cerraban el estómago y le inutilizaban el cerebro, justo cuando más lo necesitaba. Se tambaleó, mareada; veía puntos negros delante de los ojos; un sudor frío le cubría la piel.

Jimmy bajó los ojos hacia su hermana herida, que gemía tendida contra los escalones del porche. Una mirada cruel pareció bastarle para decidir que Carrie estaba más allá de toda ayuda y ya no merecía su atención.

Volvió a concentrarse en Jane.

—Estoy cansado de esperar —declaró—. Dime dónde está.

Jane movió la cabeza. Los puntos negros se movían.

—No tengo idea de lo que quieres, Jimmy.

—¿Dónde coño está?

—¿Quién?

Su respuesta lo enfureció. Sin previo aviso, disparó el arma por encima de la cabeza de Josephine.

—Medea —dijo—. Sé que ha vuelto. Seguro querría contactar contigo, así que...¿dónde está?

La explosión del disparo aclaró la mente de Jane. A pesar del dolor y las náuseas, volvió a concentrarse y fijar la atención exclusivamente en Jimmy.

—Medea está muerta —dijo.

—No. Está viva. Lo sé perfectamente bien. Y es hora de que pague.

—¿Por matar a Bradley? Hizo lo que tenía que hacer.

—Igual que yo. —Presionó el arma contra la sien de Josephine y en ese segundo Jane comprendió que estaba plenamente dispuesto a apretar el gatillo.

—Si Medea no vuelve para salvar a su hija, tal vez lo haga para su funeral.

Desde la oscuridad una voz gritó:

—Aquí estoy, Jimmy. Aquí estoy.

Él se paralizó y miró hacia los árboles.

—¿Medea?

Nos ha seguido hasta aquí.

Medea salió de entre los árboles, moviéndose sin vacilación ni ningún indicio de miedo. La leona madre había llegado para salvar a su cachorra y entraba en la batalla con sombría decisión. Se detuvo a pocos metros de Jimmy. Se miraron en el círculo de luz de las llamas.

—Es a mí a quien buscas. Suelta a mi hija.

—No has cambiado —murmuró él, azorado—. Tantos años han pasado y estás igual.

—Tú también, Jimmy —respondió Medea sin ironía.

—Él solo te quería a ti. Eras la única que no podía tener.

—Pero Bradley ya no está aquí. ¿Por qué haces esto, entonces?

—Lo hago por mí. Para hacerte pagar. —Apretó la pistola contra la sien de Josephine y por primera vez Jane vio terror en la cara de Medea. Si la mujer sentía miedo, no era por ella misma sino por su hija. La clave para destruir a Medea siempre había sido Josephine.

—No quieres a mi hija, Jimmy. Me tienes a mí. —Medea estaba

otra vez al mando de la situación y había disimulado el miedo bajo una mirada fría de desdén. —Soy la razón por la que la raptaste, la razón por la que has estado jugando con la policía. Pues bien, aquí estoy. Déjala ir y soy toda tuya.

—¿En serio? —Jimmy empujó a Josephine y ella corrió tambaleándose hacia un sitio seguro. Él le apuntó con el arma a Medea. Aun con el cañón de la pistola delante de ella, Medea mantuvo un aspecto de serenidad absoluta. Miró a Jane como para decir: Su atención está puesta en mí. El resto depende de ti. Dio un paso hacia él, hacia la pistola que apuntaba contra su pecho. Su voz se tornó sedosa, hasta seductora.

—Tú me deseabas tanto como Bradley ¿no es así? Cuando te conocí, lo vi en tus ojos. Vi lo que deseabas hacerme. Lo mismo que les hiciste a todas esas otras mujeres. ¿Te las follaste mientras todavía estaban vivas, Jimmy? ¿O esperaste a que estuvieran muertas? Porque así es como te gustan ¿verdad? Frías. Muertas. Tuyas por toda la eternidad.

Él no respondió; se limitó a mirar a Medea, que seguía acercándosele y seduciéndolo con posibilidades. Durante años Bradley y él la habían perseguido y allí estaba por fin, a su alcance. Era suya y nada más que suya.

El arma de Jane estaba en el suelo a menos de dos metros. Jane avanzó centímetro a centímetro hacia ella, ensayando mentalmente los movimientos. Tendría que arrojarse al suelo, recoger la pistola y disparar. Todo con solamente la mano izquierda. Tal vez lograría disparar una vez, dos como máximo, antes de que Jimmy hiciera lo mismo. Por más veloz que sea, pensó, no lograré derribarlo a tiempo. Medea o yo podríamos morir esta misma noche.

Medea seguía acercándose a Jimmy.

—Tantos años persiguiéndome —musitó Medea—. Ahora estoy aquí y no quieres ponerle fin aquí y ahora ¿verdad? No quieres que termine la cacería.

—Pero es que ha terminado. —Él levantó el arma y Medea se inmovilizó. Ese era el final del que había estado huyendo durante tantos años, un final que no podía alterar con súplicas ni con seducción. Si había llegado hasta allí creyendo que podía controlar al monstruo, comprendía ahora que había sido un error.

—No se trata de lo que yo quiero —dijo Jimmy—. Me pidieron que le pusiera fin. Y es lo que pienso hacer. —Los músculos de sus antebrazos se tensaron cuando se dispuso a disparar.

Jane se abalanzó sobre su arma. Pero cuando la mano izquierda se cerró alrededor de la culata, se oyó la explosión de un disparo. Jane giró en redondo y la noche pasó delante de ella en cámara lenta; docenas de detalles agredieron sus sentidos al mismo tiempo.

Vio cómo Medea se dejaba caer sobre las rodillas, protegiéndose la cabeza con los brazos cruzados. Sintió el calor de las llamas y el peso de su arma en la mano izquierda cuando la levantó y apretó los dedos para disparar.

Pero en el momento en que disparó, se dio cuenta de que Jimmy Otto ya había caído hacia atrás, que la bala que había disparado ella daba en un blanco que ya estaba ensangrentado por un disparo anterior.

Recortado contra las llamas que estaban a sus espaldas, él cayó hacia atrás como un Ícaro condenado, con los brazos abiertos a los costados, el cuerpo en caída libre. Se desplomó contra el capó del coche en llamas y su pelo se prendió fuego, dibujándole una corona de llamas alrededor de la cabeza. Con un grito, quiso alejarse del coche. Su camisa se prendió fuego. Se tambaleó por el jardín en una agónica danza de muerte y finalmente cayó al suelo.

—¡No! —El grito de angustia de Carrie Otto no fue un sonido humano sino el aullido gutural de un animal moribundo. La mujer se arrastró lenta y penosamente hacia su hermano, dejando una huella oscura de sangre sobre la grava.

—No me dejes, cariño. No me dejes.

Rodó sobre el cuerpo de él, ignorando las llamas, desesperada por apagar el fuego.

—Jimmy. ¡Jimmy!

Aun cuando se prendió fuego primero su pelo y luego su ropa, aun cuando las llamas le quemaron la piel, se mantuvo aferrada a su hermano en un abrazo de agonía. Permanecieron entrelazados mientras sus cuerpos se derretían juntos consumidos por las llamas.

Medea se levantó del suelo, ilesa. Pero no miraba los cuerpos ardientes de Jimmy y Carrie Otto; sus ojos estaban fijos en el bosque.

En Barry Frost, que se había dejado caer contra un árbol, con el arma todavía en las manos.

TREINTA Y SEIS

El rótulo de héroe no le quedaba cómodo a Barry Frost.

Se lo veía avergonzado más que heroico, sentado en la cama de hospital, vestido solamente con un camisolín. Lo habían trasladado al Centro Médico de Boston dos días antes y desde entonces, un incesante flujo de personas que lo apreciaban -desde el comisionado de policía hasta los empleados de la cafetería del departamento de policía- habían peregrinado hasta su habitación de hospital. Esa tarde, cuando llegó Jane, se encontró con tres visitas que seguían allí entre la jungla de ramos de flores y globos metalizados. Desde los niños a las ancianas, todos querían a Frost, pensó, observando desde la puerta. Y ella comprendía por qué. Era el Boy Scout que paleaba la nieve de tu acera, que le daba arranque a tu coche cuando no funcionaba y trepaba a un árbol para rescatar a tu gato.

Hasta te salva la vida.

Esperó a que las otras visitas se marcharan antes de entrar en la habitación.

—¿Tienes fuerzas para una más? —dijo.

Frost le dedicó una sonrisa cansada.

—¡Hola!. Tenía esperanzas de que vinieras.

—Pues este parece ser el sitio donde hay que estar. Tuve que quitarme de encima a todos tus admiradores solamente para poder entrar. —Sintiéndose torpe con el brazo derecho enyesado, Jane arrastró una silla hasta la cama y se sentó. —Joder, tío míranos a ambos —dijo—. Qué par de patéticos compañeros de guerra malheridos.

Frost comenzó a reír, pero se detuvo cuando la acción desató una oleada de dolor de la incisión de su laparotomía. Se dobló en dos con una mueca de dolor.

—Llamaré a la enfermera —dijo Jane.

—No. —Frost levantó una mano. —Puedo con esto. No quiero más morfina.

—Pues nada de hacerte el macho. Voto porque aceptes las drogas.

—No quiero estar pasado de calmantes. Esta noche necesito la cabeza limpia.

—¿Para qué?

—Alice vendrá a verme.

A Jane le resultó doloroso escuchar la nota de esperanza en la voz

de él; apartó la mirada para que no viera la pena en sus ojos. Alice no merecía a este hombre. Era uno de los buenos, uno de los que valen la pena, y por ser bueno iban a romperle el corazón.

—Quizá sea mejor que me vaya —dijo.

—No. Todavía no. Por favor. —Con cuidado, Frost se recostó contra las almohadas y soltó cautelosamente el aire. Tratando de mostrarse alegre, dijo: —Cuéntame las últimas novedades.

—Está confirmado. Debbie Duke era Carrie Otto, en realidad. Según la señora Willebrandt, Carrie apareció en el museo en abril y se ofreció como voluntaria.

—¿En abril? Eso fue justo después de que contrataran a Josephine.

Jane asintió.

—A Carrie le tomó solamente unos meses volverse indispensable para el museo. Fue la que debió robarle las llaves a Josephine. Tal vez también haya sido la que dejó esa bolsa con pelo en el jardín de la doctora Isles. Le daba acceso a Jimmy al edificio. Los hermanos eran un equipo en todos los sentidos.

—¿Por qué una hermana seguiría a un tío como Jimmy?

—Tuvimos un atisbo aquella noche. Apego anormal al hermano fue lo que escribió el terapeuta en el legajo psiquiátrico de Jimmy. Hablé con el doctor Hilzbrich ayer y dijo que Carrie era igual de patológica que el hermano. Haría cualquier cosa por él, tal vez hasta se ocupaba de esa celda. Los peritos de escena del crimen encontraron muchas muestras de pelo y fibras en ese sótano de Maine. El colchón tenía manchas de sangre de más de una víctima. Los vecinos de la calle dijeron que en ocasiones veían a Jimmy y a Carrie en la zona al mismo tiempo. Se quedaban en la casa varias semanas, luego desaparecían durante meses.

—He oído de equipos de asesinos en serie conformados por marido y mujer, pero ¿dos hermanos?

—Es la misma dinámica. Una personalidad débil unida a una más fuerte. Jimmy era la personalidad dominante, tenía tanto poder que podía controlar por completo a personas como su hermana. Y como Bradley Rose. Mientras Bradley estaba con vida, ayudaba a Jimmy a cazar. Preservaba las víctimas y buscaba sitios donde ocultar sus cadáveres.

—O sea que era solo un seguidor de Jimmy.

—No, ambos obtenían algo de la relación. Esa es la teoría del doctor Hilzbrich. Jimmy satisfacía sus fantasías adolescentes de coleccionar mujeres muertas, mientras que Bradley daba rienda suelta a su obsesión por Medea Sommer. Ella era lo que tenían en común, la presa que ambos deseaban pero nunca pudieron atrapar. Jimmy nunca dejó de buscarla, ni siquiera tras la muerte de Bradley.

—Pero encontró a la hija, en cambio.

—Seguramente vio la foto de Josephine en el periódico. Es idéntica a Medea y tenía la edad indicada para ser su hija. Hasta tenía la misma profesión. No debió de haberles llevado mucho esfuerzo enterarse de que Josephine no era quien decía ser. Así que la vigilaba, esperando para ver si aparecía su madre.

Frost negó con la cabeza.

—Qué manera de obsesionarse con Medea. Tras tantos años, dirías que habría seguido con su vida.

—¿Recuerdas a Cleopatra? ¿O Helena de Troya? Los hombres también se obsesionaban con ellas.

—¿Helena de Troya? —Frost rió. —Tía, esta onda arqueologica te está calando. Hablas como el doctor Robinson.

—A lo que voy es que los hombres se obsesionan. Un tío puede aferrarse a una mujer por años. —Añadió, en voz baja. —Hasta cuando ella no lo ama.

Frost se sonrojó y apartó la mirada.

—Algunas personas no logran avanzar —prosiguió Jane— y desperdician sus vidas esperando a alguien a quien no pueden tener. —Pensó en Maura Isles, otra persona que deseaba a alguien a quien no podía tener, que estaba atrapada por sus propios deseos, por su propia mala elección de amante. La noche en que Maura lo había necesitado, el padre Daniel Brophy no había estado allí para ella. En cambio, el que se la había llevado a su casa había sido Anthony Sansone. Sansone había llamado a Jane para confirmar que fuera seguro dejar regresar a Maura a su casa. A veces, pensó Jane, la persona que podría hacerte más feliz es la que pasas por alto, la que espera pacientemente entre bambalinas.

Oyeron unos golpes a la puerta y entró Alice. Vestida con falda y chaqueta oscuras, se la veía más rubia y atractiva de lo que Jane recordaba, pero su belleza no tenía calidez. Parecía una estatua de mármol, perfectamente tallada, hecha para que la miraran pero no la tocaran. Las dos mujeres intercambiaron un saludo cortés pero tenso, como si fueran rivales por la atención del mismo hombre. Durante años habían compartido a Frost, Jane como su compañera, Alice como su esposa, y sin embargo Jane no sentía conexión alguna con esa mujer.

Se levantó para marcharse, pero al llegar a la puerta no pudo contener un comentario de despedida:

—Sé amable con él. Es un héroe.

Frost me ha salvado y ahora tendré que salvarlo a él, pensó Jane, mientras abandonaba el hospital y subía al coche. Alice iba a destrozarle el corazón, como se destroza la carne con nitrógeno líquido y un buen golpe de martillo. Jane lo había visto en los ojos de

Alice, en la sombría decisión de una mujer que ya ha abandonado el matrimonio y solo está allí para poner fin a los últimos detalles.

Frost iba a necesitar una amiga esa noche. Decidió regresar más tarde para brindarle apoyo.

Cuando encendía el motor, sonó el teléfono. Era un número desconocido.

Igual que la voz del hombre que la saludó desde el otro lado de la línea.

—Creo que ha cometido un gran error, detective —dijo.

—¿Cómo dice? ¿Con quién hablo?

—Soy el detective Potrero, de la policía de San Diego. Acabo de cortar con el detective Crowe y me he enterado de todo lo que ha sucedido allí. Dice usted que mató a Jimmy Otto.

—Yo no. Mi compañero.

—Sí, bueno; no sé a quién le habéis disparado, pero no era Jimmy Otto. Porque él murió aquí hace doce años. Estuve a cargo de aquella investigación, así que lo sé. Y necesito interrogar a la mujer que lo mató. ¿La tenéis bajo custodia?

—Medea Sommer no irá a ningún lado. Estará aquí en Boston y puede venir a hablar con ella cuando lo desee. Se lo aseguro, el incidente en San Diego fue completamente justificado. Fue en defensa propia. Y el hombre al que le disparó no era Jimmy Otto. Era un tío llamado Bradley Rose.

—No. La hermana de Jimmy lo reconoció.

—Carrie Otto le mintió. Ese no era su hermano.

—Tenemos un informe de ADN que lo confirma.

Jane guardó silencio.

—¿Qué informe de ADN?

—No estaba incluido en el archivo que le enviamos porque la prueba se llevó a cabo meses después de que cerramos el caso. Resulta que Jimmy era sospechoso de un asesinato en otra jurisdicción. Se pusieron en contacto con nosotros porque querían estar absolutamente seguros de que el sospechoso estuviera muerto. Le solicitaron a la hermana de Jimmy que enviara una muestra de ADN.

—¿Del ADN de Carrie?

Potrero soltó un suspiro de impaciencia, como si estuviera hablando con una deficiente mental.

—Sí, detective Rizzoli. De su ADN. Querían verificar que el muerto fuera realmente su hermano. Carrie Otto envió una muestra de saliva y la comparamos con el ADN de la víctima. Hubo coincidencia familiar.

—No puede ser.

—Pues ya sabe lo que dicen del ADN. Que no miente. Según nuestro laboratorio, Carrie Otto era decididamente familiar del

hombre que desenterramos de aquel jardín. O Carrie tenía otro hermano y lo mataron aquí en San Diego o Medea Sommer os ha mentido. Y no mató al hombre que dice haber matado.

—Carrie Otto no tenía otro hermano.

—Exacto. Ergo, Medea Sommer os ha mentido. ¿La tenéis bajo custodia, supongo?

Jane no respondió. Un sinnúmero de pensamientos febriles le revoloteaban por la mente como polillas y no podía atrapar ninguno.

—Joder —dijo el detective Potrero—. ¡No me diga que está libre!

—Lo llamaré en un rato —dijo Jane y cortó. Se quedó sentada en el coche, mirando por el parabrisas. Vio que un par de médicos salían del hospital con pasos majestuosos y batas al viento. Seguros de sí mismos,caminaban, como dos hombres sin dudas mientras que ella estaba atrapada en un mar de dudas. ¿Jimmy Otto o Bradley Rose? ¿A cuál de los dos hombres le había disparado Medea en su casa hacía doce años, y por qué mentiría al respecto?

¿A quién había matado realmente Frost?

Recordó lo que había presenciado en Maine aquella noche. La muerte de Carrie Otto. La muerte de un hombre que supuestamente era el hermano de Carrie. Medea lo había llamado Jimmy y él había respondido a ese nombre. O sea que debía tratarse de Jimmy Otto, como alegaba Medea.

Pero una y otra vez chocaba contra el ADN, la prueba blindada que contradecía todo. Según el ADN, no era Bradley el que había muerto en San Diego. Era un familiar de Carrie Otto.

Solo quedaba una conclusión. Medea nos ha mentido.

Y si dejaban libre a Medea, iban a quedar como unos incompetentes monumentales. Coño, pensó, ya lo somos y la prueba es el ADN. Porque como había dicho el detective Potrero, el ADN no miente.

Marcó el número de Crowe en su móvil y de pronto se quedó paralizada.

¿O sí?

TREINTA Y SIETE

Su hija dormía. El pelo de Josephine volvería a crecer y las magulladuras ya habían desaparecido, pero mientras Medea la contemplaba en la luz tenue del dormitorio, pensó que Josephine se veía tan joven y tan vulnerable como cuando era niña. En algunos sentidos había vuelto a ser una niña. Insistía en que quedara una luz prendida toda la noche en su dormitorio. No le gustaba que la dejaran sola más que algunas horas. Medea sabía que ese miedo era temporal, que con el tiempo Josephine recuperaría el valor. Por ahora, la guerrera que llevaba dentro estaba hibernando y buscando la sanación, pero regresaría. Medea conocía su hija tan bien como se conocía a sí misma y dentro de ese caparazón de aspecto frágil latía el corazón de una leona.

Se volvió para mirar a Nicholas Robinson, que las observaba desde la puerta del dormitorio. Había recibido a Josephine en su casa y Medea tenía la certeza de que su hija estaría a salvo allí. En la última semana había llegado a conocerlo y a confiar en él. Era insulso, tal vez, y posiblemente un poco demasiado riguroso y cerebral, pero en muchos sentidos era un buen compañero para Josephine. Y era leal. Eso era lo único que Medea pretendía de un hombre. Había confiado en pocas personas en su vida y en los ojos de él veía la misma inquebrantable lealtad que había visto una vez en los ojos de Gemma Hamerton. Gemma había muerto por Josephine.

Ella creía que Nicholas también sería capaz de hacerlo.

Cuando salió de su casa, lo oyó cerrar la puerta con llave y se sintió tranquila de que si a ella le sucedía cualquier cosa, Josephine estaría en buenas manos. Podía contar con ello y eso le dio el valor de subir al coche y conducir hacia el sur, hacia la localidad de Milton.

Había alquilado una casa allí, aislada en un terreno amplio y cubierto de malezas. Estaba infestada de ratones y los oía de noche en la cama, cuando escuchaba buscando sonidos mucho más ominosos que los de roedores. No le apetecía regresar allí esa noche, pero condujo de todas formas y por el espejo retrovisor vio las luces de un coche que la seguía.

Las luces la siguieron todo el trayecto hasta Milton.

Cuando entró en la casa, olió el olor a casa vieja que emanaba del polvo y las alfombras gastadas, seguramente con algo de moho también. Había leído que el moho podía causar enfermedades. Podía afectar los pulmones y el sistema inmunológico hasta provocar la muerte. La última inquilina que había vivido allí había sido una

anciana de ochenta y siete años que había muerto en esa misma casa; tal vez el moho la había liquidado. Sintió que estaba inhalando partículas letales mientras caminaba por la casa verificando, como siempre hacía, que las ventanas estuvieran cerradas y trabadas; le resultó irónica la idea de que su obsesión por la seguridad la dejara encerrada dentro de una casa cuyo aire podía envenenarla.

En la cocina se preparó café fuerte, del verdadero. Lo que realmente le apetecía era un vaso de vodka con tónica y lo deseaba como una adicta. Un sorbo de alcohol le calmaría los nervios y disiparía la sensación de temor que parecía llenar cada rincón de la casa. Pero esa noche no habría vodka, así que luchó contra el deseo. Bebió café, suficiente como para estar bien alerta sin sentirse nerviosa. Necesitaba estar tranquila.

Antes de irse a la cama, espió por la ventana por última vez. La calle estaba en silencio, por lo que quizás esa noche no sería la indicada. Tal vez le habían conmutado la condena una vez más. Si era así, sería solo de manera temporal; era como despertar cada mañana en la celda sin saber si ese era el día en que te llevarían a la horca. La incertidumbre del encuentro personal con la muerte es lo que puede llevar a un condenado a la locura.

Caminó por el pasillo hacia su dormitorio, sintiéndose como ese condenado, preguntándose si la noche sería tranquila como las diez noches anteriores. Esperando que lo fuera, pero sabiendo que eso solo pospondría lo inevitable. Desde el final del pasillo, volvió a mirar hacia el vestíbulo antes de apagar la luz. El pasillo quedó en sombras y pudo ver el parpadeo de las luces de un coche delante de la ventana del frente. El coche pasó muy despacio, como si el conductor estuviera mirando la casa con atención.

Entonces lo supo. Sintió un escalofrío, como si se cristalizara hielo en sus venas. Sucederá esta noche.

Repentinamente comenzó a temblar. No se sentía preparada para esto y sintió la tentación de recurrir a la estrategia que la había mantenido con vida durante casi tres décadas: huir. Pero se había prometido a sí misma que esta vez se mantendría firme y daría batalla. Esta vez no corría peligro la vida de su hija, solo la suya. Estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo, si eso significaba que por fin sería libre.

Entró en el la oscuridad del dormitorio, donde las cortinas eran demasiado delgadas. Si encendía las luces, podrían ver su silueta en la ventana. Si no la veían, no podrían cazarla, de manera que mantuvo la habitación a oscuras. Solo había una débil cerradura a botón en el picaporte y un intruso la violentaría en un minuto, pero tal vez a ella ese minuto le resultaría precioso. Trabó la puerta y se volvió hacia la cama.

Y oyó una suave exhalación desde las sombras.

El sonido hizo que le erizara el pelo de la nuca. Mientras estaba ocupada cerrando las puertas y revisando las ventanas, el invasor ya la había estado esperando dentro de la casa. Dentro de su dormitorio.

—Aléjate de la puerta —dijo él con tranquilidad.

Medea apenas podía discernir su contorno sin cara en un rincón, sentado en una silla. No tuvo que ver el arma para saber que él tenía una en la mano. Obedeció.

—Has cometido un gran error —le dijo.

—Eres tú la que cometió el error, Medea. Hace doce años. ¿Qué sentiste al dispararle a un chico indefenso en la nuca? Un chico que nunca te hizo daño.

—Estaba en mi casa. En la habitación de mi hija.

—No le hizo nada.

—Pues podría haberla lastimado.

—Bradley no era violento. Era inofensivo.

—Su compañero no era inofensivo y lo sabes. Sabías qué clase de monstruo era Jimmy.

—Jimmy no mató a mi hijo. Tú lo mataste. Jimmy, al menos, tuvo la decencia de llamarme la noche que sucedió. Para decirme que Bradley había muerto.

—¿Le llamas decencia a eso? Jimmy te utilizó, Kimball.

—Y yo lo utilicé a él.

—¿Para dar con mi hija?

—No, a tu hija la encontré por mi cuenta. Le pagué a Simon para que la contratara, para que la mantuviera donde yo podía vigilarla.

—¿Y no te importaba lo que Jimmy pudiera hacerle? —A pesar de que él le apuntaba con un arma, Medea levantó la voz, enfurecida. —¡Es tu nieta!

—Él la habría dejado vivir. Ese fue el trato que hice con Jimmy. La iba a liberar una vez que esto hubiera terminado. Yo solo quería que murieras tú.

—Eso no te devuelve a Bradley.

—No, pero cierra el círculo. Mataste a mi hijo y tienes que pagar por ello. Lo único que lamento es que Jimmy no haya podido terminar el trabajo por mí.

—La policía sabrá que fuiste tú. ¿Renunciarías a todo, solo para vengarte?

—Sí, porque nadie se mete con mi familia.

—La que sufrirá será tu esposa.

—Mi esposa está muerta —dijo él y las palabras cayeron como piedras frías en la oscuridad—. Cynthia murió anoche. Lo único que anhelaba, lo único que soñaba era volver a ver a nuestro hijo. Le robaste esa posibilidad. Gracias a Dios nunca se enteró de la verdad.

Esa fue la única cosa de la que pude protegerla: de saber que habían asesinado a nuestro muchacho. —Inspiró hondo y exhaló con serena inevitabilidad. —Ahora solo me queda hacer esto.

En la oscuridad ella lo vio levantar el brazo y comprendió que le estaba apuntando con el arma. Supo que lo que sucedería después había estado destinado a suceder, que había comenzado a suceder aquella noche hacía doce años, la noche en que Bradley había muerto. El disparo de esta noche sería solo un eco de aquel disparo anterior, un eco con doce años de retraso. Era una forma extraña de justicia y Medea comprendía que tenía que suceder porque ella era madre y si alguien le hacía daño a su hija ella también exigiría venganza.

No culpaba a Kimball Rose por lo que estaba a punto de.

Se sintió extrañamente preparada cuando él apretó el gatillo y la bala dio de lleno contra su pecho.

TREINTA Y OCHO

Aquí es donde podría terminar todo, pienso, tendida en el suelo. Siento el pecho encendido de dolor y apenas puedo respirar. Lo único que tiene que hacer Kimball es dar unos pasos hacia mí y darme el tiro de gracia en la cabeza. Pero oigo pasos en el pasillo y sé que él también los escucha. Está atrapado en este dormitorio con la mujer a la que acaba de dispararle. Patean la puerta, la puerta que trabé como una tonta, pensando que me mantendría a salvo de un intruso. Nunca imaginé que estaría dejando fuera a mis salvadores. A la policía que me ha seguido a casa, que me ha vigilado durante la última semana, a la espera de este ataque. Todos hemos cometido errores esta noche, tal vez errores fatales. No esperábamos que Kimball se metiera en mi casa mientras yo no estaba; no esperábamos que ya estuviera en mi dormitorio.

Pero Kimball ha cometido el error más grande de todos.

La madera se astilla y la puerta se abre con estrépito. Los agentes entran como toros salvajes. Gritan, pisan fuerte y huelen a sudor y agresividad. Los ruidos hablan de una multitud desenfrenada, pero entonces alguien enciende la luz y veo que solo hay cuatro detectives varones y todos le apuntan a Kimball con sus armas.

—¡Suelte el arma! —le ordena uno de los detectives.

Kimball parece demasiado atónito como para reaccionar. Sus ojos son cuencas de dolor y tiene la cara caída de incredulidad. Es un hombre acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas y se queda allí, aferrando el arma con impotencia, como si se le hubiera adherido a la mano y no pudiera soltarla ni si quisiera.

—Suelte el arma, señor Rose —dice Jane Rizzoli—. Y hablaremos.

No la veo entrar. Los detectives, mucho más corpulentos que ella, bloquean mi visión. Pero ahora pasa delante de ellos, una mujer menuda y valiente que se mueve con formidable seguridad a pesar de que tiene el brazo derecho enyesado. Mira hacia donde estoy, pero es una mirada rápida, para confirmar que tengo los ojos abiertos y que no estoy sangrando. Luego vuelve a concentrarse en Kimball.

—Todo será más fácil si deja a un lado el arma. —La detective Rizzoli habla en voz baja, como una madre que intenta tranquilizar a un niño nervioso. Los otros detectives irradian violencia y testosterona, pero Rizzoli se ve completamente serena, aunque es la única que no tiene un arma en la mano.

—Ya han muerto demasiadas personas —dice—. Terminemos con este asunto ahora mismo.

Él niega con la cabeza, no como gesto de resistencia, sino de futilidad.

—Ya no tiene importancia —dice—. Cynthia ha muerto. No tendrá que sufrir con esto.

—¿Le ocultó la muerte de Bradley durante todos estos años?

—Cuando sucedió, estaba enferma. Tan enferma que creí que moriría ese mismo mes. Pensé, es mejor que muera sin enterarse de la noticia.

—Pero vivió.

Él soltó una risa cansada.

—Entró en remisión. Uno de esos milagros inesperados que duró doce años. De manera que me vi obligado a mantener la mentira. Tuve que ayudar a Jimmy a encubrir la verdad.

—La muestra de saliva que utilizaron para identificar el cuerpo era de su esposa. No de Carrie Otto.

—La policía tenía que convencerse de que el cadáver era de Jimmy.

—Jimmy Otto tenía que estar preso. Usted protegió a un asesino.

—¡Estaba protegiendo a Cynthia!

La protegía del daño que piensa que le causé a su familia hace doce años. Aunque yo me niego a sentirme culpable de ningún pecado salvo el de sobrevivir, reconozco que la muerte de Bradley destruyó más de una vida. Veo la destrucción en la cara atormentada de Kimball. No es sorprendente que quiera venganza, no es sorprendente que haya seguido buscándome durante doce años, persiguiéndome tan obsesivamente como Jimmy Otto.

Todavía no ha dejado el arma a pesar de que los detectives le están apuntando. Lo que sucede a continuación no puede sorprender a nadie en esta habitación. Lo veo en los ojos de Kimball tan bien como seguramente lo ve Jane Rizzoli. La aceptación. La resignación. Sin ningún preámbulo ni vacilación, Kimball se mete el caño en la boca y aprieta el gatillo.

La explosión arroja un chorro rojo de sangre contra la pared. Se le doblan las piernas y su cuerpo se desploma como una bolsa de piedras.

No es la primera vez que veo la muerte. A estas alturas, debería de estar inmunizada. Pero al ver esa cabeza destrozada, esa sangre que chorrea del cráneo hecho añicos y se acumula en un charco en el suelo, de pronto siento que me ahogo. Me desgarro la blusa y rasguño el chaleco antibalas que Jane Rizzoli me ha hecho llevar. Si bien el chaleco frenó la bala, todavía me duele el impacto. Seguramente la bala dejará un hematoma. Me arranco el chaleco y lo arrojo a un lado. No me importa que los cuatro hombres que están en la habitación me vean el sujetador. Me arranco también los micrófonos y cables que

tengo pegados a la piel, un dispositivo que me ha salvado la vida esta noche. Si yo no hubiera llevado el micrófono, si la policía no hubiera estado escuchando, no habrían oído mi conversación con Kimball. No se habrían enterado que él ya estaba dentro de mi casa.

Afuera, las sirenas se oyen más cercanas.

Vuelvo a abotonarme la blusa, me pongo de pie y trato de no mirar el cuerpo de Kimball Rose cuando abandono la habitación.

Afuera, la noche cálida palpita con conversaciones de radio y luces de vehículos policiales. Quedo muy visible en ese resplandor calidoscópico, pero no le rehúyo a la luz. Por primera vez en veinticinco años, no tengo que esconderme en las sombras.

—¿Te encuentras bien?

Me vuelvo y veo a la detective Rizzoli de pie a mi lado.

—Estoy bien, sí —respondo.

—Lamento lo que sucedió allí dentro. No debería haberse acercado tanto a ti.

—Pero ya pasó. —Inspiro profundo el aire dulce de la libertad. —Eso es lo único que importa. Ya pasó, por fin.

—Todavía tendrás que dar respuestas a la policía de San Diego. Sobre la muerte de Bradley. Sobre lo que sucedió aquella noche.

—Puedo lidiar con eso.

Una pausa.

—Sí que puedes —dice Rizzoli—. Estoy segura de que puedes lidiar con cualquier cosa. —Oigo una nota de respeto en su voz, el mismo respeto que siento hacia ella.

—¿Ya puedo marcharme? —pregunto.

—Siempre y cuando sepamos dónde estás.

—Sabes dónde encontrarme. —Será donde esté mi hija. En la oscuridad, levanto la mano a modo de saludo y me dirijo a mi coche.

En todos estos años he fantaseado sobre este momento, sobre el día en que ya no tendría que mirar por encima del hombro, el día en que podría responder a mi nombre verdadero sin temer las consecuencias. En mis sueños, era un momento de júbilo incandescente, en el que las nubes se desvanecerían, el champán fluiría y yo gritaría mi felicidad al cielo. Pero esta realidad no es lo que esperaba. Lo que siento no es un frenesí de gozo ni de algarabía sino algo más moderado. Me siento aliviada, cansada y un poco perdida. En todos estos años, el miedo ha sido mi compañero constante; ahora tendré que aprender a vivir sin él.

Me dirijo hacia el norte, sintiendo que el miedo se desprende de mí como capas de lino gastado por el tiempo que se vuelan y flotan en la noche. Las suelto. Las dejo atrás y conduzco hacia el norte, hacia una pequeña casa en Chelsea.

Hacia mi hija.

AGRADECIMIENTOS

Les debo un enorme agradecimiento al doctor Jonathan Elias del Consorcio Akhmim de Estudios de Momias y a Joann Potter del Centro de Artes Frances Lehman Loeb de Vassar College, por permitirme compartir la emoción de la tomografía computada de Shep-en-Min. Muchas gracias también a Linda Marrow por sus brillantes sugerencias de edición, a Selina Walker por su percepción aguda y a mi incansable agente literaria, Meg Ruley de la Agencia Jane Rotrosen.

Y más que a nadie, le agradezco a mi marido, Jacob. Por todo.

Table of Contents

Cover Page
Reliquia macabra
–
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
BÚSCAME.
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS

TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
AGRADECIMIENTOS